
Google




SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS



COLECCION UNIVERSAL

Antón Chejov.

HISTORIA DE MI VIDA

MCMXX

Papel especialmente fabricado por La Papelera Española.

COLECCIÓN UNIVERSAL

ANTÓN CHEJOV

Historia de mi vida

NOVELA

La traducción del ruso ha sido hecha por N. Tasin.



MADRID-BARCELONA
MCMXX

"Tipográfica Renovación" (C. A.), Larra, 8.—MADRID.

Antón Chejov—1860-1904—ocupa en el panteón de la literatura rusa un puesto de honor junto a Tolstoi, Dostoiewski y otros grandes maestros de la novela. Por desgracia, se le conoce poco en España, lo cual constituye una laguna lamentable que nosotros queremos llenar.

Es el autor preferido entre los intelectuales en Rusia, y sus obras rivalizan en éxito con las de los mejores autores rusos contemporáneos. Se admira a Andreiev, por ejemplo, que es más profundo, más violento y más penetrante; pero se ama a Chejov tal vez porque refleja mejor que cualquier otro las aspiraciones y la mentalidad de la época a que perteneció.

Creó una escuela literaria suya. Se escribía a lo Chejov, se hacían dramas a lo Chejov y hasta se hablaba a lo Chejov.

Su género predilecto es el impresionismo, preferencia de manifiesto sobre todo en sus obras de teatro. Es un fino acuarelista que sabe a maravilla con algunos rasgos trazar retratos, hacer cuadros en extremo vívidos e impresionantes.

Se dió a conocer en las letras con novelitas, que forman la totalidad de los dos primeros tomos de sus obras. Toda una galería de tipos, de las posiciones sociales, de los caracteres y de las ten-

dencias más diversas pasan ante el lector trazados con mano ligera, esquiciados a lápiz, sin larga detención en ellos del autor y, sin embargo, vívidos, palpitantes.

Después, poco a poco, Chejov se hace más serio, más cuidadoso en los dibujos; vivió en una época harto triste. El pueblo ruso, sometido a la dominación de la más severa política reaccionaria, arrastraba una vida obscura, monótona. Una apatía profunda invadía a los intelectuales, cansados de las luchas políticas, que no los habían conducido sino a decepciones crueles. Unos se hallaban encerrados en estrecha existencia egoísta; otros gemían y se quejaban sin cesar; otros se entregaban al alcohol, al juego. Era, según la expresión de un poeta ruso, "una vida gris salpicada de sangre".

Chejov empezó a pintar dicha vida. Sus novelas y sus dramas de tal época nos presentan un largo cortejo de gentes que sucumben al peso de la monotonía, la estupidez, la desolación de la existencia. De ahí la nota triste, melancólica, que domina en sus obras: la Rusia de esta época no se prestaba al regocijo. "La vida de nuestras clases superiores—dice Chejov en una novela—es gris y como envuelta en crepúsculos; la del pueblo, la de los obreros y campesinos es una noche negra formada de ignorancia, de pobreza y de toda suerte de prejuicios."

A pesar de la tristeza y la monotonía del medio que describe; a pesar de la nota melancólica que

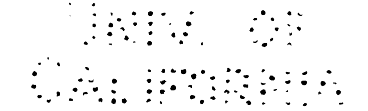
le distingue, Chejov encanta al lector con su manera de pintar los hombres y las cosas. Es un lápiz delicado, finísimo. Sus personajes se graban en la memoria como seres de carne y hueso.

Su talento se reveló sobre todo en sus dramas, en los que se afirmó de un modo completamente original, en extremo suyo. El mejor teatro ruso, el "Teatro del Arte", de Moscú, se creó especialmente para sus obras. Sus dramas—como por ejemplo Las tres hermanas, Ivanov, El tío Vania, El cerezo*—atraén siempre numeroso público en toda Rusia y las empresas se enriquecen con ellos. Se asemejan algo a los de Ibsen. Como los dramas del gran autor escandinavo, carecen de acción; se buscará en vano en ellos aventuras, acontecimientos, efectismos; son, sobre todo, dramas interiores, choques psicológicos entre el ideal y la triste realidad los que constituyen el fondo de las obras teatrales de Chejov; y esos choques están dibujados con tanto relieve, de una manera tan penetrante, y una melancolía tan profunda se desprende de sus escenas, que el espectador sale del teatro hondamente conmovido. Chejov es un maestro incontestable en la manera impresionista.*

Chejov ha dejado, a pesar de su corta carrera literaria, una rica herencia espiritual. Para que el lector español pueda formarse una idea completa de ella, le presentamos en este volumen una novela de más alientos que las novelitas cortas

ya publicadas (1), y que caracteriza su talento en la fase más madura y seria. Y abrigamos la firme esperanza de que Chejov tendrá en España la acogida cordial que tanto se merece.

(1) Colección Universal, números 81 y 82. *La sala número seis.* Novelas.



HISTORIA DE MI VIDA

I

El jefe de la oficina me dijo:

—A no ser por lo mucho que estimo a su honorable padre, le habría hecho a usted emprender el vuelo hace tiempo.

Y yo le contesté:

—Me lisonjea en extremo su excelencia al atribuirme la facultad de volar.

Su excelencia gritó, dirigiéndose al secretario:

—¡Llévese usted a ese señor, que me ataca los nervios!

A los dos días me pusieron de patitas en la calle.

Desde que era mozo había yo cambiado ocho veces de empleo. Mi padre, arquitecto del Ayuntamiento, estaba desolado. A pesar de que todas las veces que había yo servido al Estado lo había hecho en distintos ministerios, mis empleos se parecían unos a otros como gotas de agua: mi obligación era permanecer sentado horas y horas ante la mesa-escritorio, escribir, oír observaciones estúpidas o groseras y esperar la cesantía.



Con motivo de la pérdida de mi último destino tuve, como es natural, una explicación enojosa con el autor de mis días. Cuando entré en su despacho, estaba hundido en su profundo sillón y tenía los ojos cerrados. En su rostro enjuto, de mejillas rasuradas y azules, parecido al de un viejo organista católico, se pintaba la sumisión al destino.

Sin contestar a mi saludo, me dijo:

—Si tu madre, mi querida esposa, viviera todavía, serías para ella origen constante de disgustos y de bochornos. Dios, en su infinita sabiduría, ha cortado el hilo de su existencia para evitarla terribles decepciones.

Calló un instante y añadió:

—Dime, desgraciado, ¿qué voy a hacer contigo? Antes, cuando yo era más joven, mis deudos y mis conocidos sabían lo que se podía hacer conmigo: unos me aconsejaban que ingresara en el ejército; otros, que me colocase en una farmacia; otros, que me colocase en telégrafos. Pero a la sazón, cuando yo ya tenía veinticinco años cumplidos y algunos cabellos grises en las sienes, lo que se podía hacer conmigo era un misterio para todos: había estado yo empleado en telégrafos, en una farmacia, en numerosas oficinas; había agotado los medios de ganarme, como decía mi padre, honorablemente la vida. Y todos los que me rodeaban me consideraban hombre al agua y sacudían la cabeza, al mirarme, de un modo compasivo.

—Bueno, ¿qué vas a hacer ahora?—continuó mi padre—. A tu edad, los jóvenes ocupan ya una buena posición social, y tú no eres más que un proletario, un miserable que no sabe ganarse honorablemente la vida y que vive como un parásito a expensas de su padre.

Luego se extendió en largas consideraciones sobre su tema favorito: la perdición de la juventud contemporánea a causa de su falta de religión, de su materialismo y de su arrogancia. Los jóvenes de mi época, al decir del autor de mis días, se entregaban de lleno a los placeres, a las ideas perversas y a los espectáculos teatrales de aficionados, que el gobierno debía prohibir, puesto que no servían más que para apartar a la gente moza de la religión y del deber.

—Mañana—terminó diciendo—iremos juntos a ver a tu jefe, a quien le pedirás perdón y le prometerás ser en adelante un empleado modelo. No puedes, en manera alguna, renunciar a tu posición social.

Yo no esperaba nada bueno del sesgo que tomaba la plática, pero contesté:

—¡Oigame usted, padre, se lo ruego! Eso que llama usted posición social no es sino el privilegio del capital y de la instrucción. Los que no tienen ni una ni otra cosa se ganan el pan con un trabajo físico, y no sé en virtud de qué razones no me lo he de ganar yo así.

—Si empiezas a hablar de trabajo físico, no podemos seguir hablando. ¿No comprendes, imbé-



cil, cabeza hueca, que además de la fuerza bruta posees el espíritu de Dios, el fuego sagrado que te eleva infinitamente sobre un asno o un cerdo? Ese fuego sagrado ha sido conquistado en miles de años por los mejores hombres de la tierra. Tu bisabuelo el general Poloznev se distinguió en la batalla de Borodino; tu abuelo era poeta, orador y jefe de la nobleza del distrito; tu tío era pedagogo; yo, en fin, soy arquitecto. ¡Todos los Poloznev han guardado celosamente el fuego sagrado, y tú quieres apagarlo!

—Hay que ser justo: millones de hombres trabajan físicamente—objeté yo con timidez.

—¡Peor para ellos! Si trabajan físicamente es porque no saben hacer otra cosa. Su trabajo se halla al alcance de todos, incluso de los idiotas y los criminales. Es bueno para esclavos y bárbaros, mientras que sólo los elegidos pueden alimentar el fuego sagrado. Los elegidos son poco numerosos, y los esclavos y los bárbaros se cuentan por millones.

Era completamente inútil continuar la conversación. Mi padre se adoraba a sí mismo, y sólo concedía importancia a sus propias palabras. Lo que decían los demás no tenía valor alguno para él.

Por otra parte, yo sabía que el tono altivo con que hablaba del trabajo físico no obedecía tanto a su entusiasmo por el fuego sagrado como al temor que le inspiraba la opinión pública: si yo me hubiera convertido en un simple obrero, el escándalo en la ciudad habría sido enorme. Pero

lo que principalmente le mortificaba era que todos mis compañeros de escuela hubieran terminado hacía tiempo sus estudios universitarios y se hubieran conquistado una posición. El hijo del director del Banco era jefe de una oficina muy importante, y yo, el hijo único del arquitecto municipal, no era nada aún.

No se me ocultaba que el seguir hablando no conducía a nada, a no ser a un grave disgusto; pero continuaba sentado frente a mi padre, defendiéndome débilmente, para ver si lograba que me comprendiese. La cuestión no podía ser más sencilla: no se trataba sino de encontrar una manera de ganarse el pan. Y mi padre no se hacía cargo de la sencillez de la cuestión, y me hablaba sin cesar, con frases afectadas, del fuego sagrado, de Borodino, del abuelo poetastro hacía tanto tiempo olvidado, etc., etc. Me trataba de idiota, de imbécil, de cabeza hueca. Y, sin embargo, yo sólo quería que me comprendiese. A pesar de todo, él y mi hermana me inspiraban gran cariño. Acostumbraba, desde mi infancia, a no hacer nada sin su consejo. Estaba tan arraigada en mí esa costumbre, que desembarazarme no podré de ella nunca. Obrase o no con razón, siempre temía afligirlos, siempre temía que le diese a mi padre un ataque hemipléjico cuando se enfadaba conmigo, pues la ira le ponía fuera de sí, le subía la sangre a la cabeza.

—Estar sentado—dije—en una habitación mal aireada, copiar papeles, rivalizar con una má-



quina de escribir es vergonzoso y humillante para un hombre de mi edad. Y en nada de eso hay ni una chispa del fuego sagrado de que me habla usted.

—No obstante, es un trabajo intelectual—contestó mi padre—. ¡Pero basta! Pongámosle fin a esta conversación. Sólo he de advertirte que, si no sigues asistiendo a la oficina y te empeñas en obrar conforme a tus inclinaciones despreciables, yo y mi hija te privaremos de nuestro afecto. ¡Y te desheredaré, te lo juro!

Con completa sinceridad, para probarle la pureza de mis intenciones, en las que quería inspirarme toda la vida, repliqué:

—La cuestión de la herencia no tiene para mí ninguna importancia. Renuncio de antemano a mi patrimonio.

Sin que yo lo esperase, tales palabras ofendieron mucho a mi padre. Se puso rojo como la grana.

—¿Te atreves a hablarme así, imbécil?—gritó con voz chillona—. ¡Canalla!

Y me dió un par de bofetadas.

—¡Eres un insolente!

En mi niñez, cuando mi padre me pegaba, yo debía permanecer derecho ante él, inmóvil, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, mirándole de frente. Ya hombre, si alguna vez me sacudía el polvo, el respeto y el hábito me compelían a adoptar la misma postura y a mirarle del mismo modo. Aunque había envejecido, sus múscu-

los eran aún fuertes, y los golpes que me administraba no tenían nada de suaves.

A la segunda bofetada, a pesar de mi respetuosa y añeja costumbre de quedarme quieto, retrocedí hasta el recibidor. El me siguió, cogió su paraguas del perchero y empezó a darme paraguazos en la cabeza y en los hombros.

En aquel momento mi hermana, atraída por el ruido, abrió la puerta del salón. Al ver lo que ocurría, volvió la cabeza, pintados en el rostro el terror y la lástima; pero no pronunció ni una palabra en favor mío.

Mi decisión de no volver a la oficina de donde me habían echado, y de comenzar una vida nueva, de verdadero trabajo, era inquebrantable. Sólo me faltaba elegir oficio, lo que no me parecía difícil, pues me consideraba con vigor, perseverancia y capacidad para el trabajo más penoso. Harto sabía que la vida que me esperaba era una vida monótona de obrero, con sus miserias, su ambiente grosero, su constante temor de hallarse sin trabajo y perecer de hambre. Acaso al volver de mi trabajo por la calle de la Nobleza—la principal de la ciudad—, lamentase algún día no haber preferido una carrera intelectual; pero, por el momento, yo estaba muy satisfecho de mi decisión y no me espantaba la idea de las privaciones, las inquietudes y los sinsabores que me aguardaban.

En otro tiempo soñaba con una carrera intelectual: me imaginaba ya profesor, ya médico,

ya literato. Pero mis sueños no se habían realizado. Aunque sentía marcada inclinación por los placeres espirituales—principalmente por los que nos procuran las letras—, no sabía hasta qué punto el trabajo intelectual concordaría con mis aptitudes. En el Liceo manifesté una aversión tal a la lengua griega que me echaron sin aprobar el cuarto año. Luego estudié en casa mucho tiempo, con profesores particulares, para poder examinarme y pasar al quinto año; después desempeñé todos los empleos de que he hablado, me dediqué a perder el tiempo en una porción de oficinas, lo cual me aseguraban que era trabajo intelectual. Mi servicio en tales oficinas no exigía de mí ni esfuerzos de ingenio, ni talento, ni capacidad personal, ni inspiración. Mi trabajo no difería en nada del de una máquina, y era, en mi sentir, más despreciable que cualquier trabajo físico. Me parecía imperdonable la vida ociosa, inútil, de la mayoría de los pretendidos trabajadores intelectuales, verdadera vida de parásitos. Quizás me equivocase. Quizás no tuviese yo idea de lo que es el auténtico trabajo intelectual.

* * *

Empezó a anochecer.

Nuestra casa se hallaba en la calle de la Nobleza, por la que, a falta de un buen jardín público, se paseaba todas las tardes la gente distinguida de la ciudad.

La calle era encantadora y podía, hasta cierto punto, reemplazar a un jardín: la bordeaban dos hileras de acacias que exhalaban en el buen tiempo un olor delicioso, sobre todo después de la lluvia. Por encima de las tapias de los jardincillos domésticos asomaban sus ramas las lilas, las acacias, los manzanos.

Estábamos en el mes de mayo. A pesar de que no eran nuevas para mí aquellas tardes primaverales con sus suaves penumbras, con sus tiernos verdores, con sus delicadas fragancias, con su dulce rumor de insectos, con su tibia temperatura, todo eso aquel día me impresionaba más que de costumbre y ponía en mi alma una languidez singular.

Me hallaba en el portal de casa y contemplaba a los paseantes. Conocía a la mayor parte desde mi niñez, y no pocos de ellos habían jugado conmigo. A la sazón, mi compañía, si me hubiera acercado a ellos, los habría enojado, pues yo iba vestido pobremente y nada a la moda; llevaba unos pantalones muy estrechos y unas botas muy grandes, que parecían barcos. Además, mi reputación en la ciudad dejaba mucho que desear. Yo era un hombre que no se había conquistado una posición, que jugaba al billar en cafetines de mala nota y que había sido dos veces —no sé el motivo a ciencia cierta—conducido a la gendarmería.

En el caserón frontero a casa, perteneciente al ingeniero Dolchikov, alguien tocaba el piano.

La obscuridad se fué adensando y aparecieron en el cielo las primeras estrellas.

Andando lentamente y saludando a los paseantes, pasó mi padre, con su viejo sombrero de copa, del brazo de mi hermana.

—¡Mira!—le decía, señalando al cielo con el paraguas con que me había pegado horas antes—. ¡Mira el cielo! Todas las estrellas que ves, hasta las más pequeñas, son mundos. El hombre, comparado con la inmensidad del Universo, es como un granito de arena.

Afirmaba esto con el tono de quien está muy orgulloso y muy contento de ser tan poca cosa.

¡Qué corto de alcances es! No tiene talento ninguno. Desde hace muchos años no hay otro arquitecto en la ciudad, en la que no se ha construído en todo ese tiempo una casa de regulares condiciones estéticas y prácticas. El buen señor se guía por métodos de construcción horriblemente rutinarios. Cuando se le encarga una casa, lo primero que dibuja en el plano es el salón.

Luego añade el comedor, el cuarto de los niños, el gabinete, las alcobas, y pone en comunicación unas con otras por medio de puertas todas estas habitaciones, de modo que para llegar a la última es preciso pasar por cada una de las anteriores y nadie puede disponer enteramente de ninguna.

Se advierte que conforme va componiendo el plano se le van ocurriendo ideas incoherentes, estrechas, mezquinas, limitadas, y que conforme



va dándose cuenta de sus olvidos va añadiendo detalles.

La cocina la coloca siempre en el sótano, con una bóveda de piedra y un suelo de ladrillos. La fachada siempre es sombría, seca, triste, de líneas severas, baja, como aplastada; las chimeneas, anchas y feas, están cubiertas por unas caperuzas de alambre.

No sé por qué, todas las casas construídas por mi padre me recuerdan de un modo vago su sombrero de copa y su nuca.

Poco a poco los habitantes de la ciudad se fueron acostumbrando a su estilo arquitectónico, que llegó a tener un valor local.

Ese mismo estilo lo llevó a mi vida y a la de mi hermana. A mí me puso el nombre bíblico de Misail y a mi hermana el histórico de Cleopatra. Cuando era pequeña, le hablaba de las estrellas, de los sabios de la antigüedad, de nuestros abuelos, que debían servirnos de ejemplo. A la sazón tenía ya veintiséis años y seguía hablándole de las mismas cosas. Evitaba con sumo cuidado el que se tratase con mozos. No le permitía pasear en otra compañía que la suya. Estaba seguro de que el día menos pensado se presentaría un joven distinguido y de excelente educación, que la pediría por esposa. Y mi pobre hermana le adoraba, le temía y le consideraba el más inteligente de los hombres.

* * *

Cerró la noche por completo y no tardó la calle en quedarse desierta.

En casa del ingeniero Dolchikov cesaron de tocar el piano. La puerta cochera se abrió poco después, y un coche arrastrado por tres magníficos caballos salió, con un alegre ruido de cascabeles: el ingeniero y su hija se dirigían a las afueras de la ciudad a dar un paseo nocturno.

Era hora de acostarse.

Yo tenía en la casa una habitación; pero habitaba en un cuartito que había en el patio, en un cobertizo de ladrillos. Aquel cuartito había sido construído no se sabe para qué; probablemente para guardar los trastos viejos. Hacía treinta años que mi padre depositaba allí la colección de su periódico, cuyos números hacía empaquetar cada seis meses y guardaba celosamente, como algo precioso.

Yo le había tomado cariño a aquel cuartito abandonado: en él vivía sin que nadie me molestase, y veía lo menos posible a mi padre y a sus visitas. Además, se me antojaba que no habitando en la misma casa, y no yendo todos los días a comer, mi padre no podría echarme tanto en cara el vivir a su costa.

Mi hermana me atendía en mi apartamiento. A hurto de mi padre me llevó la cena: un trocito de vaca fiambre y un pedazo de pan. En casa se gastaba poco; mi padre siempre estaba hablando de la necesidad de limitar los gastos todo lo posible.

—Hay que calcular siempre—decía—. Al dinero le gusta ser contado y recontado.

Mi hermana, guiándose por estas máximas triviales y enojosas, procuraba economizar cuanto le era dable, y en casa se comía muy mal.

Puso sobre la mesa el plato con la cena, se sentó en mi cama y empezó a llorar.

—¡Misail!—dijo—, ¿qué has hecho?

Se pintaba en su rostro gran desconsuelo. Le caían las lágrimas sobre el pecho y en las manos. Apoyó la cabeza en la almohada y prorrumpió en sollozos, presa de un gran temblor.

—¿Has abandonado de nuevo tu empleo?—prosiguió—. ¡Es terrible!

Sus lágrimas me desesperaban, y yo no sabía qué hacer para consolarla.

El quinqué, en el que se había acabado el petróleo, estaba a punto de apagarse. Sombras fantásticas llenaban mi pobre habitación.

—¡Ten piedad de nosotros!—me rogó mi hermana, levantándose—. ¡Papá sufre tanto por tu culpa! ¡Y yo estoy enferma, no puedo más, me vuelvo loca

Tendiéndome las manos, me imploró:

—¡Vuelve a la oficina! ¡Hazlo en memoria de nuestra pobre madre!

—No puedo, Cleopatra—contesté, sintiendo que mis energías flaqueaban, y casi a punto de ceder—. ¡No puedo!

—Pero ¿por qué? Si no quieres volver a la misma oficina, a causa de tu disgusto con el jefe,

puedes buscarte otra colocación. ¿Por qué no te colocas en las oficinas de ferrocarriles? He hablado esta tarde con Ana Blagovo, y me ha asegurado que puedes encontrar en ellas un empleo, para lo que se halla dispuesta a ayudarte. ¡Por Dios, Misail, recapacita y haz lo que te pedimos!

Nuestra conversación se prolongó aún un poco, y acabé por capitular.

—Nunca—dije—se me había ocurrido ingresar en esas oficinas. Probaré.

Se trataba de una vía férrea en construcción en las cercanías de la ciudad.

Mi hermana se sonrió con alegría al través de sus lágrimas, y me apretó la mano. El quinqué se apagó del todo y me dirigí a la cocina en busca de petróleo.

II

Como no había teatro en la ciudad, solían organizarse funciones de aficionados, conciertos, cuadros vivos, a beneficio, naturalmente, de los pobres.

Entre los aficionados se distiguía la familia Achoguin, que tenía, como nosotros, su morada en la calle de la Nobleza. Casi siempre los espectáculos se celebraban en aquel amplio caserón. Los Achoguin pagaban todos los gastos y desplegaban gran actividad en los preparativos.

Era una familia de ricos terratenientes. Poseía

en el distrito más de tres mil hectáreas de tierra y una hermosa casa de campo. Pero poco amiga de la vida campestre, se pasaba todo el año en la ciudad.

La constituían la madre, una señora alta, delgada, pelicorta, que solía llevar, a la usanza inglesa, una falda lisa y una chaqueta hechura sastre, y tres hijas. Al hablar de ellas no se las designaba por sus nombres de pila, sino que se decía sencillamente: la mayor, la de en medio y la pequeña. Las tres eran feas, de barbilla aguda, cortas de vista y tenían los ojos oblicuos. Vestían como su mamá. Su voz desagradable, opaca, no les impedía tomar parte en los espectáculos. Casi siempre estaban ocupadas en preparativos de conciertos, representaciones teatrales, charadas. Declamaban, recitaban, cantaban. Las tres eran muy graves y no se sonreían nunca; hasta el teatro cómico lo interpretaban de un modo tan serio, si se les asignaban papeles en él, que parecían, más que intérpretes de una farsa regocijada, tenedores de libros.

A mí me divertían las funciones de aficionados, sobre todo los ensayos, en los que reinaba un gran desorden y solía armarse una algarabía infernal, y al final de los cuales se nos convidaba siempre a cenar. Yo no tomaba parte alguna en la elección de obras ni en el reparto de papeles. Mi trabajo consistía en copiarlos, pintar las decoraciones, apuntar, imitar entre bastidores el ruido del trueno, el canto del ruiseñor, etc. Como

iba mal vestido y carecía de una posición social honorable, me mantenía durante los ensayos un poco a distancia de la gente, a la sombra de los bastidores y no despegaba los labios.

Pintaba las decoraciones en el patio de casa de los Achoguin y me ayudaba en tal tarea un pintor decorador, o, como se denominaba él mismo, un "contratista de obras pictóricas", llamado Andrés Ivanovich. Era un hombre de unos cincuenta años, de elevada estatura, muy delgado y muy pálido, con la faz rugosa y unas grandes ojeras azules. Su aspecto enfermizo me asustaba un poco. Padecía no sé qué dolencia incurable. Con frecuencia se ponía a morir, pero guardaba cama unos días y se levantaba de nuevo, asombrado él mismo de seguir aún con vida.

—¡A pesar de todo no me he muerto!—decía.

En la ciudad le conocían, más que por Ivanov, por *Nabó,* no sé con qué motivo. Como a mí, le gustaba mucho el teatro. En cuanto sabía que se preparaba alguna función, dejaba todos sus trabajos y acudía a casa de Achoguin, a pintar las decoraciones.

El día siguiente a mi conversación con mi hermana trabajé en casa de Achoguin desde por la mañana hasta el anochecer.

La hora fijada para el comienzo del ensayo era las siete de la tarde. A las seis ya habían llegado cuantos habían de tomar parte en la función. Las tres muchachas—la mayor, la de en medio y la pequeña—se paseaban por el escenario, cuaderno

en mano, recitando sus papeles. *Nabó,* con un largo gabán rojo y una ancha bufanda, miraba, de pie junto a la puerta, al escenario, como mira, en un templo, el altar un creyente devoto. La señora Achoguin se acercaba ya a uno, ya a otro de los concurrentes y le decía a cada cual una cosa agradable. Tenía la costumbre de mirar fijamente a sus interlocutores y hablarles en voz baja, como si estuviera conversando de un modo muy confidencial.

—Debe de ser dificilísimo el pintar las decoraciones—me dijo quedito, acercándose a mí—. He estado hablando con la señora Mufke de las supersticiones arraigadas en nuestra sociedad. ¡Es terrible! No sabe usted lo que yo he luchado contra ellas. Para que la servidumbre se dé cuenta de lo ridículas que son, mando encender todas las noches tres bujías en mi habitación y procuro hacer en día 13 las cosas importantes. La pobre gente está segura de que tres bujías y la fecha 13 traen desgracia...

En aquel momento entró la hija del ingeniero Dolchikov, una rubia muy bella, vestida, como se decía entre nosotros, lo mismo que una parisién. Nunca tomaba parte en las representaciones; pero en los ensayos se ponía siempre en el escenario una silla para ella y no empezaba la función mientras ella no llegaba, radiante, elegantísima, y no se sentaba en un sillón de primera fila.

Se la respetaba mucho, como a una persona que había vivido largo tiempo en la capital. Sólo ella

podía permitirse, durante los ensayos, hacer observaciones críticas. Las hacía con una sonrisa de condescendencia y se advertía que consideraba el espectáculo un juego inocente de niños.

Se decía que había estudiado canto en el Conservatorio de Petrogrado y hasta que me gustaba mucho, y mis ojos solían no apartarse de ella en todo el ensayo.

Inesperadamente se presentó mi hermana en el escenario, puesto el sombrero y el abrigo, y acercándose a mí me dijo:

—¡Ven!

La seguí. Detrás del escenario se hallaba Ana Blagovo, también ensombrerada.

Era la hija del vicepresidente de la Audiencia, que residía en la ciudad desde hacía un sinfín de años, casi desde el día en que la Audiencia se creó. Como era de elevada estatura y muy bien formada, se la invitaba siempre a tomar parte en los cuadros vivos. Cuando aparecía en ellos vestida de hada o haciendo de estatua de la Gloria, parecía turbada en extremo y se ponía colorada hasta la raíz de los cabellos. En las funciones de teatro nunca tomaba parte, y rara vez asistía a los ensayos, en los que, además, no salía de entre bastidores.

Aquel día sólo estuvo unos momentos y ni siquiera entró en la sala.

—Mi padre—me dijo secamente, sin mirarme y ruborizándose—le ha recomendado a usted. El señor Dolchikov le ha prometido darle a usted

un empleo en el ferrocarril. Vaya usted a verle mañana. Estará en casa.

Yo la saludé y le di las gracias.

—En cuanto a eso—añadió, señalando al cuaderno de los papeles que yo llevaba en la mano—, lo mejor sería que dejase usted de emplear tiempo en ello.

Luego, ella y mi hermana se acercaron a la señora Achoguin, con la que hablaron en voz baja durante dos minutos, dirigiéndome frecuentes miradas. Parecían deliberar.

—Si le reclaman a usted—me dijo la señora Achoguin, acercándose a mí y mirándome con fijeza—ocupaciones más serias, puede entregar ese cuaderno a otra persona. ¡Deje usted eso, amigo mío, y vaya a sus quehaceres!

Saludé y me fuí muy turbado.

Apenas hube yo salido, vi salir a mi hermana y a la señorita Blagovo. Iban hablando con gran calor, probablemente de mí y de mi posible regeneración, y caminaban muy de prisa. Se veía que a mi hermana, que nunca asistía a los ensayos, le remordía la conciencia el haberse estado en casa de Achoguin, y tenía miedo de que mi padre se enterase.

Al día siguiente, a cosa de la una de la tarde, me presenté en casa del ingeniero Dolchikov.

Me acompañó un criado a un hermoso aposento, que era al mismo tiempo el salón y el cuarto de trabajo del ingeniero. Todo era allí agradable, elegante y producía una impresión extraña en

quien, como yo, no estaba acostumbrado a ver un lujo parecido. Ricos tapices, amplios sillones, cuadros con marcos de terciopelo, bronces. Se veían en las paredes retratos de bellas mujeres de rostro inteligente, en actitudes descocadas. Una puerta de cristales ponía la estancia en comunicación con una gran terraza cuyas escalinatas bajaban a un ameno jardín. En la terraza se veía una mesa servida para el almuerzo adornada con profusión de rosas y lilas y bien provista de botellas.

Flotaba en el aire el aroma de un cigarro habano. Sonreían allí el sol, la primavera y la felicidad. Se advertía que en aquella casa moraban el contento, la satisfacción, la ventura.

Ante la mesa de despacho estaba sentada, leyendo un periódico, la hija del ingeniero.

—¿Quiere usted ver a mi padre?—me preguntó—. Está bañándose y no tardará en salir. Tenga la bondad de sentarse.

Me senté.

—Usted vive en la casa de enfrente, ¿verdad?—me dijo, tras un corto silencio.

—Sí.

—Algunas veces me distraigo mirando por la ventana—continuó, sin apartar la vista del periódico—y los veo a usted y a su hermana. Su hermana de usted tiene una cara muy simpática, una cara leal y seria.

En aquel momento entró Dolchikov frotándose el cuello con una toalla.

—Papá, el señor Poloznev te espera hace un ratito.

—Sí; Blagovo me ha hablado de él—contestó el ingeniero, volviéndose a mí sin tenderme la mano—. Pero no puedo ofrecerle nada. No tengo plazas.

Se detuvo frente a mí y me dijo, con un tono tan poco amable que parecía reñirme:

—¡Son ustedes una gente extraña, señores! Todos los días vienen una porción de caballeros a pedirme empleos, como si yo fuera un ministro. Yo, señores, no dispongo de empleos para intelectuales, es decir, para personas que sólo saben emborronar papel. En la vía férrea que estoy construyendo lo que necesito son mecánicos, cerrajeros, ingenieros, carpinteros, no escritores. ¡Conmigo hay que trabajar duramente y no burocratear! ¿Estamos?

Su persona producía la misma impresión de felicidad, de bienestar, que todo cuanto le rodeaba. Grueso, vigoroso, de carrillos rojos, de pecho ancho, limpia y fresca la piel recién enjugada, vestido con una ancha blusa de seda y unos holgados pantalones, parecía un cochero de opereta. Tenía los ojos claros e inocentes, la nariz aguileña, ni un solo cabello blanqueaba en su perillita redonda.

—¿Qué saben ustedes hacer?—prosiguió—. ¡No saben ustedes hacer nada los intelectuales! Yo, sin ir más lejos, soy ahora ingeniero, gozo de buena posición; pero antes de llegar a esto he

pasado por todas las miserias, he trabajado como simple maquinista, he sido dos años, en Bélgica, fogonero de locomotora. ¿Usted para qué sirve, para qué trabajo se considera útil?

—Sí; tiene usted razón—repuse, muy turbado ante la mirada severa de sus ojos claros e inocentes.

—Al menos, ¿sabe usted manejar el aparato telegráfico?—me preguntó, tras una corta reflexión.

—Sí; he estado empleado en Telégrafos.

—Bueno... Ya veremos. Por de pronto puede usted salir para Dubechnia. Allí tengo ya un empleado; pero no vale nada.

—¿En qué consistirá mi trabajo?

—Ya decidiremos. Váyase. Daré órdenes. Pero se lo prevengo: no se me emborrache y no me moleste con peticiones; pues de lo contrario le despediré.

Y se sentó en una butaca sin hacerme siquiera una inclinación de cabeza. La conversación había terminado. Saludé al ingeniero y a su hija y me fuí.

La impresión que me produjo tal entrevista no pudo ser más deprimente. Cuando llegué a casa y mi hermana me preguntó cómo me había recibido el señor Dolchikov, no tuve alientos para pronunciar ni una palabra: tan abatido estaba.

Al día siguiente me levanté antes de salir el sol para irme a Dubechnia. Nuestra calle estaba completamente desierta. Todo el mundo dormía

aún, y mis pasos resonaban ruidosos y aislados en el silencio matutino. Las acacias, cubiertas de rocío, impregnaban el aire de una deliciosa fragancia.

Yo estaba triste y sentía en el alma tener que dejar la ciudad. La amaba mucho y me parecía bella y cómoda. Me placían el verdor de sus calles, sus dulces mañanas soleadas, el campaneo de sus iglesias. Sólo la gente que vivía en ella me era extraña, desagradable, odiosa a veces. Ni la amaba ni la comprendía.

No acertaba a explicarme por qué y cómo vivían aquellos sesenta y cinco mil habitantes. Sabía que Tula fabrica samovares y fusiles, que Moscú es un centro importante de producción, que Odesa es un gran puerto de mar; pero ignoraba el papel de nuestra ciudad en el mundo y la razón de su existencia.

Los vecinos de la calle de la Nobleza y de dos o tres calles más vivían de sus rentas y de los sueldos que cobraban como empleados del Estado; pero los de las otras calles que se extendían paralela y perpendicularmente en un área de tres kilómetros ¿de qué diablos vivían?... Esto era para mí un enigma. Vivían, eso sí, de una manera repugnante. No había en la ciudad ni un buen jardín público, ni un teatro, ni siquiera una mediana orquesta. Aunque poseíamos dos bibliotecas—una del Municipio y otra perteneciente al Casino—, no las solían visitar sino jóvenes israelitas, y las revistas permanecían meses enteros

sin abrir. Gente rica, hasta intelectual, dormía en alcobas angostas, se acostaba en camas de madera llenas de chinches; los cuartos de los niños eran verdaderas pocilgas; la servidumbre dormía en la cocina, sin más lecho que el suelo, y se abrigaba con harapos. La alimentación era mala y poco abundante en la mayoría de las casas.

En el Consejo Municipal, en el Gobierno, en el Palacio Episcopal se hablaba sin cesar de la necesidad de dotar de aguas a la ciudad, donde las que había eran escasas y malsanas; pero se tropezaba con la falta de dinero. Sin embargo, había entre nosotros millonarios que perdían en una sola noche miles de rublos en el juego y que también ellos bebían agua insalubre, sin ocurrírseles siquiera hacer un pequeño sacrificio pecuniario en beneficio de la población.

Yo no podía concebirlo: estando en su mano favorecer la ciudad con notables mejoras, ponían el grito en el cielo porque el Gobierno le negaba un crédito al Ayuntamiento.

Entre todos los vecinos que yo conocía no había un hombre honrado. Mi padre recibía subvenciones, y se figuraba que se las daban por su bella cara; los estudiantes, para que los profesores no los tratasen con demasiada severidad en los exámenes, solicitaban de ellos clases particulares, que les pagaban carísimas; la señora del gobernador militar recibía fuertes sumas por que su marido librase a los mozos del servicio, y además se hacía llevar los mejores vinos y tomaba



unas borracheras escandalosas; los médicos aprovechaban cuantas ocasiones se les ofrecían de medrar a costa del pueblo, y el del Municipio, por ejemplo, recibía regalos de casi todos los carniceros cuyos establecimientos estaba obligado a inspeccionar. En todas partes se consideraba al solicitante un ser cuya misión era la de pagar, y en el Ayuntamiento, en las escuelas, en las oficinas se le engañaba, se le vendían certificados falsos, se hacía todo lo posible por sacarle los cuartos.

Y la pobre gente sabía muy bien que sin una gratificación no se podía conseguir nada, y pagaba a los empleados su tributo de cientos de rublos, y a veces hasta de treinta o cuarenta "copecks".

Los que no tomaban gratificaciones—por ejemplo, los jueces o el fiscal—, eran altivos, fríos, de ideas estrechas; trataban a la gente con desdén; jugaban, bebían; sólo se casaban con muchachas ricas, y su influjo en la sociedad no era nada beneficioso.

Unicamente las doncellas eran puras de alma. Casi todas tenían aspiraciones nobles y un corazón limpio y entusiasta; pero no comprendían la vida; su concepto del mundo pecaba de cándido; reputaban normal cuanto pasaba en torno suyo. Luego, de casadas, envejecían de un modo prematuro y se hundían en el cieno de una existencia gris, vulgar.

III

El camino de hierro en construcción cerca de la ciudad atraía gran número de obreros. Las vísperas de fiesta se paseaban por las calles en nutridos grupos, atemorizando a los indígenas. A veces, cometían robos. Era frecuente verlos, con la cara cubierta de sangre, destocados, la blusa hecha jirones, conducidos al puesto de Policía por haber hurtado un samovar o una pieza de ropa tendida.

Sus lugares predilectos eran los mercados y las tabernas. En la anchura abierta a los cielos de las plazas públicas comían, bebían, gritaban, juraban. En cuanto veían una mujer de conducta no muy austera la saludaban con un coro de agudos silbidos.

Los lonjistas, para divertirlos, les daban "vodka" a los gatos y a los perros, o ataban a la cola de un can una lata vacía y asustaban con grandes gritos al pobre animal, que, aterrorizado, corría que se las pelaba, chillando y moviendo con la lata un infernal estrépito, en la creencia, sin duda, de que le perseguía un monstruo, y no paraba hasta las afueras, adonde llegaba sin aliento. No pocas veces la cerril diversión acababa volviéndose el can loco.

La estación se había emplazado a cinco verstas de la ciudad. Se decía que los ingenieros le ha-

bían pedido al Ayuntamiento cincuenta mil rublos para hacer pasar el camino de hierro por la ciudad, y que el Ayuntamiento no había querido dar más que cuarenta mil, lo que había sido causa de que las negociaciones fracasaran y la línea se construyese a gran distancia de la población. Luego, el Ayuntamiento lamentó no haber aceptado las proposiciones de los ingenieros; pues se vió obligado a hacer un camino hasta la estación, lo cual era mucho más caro.

La línea estaba ya casi terminada; los rieles y las traviesas colocados. Pequeños trenes cargados de materiales de construcción y de obreros circulaban ya. Sólo faltaban los puentes, de cuya construcción estaba encargado el ingeniero Dolchikov. Muchas estaciones también estaban edificándose aún.

La de Dubechnia era la más próxima a la ciudad, de la que distaba diez y siete verstas.

Yo avanzaba sin apresurarme. Los campos verdeaban a uno y otro lado del camino. Todo estaba inundado de sol. El paisaje era agradable, pintoresco. A lo lejos se divisaban la estación, algunas colinas, unas cuantas casas de campo.

Yo respiraba a pleno pulmón y me sentía feliz. Procuraba no pensar en nada, para saborear más por entero aquellas horas de libertad. Desechaba todo pensamiento relacionado con mi padre, con el ingeniero Dolchikov, con el empleo que me esperaba en Dubechnia. ¡Ah, si fuera posible no estar sujeto al hambre! Entonces podría uno ser

libre como un pájaro. El hambre era mi más terrible enemigo. Cuando tenía hambre, el deseo impetuoso de llenar la barriga turbaba mis mejores pensamientos.

Aquella mañana, por ejemplo, todo era en torno mío bello, resplandeciente; estaba yo solo en mitad de los campos sin límites, miraba cernirse en el aire una alondra canora... y pensaba: "¡Con qué gusto me comería un pedazo de pan con manteca!"

Sentado un instante a la orilla del camino, quería entregarme de lleno al deleite de aspirar la fresca brisa matinal, y—¡ay!—de pronto se me venía a la imaginación el olor delicioso de las patatas fritas.

Era robusto, corpulento, y tenía un apetito de lobo; pero rara vez podía satisfacerlo, y casi siempre estaba hambriento. Quizá debido a eso no ha extrañado nunca que la gente del pueblo hable de comer casi constantemente y sólo piense en el pan cotidiano. El hambre es el motor principal de la actividad humana.

* * *

En Dubechnia estaba terminándose la edificación de la estación. Ya había comenzado a alzarse el piso superior. En el inferior trabajaban los pintores.

Hacía un calor horrible. Los obreros trabajaban sin energía enervados por el ardor del sol.

Algunos estaban sentados, dormitando, sobre montones de ladrillos y piedras, y el sol les quemaba la cara.

Ni un árbol en una gran distancia. El hilo del telégrafo, sobre el que reposaban algunos pajarillos, sonaba con un rumor monótono.

Empecé a vagar por entre los montones de materiales sin saber lo que debía hacer. Recordaba que el señor Dolchikov, cuando le pregunté cuál era mi obligación en Dubechnia, me había contestado: "Ya veremos." Yo no veía nada. ¿Que podía ver en aquel desierto, entre aquellos montones de materiales en desorden?

Poco a poco la fatiga y el fastidio fueron adueñándose de mí. Las piernas apenas me obedecían y sentía un deseo creciente de agazaparme en un rincón.

Después de ir y venir durante dos horas por los alrededores de la estación, paré mientes en una serie de postes telegráficos que se alejaba y desaparecía, a unas dos verstas de distancia, tras una tapia blanca. Los obreros me dijeron que allí estaban las oficinas, y caí al fin en la cuenta de que allí era adonde debía dirigirme.

A los veinte minutos me hallaba a la puerta de las oficinas.

Estaban instaladas en una vieja casa de campo abandonada hacía mucho tiempo. Las paredes estaban medio en ruinas, y el tejado, cubierto de orín y lleno de remiendos. En torno del edificio se extendía un gran patio que parecía una pra-

dera pues verdeaba la hierba en él por todas partes. A derecha e izquierda veíanse dos pabelloncitos parejos en tamaño y construcción. En uno de ellos, las ventanas estaban cubiertas con tablas, y diríanse unos ojos ciegos. Junto al otro, cuyas ventanas se hallaban abiertas, había ropa secándose al sol, colgada de una cuerda, y se paseaban unos ternerillos. El último poste telegráfico se alzaba dentro del patio, y el hilo penetraba, por una ventana, en uno de los pabellones.

La puerta estaba abierta, y entré. Ante una mesa sobre la que había un aparato de telegrafía estaba sentado un señor de cabello obscuro y rizoso, con una larga blusa blanca.

Levantó la cabeza y me miró severamente; pero en seguida una sonrisa iluminó su rostro.

—¡Calla! ¿Eres tú, Poloznev?

Yo también le reconocí al punto. Era Iván Cheprakov, mi compañero de Liceo. Le habían expulsado, cuando cursaba segundo año, porque le sorprendieron fumando.

No olvidaré nunca mis excursiones cinegéticas en su compañía. Cazábamos pájaros y luego los vendíamos en el mercado. Acechábamos horas enteras, en otoño, las bandadas que huyendo del frío emigraban a países más cálidos, y hacíamos en ellas estragos valiéndonos de pequeños cartuchos. Muchos de los pobres pájaros heridos morían entre nuestras manos; otros curaban y los vendíamos, haciéndolos pasar por machos aunque no lo fuesen.

Cheprakov era de constitución débil; tenía el pecho angosto, la espalda encorvada, las piernas largas. Vestía con un gran descuido. Llevaba la sucia y estrecha corbata mal anudada; no usaba chaleco; sus botas sobrepujaban en vejez a las mías. Sus movimientos eran bruscos, nerviosos: se estremecía a cada instante como si siempre se encontrase bajo el imperio del miedo. Hablaba de un modo incoherente y se interrumpía con frecuencia.

—Oye... ¿Qué iba yo a decirte?... No me acuerdo...

Despaciosamente me puso en autos de todo lo relativo a Dubechnia. Me contó que la finca donde me hallaba a la sazón pertenecía a sus padres, y que el otoño anterior había sido adquirida por el ingeniero Dolchikov, el cual opinaba que era mucho más ventajoso poseer tierras que guardar el dinero en el Banco, y había ya comprado en nuestra región tres grandes fincas. La madre de Cheprakov—su padre había muerto hacía mucho tiempo—no había consentido en vender Dubechnia sino con la condición de poder habitar durante dos años después de la venta en uno de los pabellones. Además, Dolchikov le había dado una colocación a mi amigo en la oficina.

—Ha hecho un magnífico negocio comprando Dubechnia—dijo Cheprakov—. Es un cuco. Sabe sacar provecho de todo.

Luego me llevó a su pabellón a almorzar.

—Vivirás conmigo en mi pabellón—decidió de

pronto—. Comerás con nosotros. Aunque mi madre es avara, no te hará pagar demasiado.

Las habitaciones que habitaba su madre eran muy reducidas. Estaban atestadas de muebles que se habían transportado allí de la casa grande después de la venta de la finca. Hasta en el vestíbulo y en el pasillo había numerosas mesas, sofás y butacas. El mobiliario era viejo, de caoba.

La señora Cheprakov, una dama corpulenta y anciana, hallábase sentada en un gran sillón, junto a la ventana, y hacía calceta. Me recibió con un empaque presuntuoso.

—Te presento, mamá, a mi amigo Poloznev—le dijo su hijo—, que va a ser empleado aquí.

—¿Es usted noble?—me preguntó ella.

—Sí—repuse.

—Tenga la bondad de sentarse.

El almuerzo dejó mucho que desear. Se compuso de un pastel de queso amargo y una sopa en leche.

La señora Cheprakov guiñaba de vez en cuando, ora un ojo, ora otro. Eran movimientos involuntarios y morbosos. Había un no sé qué en toda ella que anunciaba una muerte próxima. Hasta se me antojaba que olía a cadáver. La vida estaba casi apagada en aquella mujer, en la que lo único que sobrevivía era la idea de su nobleza, de los muchos siervos que tuvo en otro tiempo, de su calidad de viuda de un general y de su derecho, por tanto, a ser tratada de excelencia. Cuando se acordaba de todo eso, su cuerpo semi-

muerto se animaba un poco, y le decía a su hijo:

—Juan, ¿has olvidado cómo se coge el cuchillo?

A mí me hablaba con un acento afectado de gran señora.

—Sabrá usted por Juan que hemos vendido la finca. Es sensible, pues le teníamos mucho cariño. Pero Dolchikov ha prometido nombrar a mi hijo jefe de la estación, y seguiremos viviendo aquí... El señor Dolchikov es muy bueno. Y guapo, ¿verdad?

Hasta no mucho tiempo antes, la familia Cheprakov había sido muy rica; pero después de la muerte del general había poco a poco venido a menos. La señora Cheprakov empezó a armar pleitos con sus vecinos, a querellarse por cualquier motivo ante los tribunales, a reñir con los proveedores y los obreros, a quienes no quería pagar. Siempre desconfiada, sospechando siempre que intentaban robarle, su estúpida administración dió al cabo al traste con su fortuna. A los pocos años de la muerte del general, Dubechnia se hallaba en un estado desastroso y no parecía la misma finca.

Tras la casa grande había un viejo jardín descuidado, abandonado, cubierto de una vegetación salvaje.

Subí a la terraza, todavía muy hermosa y bien conservada. A través de una puerta vidriera vi una vasta estancia—el salón, a lo que induje—en la que había un piano antiguo y grandes lien-

zos patinosos con marcos de caoba, restos de lujos pretéritos.

En el jardín, al otro lado de la terraza y no lejos de ella, veíanse algunos cuadros de amapolas y de claveles medio secos, y numerosos abedules y tilos jóvenes, que solían crecer demasiado cerca unos de otros y se quitaban espacio mutuamente.

Más allá no había otros árboles que algunos cerezos, manzanos y perales, dispersos entre la hierba que hacían del jardín un prado, y tan altos y copudos que no era empresa fácil reconocer a primera vista su especie.

Se advertía que nadie cuidaba del parque, cuyas plantas estaban enfermas, roídas por los gusanos, mutiladas. La parte donde se hallaban los cerezos, los manzanos y los perales la tenían alquilada unos fruteros de la ciudad y la guardaba un campesino medio imbécil que habitaba allí mismo, en una barraca.

El jardín descendía por aquella parte hasta el río y lo limitaba una línea de sauces y cañas. En la ribera había un viejo molino, con tejado de paja, que producía un ruido ensordecedor como si le poseyese una gran cólera. Junto al molino, el agua era profunda e inquieta y abundaba la pesca.

En la ribera opuesta agrupábase el caserío de la aldehuela de Dubechnia.

Era un lugar poético y pintoresco. A la sazón pertenecía todo aquello al ingeniero Dolchikov.

* * *

Comencé mi nuevo servicio.

Sentado ante el aparato telegráfico, descifraba numerosos despachos que transmitía a las estaciones próximas; copiaba gran cantidad de informes que se nos dirigían, redactados en un estilo terrible, por empleados que apenas sabían escribir.

Pero la mayor parte del tiempo no tenía nada que hacer y me paseaba a lo largo de la habitación, en espera de telegramas. A veces dejaba en mi puesto a un muchacho para vigilar el aparato y me iba a vagar por el jardín mientras que mi sustituto no me anunciaba la llegada de un despacho.

Comía en casa de la señora Cheprakov, cuya mesa era bastante mala. Sólo muy raras veces se servía carne: casi todos los componentes del "menu" se reducían a queso y sopa en leche. Los miércoles y viernes—días de ayuno—las comidas eran aún más parcas. La señora Cheprakov me miraba guiñando morbosamente los ojos, y yo no me sentía a gusto en su compañía.

Como había tan poco trabajo en la oficina, Cheprakov no hacía nada en absoluto. Empleaba el tiempo en dormir o se iba, escopeta en mano, a la orilla del río a cazar gansos. Por la noche se emborrachaba en la aldea o en la estación, donde se vendía "vodka", y volvía a casa tambaleándose, y antes de acostarse se miraba largo rato al espejo, entablando coloquios consigo mismo.



—Buenas noches, Iván Cheprakov—se decía—. ¿Qué tal ?

Cuando se emborrachaba se ponía muy pálido, se frotaba las manos y lanzaba leves carcajadas. Algunas veces se quedaba en pelota y corría por el jardín como Dios le echó al mundo. En más de una ocasión le vi cazar moscas y le oí asegurar que estaban exquisitas.

—¡Están un poco agrias—añadía—, pero no importa!

IV

Un día, después de almorzar, entró en mi cuarto, jadeante, y me gritó:

—¡Ven en seguida! ¡Tu hermana está ahí!

Salí corriendo.

En efecto: ante la casa grande había parado un carruaje, junto al cual se hallaban mi hermana, Ana Blagovo y un señor con uniforme de oficial. Cuando estuve cerca le reconocí: era el hermano de Ana Blagovo, un joven médico militar.

—Hemos venido—me dijo—a merendar con usted. ¿Aprueba usted la idea?

Mi hermano y su amiga se advertía que deseaban preguntarme qué tal estaba allí; pero me miraban sin hablarme. Yo también guardaba silencio. Comprendieron que distaba mucho de ser feliz. Los ojos de mi hermana se llenaron de lágrimas, y la señorita Blagovo se puso un poco colorada.

Nos dirigimos al jardín. El doctor marchaba delante, y decía a cada momento con entusiasmo:

—¡Dios mío, qué atmósfera, qué deliciosa atmósfera! Se respira a pleno pulmón...

Su aspecto era tan juvenil que se le podía tomar por un estudiante. Su manera de hablar y de andar eran de estudiante también, y la mirada viva, sencilla y franca de sus ojos grises no tenía nada que envidiarle a la de un buen estudiante idealista. Junto a su hermana, alta y hermosa, parecía débil y exiguo. Su perilla era poco poblada y su voz no muy varonil, aunque agradable.

Estaba de médico en un regimiento, en una ciudad lejana, y había venido a pasar las vacaciones en casa de su padre. Decía que para el otoño se iría a Petersburgo a obtener el diploma de profesor.

Era ya padre de familia. Tenía mujer y tres hijos. Se había casado muy joven, siendo aún estudiante de segundo año. Se decía en la ciudad que no era feliz en su matrimonio y que vivía separado de su mujer.

—¿Qué hora es?—preguntó con inquietud mi hermana—. Tenemos que volver temprano. Papá me ha dicho que esté en casa a las seis.

—¡Dios mío, siempre su papá! — suspiró el doctor.

Puse a hervir agua en el samovar. Tomamos el te sobre una alfombra que extendí en el jardín, frente a la terraza. El doctor bebía de rodillas y aseguraba encontrar en ello un hondo placer.

Luego, Cheprakov fué a buscar la llave de la casa grande, abrió la puerta que daba a la terraza y entramos todos. Reinaban en el caserón las sombras y el misterio; olía a setas, y nuestros pasos resonaban sordamente como si bajo nuestros pies hubiese una profunda cueva.

El doctor se aproximó al piano y, sin sentarse, paseó los dedos por el teclado. Le respondieron algunos sonidos débiles, tremantes, roncos, pero todavía melodiosos. Luego tarareó una romanza e intentó tocar el acompañamiento, lo que no consiguió, pues a veces oprimía en vano las teclas: algunas notas estaban paralizadas.

Mi hermana le escuchaba cantar. Ya no se preocupaba de volver a casa temprano. Conmovida, turbada, iba y venía por el salón y decía de cuando en cuando:

—¡Qué contenta estoy, qué contenta!

Lo decía como con asombro, como si le pareciese inverosímil poder también ella estar alegre. En efecto, era la primera vez en la vida que yo la veía de aquel humor. Estaba hasta más bella.

En puridad—sobre todo de perfil—, no era bonita; su nariz y su boca le daban una expresión un poco extraña, semejante a la de quien está soplando; pero tenía unos hermosos ojos negros; en su faz, bondadosa y triste, había una palidez delicada, exquisita; el verla hablar producía una impresión muy grata; diríase que se embellecía cuando hablaba. Ambos nos parecíamos a nuestra difunta madre: éramos fuertes, an-

chos de espaldas, vigorosos; pero mi hermana hacía tiempo que estaba descolorida y enfermiza: tosía con frecuencia, y yo a veces sorprendía en sus ojos la expresión de las gentes heridas de muerte que se esfuerzan en ocultar su enfermedad.

En la alegría que manifestaba aquella tarde había algo de ingenuo, de infantil. Se diría que en su alma había despertado de pronto el júbilo de los primeros años de la niñez que había procurado ahogar una educación severa. Me parecía asistir a la resurrección de tal contento y a su lucha por romper las cadenas que hasta entonces lo habían sujetado. No había visto nunca así a mi hermana. Pero cuando empezó a anochecer y el carruaje estuvo dispuesto para retornar con mis visitantes a la ciudad, mi hermana enmudeció de pronto y se puso muy triste. Ocupó su sitio en el coche con el aire abatido de un reo al sentarse en el banquillo.

Se fueron y de nuevo reinó el silencio en torno mío.

Recordando que Ana Blagovo no me había dirigido en toda la tarde la palabra, pensé: "¡Qué muchacha más extraña!"

Los días sucedíanse monótonos, iguales los unos a los otros. Yo me aburría terriblemente. La ociosidad, unida a la ignorancia en que me encontraba en lo tocante a mi situación, gravitaba pesadamente sobre mí. Descontento de mí mismo, inerte, casi siempre con hambre, pues la ali-

mentación que me daba la señora Chepralov era insuficiente, vagaba por la finca esperando con ansia el momento propicio para irme de allí.

Una tarde, encontrándose en nuestro pabellón el pintor *Nabó*, llegó, de un modo inesperado, el ingeniero Dolchikov. Venía tostado por el sol y cubierto de polvo. El viaje hasta Dubechnia lo había hecho en una locomotora, y desde la estación había venido a pie.

Mientras llegaba el coche que debía conducirle a la ciudad, pasó revista a toda la finca, dando, a grandes voces, diferentes órdenes. Después se sentó en nuestro pabellón y empezó a escribir cartas. Durante ese tiempo llegaron algunos despachos dirigidos a él, a los que contestó expidiendo él mismo sus respuestas. Nosotros permanecíamos en pie, en una actitud respetuosa.

—¡Qué desorden, Dios mío, qué desorden!—dijo después de un corto examen de los papeles que había sobre la mesa—. Dentro de dos semanas transportaré la oficina a la estación, y, verdaderamente, no sé qué haré de ustedes...

—Yo procuro hacer mi servicio lo mejor posible, excelencia—contestó Cheprakov.

—No lo veo—replicó Dolchikov—. Lo único que les interesa a ustedes—añadió mirándome a mí—es recibir dinero. Ponen ustedes todas sus esperanzas en la protección y sólo piensan en hacer rápidamente carrera. Pero a mí no me gusta eso. Yo nunca me he valido de la protección. Antes

de ser lo que ahora soy he sido maquinista y trabajado rudamente en Bélgica.

Luego se volvió a *Nabó* y le preguntó:

—¿Y tú qué hacías aquí? ¿Bebíais juntos "vodka"?

Su acento era desdeñosísimo: despreciaba a los pobres y los calificaba de canallas, inútiles y borrachos. Con los pequeños empleados era cruel; los condenaba a multas sin piedad alguna, y los despedía por un quítame allá esas pajas. Por fin llegó el coche.

Antes de irse, el ingeniero nos amenazó con echarnos a las dos semanas, nos dirigió unas cuantas palabras severas a cada uno y, sin decir siquiera adiós, le gritó al cochero que arrease.

—Andrés Ivanovich—le dije a *Nabó*—, permítame trabajar con usted.

—¿Por qué no? ¡Vamos!

Y echamos a andar ambos en dirección a la ciudad.

Cuando la finca y la estación se quedaron atrás, le pregunté al pintor:

—Andrés Ivanovich, ¿a qué ha venido usted a Dubechnia?

—Negocios, muchacho. Algunos de mis obreros trabajan en el camino de hierro. Además, tenía que pagarle a la generala Cheprakov los intereses. El año pasado me prestó cincuenta rublos a condición de que le pagase un rublo cada mes.

Se detuvo, me cogió un botón de la americana,

me miró fijamente y añadió con el tono solemne de un predicador:

—¿Quiere usted que le diga una cosa, querido? Un hombre—sencillo o avisado—que se hace pagar intereses, aunque sean muy pequeños, es un criminal. Un hombre así se encuentra a mil verstas de la verdad. ¿Tengo razón o no la tengo?

¿Cómo iba yo a negarle que la tenía? Miraba su rostro enjuto, pálido, enfermizo, y callaba.

—¡Cuánto pecado comete la gente! — exclamó, cerrando los ojos—. ¡Que Dios la perdone! Todos somos pecadores...

V

Nabó carecía en absoluto de sentido práctico, y nunca sabía poner sus propósitos de acuerdo con su posibilidad de cumplirlos. Aceptaba mucho más trabajo del que le era dable ejecutar, y pasaba ratos muy malos; con frecuencia no tenía bastante dinero para pagar a sus obreros, y muy a menudo no sólo no ganaba nada para él, sino que perdía. Se encargaba de cuantos trabajos se le proponía: pintaba paredes, ponía cristales en las ventanas, construía tejados. Para un encargo sin importancia corría días enteros a través de la ciudad, en busca de obreros.

Era un trabajador excelente, y ganaba, trabajando solo como un obrero, hasta diez rublos diarios. Pero prefería ser contratista, lo que halagaba su ambición, y con ese motivo luchaba siem-

pre con innumerables dificultades y vivía en la miseria.

Me pagaba, como a los demás obreros, de setenta "copecks" a un rublo por día.

Cuando el tiempo era bueno y seco, nos dedicábamos a trabajos exteriores, principalmente en los tejados. Debido a mi falta de costumbre, me parecía que el cinc de éstos me quemaba los pies. Probé a trabajar con botas; pero eso no me permitía andar bien, y no tardé en seguir trabajando descalzo. En poco tiempo me acostumbré de tal manera que no sentía molestia alguna.

En fin, yo estaba muy contento de mi nueva vida. Vivía entre gente que consideraba el trabajo obligatorio, indispensable, y trabajaba como las bestias de carga, con frecuencia sin darse cuenta de la significación moral que el trabajo posee, y hasta sin llamarle trabajo.

Junto a esa gente yo mismo me iba tornando poco a poco en una bestia de carga, cada día más penetrado de que el trabajo es una cosa obligatoria, inevitable. Tal convicción me hacía la vida más sencilla y fácil y me libraba de cavilaciones.

Al principio todo era nuevo e interesante para mí como si acabase de nacer. Podía darme el gusto de acostarme en tierra y de andar descalzo, cosas con que gozaba mucho; podía mezclarme a una muchedumbre de gente sencilla sin cohibirla y sin que se apartase ante mí; cuando veía en la

calle un caballo caído, podía acudir en ayuda del cochero, para que lo levantase, sin temor de ensuciarme la ropa.

Pero lo que me regocijaba sobre todo era el vivir de mi propio trabajo y no tener que vivir a expensas de otro.

La pintura de los tejados era un negocio muy ventajoso; se ganaba mucho con ese trabajo desagradable y fastidioso. Mi nuevo amo, *Nabó*, trabajaba él mismo con nosotros en los tejados. Con unos pantalones muy cortos que dejaban al aire sus pantorrillas sucias de pintura, flaco como una espátula, se paseaba por el tejado, brocha en mano, suspirando y repitiendo:

—¡Pobres de nosotros los pecadores!

Andaba por el tejado con la misma facilidad que por un pavimento. Cuando trabajaba en las cúpulas de las iglesias, a una gran altura, sólo se valía de cuerdas, a las que se ataba. Viéndole trabajar a tan desmesurada altura sin las precauciones necesarias, yo me atemorizaba en extremo; pero él no tenía miedo ninguno, parecía estar completamente a gusto y de cuando en cuando lanzaba, a voz en cuello, una de sus frases favoritas:

—¡Pobres de nosotros los pecadores!

O bien:

—¡La mentira devora el alma como el orín devora el hierro!

Al volver a casa por la noche tras la jornada de trabajo, y pasar por delante de las tiendas,

oía con frecuencia chirigotas en boca de tenderos y dependientes:

—¡Ahí tenéis a un caballero, a un noble descalzo!

Al principio eso me turbaba, me ofendía; pero poco a poco aprendí a acoger con calma tales burlas. Y cosa extraña: quienes más encarnizadamente me hacían objeto de sus mofas eran aquellos que en otro tiempo se habían visto obligados a trabajar de un modo rudo. Muchas veces, cuando pasaba por delante del mercado me tiraban, como sin querer, agua, y un día un tenderillo llegó a tirarme un palo a los pies. Un pescadero anciano de luenga barba blanca me dijo una vez, mirándome con odio:

—¡No eres tú el digno de lástima, canalla, sino tu pobre padre!

Los amigos de casa, cuando me encontraban, no podían disimular su azoramiento. Unos me miraban como a un extraño; otros me compadecían; otros no sabían qué actitud adoptar ante mí.

Un día, en una callejuela que desembocaba en la calle de la Nobleza, me topé con Ana Blagovo. Iba a mi trabajo y llevaba un saco de pintura y dos largas brochas. Al reconocerme, la amiga de mi hermana se ruborizó:

—¡Le suplico a usted que no me salude en la calle!—me dijo con voz alterada, dura y temblorosa, sin tenderme la mano.

En sus ojos brillaban las lágrimas.

—Si cree usted obrar bien, haga lo que



quiera; pero... se lo ruego: no vuelva a saludarme.

Naturalmente, no seguí viviendo en casa de mi padre; vivía en el arrabal de la ciudad llamado "Makarija", en casa de mi anciana nodriza, Karpovna, una vieja de muy buen corazón, pero de un carácter sombrío. Siempre estaba hablando de presentimientos nefastos y de malos sueños; hasta las abejas que entraban del jardín se le antojaban signo de desgracias próximas a ocurrir.

El hecho de que yo me convirtiese en un simple obrero fué también para ella un presagio siniestro.

—¡Eres un desgraciado! ¡Esto acabará mal!—repetía, balanceando tristemente la cana cabeza—. Me da el corazón...

En su reducida casuca vivía también su hijo adoptivo, Prokofy, un carnicero. Era un hombre casi gigantesco, de unos treinta años, desgalichado, rojo, con unos bigotes que parecían de alambre. Cuando me encontraba en el vestíbulo, se apartaba respetuosamente para dejarme paso, y si estaba borracho me hacía un saludo militar llevándose la mano a la gorra. Por las noches, cuando estaba cenando, yo le oía, al través del tabique que separaba mi camaranchón de su cuarto, masticar y lanzar ruidosos suspiros cada vez que bebía "vodka", como si bebiese veneno.

—¡Mamá!—le gritaba a la vieja Karpovna.

—¿Qué, hijo mío?—le preguntaba ella al carnicero, a quien quería con locura.

—Oiga usted una cosa, mamá: como es usted tan buena conmigo, la mantendré a usted mientras viva, y cuando se muera la haré enterrar a mis expensas. ¡Palabra de honor!

Me levantaba todos los días antes de salir el sol y me acostaba temprano. Los pintores de brocha gorda comemos mucho y dormimos profundamente; pero, no sé por qué, padecemos, sobre todo de noche, fuertes palpitaciones de corazón.

Con mis compañeros me hallaba en buenas relaciones. Se pasaban la vida cambiando maldiciones terribles, como, por ejemplo: "¡Que se te salten los ojos!" "¡Que te dé el cólera!"; pero, a la postre, se vivía en perfecta camaradería. Los obreros me consideraban una especie de sectario religioso; de otro modo, no se explicaban que un caballero, hijo de un arquitecto, se hubiera convertido, por su propia voluntad, en un simple trabajador. Me gastaban frecuentes bromas; pero yo no me ofendía. Casi todos carecían de sentimientos religiosos, y confesaban que no iban o que iban muy poco a la iglesia.

—Nuestro traje—decían para justificarse—asustaría a los fieles...

La mayoría de ellos me tenían cierto respeto. Me estimaban porque no bebía "vodka", no fumaba y llevaba una vida sobria y tranquila. Sólo les enojaba el que no robase pintura, como se acostumbra entre los del oficio, y el que me negase a pedirles propinas a los parroquianos. Todos ellos robaban pintura: era una tradición consa-

grada por la práctica. Hasta el propio *Nabó*, aquel hombre escrupulosamente honrado, se creía en el deber de respetar dicha tradición, y todos los días, cuando terminaba el trabajo, se llevaba un poco de pintura perteneciente al parroquiano. En cuanto a las propinas, incluso los obreros viejos y respetables que tenían casa propia en el arrabal Marakija no se avergonzaban de pedirlas. Era triste ver a todo un grupo de trabajadores descubrirse ante un parroquiano, pedirle con tono humilde una propina y éxpresarle su gratitud, al recibirla, con tono no más digno.

En fin: se conducían con los parroquianos como verdaderos jesuítas, y yo me acordaba, mirándolos, de Polonio, el personaje de Shakespeàre.

—Creo que va a llover—decía el parroquiano, mirando al cielo.

—¡De seguro!—confirmaban los obreros—. ¡Va a llover a mares!

—Sin embargo, se va poniendo raso. Me parece que no lloverá.

—Sí, tiene razón su excelencia. No lloverá, no.

Despreciaban de todo corazón a los parroquianos, y, en su ausencia, se burlaban de ellos sin piedad. Si veían, por ejemplo, a uno leyendo un periódico en la terraza, hacían en voz baja observaciones como ésta:

—Está leyendo el periódico; pero quizá no tenga qué llevarse a la boca.

* * *



Yo no iba nunca a casa de mi padre. Muchas tardes, cuando volvía, después del trabajo, a mi posada, encontraba cartitas de mi hermana, concisas, escritas con una visible turbación. Casi siempre me hablaba en ellas de mi padre, que ora estaba triste y silencioso durante la comida, ora de un humor endiablado, ora tan taciturno y poco sociable que no salía de su cuarto.

Aquellas cartas turbaban mi alma y me quitaban el sueño. Algunas noches vagaba horas enteras por la calle de la Nobleza, por delante de nuestra casa, dirigiendo miradas escrutadoras a las ventanas obscuras y esforzándome en adivinar lo que ocurría tras ellas. Se me antojaba siempre que había ocurrido alguna desgracia.

Los domingos mi hermana venía a verme, siempre en secreto, sin que mi padre se enterase. Aparentaba venir no a verme a mí, sino a nuestra nodriza. Estaba pálida y con los ojos hinchados de llorar. En cuanto llegaba daba rienda suelta a las lágrimas.

—¡Papá no soportará esto!—me decía en tono quejumbroso—. Si le sucede una desgracia—no lo quiera Dios—, tendrás toda tu vida remordimientos de conciencia... ¡Es horrible, Misail! En nombre de nuestra pobre madre te suplico que cambies de conducta!

—No comprendo, querida—le respondía—, cómo te empeñas en que cambie de conducta cuando estoy seguro de que obro según me manda mi conciencia.

—Ya sé que llevas una vida honesta... Está muy bien; pero, ¿no podrías comportarte lo mismo... de otra manera, para no hacer sufrir a los demás?

La vieja Karpovna escuchaba desde su cuarto nuestra conversación, suspiraba dolorosamente y decía de cuando en cuando:

—¡Dios mío, es un desgraciado! Acabará mal, muy mal...

VI

Un domingo recibí la visita inesperada del doctor Blagovo. Llevaba una guerrera blanca, camisa de seda y botas de montar.

—¡Aquí me tiene usted!—me dijo en tono amistoso, dándome un fuerte apretón de manos como un joven estudiante—. Hace tiempo que deseaba verle. Todos los días oigo hablar de usted, y he decidido venir a verle para que hablemos un poco como buenos amigos. Se aburre uno terriblemente en la ciudad. Ni una sola persona con quien poder charlar un rato...

Calló, se enjugó con el pañuelo el sudor de la frente, y continuó:

—¡Qué calor hace, Virgen Santa! ¿Me permite usted?...

Se quitó la guerrera y se quedó en mangas de camisa.

—Bueno, si no tiene usted inconveniente, echaremos un párrafo—me propuso de nuevo.



Yo también me aburría y tenía gana, hacía tiempo, de hablar con alguien que no fuese pintor de brocha gorda. Y aquella visita me placía. Se lo dije.

—Ante todo, he de declararle a usted—comenzó, sentándose en mi cama—que he visto con mucha simpatía el paso decisivo que ha dado, y que su vida actual merece toda mi estimación. Aquí, en esta ciudad, no se le comprende, y no es extraño; como usted sabe, todos nuestros paisanos, casi sin ninguna excepción, son unos salvajes, unas gentes sin cultura, llenas de prejuicios. Se diría que son personajes de Gogol resucitados. Pero usted tiene un alma noble, aspiraciones elevadas. Las adiviné cuando nos conocimos en Dubechnia. Le respeto y quiero estrecharle la mano para demostrárselo.

Hablaba con tono solemne y entusiástico.

Luego de estrecharme fuertemente la mano, prosiguió:

—Para cambiar tan brusca y tan radicalmente de vida como usted acaba de hacerlo, ha debido usted de pasar por una larga lucha interior; para continuar esta nueva vida y mantenerse a la altura de sus ideas, debe usted, sin duda, gastar diariamente gran cantidad de energías espirituales. Ahora bien, dígamelo usted con toda sinceridad: ¿No le parece a usted que sería más razonable, más productivo, gastar esas mismas energías con miras más altas, por ejemplo, con la de llegar a ser un gran sabio o un gran artista? ¿No le parece a usted que su existencia, entonces,

sería infinitamente más bella y más útil a la humanidad?

La conversación de tal manera comenzada siguió su curso. A una de sus objeciones, relativa al trabajo físico, le contesté:

—Es absolutamente necesario que todos, los fuertes y los débiles, los ricos y los pobres, tomen parte, en la misma medida, en la lucha por la existencia. Cada uno debe contribuir, con arreglo a sus fuerzas, en el trabajo humano. El trabajo físico debe ser obligatorio para todos, sin excepción, y sólo así se logrará que desaparezcan todas las injusticias sociales. Sólo así los fuertes dejarán de oprimir a los débiles y la minoría dejará de considerar a la mayoría una bestia de carga que debe trabajar para los parásitos.

—Entonces, a su juicio de usted, ¿todos, sin excepción, deben ocuparse en el trabajo físico?

—Sí.

—¿Pero no cree usted que si todos, incluso los más grandes pensadores y sabios, tomaran parte en la lucha por la existencia, como usted la concibe, es decir, picando piedra y cavando, entregándose al trabajo físico, se vería el progreso seriamente amenazado?

—No. El progreso no se hallaría, en manera alguna, en peligro. El progreso se basa en el amor al prójimo, en el cumplimiento de las leyes morales. Si nadie vive a expensas de los demás ni los oprime, ¿qué más progreso? ¿Existe acaso otro progreso?



—¡Pero, permítame usted!—me replicó el doctor, encolerizado de pronto—. ¡Si cada uno se dedica por entero al perfeccionamiento de su propia persona y a la contemplación de su propia belleza moral, no hay progreso posible.

—¿Por qué? Si para mantener su famoso progreso de usted es preciso que unos trabajen para otros, alimentándolos, vistiéndolos, defendiéndolos, con riesgo de su vida, contra sus enemigos, tal progreso no vale un comino, pues se basa en una tremenda injusticia.

—Usted constriñe la idea del progreso—objetó vivamente Blagovo—. Lo reduce a algo demasiado pequeño, a algo mezquino. El progreso no puede ser limitado por las necesidades y las aspiraciones de tal o cual grupo de gentes. Tiene un carácter universal y no se somete a nuestros deseos. Escapa a nuestra comprensión y desconocemos sus fines.

—Entonces, ¿ni siquiera nos es dable saber adónde puede conducirnos ese famoso progreso? En ese caso la vida no tenía sentido.

—¿Y qué falta nos hace saber adónde se dirige la humanidad? El saberlo sería aburrido y la vida perdería todo interés. Subo por la escala que se llama progreso, civilización, cultura; subo sin saber adónde iré a parar; pero no me enoja. El camino en sí es tan hermoso que sólo el avanzar por él vale la pena de vivir. Y usted, que busca el sentido de la vida, ¿para qué vive? ¿Para luchar contra la opresión de unos por

otros? ¿Para que un gran pintor y el que le fabrica los colores puedan tener el mismo dinero? Ese es el lado prosaico, filisteo de la vida; es su segundo término, la cocina, la fachada trasera, y le aseguro a usted que no tiene nada de interesante. No vale la pena de vivir para eso. Hasta sería repugnante vivir para eso. Si hay bestias que se devoran unas a otras, ¿qué se le va a hacer? ¡Allá se las hayan! No deben preocuparnos. Nunca será posible salvarlas de su estupidez, y están destinadas a la podredumbre. Lo que nos debe preocupar es el grande y radiante porvenir de la humanidad...

Aunque discutía conmigo en tono apasionado, Blagovo parecía preocupado por otra cosa y daba muestras de cierta inquietud.

—Probablemente su hermana de usted no vendrá ya—dijo, luego de consultar el reloj—. Ayer estuvo en casa y dijo que vendría hoy.

Se quedó silencioso un instante y continuó después:

—Habla usted de la esclavitud, de la explotación de unos por otros; pero eso son detalles, cuestiones de harto escasa importancia al lado del progreso humano, considerado en conjunto. Esas cuestiones las va resolviendo la humanidad poco a poco, a medida que evoluciona.

—Sí; pero en la espera de que resuelva esas cuestiones no podemos permanecer con los brazos cruzados; no podemos limitarnos a ser espectadores pasivos de todas las injusticias. Cada uno

de nosotros debe resolver por sí mismo la cuestión del bien y del mal. Por otra parte, nada nos indica que la humanidad evolucione con rumbo al bien. Junto al desarrollo de las ideas humanitarias contemplamos el de ideas de muy distinto género. La servidumbre ha sido abolida; pero en su lugar yergue la cabeza el capitalismo. Y en plena floración de las ideas emancipadoras, la explotación del hombre por el hombre sigue su curso: exactamente igual que en la Edad Media, la minoría continúa alimentándose, vistiéndose y haciéndose defender por la mayoría, que continúa hambrienta, desnuda y sin defensa.

—Pero no se puede negar que la humanidad mejora de día en día.

—No lo veo. Las injusticias más atroces subsisten al lado de las más nobles corrientes de ideas y del desenvolvimiento de la ciencia y del arte. El arte de explotar al prójimo se desenvuelve al unísono de las demás artes. Es verdad que la servidumbre ha sido jurídicamente abolida; pero la hemos resucitado, revistiéndola de otras formas más refinadas, y nos hemos hecho bastante inteligentes para justificarla con toda suerte de sofismas. Pese a todas las nobles ideas de que hacemos gala, si la gente pudiera encargar de sus funciones fisiológicas más desagradables a sus servidores, lo haría sin titubear; y para justificarlo, argüiría que los sabios, los artistas, los pensadores, no pueden malgastar su precioso

tiempo en cierta clase de funciones sin grave peligro del progreso humano...

En aquel instante entró mi hermana. Al ver al doctor se turbó mucho y dijo, momentos después de llegar, que era ya tarde y que la esperaba papá.

—¡Cleopatra Alexeyevna! — exclamó Blagovo con acento persuasivo—. ¿Qué daño puede haber para su padre de usted en que pase usted media hora conmigo y su hermano?

Había en su voz tal expresión de sinceridad, que convencía. Mi hermana reflexionó un poco, se echó luego a reír y se llenó de una súbita alegría.

Nos dirigimos a las afueras, nos sentamos sobre la hierba y continuamos nuestra conversación. En la ciudad, frente a nosotros, las ventanas parecían de oro, heridos sus cristales por los rayos del sol.

A partir de aquel día, cada vez que mi hermana venía a verme, venía también el doctor Blagovo. Aparentaban encontrarse en casa por casualidad.

Ella escuchaba atentamente nuestras discusiones, pintados en el rostro la alegría y el entusiasmo. Se diría que un mundo nuevo se abría poco a poco a sus ojos, un mundo cuya existencia no sospechaba y que se esforzaba en conocer una vez entrevisto.

Cuando el doctor no estaba presente, permanecía silenciosa y triste. De cuando en cuando lloraba con un suave llanto; pero no era yo quien la hacía llorar.

En el mes de agosto, *Nabó* nos anunció que iba-

mos a trabajar en el camino de hierro, fuera de la ciudad. Dos días antes del fijado para nuestra marcha, mi padre se presentó de pronto en casa.

Se sentó, se secó la frente sudorosa con el pañuelo, y sin mirarme, lentamente, extrajo de un bolsillo de su americana el periódico local, y casi deletreando me leyó una noticia referente a mi antiguo compañero de colegio, el hijo del director del Banco. Aquel joven había sido nombrado no sé qué de gran importancia en el ministerio de Hacienda.

—Y ahora—dijo mi padre, doblando despaciosamente el periódico—vuelve los ojos a ti mismo: vas vestido de andrajos como el más miserable de los canallas. Hasta la gente humilde procura recibir alguna instrucción para ocupar en el mundo un lugar lo mejor posible, y tú, Poloznev, que procedes de una familia noble, que ha dado a la patria hombres ilustres, te empeñas en vivir en el cieno, en los bajos fondos sociales...

Se levantó, me dirigió una mirada llena de cólera, y añadió:

—Pero no he venido para hablar de ti, pues harto se me alcanza que sería tiempo perdido. He venido a preguntarte: ¿Dónde está tu hermana, miserable? Salió de casa después de comer, y aunque son ya las ocho, no ha vuelto todavía. Ha comenzado no hace mucho a salir con frecuencia sin decirme nada. Ya no es la hija respetuosa que era. Adivino en ello tu influencia nefasta, sinvergüenza. ¿Sabes dónde está?



Llevaba en la mano el paraguas de marras. Creí que se disponía a sacudirme el polvo como había hecho tantas veces, y sentí el temor infantil de un escolar a quien va a castigar el maestro. Mi padre advirtió la mirada que dirigí al paraguas y se dominó.

—Tú ya no me interesas—dijo—. Te privo de mi bendición paternal. Te he arrancado completamente de mi corazón.

La vieja Karpovna, que oía nuestra conversación, suspiró.

—¡Dios mío, Virgen Santa!—balbuceó—. ¡Estás perdido para siempre! Acabarás mal...

* * *

Comencé a trabajar en el camino de hierro.

El mes de agosto fué lluvioso, húmedo y frío. El mal tiempo impedía transportar el trigo. Por todas partes se veían montones de trigo altos como colinas. A causa de las lluvias se iban ennegreciendo de día en día y desmoronándose.

Era difícil trabajar: cuanto hacíamos nosotros lo desbarataba la lluvia. No se nos permitía vivir en los edificios de las estaciones y teníamos que guarecernos en sucias y húmedas cabañas construídas por los obreros. Yo pasaba unas noches muy malas, tiritando de frío y de humedad. Con frecuencia, los obreros de la línea venían a armarnos camorra, y con el menor pretexto nos

vapuleaban. Esto constituía para ellos una manera de deporte que les divertía mucho. Nos sacudían el polvo, nos robaban los colores y, para hacernos rabiar, nos destruían el trabajo.

Por si esto era poco, *Nabó* empezó a pagarnos sin regularidad. Bajo la dependencia de otros contratistas, recibía de ellos muy poco dinero y no ganaba lo bastante para poder pagarnos bien. Por otra parte, las lluvias incesantes nos impedían trabajar y perdíamos mucho tiempo. Los obreros, hambrientos y sin un cuarto en el bolsillo, se daban a todos los demonios y estaban dispuestos a pegarle a *Nabó* una paliza. Le insultaban, le llamaban canalla, mala sangre, Judas. El desventurado suspiraba, procuraba calmarlos y acababa por ir a casa de la generala Cheprakov en demanda de un pequeño préstamo.

VII

Llegó el otoño, lluvioso, cenagoso, sin sol.

Sólo raras veces teníamos trabajo. Me pasaba parado hasta tres días seguidos. Para no morirme de hambre hacía cosas por completo ajenas a mi oficio; llevaba agua, cavaba, recibiendo por ello veinte "copecks" de jornal.

El doctor Blagovo se había marchado a Petersburgo. A mi hermana no había vuelto a verla. *Nabó* había caído enfermo y no abandonaba ya el lecho, esperando la muerte. Mi humor era también otoñal.

Vivía de nuevo en la ciudad, y lo que veía me inspiraba una repugnancia profunda. Convertido en un simple obrero, contemplaba la vida de mis paisanos desde un nuevo punto de vista.

Los que yo consideraba menos sinvergüenzas se revelaban ahora a mis ojos en toda su vileza, crueles, sin escrúpulos, capaces de toda maldad. Nos engañaban a cada paso, trataban de pagarnos lo menos posible, nos hacían esperar horas enteras en el portal frío o en la cocina, nos hablaban en un lenguaje brutal, nos insultaban, nos trataban, en fin, como a vil chusma.

Recuerdo un hecho significativo: me encargaron de empapelar el club de la ciudad. Me pagaban a razón de siete "copecks" por rollo de papel, y como se me propusiera firmar un recibo de doce "copecks" por rollo, me negué a hacerlo. Entonces uno de los administradores del club, un señor de aspecto muy respetable, con gafas de oro, me gritó:

—¡Si añades una palabra más, te rompo las muelas, canalla!

Un camarero allí presente le dijo algo al oído quizá que yo era el hijo del arquitecto Poloznev. El administrador se turbó un poco, pero se repuso en seguida y contestó:

—¿Qué vamos a hacerle? ¡A la porra!

Los tenderos se creían en el deber de vendernos el género más malo, el que no se atrevían a ofrecerles a los demás. En las carnicerías nos daban a menudo carne echada a perder. En la

iglesia éramos brutalmente atropellados por la policía. Cuando alguno de nosotros estaba enfermo en el hospital, los enfermeros y las enfermeras le trataban con un desprecio altivo, le robaban el alimento y le servían de comer en platos sucios. En las oficinas de correos, cualquier empleadillo se creía en el derecho de tratarnos como a bestias y de insultarnos groseramente.

—¡Espera! ¿No ves que estoy ocupado?

Hasta los perros parecían despreciarnos y se lanzaban contra nosotros con una furia singular.

Lo que sobre todo me indignaba en nuestra ciudad era la ausencia absoluta del espíritu de justicia. Mi nueva posición social me permitía comprobarlo a cada paso. Mis paisanos estaban, como dice el vulgo, dejados de la mano de Dios. Todos, sin excepción, robaban, estafaban, engañaban, abusaban de la confianza: los comerciantes, los contratistas, los empleados. A nosotros, simples obreros, no se nos reconocían ningunos derechos, ni aun los más elementales; el dinero que se nos debía por nuestro trabajo nos veíamos obligados a mendigarlo, como una limosna, gorra en mano, a la puerta de nuestros deudores.

Un día que me hallaba en el club empapelando una habitación inmediata al salón de lectura, vi de pronto entrar a la hija del ingeniero Dolchikov, con unos cuantos libros en la mano.

—¡Hola!—dijo cuando me hubo reconocido, tendiéndome la mano—. Celebro mucho verle a usted.

Se sonreía y miraba con curiosidad mi blusa,

el bote de la cola, los rollos de papel extendidos en el suelo.

Yo estaba confuso. Ella también parecía turbada.

—Perdone usted—me dijo—que le mire de esta manera. He oído hablar mucho de usted, sobre todo al doctor Blagovo, a quien le ha sorbido usted el seso. También he tenido el gusto de conocer a su hermana de usted. Es una muchacha muy simpática; pero no he conseguido persuadirla de que su situación actual de usted no tiene nada de horrible. Yo, por el contrario, creo que es usted hoy el hombre más interesante de la ciudad.

Miró de nuevo la cola y los rollos de papel y prosiguió:

—Le había rogado al doctor Blagovo que me proporcionase una ocasión de hablar con usted. Seguramente no se ha acordado o no ha tenido tiempo. El caso es que ya nos hemos conocido, y yo tendría mucho gusto en que viniese usted por casa. Soy una mujer sencilla y espero no ser para usted causa de azoramiento.

Me estrechó la mano, y añadió:

—Mi padre no está en la ciudad, está en Petersburgo.

Y entró en el salón de lectura.

Aquella noche dormí muy poco: tan turbado estaba.

* * *

Desde el punto de vista material, aquel otoño fué para mí muy malo. Ganaba muy poco y sufría muchas privaciones. Pero un alma caritativa acudía en mi auxilio, enviándome de cuando en cuando, ya bizcochos, ya perdices asadas, ya tè y azúcar. Karpovna me decía que todo aquello lo llevaba un soldado, el cual nunca quería decir de parte de quién. Le preguntaba a mi vieja nodriza si yo estaba bien de salud, si comía todos los días y si tenía ropa de abrigo.

Cuando los fríos se hicieron más fuertes, el mismo soldado me llevó una bufanda de punto que exhalaba un perfume delicado, apenas perceptible, de lirio silvestre. Ese perfume me reveló que mi buena hada era Ana Blagovo. La hermana del doctor se pirraba por los lirios silvestres, y su esencia era su perfume predilecto.

En invierno tuvimos ya más trabajo, y la situación no era tan triste. *Nabó* resucitó de nuevo y desplegó otra vez su acostumbrada actividad. Trabajé con él en la iglesia del cementerio, donde nos encargaron el dorado de los viejos iconos y algunas reparaciones. El trabajo era agradable e interesante. Además, los obreros se conducían, por respeto al lugar sagrado, muy correctamente: no se injuriaban y ni siquiera se reían. Se advertía que hacían cuanto estaba en su mano por no profanar el lugar con destemplanza alguna.

Absortos en el trabajo, estábamos casi inmóviles, punto menos que como estatuas. Nos rodeaba el silencio profundo del cementerio. Si al-

gún instrumento se caía al suelo, volvíamos la cabeza asustados: tan habituados nos hallábamos a tal silencio. De cuando en cuando se oía al sacerdote salmodiar preces sobre el ataúd de un niño. A veces, un pintor, que pintaba en la cúpula una paloma, empezaba a silbar quedito, y, espantado él mismo de su audacia, se callaba en seguida. Cuando las campanas de la iglesia empezaban a sonar tristemente sobre nuestras cabezas, adivinábamos que traían un difunto de la ciudad.

Entregado al trabajo durante el día en aquel templo silencioso, yo me permitía por las noches jugar al billar, o, si había algún espectáculo, ir al teatro, a entrada general, con el traje que acababa de hacerme y en el que había invertido parte de mis ahorros.

En casa de Achoguin había ya comenzado *la saison théatrale.* Se celebraron funciones y conciertos de aficionados. Las decoraciones ahora eran pintadas por *Nabó* sólo, sin mi ayuda. Cuando volvía de casa de Achoguin, me contaba el argumento de las piezas que se representaban y el asunto de los cuadros vivos que se ponían en escena. Todo aquello me interesaba mucho y yo habría dado cualquier cosa por estar en su lugar. Me habría placido en extremo asistir a los espectáculos de casa de Achoguin, pero no me atrevía a ir.

Una semana antes de las fiestas de Navidad llegó el doctor Blagovo.



De nuevo comenzaron nuestras discusiones. Por las noches jugábamos al billar. Para jugar se quitaba la americana, se desabrochaba la camisa, en fin, hacía cuanto le era dable por parecer un muchacho que sabe gozar de la vida. Aunque casi no bebía vino, ponía un gran empeño en pasar por un gran bebedor y todas las noches se dejaba en la caja de la taberna "Volga" un buen puñado de rublos, por más que los precios allí eran moderados.

Las visitas de mi hermana volvieron a empezar. De nuevo ella y el doctor se encontraban en casa, aparentando encontrarse por casualidad; pero por la alegría que se pintaba en sus semblantes no tardé en darme cuenta de que no había tal casualidad, y los encuentros obedecían a un previo convenio.

Hallándonos una noche jugando al billar, el doctor me dijo:

—¿Por qué no visita usted a la señorita Dolchikov? No conoce usted a María Victorovna: es inteligentísima, de muy buen corazón y muy sencilla; una mujer encantadora, en fin.

Le conté cómo me había acogido, la primavera anterior, el ingeniero Dolchikov y se echó a reír.

—No haga usted caso—me dijo—. María Victorovna es completamente independiente de su padre y hace lo que le da la gana... Debía usted ir a verla. Se alegraría mucho. Si quiere usted, iremos mañana juntos.

Acabó por persuadirme.

A la noche siguiente, me puse mi traje nuevo, y muy turbado me dirigí a casa de la señorita Dolchikov.

El criado que me abrió la puerta no me pareció ya tan terrible ni el mobiliario tan lujoso como la mañana memorable que visité al señor Dolchikov para pedirle un empleo.

María Victorovna, prevenida por Blagovo de mi visita, me acogió como a un antiguo conocido y me estrechó cordialmente la mano.

Llevaba una bata gris de mangas perdidas, y los cabellos peinados a la moda no conocida aún en la ciudad y que se llamó luego "orejas de perro" porque los cabellos cubrían las orejas. María Victorovna era bella y elegante, pero no parecía muy joven: representaba treinta años, aunque en realidad sólo tenía veinticinco.

—¡Estoy agradecidísima a nuestro querido doctor!—me dijo, invitándome a sentarme—. Sin su intervención no habría usted venido a casa. Me aburro mortalmente. Mi padre se ha ido, dejándome sola, y no sé cómo pasar el tiempo en esta ciudad.

Luego me preguntó dónde trabajaba, dónde vivía, cuánto ganaba.

—¿No gasta usted más que lo que gana?—inquirió.

—Nada más.

—¡Qué feliz es usted!—suspiró—. Se me antoja que todo el mal proviene de la ociosidad, del aburrimiento, del vacío del alma, inevitable cuando

no se hace nada y se vive a costa de los demás. La costumbre de vivir sin trabajar tiene consecuencias fatales. No se crea usted que lo digo por coquetería. Le doy mi palabra de que no es nada interesante ni grato el ser rico. Además, el origen de la riqueza es casi siempre poco honrado: es imposible hacerse rico honradamente.

Contempló con una mirada fría y grave al mobiliario, como si quisiera inventariarlo, y añadió:

—El confort, las comodidades tienen una gran fuerza de atracción: poco a poco conquistan hasta a los que poseen una voluntad firme. En otro tiempo, vivíamos mi padre y yo muy modestamente, casi pobremente, y ahora... ¡ya ve usted qué lujo! Me da vergüenza confesarlo; pero gastamos ¡hasta veinte mil rublos anuales, aquí, en este rincón provinciano!

—El confort—respondí—es un privilegio inevitable del capital y la instrucción. Pero yo creo que el confort no es incompatible ni con el trabajo más penoso. Su padre de usted, por ejemplo, a pesar de su riqueza, se entrega a veces a trabajos de maquinista, de simple obrero... Se puede ser rico y trabajar rudamente.

Ella se sonrió y sacudió irónicamente la cabeza.

—Los trabajos rudos de mi padre no pasan de ser caprichos, diversiones... También le gusta, de vez en cuando, un plato de sopa campesina o un pedazo de pan negro...

En aquel momento sonó la campanilla de la puerta y María Victorovna se levantó.

—Todo el mundo—prosiguió, dirigiéndose a la puerta—debe trabajar. El confort debe ser para todos. ¡Nada de excepciones, nada de privilegios!

Y salió.

Momentos después volvió acompañada del doctor Blagovo.

—Habíamos entablado—le dijo—un diálogo filosófico. Pero ¡basta de filosofía! Cuéntenos usted algo. Háblenos, por ejemplo, de sus compañeros de trabajo. Deben de ser muy interesantes.

Empecé a informarla; pero, en parte por mi torpeza de hombre no habituado a narrar y en parte por mi turbación, mi relato fué seco, como el de un etnógrafo que refiriese algo tocante a la vida de los pueblos.

El doctor también refirió varias anécdotas a propósito de los obreros, aunque con más gracia, como un artista consumado: remedaba a los obreros borrachos, lloraba, caía de hinojos, hasta se tendía en el suelo para parodiar mejor la embriaguez.

María Victorovna le miraba y se desternillaba de risa.

Luego el doctor se sentó al piano y empezó a tocar y a cantar. María Victorovna, de pie, a su lado, le colocaba en el atril los cuadernos de música y le corregía cuando se equivocaba.

—He oído decir que usted también canta—le dije a la señorita Dolchikov.

—¿También?—gritó horrorizado el doctor—.

¡Pero si María Victorovna es una verdadera artista! ¡Canta admirablemente!

—Hace años—dijo ella—me dediqué en serio a los estudios musicales; pero la música ya no me interesa.

Se sentó en un confidente y se puso a contarnos su vida en Petersburgo, en el medio artístico adonde la habían llevado sus aficiones filarmónicas. Imitaba a las más célebres cantantes, su voz, sus actitudes, su manera de aparecer ante el público. Luego nos retrató en su álbum al doctor y a mí. Los retratos eran bastante mediocres, pero tenían cierto parecido. Reía, se divertía como una chiquilla, y así estaba más en su papel que filosofando. Hasta me parecía que al hablar conmigo de la influencia nefasta de la riqueza y de la necesidad de que todo el mundo trabajase no hacía más que imitar a alguien.

En fin, era una admirable actriz cómica. Mentalmente la comparaba con las otras muchachas que yo conocía y a todas las encontraba inferiorísimas, incluso a la linda y seria Ana Blagovo. La diferencia era enorme, como la que existe entre una bella rosa, amorosamente cultivada, y una modesta flor del campo.

Nos invitó a cenar.

El doctor y ella bebieron vino rojo, *champagne* y café con coñac. Brindaron por la amistad, por el ingenio, por el progreso, por la libertad. No se emborracharon; pusiéronse tan sólo un poco más encarnados que de ordinario y muy risueños;

se reían, sin ninguna razón plausible, hasta saltárseles las lágrimas. Para no parecer demasiado grave, yo también bebí unos cuantos vasos de vino rojo.

—La gente dotada de gran capacidad y un espíritu independiente—dijo ella—sabe cómo hay que vivir y elige su propio camino y lo sigue, aunque no sea el camino común. La gente vulgar —como yo, por ejemplo—no se atreve a ser independiente, no sabe ni puede nada y es feliz cuando sigue una corriente de ideas, más o menos interesante, de su época.

—¡Esas corrientes de ideas no existen, ay, entre nosotros!—objetó el doctor.

—Existen, pero no las vemos—replicó María Victorovna.

—Sólo existen en la imaginación de los escritores modernos.

Se entabló una discusión.

—Yo afirmo con plena convicción que nunca ha habido entre nosotros ninguna corriente importante de ideas—decía con calor el doctor—. Es la literatura quien las inventa de cuando en cuando, buscando un asunto interesante, algo que atraiga la atención del lector. También ha sido la literatura quien ha inventado los pretendidos propagandistas de la luz entre nuestros campesinos, que en realidad no existen. Busquémoslos en las aldeas: no los encontraremos. Sólo encontraremos tipos grotescos de Gogol, vestidos a la moda europea, de levita y hasta de frac, pero que no po-

seen la menor cultura y apenas saben escribir. Ignoran aún lo que es la vida civilizada y no han salido todavía del estado bárbaro. Viven de la misma manera salvaje, sin ningún interés superior, sin ninguna aspiración noble, que se vivía hace quinientos años.

El doctor iba animándose conforme hablaba y elevando la voz.

—No, se lo aseguro a usted. Las pretendidas corrientes de ideas de que habla la literatura son una ficción, favorable a intereses mezquinos. ¿Qué corrientes de ideas verdaderas podemos registrar? ¿El vegetarianismo? ¿La zoofilia? Si encuentra usted en uno y otra algo serio, digno de atención, lo siento por usted. No, no hemos salido aún de la infancia, no somos aún bastante crecidos para ocuparnos en graves problemas. No los comprendemos porque nos falta la cultura. Necesitamos, ante todo, ir a una buena escuela, aprender, estudiar.

—¡Interesándonos por tales problemas, estudiamos!—replicó María Victorovna.

—No, no nos hallamos todavía bastante preparados. Como los niños no lo están para los estudios astronómicos. Lo repito: necesitamos estudiar, estudiar y estudiar. ¡Brindo por la ciencia!

Hubo un corto silencio. María Victorovna parecía sumida en una honda meditación.

—Lo innegable—dijo, con ojos pensativos—es que la vida que llevamos es demasiado gris y hay que cambiarla a toda costa. No podemos se-

guir el mismo camino, porque va a parar a un pantano...

Era ya muy tarde, y había que irse.

Cuando el doctor y yo salimos a la calle, en el reloj de la catedral daban las dos.

—Bueno, ¿está usted contento?—me preguntó el doctor—. ¿Verdad que es encantadora?

El primer día de Navidad comimos en casa de María Victorovna, y durante las fiestas la visitamos casi diariamente. Tenía razón al afirmar que no mantenía relación alguna con los habitantes de la ciudad: salvo nosotros dos, nadie la visitaba.

Casi todo el tiempo que estábamos con ella lo dedicábamos a pláticas y a discusiones de orden trascendental. Algunas veces el doctor llevaba un libro o el último número de una revista, y nos leía en alta voz.

En fin: él fué el primer hombre verdaderamente instruído que conocí. No puedo asegurar que tuviera una gran erudición; pero yo le escuchaba con sumo interés y me parecía persona de conocimientos muy sólidos. Cuando hablaba de medicina, no se asemejaba en nada a los demás médicos de la ciudad; decía cosas nuevas, originales, interesantes en extremo. Yo pensaba, escuchándole, muchas veces, que podía llegar a ser un sabio célebre si quería.

Era también el único hombre que ejercía sobre mí una positiva influencia. Gracias a él y a los libros que me daba, comencé a sentir un vivo de-



seo de estudiar, de enriquecer mi espíritu con conocimientos nuevos que iluminasen mi vida monótona y sombría. ¡Mi instrucción entonces era tan escasa! Sólo sabía las cosas más elementales. Al menos ahora se me antojan elementales.

La influencia del doctor sobre mí fué también moral. Antes no tenía opiniones determinadas, fijas, y me guiaba en mi vida casi exclusivamente por los instintos. Desde que comencé a tratar con asiduidad al doctor sometí al análisis los móviles de mis acciones y traté de formarme ideas claras, precisas sobre el bien y el mal.

Y, no obstante, a pesar de mi gran estimación a Blagovo, me daba cuenta de que aquel hombre, sin duda el mejor y más instruído de la ciudad, distaba mucho de la perfección. Había en sus maneras algo que no acababa de gustarme, sobre todo cuando se esforzaba en parecer borracho en la taberna o cuando les daba crecidas propinas a los camareros echándoselas de gran señor. En aquellos momentos, bajo la apariencia civilizada, se denunciaba en él el tártaro.

A principios de enero regresó a Petersburgo.

La misma noche del día de su marcha vino a verme mi hermana.

Sin quitarse el abrigo ni el sombrero y sin decir palabra, se sentó en mi lecho.

Estaba muy pálida y evitaba mirarme. De cuando en cuando se estremecía de pies a cabeza. No se me ocultaban sus esfuerzos para que yo no advirtiese su estado.

—Debes de tener un enfriamiento—le dije.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Se levantó y se dirigió, sin contestarme, al cuarto de Karpovna.

Momentos después la oí, al otro lado del tabique, hablar con mi vieja nodriza y lamentarse.

—¡Cuando pienso en lo que mi vida ha sido hasta ahora!... ¿Para qué he vivido? He perdido toda mi juventud. No he hecho más que inscribir los gastos de la casa, economizar, velar para que no se gaste demasiado dinero, para que no se cosuma demasiada azúcar... ¡Como si no hubiera nada más interesante en la vida! Comprende, vieja mía, que yo también quiero vivir, que tengo otras aspiraciones..., y, sin embargo, han hecho de mí una especie de ama de llaves, que sólo sabe contar los "kopecs" y los terrones de azúcar. Estas llaves son mis cadenas...

Y tiró al suelo, encolerizada, las llaves de la despensa, del armario de la ropa, de la bodega, las mismas que llevaba nuestra pobre madre colgadas a la cintura.

—¡Virgen santa!—gritó con horror la vieja Karpovna—. ¡Estás loca! ¡Cálmate!

Durante algunos momentos reinó el silencio tras el tabique. Luego oí un profundo suspiro de mi hermana y el ruido de las llaves que recogía del suelo.

Al irse entró en mi cuarto a decirme adiós.

—No hagas caso—me tranquilizó—. No sé qué me pasa hace algún tiempo. ¡Estoy tan nerviosa!

VIII

Una noche volví muy tarde a mi posada, de casa de María Victorovna, con quien había pasado la velada, y encontré en mi cuarto a un joven oficial de policía, engalanado con un uniforme nuevecito, que hojeaba un libro, sentado ante mi mesa.

—¡Por fin!—exclamó al verme entrar.

Salió a mi encuentro, desperezándose como tras un largo sueño.

—Es la tercera vez que vengo hoy a buscarle a usted. He perdido todo el día. He aquí de lo que se trata: su excelencia el señor gobernador ordena que se presente usted a él mañana, a las nueve de la mañana. ¡Sin falta!

Me hizo firmar un compromiso de ejecutar exactamente la orden del gobernador, y se marchó.

Aquella visita del oficial de policía y la invitación inesperada del gobernador me causaron muy mala impresión. Desde mi niñez les había tenido un miedo irresistible a los gendarmes, a los policías, a los jueces, en fin, a toda la gente para quien es un derecho, casi un deber, hacer daño a los demás. Y entonces también experimenté una gran inquietud, como si fuera autor de un crimen.

No pude conciliar el sueño. Karpovna y su hijo adoptivo, el obeso Prokofy, también estaban inquietos con la visita del oficial de policía, y no

podían pegar los ojos. Además, Karpovna tenía un horrible dolor de oído, se quejaba, y de cuando en cuando se echaba a llorar.

Como me oyese, desde el otro lado del tabique, dar vueltas en la cama, Prokofy entró en mi cuarto, con una luz en la mano, y se sentó junto a mi mesa.

—Debía usted beber un poco de "vodka"—me dijo—. El "vodka" es la sola y única salud. También convendría verter un poco de "vodka" en la oreja de mamá; pero no quiere.

A cosa de las tres se dispuso a irse al matadero en busca de la carne para su establecimiento. Convencido de que no podría dormir ya, y por matar el tiempo, me fuí con él.

La noche era obscura. Prokofy llevaba en la mano una linterna, con la que alumbraba el camino. Subimos a un trineo. Un muchachuelo de trece años, llamado Nicolka, con cara de bandido, que estaba empleado en la carnicería de Prokofy, nos servía de cochero. Con una voz ronca de persona mayor, imitando a los cocheros de verdad, arreaba a las caballerías.

Por el camino me dijo Prokofy:

—Probablemente le sacudirán a usted el polvo en casa del gobernador. Porque, mire usted, hace cosas que no le convienen. Cada hombre debe seguir el camino que está destinado a seguir según su nacimiento. Unos nacen para ser gobernadores u oficiales, otros para ser obispos o capellanes, otros para ser médicos o abogados. Usted no

ha nacido para ser simple obrero, y naturalmente, la gente de su clase no está dispuesta a permitir que lo sea usted...

El matadero estaba detrás del cementerio. Hasta aquella noche yo no lo había visto de cerca. Lo formaban tres grandes cobertizos de aspecto sombrío, rodeados de una tapia gris. Cuando hacía viento, llegaba de aquel edificio a la ciudad un olor malsano y abominable.

Entré en el patio, tropezando a cada paso con los caballos de los trineos cargados de carne. Una porción de hombres con linternas encendidas en la mano se insultaban y se injuriaban sin cesar. Prokofy y Nicolka hacían lo propio, como si el lugar obligase a la gente a ponerse de vuelta y media. Se oían por todas partes gritos, juramentos, relinchos.

Olía a cadáver y a estiércol. Los charcos de nieve derretida mezclada con barro parecían de sangre.

Cargado el trineo de carne, nos encaminamos al establecimiento de Prokofy.

Clareaba ya. El sol estaba a punto de salir. De nuevo en el interior de la ciudad vimos numerosas mujeres—amas y cocineras—que se iban a la compra.

Una vez en la carnicería, Prokofy se puso un delantal blanco y empezó a vender carne. Manchado de sangre, con un hacha en la mano, discutía con las mujeres; aseguraba que la carne le costaba más cara que la vendía; juraba, se persigna-

ba y gritaba tanto que se le podía oír al otro lado del mercado. Engañaba en el peso y daba piltrafas, y las mujeres, aunque lo advertían, le dejaban hacer lo que le parecía, aturdidas por sus gritos, y sólo alguna vez que otra le dirigían tal o cual palabra poco lisonjera.

—¡Qué bandido! ¡Vaya un granuja!

Al alzar y dejar caer el hacha sobre la carne, tomaba actitudes coquetas y agitaba con tal violencia la herramienta que yo temía que le abriese a alguien la cabeza o le cortara un brazo.

Después de estar un rato en la carnicería, me dirigí a casa del gobernador.

Mi gabán olía a carne y a sangre. De un humor de todos los diablos, yo caminaba como un condenado.

Subí una gran escalera cubierta con una alfombra a rayas. Un señor de frac—probablemente el secretario del gobernador—me indicó la puerta por donde debía entrar, y corrió a anunciar mi llegada.

Entré en un salón amueblado lujosamente pero sin gusto alguno. Entre las ventanas había altos y estrechos espejos. Pretendiendo adornarlas, herían desagradablemente la vista unas cortinas amarillas. Se advertía que los gobernadores que habitaban aquella casa se sucedían unos a otros sin que el mobiliario cambiase nunca. El paso de aquellos funcionarios por allí era tan rápido que a todos les tenía sin cuidado cómo estaba puesta la casa.

No tardó en reaparecer el señor del frac, que me indicó otra puerta. La abrí y me dirigí a una gran mesa verde, tras la cual me esperaba, en pie, vestido de uniforme y con una condecoración en el pecho, el gobernador. Tenía en la mano una carta.

—¡Señor Poloznev!—me dijo, abriendo, en forma de "O", una boca de a palmo. Le he llamado a usted para hacerle saber lo siguiente: su honorable padre se ha dirigido, por escrito y de palabra, al presidente de la nobleza de la región suplicándole que le haga comprender a usted que su conducta no es admisible en la clase noble a que tiene el honor de pertenecer por su nacimiento. El señor presidente de la nobleza, su excelencia Alejandro Pavlovich, creyendo, con razón, que su conducta de usted es condenabilísima, pero que su llamada al orden sería del todo ineficaz, se ha dirigido a mí, a su vez, para que yo ejerza mi poder administrativo. Aquí está su carta. Me suplica en ella que tome las medidas que juzgue necesarias al objeto de poner fin a este escándalo intolerable...

Hablaba en voz queda y con acento respetuoso, y continuaba en pie como si yo fuera su jefe, y no había en su mirada ni asomos de severidad. En su rostro rugoso se pintaba una falta total de energía. Sus mejillas colgaban como bolsas de cuero. Llevaba teñido el cabello, y su edad no era fácil de determinar: lo mismo podía tener cuarenta que sesenta años.

—Yo espero—prosiguió—que usted sabrá apreciar la bondad de Alejandro Pavlovich al dirigirse a mí no por la vía oficial, sino por medio de una carta privada. Yo también le he llamado a usted no como un personaje oficial, sino como un particular, y le estoy hablando no como gobernador, sino como un admirador sincero de su padre. Así, pues, señor, le suplico que, o cambie de conducta y vuelva a comenzar la vida que le cuadra a un noble, o se vaya a cualquier otra ciudad donde no le conozcan y pueda hacer lo que le plazca. Si se niega usted a acceder a mi ruego, me veré precisado a tomar medidas extremas respecto de usted.

Durante unos momentos me miró fijamente, en silencio y con la boca abierta.

—¿Es usted vegetariano?—me preguntó de pronto.

—No, excelencia; como carne.

Se sentó y cogió de la mesa un papel.

Comprendí que la entrevista había terminado, saludé y salí.

Había perdido la mañana, y no valía la pena ir a trabajar antes de comer. Me volví a casa, con ánimo de dormir un rato; pero estaba tan nervioso, a causa de la excursión al matadero y de mi visita al gobernador, que no pude pegar los ojos.

Por la noche, muy excitado y de un humor negro, fuí a casa de María Victorovna. Le conté mi entrevista con el gobernador. Me miraba asombrada, como si no diera crédito a mi relato, y de

pronto se echó a reír como una loca, con una risa alegre, provocativa, de que sólo es capaz la gente muy sana de cuerpo y de espíritu.

—¡Si se cuenta eso en Petersburgo! ¡Dios mío, si se cuenta eso en Petersburgo!—exclamó, casi cayéndose de la silla: de tal modo la risa la sacudía.

IX

Nos veíamos con mucha frecuencia: dos veces al día.

Después de comer llegaba en coche al cementerio y me esperaba leyendo las inscripciones de las tumbas. A veces entraba en la iglesia, donde yo seguía trabajando, y, de pie junto a mí, contemplaba mi tarea.

El silencio respetuoso que reinaba en torno, el trabajo ingenuo de los pintores de iconos, la conmovían. También la impresionaba agradablemente el verme vestido como los demás obreros y el observar que me tuteaban y me trataban como a su igual.

Cuando, en cumplimiento de una orden de *Nabó* o de otro, subía yo por la escala de cuerda a lo alto de la cúpula, llevando pintura, seguía ella con interés mis movimientos, y parecía muy emocionada. Con los ojos húmedos de lágrimas me sonreía.

Una vez, mirándome trabajar, me dijo:

—¡Cómo me gusta usted así!

Siendo yo muchacho, un papagayo que tenían unos amigos nuestros se escapó de la jaula, y durante un mes vagabundeó por la ciudad, pasando de un jardín a otro, solitario, sin amparo, triste. María Victorovna me recordaba aquel pájaro.

—¡El único sitio adonde voy de visita es al cementerio!—me dijo un día, riendo—. Los habitantes de la ciudad me inspiran una profunda antipatía y no quiero ver a nadie. En casa de Achoguin se canta, se representa, se recitan versos, y me aburro allí de un modo insoportable. Su hermana de usted evita la sociedad y no viene a verme. La señorita Blagovo me detesta, no sé por qué. ¿Qué quiere usted que haga? ¿Adónde quiere usted que vaya?

Cuando la visitaba, mis ropas olían a pintura y a barniz; mis manos estaban sucias, y eso le gustaba. Se empeñaba en que fuera a su casa con mi blusa de obrero, tal como estaba en el trabajo; pero ese traje me cohibía mucho en su salón, y para ir a verla me lo quitaba y me ponía mi traje nuevo, más correcto. Tal mudanza de ropa la enojaba y me recibía con muecas de enfado.

—Confiese usted—me dijo una noche—que no ha podido aún habituarse a su nueva posición social. El traje de obrero le cohibe a usted, no está usted a gusto con él. Eso se explica, en mi sentir, por la falta de convicción con que ha obrado usted al hacerse obrero. Sencillamente, no está usted satisfecho en su nueva vida. Además, a decir ver-

dad, no puede usted estarlo. Al fin y al cabo trabaja usted para los ricos, para aumentar el confort y el lujo que los rodean. Luego, usted me ha dicho muchas veces que el hombre debe amasarse su pan, y usted lo que hace es ganar el dinero con que lo compra. ¿Por qué no aplica usted estrictamente a su conducta sus principios? Debe usted seguirlos fielmente; es decir: en lugar de pintar los techos de los templos, debía usted amasar por sí mismo su pan cotidiano; labrar, sembrar, segar... o hacer algo que tenga relación directa con la agricultura; pastorear, cavar, construir casas campestres... Ha de saber usted que me pirro por la agricultura...

Abrió un armarito que había junto a su mesa-escritorio, y añadió:

—Voy a revelarle a usted un gran secreto. Para eso he sacado esta conversación. Aquí tiene usted mi biblioteca agrícola. En ella encontrará usted libros que tratan del cultivo de los campos, del de los jardines, de avicultura, de apicultura, de cría pecuaria. Lo leo todo con sumo interés, y me atrevo a decir que lo conozco bastante bien. Mi sueño dorado, sépalo usted, es irme, en primavera, a nuestra Dubechnia, y dedicarme allí a la vida agrícola. ¡Qué delicia! Claro es que el primer año no podré hacer gran cosa: me orientaré, estudiaré la agricultura prácticamente... Pero al otro año intervendré en todo, mejor dicho, lo dirigiré todo, con la mayor energía, se lo aseguro a usted. Mi padre me ha prometido cederme la

plena propiedad de Dubechnia, donde podré hacer lo que me dé la gana.

Estaba muy excitada; sus mejillas se habían tornado de púrpura. Llena de alegría, hablaba sin parar de la realización de sus sueños, de su próxima vida en el campo, que se pintaba ella en extremo interesante y muy poética.

¡Quién hubiera estado en su lugar, participado de su entusiasmo! La primavera se acercaba; los días eran ya muy largos; el sol derretía la nieve, y gruesas gotas de agua caían de los tejados. Todo olía ya a primavera. Y yo también sentía un gran deseo de irme al campo.

Cuando me dijo que no tardaría en irse a Dubechnia, una honda tristeza se apoderó de mí. Me vi solo en la ciudad hostil, sin nadie con quien poder cambiar algunas palabras. Tuve celos de aquellos libros de agricultura y de aquellos sueños geórgicos. Sin embargo, ni me gustaba la vida del campo, ni les tenía afición alguna a los trabajos agrícolas. Iba a decir que, en mi sentir, la agricultura rebajaba al hombre, le hacía esclavo de la tierra; pero no dije nada.

* * *

Estábamos casi en primavera, en vísperas de Pascua.

Un día llegó el ingeniero Dolchikov, de quien yo había comenzado a olvidar hasta la existencia.

Llegó de un modo inesperado, sin anunciarlo siquiera con un telegrama.

Cuando fuí aquella noche, como de costumbre, a su casa, le encontré en el salón, paseándose y refiriendo no sé qué. Estaba muy lavado, perfumado y afeitado y parecía más joven que antes de su marcha.

María Victorovna, de rodillas ante la maleta, sacaba de ella libros, frascos, cajas y otros objetos, que le iba entregando al criado.

Al ver al ingeniero, di, involuntariamente, un paso atrás; pero él me tendió ambas manos y me dijo sonriendo, mostrando su blancos y sólidos dientes:

—¡Hele aquí! ¡Tanto gusto en verle, señor decorador! Macha me lo ha contado todo. ¡Y me ha hecho tantos elogios de usted!

Me cogió del brazo, y prosiguió:

—Comprendo su decisión y la apruebo sin reservas. Es infinitamente más honrado y más inteligente ser un buen obrero que garrapatear en una oficina y llevar una escarapela en la gorra. Yo he trabajado en Bélgica como simple obrero... con estas manos que usted ve... y he sido durante dos años maquinista...

Llevaba un batín, calzaba unas pantuflas y andaba con el balanceo de los gotosos. Estaba visiblemente satisfecho de encontrarse al fin en su casa y de haber tomado su ducha. Se frotaba las manos y canturreaba.

No tardó en servirse la cena. Se me invitó.

Durante la comida, fué él quien habló más.

—No hay duda—decía—de que son ustedes muy simpáticos, muy amables; pero, dígame usted, señor: ¿por qué en cuanto empiezan ustedes a trabajar físicamente y a preocuparse de la suerte del mujik se hacen, inevitablemente, sectarios? Usted, por ejemplo, señor Poloznev, ¿no es un sectario? Por cuestión de principios, no bebe usted "vodka". Eso es puro sectarismo.

Por complacerle bebí "vodka" y vino. Comimos quesos de distintas clases, salchichón, pastas y otras delicadezas gastronómicas que el ingeniero había traído de Petersburgo, y saboreamos los vinos que en su ausencia se habían recibido del extranjero, que eran, en verdad, excelentes. No sé cómo se las arreglaban para recibirlos sin pagar derechos de importación, lo mismo que los cigarros. El cavial y el salmón se lo regalaban. No pagaban el piso, porque el propietario de la finca proveía de petróleo al camino de hierro, y, por lo tanto, dependía del ingeniero. En fin, yo casi llegué a estar convencido de que cuanto existe en el mundo se hallaba siempre—de modo gratuito—a la disposición del señor Dolchikov y de su hija, que no tenían más que tender la mano y cogerlo.

Seguí visitándolos asiduamente; pero no con tanto placer como antes de regresar el ingeniero. El señor Dolchikov me azoraba, y en su presencia no me sentía yo a mi gusto. No podía soportar su mirada serena e inocente; su conversación

me era antipática; no podía yo desechar el desagradable recuerdo de mi corta estancia en sus oficinas y de la grosería con que me había tratado.

Es verdad que ahora estaba muy amable conmigo, que me rodeaba con el brazo la cintura, que me daba afectuosos golpecitos en el hombro, que aseguraba ver con una profunda simpatía mi cambio de vida; pero a mí no se me ocultaba que me despreciaba como antes, que me consideraba una nulidad, y que sólo me toleraba por serle agradable a su hija.

Yo no podía ya reírme y decir lo que se me ocurría. Casi siempre estaba silencioso y temía a cada momento una grosería del señor Dolchikov. Mi conciencia de proletario se sublevaba contra mi conducta. Yo, un obrero, visitaba diariamente a aquella gente rica, con la que no tenía nada de común, que despreciaba a todos los habitantes de la ciudad y que era considerada por ellos extraña... Bebía en su casa vinos caros y comía bocados exquisitos... Me sentía avergonzado como si cometiese un crimen. Cuando me dirigía a casa de Dolchikov evitaba el encuentro con mis conocidos y bajaba los ojos al verlos; y cuando volvía a mi pobre posada, me abochornaba haber comido tanto y tan bien.

Pero lo que me preocupaba sobre todo era el temor de enamorarme. María Victorovna cada día me atraía más. Yendo por la calle, en el trabajo, en medio de mis charlas con mis compañeros, pensaba a cada instante en que por la noche iría

a su casa, y me deleitaba recordando su risa, su voz... Antes de ir a verla permanecía largo rato de pie ante un pedacito de espejo, procurando hacerme lo más primorosamente que podía el lazo de la corbata. Mi traje me parecía abominable, y me avergonzaba, y al mismo tiempo mi dignidad se rebelaba contra esta vergüenza. Cuando ella me decía desde su cuarto que no entrase, que esperase un poco, porque no estaba vestida aún, se apoderaba de mí una gran tensión nerviosa, y mi espera, aunque fuese corta, era la espera inquieta y llena de ansias de un enamorado impaciente. Al ponerla, con el pensamiento, en parangón con otras jóvenes a quienes veía por la calle, se me antojaban todas, hasta las más lindas, vulgares, mal vestidas, grotescas. Y la superioridad de María Victorovna me enorgullecía como si la hija del ingeniero me perteneciese. Rara era la noche que no la soñaba...

Una noche salí de su casa asqueado de mí mismo. Aunque el ingeniero seguía estando muy amable y me había hecho compartir con él una enorme langosta, en su amabilidad, en la familiaridad con que me trataba, yo advertía, hacía algún tiempo, algo ofensivo para mí.

Camino de mi posada, decidí poner fin a aquella situación humillante. "En esa casa—pensé—se me acaricia como se acaricia a un pobre perro perdido. Ahora los divierto; pero en cuanto deje de interesarlos, me pondrán de patitas en la calle."



—¡Hay que acabar lo más pronto posible!—casi grité en el silencio de la ciudad dormida.

Y, alzando los ojos al cielo, juré solemnemente romper toda relación con la familia Dolchikov.

A la noche siguiente no fuí a verlos.

Muy tarde ya, pasé por la calle de la Nobleza. Estaba obscuro y llovía. La casa de Achoguin se hallaba sumida en el sueño; en una sola ventana, la de la señora Achoguin, situada al extremo de la fachada, se veía luz. La señora Achoguin, sin duda, estaría bordando o haciendo calceta, alumbrada por tres bujías, para demostrar el desprecio que le inspiraban las supersticiones. En nuestra casa no se veía luz alguna. La de Dolchikov, frontera a la nuestra, estaba, por el contrario, muy iluminada, aunque, a causa de los visillos, no se distinguía nada de su interior.

Seguí andando a lo largo de la calle, bajo la lluvia primaveral. Oí a mi padre llegar, de vuelta del club. Llamó a la puerta, y momentos después vi, dentro, encenderse una luz. Distinguí la silueta de mi hermana, que con el quinqué en la mano, y alisándose presurosa el cabello, se dirigía a la puerta. Luego, desde mi secreto observatorio, vi a mi padre ir y venir por el salón. Hablaba frotándose las manos; mi hermana, sentada en una butaca, permanecía inmóvil y muda. Seguramente no le escuchaba, absorta en sus cavilaciones.

No tardaron en retirarse, y la luz se apagó.

Miré a la casa del ingeniero: también estaba sumida en las tinieblas. Solo, en la noche negra,

bajo la lluvia, sentía una tristeza profunda, como un hombre perdido en el desierto y ya sin ninguna esperanza. Toda mi vida, la pretérita y la presente, me parecía nula, desprovista de todo interés. ¿Qué podía yo esperar del porvenir?

Sin darme cuenta de lo que hacía, tiré con todas mis fuerzas de la campanilla de la puerta del ingeniero Dolchikov, la arranqué y eché a correr a carrera tendida, calle arriba, como un chiquillo, empujado por el temor de que saliesen en seguida y me reconociesen.

A una gran distancia me detuve para tomar aliento. La calle permanecía silenciosa.

Sólo se oía el ruido de la lluvia y el de los golpes de un sereno sobre una plancha de hierro (1).

Durante una semana no visité a la familia Dolchikov.

Nos quedamos sin trabajo, sufrimos toda clase de privaciones. Vendí mi traje nuevo por cuatro cuartos y me comí el dinero. A veces encontraba un trabajo penoso para un día, que me producía de diez a veinte "kopecks". Cubierto de barro, temblando de frío, trabajaba como un forzado y encontraba en ello cierta satisfacción moral: me vengaba en mí mismo de las langostas, los quesos y otros buenos bocados que había saboreado en casa de Dolchikov.

Ni aun en medio de esta vida llena de miserias dejaba nunca de pensar en María Victo-

(1) En las pequeñas ciudades rusas, los serenos, para mostrar que están alerta, dan golpes, de cuando en cuando, sobre una plancha de hierro.

rovna. La amaba. Sí, aquello era amor, el amor más apasionado. Cuando me acostaba, cansado, mojado, muchas veces hambriento, mi imaginación evocaba al punto su imagen y se forjaba cuadros seductores. Y aquel amor me daba fuerzas para sufrir, como si fuera por ella por quien yo padecía tan terrible vida.

Una noche en que había caído una copiosa nevada, en que parecía que el invierno había vuelto, encontré en mi cuarto a María Victorovna. Estaba sentada, envuelta en su abrigo de pieles, las manos dentro del manguito.

—¿Por qué no viene usted ya a casa?—me preguntó, clavando en los míos sus ojos claros y expresivos.

Yo estaba tan turbado por la alegría, que no podía contestar, y permanecía en pie, ante ella, en la misma actitud que ante mi padre cuando me pegaba.

Ella me miraba fijamente y no se me ocultaba que se daba cuenta de la causa de mi turbación.

—¿Por qué no viene usted a verme?—repitió—. ¡Ya que usted no quiere venir a mi casa, vengo yo a la suya!

Se levantó y se aproximó a mí.

—¡No me abandone usted!—me dijo.

Vi brillar las lágrimas en sus ojos.

—¡No me abandone usted! ¡Estoy sola, no tengo a nadie en el mundo!

Y buscando el pañuelo, para secarse las lágrimas, se sonreía.

Hubo unos instantes de silencio. La abracé, la atraje hacia mí y di un largo beso en sus labios. Al besarla, me hice sangre en la cara con el alfiler de su sombrero.

Momentos después nos pusimos a hablar como si nos amáramos hacía mucho tiempo.

X

A los dos días, María Victorovna me envió a Dubechnia.

La dicha me embriagaba.

Camino de la estación, y luego en el tren, me reía a lo mejor sin motivo alguno visible, y la gente me miraba asombrada, creyendo, sin duda, que estaba un poco bebido.

La nieve seguía cayendo, aunque había empezado la primavera; pero no tardaba en derretirse, en convertirse en barro, de manera que los caminos no estaban blancos, sino negros.

Aunque había pensado arreglar la casita para mí y para Macha en el pequeño pabellón, frontero al ocupado por la señora Cheprakov, tuve que renunciar a tal proyecto; pues el pabellón estaba habitado hacía mucho tiempo por las palomas y los ánades, y para dejarlo en buen estado había que destruír gran número de nidos.

Teníamos, pues, que arreglar nuestra habitación en la casa central. Los campesinos la llamaban "castillo"; pero era un castillo nada bonito. Había en él más de veinte estancias casi vacías

por completo y de un aspecto triste, sombrío. El mobiliario se reducía a un piano y un silloncito de niño, arrumbado en el granero. Aunque Macha hubiera transportado de la ciudad todo su mobiliario, la casa habría seguido siendo triste y pareciendo vacía.

Escogí tres habitacioncitas cuyas ventanas daban al jardín y empecé a trabajar. Me pasaba el día limpiándolas, tapando los agujeros del suelo, empapelando las paredes, sustituyendo con otras nuevas las losas rotas. Era un trabajo fácil y agradabilísimo para mí.

Con mucha frecuencia iba al río, a ver si el hielo de que estaba cubierto todo el invierno se derretía. Esperaba con impaciencia la vuelta de los pájaros que invernaban en los países cálidos. Por la noche, en la cama, soñaba, lleno de alegría, desbordante de felicidad, con Macha. Ni el viento que sacudía los postigos ni las ratas que hacían ruido en el pavimento me molestaban: tan dichoso era.

La nieve aun era muy profunda. Había caído mucha en marzo; pero pronto había empezado a fundirse, como por encanto. El río se llenaba de agua, que, en multitud de arroyos canoros, corría a su cauce.

A principios de abril aparecieron los primeros pájaros, y empezó a alegrar el jardín el batir de sus alas. El tiempo era magnífico.

Todos los días, al anochecer, me encaminaba a la ciudad, al encuentro de Macha. Iba descalzo, y

era delicioso andar así por la tierra blanda, no seca aún del todo. A medio camino me sentaba y contemplaba la ciudad, sin osar acercarme a ella. Su vista me turbaba. Yo me decía: "¿Qué comentarios hará la gente que me conoce acerca de mis amores con Macha? ¿Qué dirá mi padre?" Mi vida, de pronto, se había tornado harto más complicada. Yo no la dominaba ya: era ella la que me dominaba a mí. Yo era a modo de un globo impelido por el viento no se sabe adónde. No pensaba ya en la manera de ganarme el pan; no pensaba ya en nada preciso, como si me hallase en un dulce letargo.

Casi siempre Macha venía en coche. Me sentaba a su lado y nos dirigíamos juntos a Dubechnia, libres, alegres.

A veces la esperaba en vano: no venía. Entonces, ya puesto el sol, volvía a mi vivienda, descontento, turbado, sin acertar a comprender por qué no había venido. Pero no era raro que la encontrase, inesperadamente, a la puerta de la casa o en el jardín. Esto era para mí una grata sorpresa y me regocijaba mucho.

—He venido en tren—me decía María Victorovna—. Desde la estación he venido andando.

Vestida con suma sencillez, tocada con un pañolito, con una modesta sombrilla en la mano, pero gentil, calzando unas elegantes botinas hechas en el extranjero, se me antojaba una actriz de talento que representaba el papel de muchacha de pueblo.

Visitábamos nuestra propiedad, deliberábamos acerca de una porción de detalles: acerca de cuál sería la habitación de cada uno, de dónde plantaríamos flores, del lugar en que colocaríamos la colmena. Teníamos nuestros pollos, nuestros patos y nuestros gansos, y los amábamos porque eran nuestros. Teníamos ya preparado todo lo necesario para la siembra: trigo, avena, legumbres. Nos pasábamos horas enteras planeando los futuros trabajos, hablando de las cosechas que recogeríamos. Cuanto decía Macha me parecía bello y atinado.

Fué aquél el período más feliz de mi vida.

Algunas semanas después celebramos nuestras bodas. La solemnidad tuvo lugar en una iglesita campesina, en la aldea de Kurilovka, a tres verstas de Dubechnia.

Macha quiso que en la ceremonia todo fuera sencillo, modesto. Conforme a sus deseos, nuestros testigos fueron jóvenes campesinos. El servicio religioso estuvo a cargo de un chantre.

Volvimos a casa en un coche pesado y tambaleante, que la misma Macha guiaba.

De la ciudad sólo acudió mi hermana Cleopatra, prevenida tres días antes por una carta nuestra. Vestía un traje blanco y llevaba las manos enguantadas. Durante la ceremonia, lloraba suavemente y se pintaba en su rostro una bondad maternal infinita.

Nuestra felicidad parecía embriagarla, y la sonrisa no desaparecía de sus labios, como si estu-

viera respirando un aire delicioso. Contemplándola, comprendí que no existía para ella en el mundo nada tan importante como el amor, el amor sencillo, terreno, y que soñaba con él a toda hora, de un modo apasionado, ocultando celosamente sus sueños.

Abrazaba y besaba a Macha sin cesar, y, no sabiendo cómo expresarle su entusiasmo, le decía, refiriéndose a mí:

—¡Es bueno, muy bueno!

Antes de volverse a la ciudad se despojó del traje blanco, y se puso otro de diario y me suplicó que saliese un momento con ella al jardín.

—Quisiera hablarte—me dijo.

Salimos.

—Papá—comenzó—está muy enfadado porque no le has escrito. Debías haberle pedido la bendición. Pero, aparte de eso, está muy contento. Cree que este matrimonio te elevará a los ojos de toda la ciudad, y que, bajo el influjo de María Victorovna, te volverás un hombre serio. Por las noches hablamos de ti. Ayer te nombró con estas palabras: "Nuestro Misail", y eso me llenó de alegría. Creo que acaricia, respecto de ti, algún proyecto. Me parece que quiere darte una lección de generosidad y nobleza, y que está dispuesto a que sea suyo el primer paso hacia la reconciliación. Es muy posible que venga a veros dentro de unos días.

Se persignó varias veces, y dijo:

—Bueno, querido, sed felices. Ana Blagovo, que

es tan inteligente, dice que este matrimonio es una prueba a que te somete el Señor. Te deseo fuerzas para salir victorioso de ella. La vida de familia no sólo proporciona alegrías, sino también padecimientos. La vida es así.

Macha y yo la acompañamos cerca de tres verstas, a pie. Luego de despedirla, nos dirigimos a casa, silenciosos, el corazón henchido de felicidad. Macha me llevaba cogida una mano, y de cuando en cuando cambiábamos miradas llenas de cariño. No pronunciamos ni una sola palabra de amor: eso habría podido turbar el goce de nuestra ventura. El verdadero amor no necesita ser expresado con palabras. Después de la boda nos sentíamos todavía más cerca uno de otro, y se me antojaba que nada en el mundo podría nunca separarnos.

—Tu hermana—me dijo mi esposa—es muy simpática; pero, al mirarla, se experimenta la impresión de que ha sido maltratada durante mucho tiempo. Tu padre debe de ser un hombre terrible.

Le conté el sistema educativo que mi padre había puesto en práctica conmigo y con mi hermana. Le describí nuestra niñez dolorosa y estúpida. Cuando le dije que mi padre, no hacía aún mucho tiempo, me había pegado, se estremeció y se apretó contra mí.

—¡No, no me cuentes esas cosas! ¡Es terrible!

Ya no nos separamos. Ocupábamos tres habitaciones de la casa grande. Por la noche yo cerra-

ba con llave la puerta que daba a las habitaciones vacías, como si hubiera en ellas un ser desconocido que nos inspirase temor.

Me levantaba muy temprano, al salir el sol, y me ponía inmediatamente a trabajar. Hacía reparaciones en los coches, arreglaba las sendas del jardín, azadonaba los bancales, pintaba el tejado de la casa.

Cuando llegó la época de la siembra, mis esfuerzos para trabajar como un simple campesino fueron heroicos. Me fatigaba enormemente, sobre todo cuando llovía o hacía viento. Me dolían la cabeza y los pies. Hasta durante el sueño me atormentaba la visión de los campos labrados.

Los trabajos agrícolas no me gustaban. No conocía la agricultura y no le tenía ninguna afición, debido, sin duda, a mi origen; pues mis ascendientes nunca fueron agricultores y corría por mis venas sangre ciudadana.

Amaba tiernamente la Naturaleza, me placía contemplar los campos, las praderas, los bosques; pero cuando veía a un campesino que, con su flaco caballo, iba y venía por la tierra negra y lodosa; cuando contemplaba al pobre labrador cubierto de barro, harapiento, más desgraciado aún que su caballería, ambos me parecían la encarnación de la fuerza primitiva, brutal, sin belleza, sin atractivo. Mirando a los campesinos trabajar la tierra, pensaba que en el campo, lejos de los grandes centros de población, la vida tiene no poco de salvaje, se asemeja mucho a la de hace

miles de años, a la de la gente que aun no sabía servirse del fuego. Los toros, los caballos, los carneros, cuando atravesaban en rebaños la aldea, aturdiéndome y salpicándome de barro, me parecían también un símbolo de aquella vida salvaje, desprovista de todo progreso.

No, no me gustaba la agricultura. ni la vida del campo tampoco. Sobre todo cuando hacía mal tiempo, cuando densas nubes gravitaban sobre la tierra sombría, el campo se me caía encima. Mientras trabajaba, no me animaba la idea de la santidad del trabajo campestre, que sostienen con tanta elocuencia sus apologistas. Al trabajo en el campo prefería el trabajo doméstico. Encontraba un placer singular en la pintura del tejado y en otras ocupaciones análogas.

No lejos de la casa había un molino que pertenecía a la finca, como dejo dicho. Me gustaba visitarlo, y, atravesando el jardín y el prado, iba a él muy a menudo.

Nos lo tenía alquilado un campesino de la aldea vecina. Se llamaba Stepan. Era un hombre muy vigoroso, guapo, de cabellos negros, barbudo. No le gustaba la molinería, y si vivía en el molino era exclusivamente por no vivir en su casa.

Era taciturno y poco sociable. Inmóvil, silencioso, se pasaba horas enteras a la orilla del río o a la puerta del molino. De vez en cuando iban a verle su mujer y su suegra, ambas suaves, corteses, blancas. Le saludaban muy humildes, le trataban de usted y le llamaban Stepan Petrovich. El

parecía no advertir su presencia. Sin contestar a su saludo ni con la palabra ni con el ademán, se sentaba a la orilla del río y empezaba a canturrear en voz baja.

Así, sin decir esta boca es mía, permanecía una hora y a veces más tiempo. La mujer y la suegra, después de cambiar quedamente algunas palabras, se levantaban y esperaban un instante, por si se dignaba mirarlas. Luego saludaban de nuevo muy humildes, y decían con voz cantarina:

—¡Hasta la vista, Stepan Petrovich!

Y se iban.

Cuando ya estaban lejos, Stepan cogía el envoltorio con pan o ropa limpia que le habían dejado, miraba guiñando los ojos en la dirección que habían tomado las mujeres, y me decía, desdeñoso:

—¡El sexo femenino!

El molino trabajaba día y noche. Yo ayudaba a Stepan en su labor. Cuando se iba un rato del molino le reemplazaba gustosísimo.

XI

Aquel año, el tiempo fué muy caprichoso. Tras unos cuantos días de sol volvieron los días nublados. Durante todo el mes de mayo llovió e hizo frío.

El ruido de las ruedas del molino, unido al de la lluvia, emperezaba y daba sueño. El suelo temblaba, olía a harina, y eso también adormilaba.

Mi mujer, con una corta pelliza y unos chanclos, venía al molino dos veces al día y decía:

—¡Vaya un verano! Es peor que el otoño.

Tomábamos te, hacíamos gachas y permanecíamos horas y horas silenciosos, esperando que cesase la lluvia. Una noche que Stepan había ido al mercado, Macha durmió en el molino.

Cuando nos levantamos no era fácil averiguar la hora que era, pues el cielo estaba cubierto de nubes. Se oía cantar a los gallos en Dubechnia. Era aún muy temprano.

Nos dirigimos al estanque y sacamos la red que había puesto Stepan la víspera. Había en ella una merluza y un cangrejo.

—Suéltalos—me dijo Macha—. Que ellos también sean felices.

Como habíamos madrugado tanto y no teníamos nada que hacer, aquel día me pareció muy largo, el más largo de toda mi vida.

Por la noche volvió Stepan y yo regresé a casa.

—Tu padre ha estado a vernos—me dijo Macha.

—¿Dónde está?

—Se ha marchado. No le he recibido.

Viendo que yo me puse triste, añadió:

—Hay que ser consecuente. Tu padre te ha maltratado tanto que no quiero tener con él nada de común. No le he recibido, y he hecho que le digan que no se moleste más en venir a vernos.

Momentos después me encaminaba a la ciudad para explicarme con mi padre. El camino estaba lleno de barro. Hacía frío.

Por primera vez, después de nuestra boda, sentía una profunda tristeza. Mi cerebro, cansado por aquel largo día gris, propendía a los pensamientos melancólicos. "Quizás—decía yo mentalmente—mi vida no es lo que debe ser." Una apatía honda se apoderó de mí. No tenía gana de moverme ni de pensar. Andado ya parte del camino, determiné volver a casa.

Allí encontré al padre de Macha. Llevaba un impermeable con capuchón. De pie en medio del patio, decía con voz alterada por la cólera:

—¿Dónde están los muebles? Había un hermoso mobiliario estilo Imperio, cuadros, jarrones, y ahora no hay nada. ¡Yo compré la casa con todo lo que había dentro, qué diablo!

Junto a él, con la gorra en la mano, estaba el criado de la señora Cheprakov, un hombre llamado Moisey, de unos veinticinco años, enjuto, con unos ojillos impertinentes.

—Su excelencia compró la casa sin muebles—contestó tímidamente—. Lo recuerdo bien.

—¡Cállate, canalla!—le gritó el ingeniero, rojo de ira.

El eco repitió el grito en el jardín.

Cuando yo estaba haciendo algo en el jardín o en el patio, Moisey solía contemplarme con sus ojillos insolentes, cruzadas las manos atrás. Su contemplación me irritaba tanto que dejaba el trabajo y me iba.

Stepan nos había dicho que Moisey era el amante de la generala Cheprakov. Yo había notado que

la gente que venía a ver a la generala para cuestiones de dinero, empezaba por dirigirse a Moisey. Una vez vi que un campesino le saludaba con gran humildad. A veces entregaba él mismo el dinero, sin contar con su ama. Se advertía que hacía en la casa lo que le daba la gana.

Nos enojaba mucho su conducta inconveniente. Disparaba escopetazos contra nuestras ventanas; nos robaba comestibles; se servía, sin pedirnos permiso, de nuestros caballos. Se diría que Dubechnia era suya y no nuestra.

Aunque nos indignábamos, Moisey seguía haciendo lo que se le antojaba.

—Cuando pienso que aun tenemos que vivir mucho tiempo con estos canallas!...—decía Macha.

Según el contrato, a la señora Cheprakov le asistía el derecho de vivir allí dos años. Su hijo, Iván Cheprakov, estaba empleado como conductor en el camino de hierro. Durante el invierno había enflaquecido tanto y se había debilitado hasta tal punto que con una copa de "vodka" se emborrachaba. Le avergonzaba ser conductor, lo que le parecía humillante para un noble; pero al mismo tiempo consideraba aquel destino muy ventajoso, pues le proporcionaba ocasión de robar bujías pertenecientes al camino de hierro y venderlas.

Mi matrimonio con Macha le asombró, le enceló y le hizo concebir la esperanza de hacer cualquier día un matrimonio parecido. Miraba a Macha con entusiasmo, me preguntaba qué comía y no me ocultaba su envidia.

—¡Dios mío!—gemía, encendiendo por décima vez su cigarrillo y tirando la cerilla al suelo—. ¡Dios mío! Tú eres felicísimo, y yo... ¡Qué vida de perro! Cualquier oficialillo tiene derecho a tutearme, pues, al fin y al cabo, no soy más que un empleado subalterno, una especie de criado de los viajeros.

Una vez me dijo:

—Por culpa de mi madre soy un pobre hombre. En el tren oigo con frecuencia conversaciones científicas muy interesantes... Pues bien: le he oído asegurar a un doctor que si los padres son perversos, los hijos, fatalmente, son borrachos o criminales. Ahora comprendo mi desventura...

Un día vino a casa tambaleándose, sin poder apenas tenerse en pie. Sus ojos miraban con una expresión turbada e insensata, su respiración era pesada, jadeante. Reía y lloraba al mismo tiempo, balbuciendo sin cesar palabras casi incomprensibles.

—¡Mi madre! ¿Dónde está mi madre?—decía llorando como un niño perdido entre la muchedumbre.

Le conduje al jardín y le acosté debajo de un árbol. Durante toda la noche, Macha y yo velamos. Macha miraba con repugnancia su rostro pálido, y decía:

—¡Y pensar que aun tenemos que vivir año y medio con esta gente! ¡Es terrible!

Los campesinos también nos daban muchas de-

sazones. Ya aquella primavera, en los primeros días de nuestro matrimonio, decepciones terribles habían turbado nuestra felicidad.

XII

Mi mujer decidió edificar y costear una escuela para los campesinos. Yo elaboré un proyecto de escuela para sesenta muchachos. La administración del distrito lo aprobó, pero nos aconsejó que edificásemos la escuela no en Dubechnia, como pensábamos, sino en Kurilovka, una aldea algo mayor que distaba tres verstas de nuestra Dubechnia. El consejo era tanto más razonable cuanto que la escuela actual de Kurilovka, en la que estudiaban los niños de cuatro aldeas vecinas, Dubechnia una de ellas, era demasiado pequeña y estaba tan vieja que se temía su hundimiento el día menos pensado.

A fines de marzo Macha fué nombrada, conforme al deseo que había manifestado, miembro del consejo administrativo de la escuela de Kurilovka. A principios de abril congregamos tres veces seguidas a los campesinos de Kurilovka y tratamos de convencerlos de que su escuela era muy reducida y muy vieja y era necesario edificar otra. Después de las reuniones, los campesinos nos rodeaban y nos pedían dinero para comprar "vodka". El calor de la muchedumbre nos ahogaba, y nos apresuramos a marcharnos. Volvíamos a casa cansados, descontentos, decepcionados en extremo.

Tras largas negociaciones, los campesinos al fin consintieron en cedernos el terreno necesario para la construcción de la escuela y se comprometieron a llevar de la ciudad, utilizando para ello sus caballerías, todos los materiales de construcción.

Algún tiempo después, los campesinos de Kurilovka y de Dubechnia salieron un domingo, con sus caballos y sus carros, en dirección a la ciudad para traer ladrillos. Se fueron al salir el sol y no volvieron hasta las altas horas de la noche. Todos venían borrachos, y, según decían, rendidos.

El tiempo era lluvioso y frío. Los caminos, llenos de barro, estaban impracticables. Los campesinos, al volver de la ciudad, acostumbraban meter sus carros en nuestro patio.

—Para descansar un poco—decían.

¡Aquello era un horror! No lo olvidaré nunca. Primero aparecía, en la puerta del patio, el caballo, patiabierto, ventrudo; al entrar, balanceaba la cabeza como si saludase. Luego aparecía una viga de diez metros, mojada, escurridiza; junto al carro avanzaba el campesino, sin mirar dónde ponía los pies, andando por los charcos lo mismo que por un pavimento. Luego aparecía otro carro con tablones, luego otro con postes... Poco a poco el patio se iba atestando de caballos, de carros, de tablones, de vigas. Los campesinos y las campesinas, arropada la cabeza para resguardarla del frío, lanzaban miradas furiosas a nuestras ven-



tanas, gritaban, exigían que Macha bajase a hablar con ellos. A no mucha distancia, Moisey contemplaba la escena, y yo juraría que se bañaba en agua de rosas al vernos en aquella situación ridícula.

—¡Se acabó! ¡No transportaremos más materiales!—oíase gritar—. Estamos rendidos. Si la señora quiere edificar una escuela, que transporte los materiales ella.

Macha, pálida de emoción, temerosa de que aquella multitud irritada invadiese la casa, les enviaba a los campesinos dinero y "vodka". Entonces el tumulto se apaciguaba poco a poco, y los carros, cargados de vigas, de tablones, de postes, iban abandonando el patio.

Cuando yo me disponía a marchar a Kurilovka para ver cómo iba la construcción, mi mujer daba muestras de gran inquietud.

—Los campesinos están furiosos—me decía—. Pueden hacerte algo. Espera, voy contigo.

Nos íbamos juntos. En Kurilovka, los carpinteros me pedían una propina. La construcción casi no adelantaba. Faltaban obreros. A pesar del compromiso contraído, muchos no acudían al trabajo. Siempre había algo que lo paralizaba. Un día nos hicieron saber que se necesitaba arena. No habíamos pensado antes en ello. Había que buscarla lo más pronto posible. Aprovechándose de la urgencia, los campesinos nos pidieron por cada carro de arena treinta "copecks", aunque la ribera donde tenían que cargar sólo distaba doscien-

tos metros de la obra. Se necesitaban lo menos quinientos carros.

Las dificultades se sucedían sin tregua. Los campesinos seguían pidiéndonos dinero para "vodka", con gran indignación de mi mujer. El contratista de la obra, Tito Petrov, un anciano de setenta años, nos estaba siempre prometiendo activar los trabajos.

—Ya verán ustedes. En dándome arena, que es lo que ahora hace falta, todo marchará como sobre rieles. Encontraré cuantos obreros sean necesarios. ¡Ya verán ustedes!

Pero se le llevó toda la arena necesaria, y la edificación, sin embargo, no avanzaba. Pasaban días y noches sin que apenas se advirtiese adelanto alguno.

—¡Es para volverse loca!—decía Macha, casi llorando—. ¡Qué gente, Dios mío, qué gente!

Durante aquellos tristes días, venía con frecuencia a vernos su padre, el ingeniero Víctor Ivanovich. Traía delicadezas gastronómicas y buenos vinos. Tenía siempre un apetito de lobo y comía mucho. Después de comer se dormía un rato en la terraza y roncaba de un modo terrible. Al oírle, nuestros obreros sacudían con asombro la cabeza y decían:

—¡Vaya unos ronquidos! Parece que duerme ahí arriba un regimiento...

A Macha no le entusiasmaban sus visitas. Su padre no le inspiraba confianza, lo que no era obstáculo para que le pidiese consejos prácticos.

El ingeniero se levantaba de dormir la siesta, casi siempre muy mal humorado, y empezaba a gruñir; le parecía que todo lo hacíamos mal, y se lamentaba de haber adquirido Dubechnia, que, según decía, sólo le había proporcionado sinsabores. La pobre Macha le escuchaba cariacontecida. A veces se dolía en su presencia de la conducta de los campesinos, y él le decía que con aquella gente había que ser muy severo y que el mejor modo de hacerla entrar en razón era sacudirle el polvo.

Nuestro matrimonio y nuestra manera de vivir los consideraba una comedia.

—No es más que un capricho—decía—. En Macha son frecuentes los caprichos por el estilo. Una vez se figuró ser una gran artista de ópera y se escapó de casa. ¡Estuve dos meses buscándola por toda Rusia! Sólo en telegramas me gasté mil rublos. ¡Sí, amigo mío!

Ya no me llamaba sectario, ni señor decorador, ni elogiaba mi conversión en obrero, como acostumbraba hacer antes.

—¡Es usted un hombre extraño!—me decía ahora—. No es usted un hombre normal. No soy profeta; pero le predigo que acabará malamente.

Macha apenas dormía de noche, y se pasaba horas enteras sentada, a la luz de la luna, junto a la ventana de la alcoba. En la mesa ya no se reía ni me hacía guiños.

El ver extinguida su alegría me atormentaba. Cuando llovía, cada gota de lluvia se me antoja-



ba que caía sobre mi corazón como plomo derretido, y sentía impulsos de arrodillarme a los pies de Macha y pedirle perdón de que hiciera mal tiempo. Cuando los campesinos escandalizaban en el patio, también me sentía culpable ante Macha. Permanecía horas y horas inmóvil en un rincón, pensando en ella, en nuestra vida. Mi amor crecía y se tornaba verdadera veneración. Macha me parecía irreprochable, ideal. Cuanto hacía me entusiasmaba, lo consideraba admirable.

Y, en efecto, era una mujer como hay pocas. Dotada de aptitudes para un trabajo tranquilo, de gabinete, le gustaba leer, estudiar. Aunque la agricultura sólo la había estudiado teóricamente, en los libros, nos asombraban sus conocimientos y los consejos que nos daba, muy útiles siempre. Por añadidura, tenía un corazón nobilísimo y un gusto exquisito, y su trato era de una amabilidad que sólo poseen las personas de una educación refinada.

Y aquella mujer se veía forzada a vivir allí, en medio de aquel desorden, entre aquella gente grosera, rencillosa y mezquina. ¡Cómo debía sufrir! Yo lo advertía y sufría también. Me pasaba las noches casi en vela, entregado a mis tristes pensamientos, y a veces los ojos se me llenaban de lágrimas. En vano procuraba hacerle a mi Macha la vida más agradable.

Iba con frecuencia a la ciudad y le compraba libros, periódicos, bombones, flores. Para variar poco nuestro "menu" pescaba en el río, con Stepan, muchas veces, bajo la lluvia, calándome has-

ta los huesos. Les suplicaba a los campesinos, humillándome ante ellos, que no hicieran ruido en el patio; les daba dinero para "vodka", les prometía concederles cuanto me pedían, y hacía otras mil estupideces.

Las lluvias, que parecían interminables, cesaron al fin. Me levantaba muy temprano, mucho antes de salir el sol, y me iba al jardín. El rocío brillaba en las flores, oíase por todas partes el alegre coro de los pájaros y los insectos. El cielo estaba sereno, sin una sola nube. Todo en torno, el jardín, el prado, el río, convidaba a una dulce contemplación; pero mi alma se hallaba turbada, mi pensamiento no podía apartarse de los campesinos, de los sinsabores que nos costaba la edificación de la escuela, de los reproches y las lamentaciones del ingeniero.

Algunas tardes me paseaba con Macha, en un cochecito, por el campo, para ver cómo iban los trigos. Siempre guiaba ella. Llevaba los hombros un poco levantados y el viento agitaba sus cabellos.

—¡Apártese!—gritaba cuando venía otro carruaje en dirección contraria al nuestro.

Había en aquel grito un no sé qué verdaderamente cocheril.

—Imitas muy bien a los cocheros—le dije un día.

—No es extraño—repuso—. Mi abuelo, el padre del ingeniero, era cochero. ¿No lo sabías?

Se volvió a mí, y con el orgullo de un artista pagado de su oficio lanzó un nuevo grito tan de

cochero que el automedonte más castizo no habría podido ponerle reparos.

No sé por qué, aquéllo me satisfizo.

—Tanto mejor—me dije—; tanto mejor.

Pero al punto, los tristes pensamientos relativos a los campesinos, a la construcción de la escuela, al ingeniero, volvieron a desazonarme.

XIII

El doctor Blagovo venía a vernos, en bicicleta. Mi hermana también nos visitaba con frecuencia. Empezaron de nuevo las discusiones acerca del trabajo físico, del progreso, de la meta lejana adonde se dirige la humanidad.

El doctor no era partidario de nuestra vida campestre, cuyos menesteres y preocupaciones nos obligaban a menudo a interrumpir los diálogos trascendentales. Decía que es indigno de un hombre libre labrar, segar, cuidar del ganado. Estaba seguro de que en el porvenir todos esos trabajos groseros serían realizados por máquinas y animales, y el hombre podría entregarse por entero a las investigaciones científicas.

Mi hermana siempre tenía prisa de volver a casa. Si se quedaba con nosotros hasta la noche o hasta el día siguiente, no estaba tranquila.

—¡Dios mío, qué chiquilla es usted aún!—le decía Macha en tono de reproche—. ¡Eso es ridículo!



—Acaso tenga usted razón—respondía mi hermana—. Comprendo que es absurdo; pero ¿qué quiere usted? No puedo remediarlo. Me parece un delito hacerle a mi padre esperar.

Por la noche, tras un día de duro trabajo en el campo, yo me sentía muy cansado, y tomando el fresco en la terraza, en compañía de Macha, el doctor y mi hermana, me quedaba dormido a lo mejor de la conversación, lo que provocaba risas y bromas. Me despertaban para ir a cenar; pero el sueño se apoderaba nuevamente de mí y lo veía todo en torno mío como al través de una niebla: la luz, las caras, la mesa. Oía vagamente hablar sin comprender lo que se decía. A la mañana siguiente, de pie al amanecer, me entregaba al trabajo campestre o me dirigía a Kurilovka para vigilar la edificación de la escuela. No volvía a casa hasta muy entrada la noche.

Sólo dedicaba al hogar los días de fiesta. En esas largas horas de intimidad familiar comencé a percatarme de que Macha y mi hermana me ocultaban algo. Hasta me parecía que huían de mí. Mi mujer seguía manifestándome un tierno cariño; pero yo advertía que no me comunicaba todos sus pensamientos.

Era evidente que su irritación contra los campesinos crecía de día en día y que la vida en Dubechnia se le iba haciendo insoportable; pero no me hablaba ya de eso ni se quejaba. Sí, Macha me ocultaba sus verdaderos pensamientos. Le gustaba más hablar con el doctor que conmigo,

y yo me devanaba los sesos tratando de comprender la razón.

Es costumbre en nuestro país investir de cierta solemnidad la recolección del trigo. Por la noche se reunen en el patio del propietario los campesinos, y se los obsequia con "vodka".

Nosotros no quisimos seguir esta tradición. Los segadores y las segadoras esperaron largo rato en el patio, y viendo que no se les daba "vodka", se marcharon, muy entrada la noche, jurando e insultándonos. Macha, al oírlos, frunció las cejas y guardó un silencio sombrío. Sólo dijo al cabo de un rato, dirigiéndose al doctor:

—¡Qué brutos! ¡Son unos salvajes!

En el campo se acoge siempre a los nuevos vecinos con cierta hostilidad, como en la escuela a los nuevos alumnos. Nosotros tuvimos ocasión de experimentarlo. Al principio se nos consideraba gente de poco seso, sin el menor sentido práctico, que había comprado la finca porque no sabía qué hacer del dinero. Los campesinos se burlaban sin rebozo de nosotros y nos daban todos los disgustos que podían. Llevaban a pacer a nuestro bosque y hasta a nuestro jardín a sus vacas y sus caballos; y cuando nuestras bestias eran acusadas calumniosamente por ellos de haberse metido en sus prados, exigían que les pagásemos multas. Acudían en turba a casa, armaban bajo nuestras ventanas una algarabía infernal y aseguraban que habíamos segado un trozo de terreno que no era nuestro. Como no conocíamos los

límites de nuestra propiedad, les creímos las primeras veces y les pagamos las multas sin replicar; pero no tardamos en convencernos de que las reclamaciones carecían en absoluto de fundamento.

Con frecuencia, los campesinos derribaban árboles de nuestro bosque sin pedirnos permiso. Uno de ellos, enriquecido gracias a no muy limpias operaciones comerciales en Dubechnia, se puso, en secreto, de acuerdo con nuestros trabajadores, y todos en combinación nos robaban desvergonzadamente: cambiaban en nuestros coches ruedas nuevas por viejas, se apoderaban de nuestros arneses, que nos vendían luego como si fueran suyos, etc., etc.

Pero todo esto eran tortas y pan pintado en comparación con los disgustos que nos proporcionaba la escuela. Las mujeres nos robaban durante la noche planchas de hierro, ladrillos, en fin, cuanto podían llevarse. Nosotros reclamábamos, y el alcalde y algunos guardias hacían pesquisas en el domicilio de las ladronas, les imponían a cada una dos rublos de multa, y con el dinero reunido compraban "vodka", emborrachándose toda la aldea de una manera abominable.

Macha estaba muy enojada, y le decía al doctor y a mi hermana con voz trémula de indignación:

—¡No son hombres! No hay en ellos nada de humano. ¡Qué horror! ¡Dios mío, qué horror!

Y no pocas veces la oí dolerse de haber em-

prendido la edificación de la escuela. El doctor trataba de calmarla.

—Hágase usted cargo—le decía—de que si edifica usted una escuela o lleva a cabo otra buena obra no es precisamente en beneficio de los "mujicks", sino en pro de la cultura general, del progreso. Y cuanto más brutos, cuanto más salvajes sean los "mujicks", más motivo hay para edificar escuelas. ¡Es tan sencillo y tan claro!

Oyéndole hablar así, me parecía que no estaba seguro de que fuera preciso, en efecto, construir tal escuela, y que compartía con Macha la antipatía a los campesinos.

Macha y mi hermana iban muchas veces al molino y decían riendo que lo que las atraía allí era la hermosura de Stepan. Tuve ocasión de persuadirme de que el molinero sólo era reservado y taciturno con el sexo fuerte: con las mujeres hablaba por los codos. Una vez que fuí a bañarme al río, le oí, por casualidad, conversar con Macha y mi hermana. Ambas, en bata blanca, estaban sentadas bajo un árbol; Stepan estaba en pie delante de ellas, con las manos cruzadas atrás, y decía:

—Los campesinos no son hombres. Son, perdónenme ustedes la palabra, bestias. ¿Qué es su vida? Sólo saben beber, emborracharse de "vodka", perder el tiempo gritando en la taberna, cantar canciones obscenas y jurar. Nunca hablan nada razonable. No saben conducirse correctamente con la gente. ¡Son unos animales! Viven

de un modo inmundo: los hombres, las mujeres, los niños, van hechos unos puercos, comen como cerdos, sin servirse casi nunca de los tenedores; se lavan muy poco... ¡Son unos marranos!, perdónenme ustedes la palabra.

—Eso se debe a su pobreza—objetó mi hermana.

—No, no lo crea usted. Claro que son pobres; pero aun siendo pobre puede uno conducirse como es debido. Si estuvieran ciegos, mutilados, sin piernas, sin brazos, se comprendería que fueran como son; pero hombres que tienen brazos y piernas, que conservan las fuerzas, no deben caer tan bajo. No, señora; créame usted, no es por su pobreza por lo que nuestros campesinos viven como cerdos. La causa de todas sus desgracias es el maldito "vodka". Además, los campesinos ricos no viven mejor que los pobres... Igual que cochinos... El rico es también grosero, canalla, borracho, con la única diferencia de que tiene más barriga y puede permitirse más porquerías. Ahí tienen ustedes al rico campesino Larion... Deben ustedes conocerle, porque les ha robado cuanto ha querido y ha cortado muchos árboles de su bosque. Bueno; con toda su riqueza, ¿cómo vive? El y su familia van sucios, mal vestidos, habitan una casa asquerosa. A él se le ve a menudo borracho en medio de la calle, con la cara metida en un charco... No, señora; ninguno vale un pito. La vida en la aldea es un verdadero infierno. Estoy de ella hasta la coronilla. Para mí se acabó...

—¿Cómo que se acabó?—preguntó Macha.

—No tengo nada que hacer en la aldea. No quiero volver a verla. Soy libre como un pájaro y nadie puede obligarme a vivir entre esos cochinos. Es verdad que tengo una mujer y se pretende que mi deber es vivir en su compañía; pero yo no reconozco esa obligación: no me he vendido a mi mujer...

—Diga usted, Stepan, ¿se casó usted enamorado?—siguió preguntando Macha.

—No hay amor en el campo—contestó sonriendo Stepan—. Yo me he casado dos veces. No soy de Kurilovka, sino de la aldea de Zalegochi. Allí la vida era tan estúpida y tan sucia como aquí, como en todas partes. Eramos cinco hermanos; mis hermanos estaban casados y todos vivían juntos. La casa estaba llena de mujeres, de niños. Yo quise recibir mi parte de tierra y vivir separadamente, pero mi padre no lo consintió. Entonces dejé la casa y me casé en una aldea vecina. Mi primera mujer murió joven.

—¿De qué?

—De tontería. Se pasaba la vida llorando y siempre estaba tomando drogas para embellecerse. Eso seguramente la puso gravemente enferma y la mató... Mi segunda mujer es de Kurilovka. No vale un comino... Una campesina ordinaria... En el primer momento me gustó: era guapa, limpia, modesta. Lo que me gustó sobre todo fué la limpieza de su casa, una cosa rara en la aldea. Pero no era más que apariencia: al día siguiente

de la boda pedí en la mesa una cuchara, y mi suegra la limpió con los dedos. "Esa es vuestra limpieza", me dije. Y al año de vivir con mi segunda mujer, la dejé... No quiero más...

Calló un instante, contemplando el agua tranquila que corría a sus pies, y añadió:

—No debí casarme con una campesina. Las campesinas son muy bestias. Dicen que la mujer debe ayudar a su marido en el trabajo; pero yo me puedo pasar sin esa ayuda; me ayudo yo mismo. Lo que necesito es una mujer con quien poder hablar...

En aquel momento advirtió que yo me acercaba, y no habló más: no le gustaba hacerlo delante de los hombres.

Macha iba con mucha frecuencia al molino; escuchaba a Stepan con visible placer: el molinero odiaba a los campesinos y ella compartía ese odio. Lo que decía Stepan justificaba el desprecio que los campesinos le inspiraban.

Cuando volvía a casa y se enteraba de que las cabras de los campesinos se habían comido las coles de nuestro jardín o de que nos habían robado algo, se encogía de hombros y decía encolerizada:

—Es natural. De gente así no se puede esperar otra cosa.

Cada día se indignaba más contra los campesinos, los odiaba con toda su alma. Yo, por el contrario, me iba acostumbrando poco a poco a sus imperfecciones. Había algo en ellos que me atraía.

La mayor parte eran hombres nerviosos, irritables, ignorantes, de imaginación estrecha, de horizontes muy limitados. Todos sus pensamientos giraban en torno de la tierra negra, del pan negro y de su vida gris. Con toda su astucia y con toda su mala fe no sabían hacer el más sencillo cálculo aritmético. Se negaban a trabajar por veinte rublos, por juzgar el precio demasiado exiguo, y consentían en trabajar por medio cántaro de "vodka", aunque con los veinte rublos podían comprarse cuatro cántaros.

Macha, Stepan y los demás tenían, naturalmente, razón: los campesinos vivían como cerdos, se emborrachaban, eran a menudo estúpidos, engañaban al prójimo..., y, sin embargo, yo advertía que en la vida campestre había una base sólida, real, una base de que carecía la vida ciudadana. Viendo al campesino trabajar la tierra olvidaba uno su estupidez, sus borracheras, y descubría en él una gravedad, una importancia que no existía en Macha ni en el doctor Blagovo; aquel campesino sucio, bestia y borracho aspiraba a la justicia, tenía la convicción profunda de que sin justicia la vida es imposible.

Solía hablarle a Macha de esto. Le decía que sólo veía las manchas del cristal y no veía el cristal.

Ella evitaba toda discusión conmigo, y por única respuesta se ponía a tararear quedamente. Como en venganza, hablaba siempre que tenía ocasión con el doctor, temblándole la voz de có-

lera, de la embriaguez y la maldad de los campesinos. El oírla me hacía sufrir. No podía yo concebir la injusticia de sus acusaciones. Con su fina inteligencia hubiera debido darse cuenta de que la gente bien educada, perteneciente a la buena sociedad, no se distingue tampoco por la santidad de su vida. Su padre, por ejemplo, bebía también mucho, gastaba grandes sumas en vinos, y ella no se lo reprochaba. Además, el dinero con que Dolchikov había adquirido Dubechnia provenía de una fuente harto sospechosa, había sido ganado sabe Dios cómo.

XIV

Mi hermana vivía su vida y me la ocultaba cuidadosamente. Solía hablar con Macha en voz baja para que no la oyese yo. Cuando me acercaba a ella experimentaba una visible turbación y se diría que se esforzaba en cerrar su corazón ante mí. Me miraba con ojos suplicantes y al mismo tiempo culpables. No me cabía duda de que pasaba por una grave crisis y le daba el decírmelo vergüenza o miedo. Evitaba quedarse sola conmigo, y siempre estaba al lado de Macha, de modo que yo no tenía casi nunca ocasión de hablarle.

Una noche, al volver de Kurilovka, donde había pasado la tarde vigilando la edificación de la escuela, pasé por el jardín. Aunque lo envolvían

ya las tinieblas, vi a mi hermana no lejos de un viejo manzano, paseándose sin ruido como un espectro; vestía de negro, andaba y desandaba nerviosamente un corto trecho, con los ojos bajos, y parecía sumida en una honda preocupación. Como cayese una manzana del árbol cercano, se estremeció al oír el ruido, se detuvo y se oprimió con ambas manos la cabeza, con un ademán doloroso.

Me acerqué a ella.

Una gran ternura había invadido de repente mi corazón. No sé por qué me acordé en aquel momento de nuestra pobre madre, de nuestra niñez, y se me arrasaron los ojos en lágrimas.

Abracé a mi hermana, la besé y la estreché contra mi pecho.

—¿Qué te pasa?—le pregunté—. Veo que sufres. Hace mucho tiempo que lo veo. Dime lo que te pasa.

—¡Tengo miedo!—contestó, temblando de pies a cabeza.

—¿Pero de qué? ¿Qué ocurre? ¡Te ruego que no me ocultes nada!

—Bueno, te lo diré todo, toda la verdad. Hace mucho tiempo que deseaba hablarte. ¡Sufría tanto callando!...

Enmudeció un instante, como para hacer un acopio de fuerzas, y continuó, en voz queda:

—Misail... Yo amo... Sí, amo; pero ¿por qué el terror invade mi alma?

En aquel momento se oyó ruido de pasos. En-

tre los árboles apareció el doctor Blagovo. Llevaba una blusa de seda y botas altas. Sin duda, allí, junto al manzano, se habían dado una cita.

Al ver al doctor, mi hermana se abalanzó a él, como un niño perdido que encuentra a su madre por fin y teme que vuelva a desaparecer.

—¡Vladimiro, Vladimiro!

Se abrazó a él y le miró a los ojos ávidamente. Observé que la pobre había enflaquecido y se había puesto más pálida en aquellos últimos días. El cuello de encaje que llevaba siempre parecía demasiado grande para ella.

El doctor estaba un poco turbado, pero no tardó en recobrar su tranquilidad.

—¡Vamos, querida, cálmate!—le dijo a Cleopatra, acariciándole los cabellos—. ¿Por qué estás tan nerviosa? ¡Ya me tienes aquí!

Hubo un silencio. Yo evitaba mirar a Blagovo.

Momentos después nos encaminamos a casa. El doctor empezó a teorizar.

—La vida civilizada no ha empezado aún entre nosotros—decía, dirigiéndose a mí—. Los viejos aseguran que, en otro tiempo, hace cuarenta o cincuenta años, la vida era mucho más interesante, mucho más espiritual. Quizá sea verdad; pero a nosotros los jóvenes ni siquiera nos cabe el consuelo de recordar el pasado. No podemos hacernos ilusiones. Rusia, según nos aseguran los libros de historia, comenzó a existir en 862; mas la Rusia civilizada, en mi sentir, todavía no existe.

Yo casi no prestaba atención a lo que decía. Sólo pensaba en el secreto que acababa de descubrir. ¡Me parecía tan extraño que mi hermana Cleopatra estuviera enamorada, que abrazase a aquel hombre que algún tiempo antes le era indiferente, y le mirase a los ojos llena de ternura!... ¡Mi hermana, un ser tímido, indolente, sin voluntad y sin valor, amaba a un hombre casado y con hijos!

Mi corazón se llenó de tristeza. Presentía que aquel amor no haría feliz a mi hermana.

XV

La edificación de la escuela terminó. Yo y Macha nos encaminamos a Kurilovka para asistir a la inauguración.

—Ha llegado el otoño—decía Macha tristemente, mirando el paisaje—. El verano ha pasado. Ya no hay pájaros... Casi todos los árboles están sin hoja...

Sí, el verano había pasado. Los días eran aún claros, soleados; pero por la mañana hacía frío; los pastores se ponían ya ropa de abrigo para ir a los prados con los rebaños. Sobre las flores de nuestro jardín temblaba todo el día el rocío. Se oían los ruidos del otoño: el viento, agitando los postigos y el ramaje de la arboleda, los cantos de los pájaros prestos a emigrar.

Me encanta el otoño: en esa época del año siento un deseo más intenso de vivir.

—El verano ha pasado — continuó Macha—. Ahora podemos echar la cuenta de lo que hemos hecho y de lo que hemos dejado de hacer. Hemos trabajado mucho, hemos pensado mucho, nos hemos hecho mejores que éramos. Personalmente, es decir, en lo que concierne a nuestra educación personal, hemos adelantado bastante. Pero ese progreso ¿ha ejercido una influencia más o menos grande sobre la vida que nos rodea? ¿Le ha sido útil a alguien? No. En torno nuestro todo sigue en el mismo estado: la embriaguez, la suciedad, la ignorancia, la mortalidad de la infancia no han disminuído entre los campesinos. ¡No se ha operado el menor cambio! Tú has trabajado rudamente en el campo como un simple bracero; yo he gastado un dineral, en la esperanza de mejorar un poco la vida campesina, y los resultados han sido nulos. La conclusión es bien triste: no hemos trabajado sino para nostros mismos, para nuestro consuelo.

Las palabras de Macha producían en mi corazón un efecto penoso y me desconcertaban.

—Nuestras aspiraciones y nuestros actos siempre han sido sinceros—le contesté—. No tenemos nada que reprocharnos, creo que hemos obrado bien.

—Sí. Hemos sido sinceros; pero el camino que hemos elegido no es el que conduce al fin que perseguimos. Los procedimientos no han sido acertados. Hemos comenzado a trabajar por esa gente como propietarios, poseyendo mucha tierra, una

gran casa, un hermoso jardín; en suma, todo lo que ella no posee. Eso provoca la desconfianza entre los campesinos. Nos consideran privilegiados, señores, descendientes de hombres que oprimían a los campesinos brutalmente y se enriquecían a su costa. Por otra parte, en vez de elevar el nivel de su vida, tú desciendes hasta ellos, vives como ellos, apruebas, en cierta manera, sus costumbres, la poca limpieza de sus casas, la estupidez y la incomodidad de sus vestidos.

—Claro, si la intentona sólo dura unos cuantos meses, no pasa de ser un juego, una especie de "sport" filantrópico—objeté.

—Aunque trabajes con ellos y como ellos mucho tiempo, toda tu vida, será igual... Sin duda obtendrás algunos resultados prácticos; pero... serán casi nulos en comparación con el mal que reina en la aldea, con la ignorancia, el hambre, el frío, la degeneración. Será una gota de agua en el mar. Contra ese mal son necesarios otros medios de lucha, medios violentos, enérgicos, heroicos, rápidos. Si quieres realmente hacer algo útil debes ensanchar de un modo considerable tu círculo de acción, obrar sobre la masa campesina de fuera. Por de pronto, es precisa una propaganda enérgica, ruidosa, como la de la música, que obra al mismo tiempo sobre miles y miles de seres humanos...

Durante unos instantes guardó silencio y miró, soñadoramente, al cielo.

—Sí, el arte...—continuó—. Lo único es el arte.

Sólo él dota al hombre de alas, le levanta sobre la tierra y le lleva muy lejos. Quien está cansado de ver en torno suyo la suciedad cotidiana y las preocupaciones mezquinas, quien se siente ofendido, indignado por la prosa de la vida, puede hallar el reposo y la satisfacción en el arte, en lo bello...

Llegábamos ya a Kurilovka.

El tiempo era hermoso y alegre. Por todas partes se veían campesinos aventando el trigo. Tras los setos de los jardines gualdeaban las hojas aún no desprendidas de los árboles. Las campanas de la iglesia sonaban solemnes en la aúrea paz de la mañana.

Grupos de campesinos se dirigían, llevando iconos, a la iglesia, en cuyo interior sonaba un dulce rumor de cantos religiosos. En la clara limpidez del aire volaban palomas.

Se nos esperaba. La escuela no tardó en llenarse de gente. Se celebró una misa en el salón de estudio. Los campesinos de Kurilovka le regalaron a Macha un icono, y los de Dubechnia, un gran pastel y un salero dorado. Macha, conmovida, se echó a llorar.

—¡Si hemos pronunciado alguna vez una mala palabra, perdonadnos!—le dijo un anciano, saludándonos a los dos muy humildemente.

Cuando regresábamos a casa, Macha volvía a cada instante la cabeza para ver la escuela. El tejado verde, que había pintado yo mismo, brillaba al sol y se divisaba a gran distancia.

Las miradas que Macha dirigía a la escuela no tardé en percatarme de que eran miradas de adiós.

XVI

Aquella tarde, Macha hizo sus preparativos para un viaje a la ciudad.

Desde hacía algún tiempo, Macha iba con mucha frecuencia a la ciudad, y algunas veces pasaba allí la noche. En su ausencia, yo no tenía fuerzas para trabajar; mis brazos se debilitaban y no podía hacer nada. El gran patio me parecía un lugar odioso, abominable; el jardín, en el que murmuraba el ramaje de la arboleda, se diría que lloraba los bellos días pasados; todo en torno se me antojaba hostil, extraño, no perteneciente ya a nosotros.

No salía de casa, y me pasaba horas enteras ante la mesa de Macha o ante su pequeña biblioteca de agricultura. Los pobres libros que ella había amado tanto yacían ahora abandonados y parecían mirarme con tristeza.

Durante horas y horas, de la mañana a la noche, contemplaba las diferentes prendas de Macha: sus guantes viejos, su pluma, sus tijeritas. Veía deslizarse el tiempo en una ociosidad absoluta y me daba cuenta de que si había trabajado hasta entonces, si había labrado, segado, derribado árboles, sólo había sido por ella, por serle agradable. Si me hubiera mandado que trabajase

días enteros en el río, con el agua hasta la cintura, yo lo habría hecho sin preguntar si tal trabajo era útil o no.

Cuando ella no estaba a mi lado, Dubechnia, con sus ruinas, sus postigos agitados por el viento, sus ladrones diurnos y nocturnos, no era para mí más que un caos, en el que todo trabajo se me antojaba inútil. ¿Para qué iba a trabajar ya, una vez convencido de que mi papel allí, en Dubechnia, había terminado, de que ya no se me necesitaba, de que me había convertido en algo tan sin aplicación como los libros de agricultura?

Lo más penoso para mí eran las noches. Las horas me parecían interminables. Sólo, entregado a mis tristes pensamientos, aguzaba el oído en la obscuridad como si esperase que alguien me gritara:

—¡Ya no tienes qué hacer aquí! ¡Puedes irte!

No era por Dubechnia por lo que yo lloraba; era por mi amor. También había llegado para él el otoño. ¡Qué inmensa felicidad amar y ser amado! ¡Qué horror darse cuenta de que todo ha acabado, de que se derrumba la alta torre adonde el amor le había elevado a uno!

Al día siguiente por la noche, Macha volvió de la ciudad. Venía disgustada; pero me ocultó el motivo de su disgusto. Me dijo solamente que aún no era necesario poner cierres dobles en las ventanas.

—¡Se ahoga una aquí!

Me apresuré a retirar los cierres dobles.

Aunque no teníamos apetito, nos sentamos a la mesa a cenar.

—Ve a lavarte las manos—me dijo Macha—. Te huelen a cola.

Había traído de la ciudad los últimos números de los periódicos ilustrados, y después de cenar nos pusimos a hojearlos juntos. Macha los miraba rápidamente y los iba apartando, para leerlos a su gusto cuando estuviera sola. Pero un figurín que representaba a una dama con una falda ancha como una campana le llamó la atención.

Le examinó larga y gravemente, y dijo:

—¡No está mal!

—Sí, ese traje es muy a propósito para ti—dije yo a mi vez.

Y mirando con admiración el figurín, que me entusiasmaba tan sólo porque era del gusto de Macha, añadí:

—¡Es un traje encantador, precioso! ¡Y estarás tan linda con él, mi bella, mi espléndida Macha!

No pude contener las lágrimas, que comenzaron a caer sobre el periódico.

—¡Mi bella, mi espléndida Macha!—repetí balbuciente...

No tardó en irse a acostar. Me quedé solo, y durante cerca de una hora estuve leyendo las ilustraciones.

—Has hecho mal en retirar los cierres dobles —me dijo Macha desde la alcoba—. Vamos a tener frío esta noche. Hace mucho viento...

Después de leer en los periódicos unas informaciones sobre un nuevo procedimiento para la

fabricación de tinta y sobre el brillante más grande del mundo, me puse a examinar de nuevo el figurín que le había gustado a Macha. Me la imaginaba en un baile, con los hombros desnudos y un abanico en la mano, bella, espléndida, ducha en literatura, en artes plásticas, en música... ¡y mi papel a su lado me pareció tan insignificante, tan mezquino!...

Nuestro conocimiento, nuestro matrimonio, no habían sido sino un corto episodio, una de las muchas etapas de la vida de aquella mujer tan pródigamente dotada por la Naturaleza. Cuanto había de bueno en el mundo se diría que estaba a su disposición y no le costaba nada; hasta las nuevas ideas sociales y filosóficas le servían para embellecer su vida y darle variedad. Yo no había sido para ella más que un cochero que la había transportado de una etapa a otra de su existencia. Pero mi papel había terminado: mi hermoso pájaro volaría y yo me quedaría solo.

En aquel momento, como respuesta a mis tristes reflexiones, sonó en el patio un grito de desesperación:

—¡Socorro!

La voz era fina, parecía de una mujer. Como remedándola, el viento gimió quejumbroso en la chimenea.

Algunos instantes después, el grito, confundiéndose con el ruido del viento, volvió a sonar; pero entonces en el otro extremo del patio.

—¡Socorro!

—Misail, ¿has oído?—preguntó, con voz alterada por el miedo, mi mujer.

Salió al comedor en camisa, el cabello en desorden, y aguzó el oído.

—¡Están asesinando a alguien!—dijo—. ¡Sólo nos faltaba eso!

Cogí la escopeta y salí.

Recorrí todo el patio y no encontré a nadie. Los árboles agitaban sus ramas, el viento silbaba con furia, un perro ladraba en un patio vecino... En el campo reinaba la obscuridad. Ni siquiera en la vía férrea, que pasaba a muy corta distancia de casa, se veía una luz.

De pronto, junto al pabellón donde estaba el año anterior la oficina telegráfica, sonó un grito ahogado:

—¡Socorro!

—¿Quién vive?—grité.

Me acerqué corriendo al lugar donde el grito había sonado. Dos hombres se arrastraban por tierra, luchando furiosamente. Ambos jadeaban y parecían ahogarse de rabia.

—¡Déjame!—chilló uno de ellos.

Reconocí la voz de Iván Cheprakov. Era la misma voz fina, de mujer, que pedía antes socorro.

—¡Déjame, canalla, o te muerdo!

En el otro combatiente reconocí a Moisey, el criado de la señora Cheprakov.

Tras largos esfuerzos, conseguí separarlos. No pude contenerme y le di a Moisey dos bofetadas, derribándole. Cuando se levantó le di otra.

—¡Quería matarme!—gimió—. Intentaba robarle a su madre y le he sorprendido cuando se dirigía, en la obscuridad, a la cómoda de la señora. Quiero encerrarle en el pabellón.

Iván Cheprakov estaba borracho, y no me reconoció.

Volví a casa. Mi mujer se había vestido.

Le conté lo que había pasado. No le oculté que había abofeteado a Moisey.

—¡Es peligroso vivir en el campo!—dijo—. ¡Qué noche más larga!

—¡Socorro!—se oyó gritar de nuevo.

—Voy otra vez a separarlos.

—No, no vale la pena—me contestó Macha—. Que se maten.

Clavó los ojos en el techo y prestó oído a los ruidos exteriores. Yo, sentado junto a la cama, no pronunciaba una palabra. Me sentía culpable, como si por mi causa hubieran pedido socorro y fuera la noche tan larga.

Ambos guardábamos silencio. Yo esperaba con impaciencia la mañana.

Macha miraba al techo pensativamente. Se preguntaba, acaso, cómo había podido, con su inteligencia, su educación y su elegancia, ir a parar a aquel odioso rincón provinciano, poblado por seres mezquinos y vulgares, cómo había podido enamorarse de uno de esos seres y ser durante seis meses su esposa.

Sospechaba yo que ya no establecía diferencia alguna entre Moisey, Iván Cheprakov y mi pro-

pia persona: todos debíamos de ser para ella lo mismo, poco más o menos. No podía ocultar su profundo desprecio por todo cuanto le evocaba su imaginación al pensar en Dubechnia: por nuestro matrimonio, por nuestros trabajos agrícolas, por los campesinos, por el viento, la lluvia y el barro.

También ella esperaba con impaciencia la mañana: se leía en sus ojos.

* * *

En cuanto amaneció se fué.

La esperé en Dubechnia durante tres días. Luego guardé en una sola habitación todas mis cosas, cerré la habitación con llave y me fuí también a la ciudad.

Una vez allí, me dirigí a casa del ingeniero Dolchikov.

El criado me dijo que el ingeniero estaba hacía unos días en Petersburgo y que María Victorovna debía de estar en casa de Achoguin, donde se celebraba un ensayo general. Me dirigí a casa de Achoguin. Cuando subía la escalera, parecía que el corazón iba a saltárseme del pecho. Me detuve un poco ante la puerta para tranquilizarme. Por fin, me decidí a entrar en el salón.

Estaba alumbrado por velas, que lucían, en grupos de tres, sobre la mesa, el piano, el estrado. Después me enteré de que la primera función estaba fijada para el día "trece", y el primer ensayo para el "martes", que según los supersti-

ciosos, es un día nefasto. La señora Achoguin luchaba valerosamente contra los prejuicios.

Todos los aficionados al arte teatral se encontraban ya allí. Las tres señoritas Achoguin —la mayor, la menor y la de en medio—iban y venían por el escenario, ensayando, cuaderno en mano, sus papeles. Mi antiguo patrón, *Nabó*, estaba sentado junto a la puerta, mirando a la escena con ojos amorosos y esperando con impaciencia el comienzo de la solemnidad. ¡Todo igual que la última vez que estuve allí!

Me disponía a saludar al ama de la casa; pero de repente todos se volvieron a mí y me dijeron por señas que no me moviese y que no hiciera ruido.

Reinó un hondo silencio. Una señora se sentó al piano y apercibió el cuaderno de música. Luego se acercó mi mujer, lujosamente vestida, hermosa, pero con muy otra hermosura de la que yo admiraba en ella, con una hermosura nueva para mí. No era ya la Macha que iba a verme al molino la anterior primavera.

Empezó a cantar una canción de Chaykovky.

"¿Por qué te amo tanto, noche clara?"

Era la primera vez que la oía yo cantar.

Su voz era llena, melodiosa, y me parecía, al oírla, saborear una pera exquisita. Cuando terminó resonaron aplausos entusiásticos. Ella se sonreía y dirigía alrededor miradas de satisfacción. Se arreglaba el vestido al modo de un pájaro que

logra escaparse de la jaula y se limpia las alas para echar a volar. Llevaba el cabello partido en dos bandas, que le tapaban las orejas. La expresión de su rostro era provocativa, como la de quien se apresta a la lucha. Se diría que estaba dispuesta a desafiar al mundo entero. Había en ella en aquel momento una energía salvaje que hacía pensar en sus ascendientes los cocheros.

—¿También tú estás aquí?—me preguntó, tendiéndome la mano—. ¿Me has oído cantar? ¿Qué te parece mi voz?

Y sin esperar mi respuesta, añadió:

—Has venido muy a tiempo. Esta noche me voy a Petersburgo, donde pasaré una temporada. ¿Me lo permites?

* * *

A media noche la acompañé a la estación.

Me abrazó tiernamente. Sin duda me agradecía mucho que no le hiciese preguntas inútiles y acaso molestas. Me prometió escribirme.

No pronuncié una sola palabra. Estreché entre las mías sus diminutas manos y se las cubrí de besos. Me costó gran trabajo contener las lágrimas.

Cuando partió el tren llevándosela lejos de mí, permanecí largo rato mirando sus luces alejarse, y murmuré:

—¡Querida Macha! ¡Mi bella, mi espléndida Macha!



Pasé la noche en casa de mi vieja nodriza Karpovna.

Al día siguiente fuí con *Nabó* a tapizar las paredes a la morada de un rico comerciante que casaba a su hija con un doctor.

XVII

El domingo, después de comer, recibí la visita de mi hermana. Tomamos juntos el te.

—Ahora leo mucho—me dijo, enseñándome los libros que había llevado de la biblioteca municipal—. Se lo debo a tu mujer y a Vladimiro: ellos despertaron mi espíritu. Me han salvado, y gracias a ellos me siento ahora un ser humano digno de serlo. Antes estaba siempre preocupada con cosas fútiles; pensaba en que consumíamos demasiada azúcar, que era preciso aliñar pepinos, comprar coles para el invierno, etc., etc. Estas ideas me inquietaban y me quitaban el sueño. Ahora tengo también preocupaciones, pero son de otra naturaleza: mi alma está conturbada porque he pasado de esa manera estúpida toda la vida. Siento menosprecio por mi pasado, siento pesar de este pasado, y a mi padre lo considero un enemigo. ¡Ah, qué agradecida estoy a tu mujer! ¡Y Vladimiro! Es un hombre admirable. Entre los dos me han abierto los ojos...

—Es peligroso que sufras insomnios—le dije.

—¿Tú crees tal vez que estoy enferma? Nada de

eso. Vladimiro me ha reconocido escrupulosamente como médico y dice que mi salud es excelente. Además, no es lo único que me interesa: quiero estar segura de que marcho por el buen camino. Dime, ¿tengo razón, o no?

Mi hermana tenía necesidad de un apoyo moral, esto era evidente para mí. Macha se había marchado y el doctor Blagovo también; no quedaba en la ciudad nadie, excepto yo, que pudiera decirle que hacía bien.

Me dirigió una mirada escrutadora, esforzándose en leer en mi rostro mis pensamientos. Si yo guardaba ante ella silencio o me sumía en mis reflexiones, creería que era a causa de ella y se pondría triste. Era preciso prestar mucha atención a su mirada, y cuando me preguntara si tenía razón, apresurarme a contestarle que sí y que la quería entrañablemente.

—¿No sabes? En casa de Achoguin me han repartido un papel—me dijo—. Quiero tomar parte en los espectáculos de aficionados. Quiero vivir, gozar plenamente la vida. Naturalmente, yo no tengo talento; por lo tanto, el papel que me han repartido es insignificante—unas diez líneas en total—; pero, al menos, eso es infinitamente más noble y elevado que ocuparse del hogar, hacer economías y vigilar a la servidumbre para que no se consuma demasiado pan o azúcar. Pero lo que me interesa sobre todo es demostrar a papá que soy capaz de protestar contra la tiranía a que ha querido someterme.

Después de tomar el te se acostó en mi cama largo rato, sumamente pálida, los ojos cerrados.

—¡Me siento muy débil!—dijo levantándose—. Vladimiro afirma que todas las mujeres y las jóvenes que habitan en las ciudades están anémicas debido a la inactividad. ¡Tiene razón! Es preciso trabajar: esto es la sola y única salud. Sí, es preciso trabajar. Vladimiro tiene mil veces razón. Es un hombre de una inteligencia extraordinaria.

Dos días después fué a casa de Achoguin para tomar parte en el ensayo. Llevaba vestido negro, collar de corales al cuello, con un gran broche pasado de moda; en las orejas, grandes pendientes con gruesos brillantes. Sentí angustia al mirarla: de tal manera su *toilette* carecía de gusto. ¡Qué desdichada idea la de ponerse joyas para ensayar! Los demás se fijaron en su *toilette*, de mal gusto e inoportuna; lo comprendí en las miradas y sonrisas.

—¡Cleopatra de Egipto!—dijo alguien a media voz, riendo.

Tenía en la mano un cuaderno con un papel.

Se esforzaba en parecer una señorita distinguida, bien educada, que sabía perfectamente presentarse en sociedad, pero no lo lograba; al contrario, su aspecto era amanerado y ridículo. No había ya en ella la sencillez y gentileza natural que le eran habituales.

—Le he dicho a papá que venía al ensayo—comenzó a decirme—y me ha gritado que me niega

su bendición paternal, y tenía también la intención de pegarme.

Miró un momento su cuaderno y agregó:

—Figúrate, no sé mi papel. Seguramente tendré muchas equivocaciones en escena. Pero, en fin, ¡la suerte está echada! Sí, la suerte está echada; estoy decidida...

Me parecía que todo el mundo la miraba, y me asusté de la grave determinación que acababa de tomar. Estaba convencida de que esperaban de ella algo extraordinario. Habría sido inútil tratar de persuadirla de que nadie se ocupaba de gente tan humilde y poco interesante como ella y yo.

Antes del tercer acto no tenía nada que hacer. En este acto representaba el papel de una comadre de provincias, que debía permanecer un instante tras la puerta para escuchar, y luego entrar en escena y decir un breve monólogo.

Antes de salir a escena, durante más de hora y media, en tanto que el ensayo de los dos primeros actos seguía su curso, ella siguió a mi lado, musitando sin cesar su papel y apretando con mano nerviosa el cuaderno. Pensaba que la atención de todo el mundo estaba fija en ella y que todos esperaban con impaciencia su salida a escena. Con mano temblorosa alisaba sus cabellos y decía:

—Ya verás, no recordaré el papel. Tengo un presentimiento... mi corazón late con violencia. Si lo oyeses... Tengo tanto miedo como si me fueran a ahorcar...



Al fin llegó el momento:

—¡Cleopatra Alexeyevna, prevenida!—le dijo el segundo apunte.

Salió hasta mitad de la escena. En su rostro se pintaba el terror. En aquel momento estaba fea, torpe.

Durante un minuto permaneció inmóvil, como paralizada y sólo sus pendientes se balanceaban.

—Por la primera vez es permitido leer el cuaderno—le dijo alguien.

Yo la veía temblar de pies a cabeza, de tal modo que no podía abrir el cuaderno. Iba a aproximarme a ella para sacarla de escena y calmarla; pero en aquel momento cayó de improviso de rodillas y comenzó a llorar como una loca.

Todos estaban confusos, emocionados, llenos de agitación. Mi hermana fué rodeada por todos lados. Sólo yo permanecí como clavado en mi sitio, junto a los bastidores, lleno de espanto, sin comprender nada de lo que acababa de pasar ni saber qué debía hacer.

La levantaron y se la llevaron de la escena. Ana Blagovo se aproximó a mí. Yo no la había visto antes, y surgió ante mí como si brotase de la tierra. Llevaba sombrero y un velo sobre la cara, y, como siempre, su actitud era la de una persona que sólo iba allí por unos instantes.

—Le recomendé que no aceptara el papel—dijo con voz alterada, ruborizándose ligeramente—. Ha sido una locura, que usted ha debido impedir...

En aquel momento se acercó a nosotros, con

paso rápido y agitado, la señora Achoguin, con una blusita de mangas cortas, manchada de ceniza, delgada y derecha como una tabla.

—¡Es horrible, amigo mío!—me dijo retorciéndose las manos y mirándome, según su costumbre, a los ojos—. ¡Es terrible! Su hermana está en una situación... ¡Está embarazada! ¡Llévesela, se lo ruego!

Estaba tan turbada, que casi se ahogaba.

Algo separadas, permanecían sus tres hijas, delgadas y rectas como ella, apretadas una con otra, pintado en sus rostros el terror. Diríase que acababan de detener en su casa a un terrible criminal y que su casa estaba deshonrada para toda la vida.

¡Y pensar que esta familia había luchado toda su vida contra los prejuicios! Estos infelices creían candorosamente que todos los prejuicios y errores de la humanidad sólo consisten en las tres bujías, en la fecha 13 y en el martes...

—¡Le ruego a usted, le suplico!—repetía sin cesar la señora Achoguin, mirándome con la expresión de una mujer agobiada por horrible desgracia—. ¡Le suplico se lleve de aquí a su hermana!...

XVIII

Minutos después, mi hermana y yo caminábamos por la calle. Yo la cubría con un extremo de mi gabán para protegerla mejor contra el frío.

Caminábamos muy de prisa, eligiendo las callejuelas obscuras, esquivando a las gentes que venían a nuestro encuentro. Nuestra marcha parecía huída.

Ella no lloraba ya, y sus ojos secos miraban tristemente. Hasta el arrabal Makarija, donde yo la llevaba, sólo había veinte minutos de camino a pie; pero durante este corto trayecto hablamos de todo, evocamos los recuerdos de nuestro pasado, deliberamos y tomamos decisiones en lo concerniente a nuestra situación actual.

Decidimos que no podíamos permanecer más en la ciudad y que en cuanto yo obtuviera algún dinero marcharíamos a otro sitio cualquiera.

En la mayor parte de las casas se dormía ya, y las luces estaban apagadas; en otras se jugaba a la baraja. Todas aquellas casas nos inspiraban pena y temor; hablábamos del salvajismo, de la grosería y de la ruindad de aquellas gentes, de aquellos aficionados al arte dramático a quienes acabábamos de asustar de tal manera. Yo me preguntaba en qué eran superiores aquellas gentes estúpidas, crueles, perezosas, deshonestas, que vivían como parásitos, a los "mujicks" de Kurilovka, borrachos y supersticiosos, o a los animales que se espantan ante todo lo que turba la monotonía de su vida limitada por los instintos de bestias.

Me imaginaba los sufrimientos que habría padecido mi hermana de seguir en casa de mi padre. ¡Qué larga serie de martirios y humillaciones por

parte de mi padre, de los conocidos, del primero que pasara! ¡Eran muy crueles en la ciudad! No se conocía la piedad. Recuerdo gentes que hacían, con cierto deleite, sufrir a los suyos: maridos que torturaban a sus mujeres, chicuelos que martirizaban los perros y arrancaban una a una las plumas a los gorriones vivos, que después echaban al agua. Sí, eran muy crueles nuestros paisanos. Desde mi infancia tuve ocasión de observar numerosos sufrimientos inútiles causados por la maldad de las gentes. No podía comprender cuál era la base moral de la vida de aquellos sesenta mil habitantes; me preguntaba para qué leerían el Evangelio, rezaban, frecuentaban la iglesia, leían periódicos y libros. ¿Qué influencia había tenido en ellos todo lo que había producido la cultura? ¡Ninguna! Vivían en la misma obscuridad de alma, de la misma manera casi bárbara que hace cien o trescientos años. De generación en generación se les hablaba de la verdad, de la misericordia, de la libertad; pero esto no les impedía mentir hasta la muerte, desde la mañana a la noche, martirizarse los unos a los otros y odiar la libertad con tanta furia como si fuese su peor enemigo.

—¡Mi suerte, pues, está decidida!—dijo mi hermana cuando ya nos hallábamos en mi casa—. Después de lo que acaba de pasar, yo no puedo volver *allá*. ¡Dios mío, me siento tan dichosa! Me siento tan aliviada como si me hubieran quitado de encima un gran peso.



Se acostó. Las lágrimas brillaban en sus ojos; pero su rostro conservaba la expresión de felicidad. Se durmió, y su sueño fué profundo y se adivinaba que sentía, en efecto, un gran consuelo. Hacía mucho tiempo que no tenía un sueño tan tranquilo.

* * *

A partir de este día vivimos juntos. Mi hermana estaba alegre, gozosa, cantaba a todas horas y aseguraba que se encontraba bien. Los libros que yo llevaba de la biblioteca no los leía; empleaba el tiempo en soñar y hablar del porvenir. Arreglando mi ropa o ayudando a nuestra vieja nodriza a hacer la cocina, hablaba sin cesar de Vladimiro, de su inteligencia, de su extraordinaria erudición. Yo fingía compartir su opinión sobre el doctor; pero, en el fondo de mi corazón, no le amaba.

Ella decía que quería trabajar, crearse una posición económica independiente. Había decidido, cuando su salud se lo permitiera, hacerse maestra de escuela o enfermera.

Amaba apasionadamente al hijo que esperaba. Aun no había nacido; pero ella sabía ya qué ojos, qué manos tendría y cómo se reiría. Le gustaba hablar de su educación; y como Vladimiro era para ella el mejor de los hombres, sólo tenía un deseo: que su hijo fuese el vivo retrato de su padre. De este asunto hablaba sin cesar, y sus conversaciones la animaban, la llenaban de ale-

gría. Escuchándola, también yo me regocijaba sin saber por qué.

El estado de su espíritu soñador se me contagiaba. No leía nada y pasaba el tiempo soñando. Las noches, a pesar de la fatiga natural después del día de trabajo, me paseaba por la habitación, metidas las manos en los bolsillos, y hablaba de Macha.

—¿Qué opinas tú?—pregunté a mi hermana—. ¿Cuándo regresará de Petersburgo? Me parece que volverá para las fiestas de Navidad, a más tardar. Nada tiene que hacer allí.

—Sí, volverá pronto; la prueba es que no ha escrito más.

—¡Es verdad!—contesté, aunque en el fondo de mi corazón sabía que Macha nada tenía que hacer en la ciudad.

La echaba mucho de menos y me aburría terriblemente.

Cuando mi hermana me aseguraba que Macha volvería pronto, me confortaba con una ilusión agradable y yo hacía esfuerzos por creerlo.

Cleopatra esperaba a su Vladimiro; yo a mi Macha, y los dos hablábamos sin cesar de él y de ella, hacíamos proyectos sobre nuestra próxima dicha, paseábamos agitados por la habitación, reíamos. No advertíamos que por nuestra culpa la vieja Karpovna no podía dormir. Permanecía echada sobre la hornilla y balbuceaba con voz apagada:

—La cafetera hace esta noche un ruido terrible.

Esto es un mal presagio... Presiento alguna desgracia... ¡Ah, Dios mío, Dios mío!

Nadie nos visitaba, aparte el cartero que traía a mi hermana las cartas de Vladimiro Alguna vez entraba por la noche en nuestra habitación el hijo adoptivo de Karpovna, Prokofy. Estaba unos minutos y se marchaba sin haber pronunciado una sola palabra. Pero luego le oía yo en la cocina decir a Karpovna:

—Cada hombre debe permanecer en la clase social donde ha nacido. Desgraciado de aquel que quiere rebasar los límites que le han sido designados al nacer.

Una vez, a fines de diciembre, cuando yo pasaba por delante de la carnicería, me invitó a entrar unos instantes. Sin tenderme la mano, me declaró que iba a hablarme de un asunto importante. Estaba amoratado del frío y del "vodka" que acababa de beber. Cerca de él estaba el dependiente Nikolka, con cara de bandido y con un cuchillo cubierto de sangre en las manos.

—Deseo exponer a usted una idea—dijo Prokofy en tono solemne—. Esta situación no puede prolongarse. Usted comprenderá que podemos tener disgustos. Naturalmente, mamá no se atreve a decírselo a usted; pero yo es preciso que se lo declare de una manera formal: su hermana, en el estado en que está, no puede continuar en nuestra casa. Es preciso que se marche. Tal como usted me ve, yo no puedo aprobar la conducta de su hermana.

Salí de la carnicería.

El mismo día, mi hermana y yo nos instalamos en casa de *Nabó*. Como no teníamos dinero para tomar un coche, marchamos a pie. Yo llevaba un paquete con diferentes objetos; mi hermana caminaba con las manos vacías; pero, a pesar de esto, el viaje la fatigó y sufría, preguntando con frecuencia si tardaríamos mucho en llegar.

XIX

Al fin, recibí una carta de Macha.

He aquí su contenido:

"Mi querido, mi buen amigo: parto con mi padre hacia América, para la exposición. ¡Adiós! Durante muchos días contemplaré el océano... Está tan lejos de Dubechnia, que a nada que pienso en ello siento una impresión de espanto. Es tan lejano, tan inmenso como el cielo, y estoy deseando hallarme en medio de este enorme espacio, respirar el aire marino. Esta idea me embriaga, me vuelve loca de alegría, a tal punto que no puedo por menos de escribir a usted tranquilamente.

"Mi querido, mi buen amigo: ¡devuélvame usted lo más pronto posible mi libertad! Rompa usted el hilo que todavía nos une. Sería para mí una gran dicha encontrarle de nuevo; sería para mí un rayo de sol que esclarecería la triste noche de mi vida en vuestra ciudad. El que yo haya

llegado a ser su esposa de usted ha sido un error. Usted mismo lo comprende. ¿No es verdad? Es preciso reparar este error lo antes posible, y yo le suplico, mi generoso y noble amigo, le suplico de rodillas me telegrafíe inmediatamente, antes de mi marcha a América, que está usted dispuesto a reparar este error que hemos cometido los dos, para librarme de esa única piedra que pesa sobre mis alas. Mi padre se encargará del resto y me ha prometido no exigir a usted otras formalidades.

"¡Bien pronto seré tan libre como el pájaro ante el cual se extiende todo el espacio! Sea usted dichoso, que Dios le bendiga, y perdóneme el gran pesar que le causo.

"Me encuentro en excelente estado de salud, gasto sin medida, hago muchas tonterías, y a cada instante doy gracias a Dios de no haber tenido hijos: una mala mujer como yo no es digna de tenerlos.

"Canto en los conciertos y soy acogida con entusiasmo. Es mi vocación, mi destino, mi camino, y yo lo sigo. El rey David tenía un anillo con la inscripción: "Todo pasa." Cuando se está triste, estas palabras consuelan; cuando se está alegre, producen melancolía. Yo también me he mandado hacer una sortija parecida, con una inscripción judaica, y ella no me permite extralimitarme ni en las alegrías ni en las tristezas. Sí, todo pasará; la vida misma acabará, ¿por qué entonces atribuir tanta importancia a nuestras pequeñas

alegrías y dolores? Lo único que importa es ser libre, porque, entonces solamente, el hombre no tiene necesidad de nada, absolutamente de nada.

"Rompa usted, por lo tanto, el hilo que todavía nos une. Le abrazo estrechamente, igual que si fuera su hermana. Perdóneme usted, y olvídese de su M..."

Mi hermana estaba acostada en una habitación; *Nabó*, en la otra; había estado otra vez enfermo, y de nuevo había triunfado de la muerte.

Al mismo tiempo que yo recibía la carta de Macha, mi hermana se levantó quedamente de su cama, pasó al cuarto de *Nabó*, se sentó cerca del lecho y empezó a leer en alta voz. Se leía diariamente páginas de Gogol o de Ostrovsky. El la escuchaba con aire grave, sin sonreírse, los ojos fijos en el techo. Solamente, de vez en cuando, decía:

—¡Todo es posible, todo es posible!

Si en el libro que le leía mi hermana se contaba alguna falsedad, alguna cosa poco honrada, parecía sentir una malévola alegría, y, señalando al libro con un dedo, decía con aire de triunfo:

—¡He aquí a lo que lleva la mentira, la hipocresía, la falsedad humana!

Los dramas le agradaban grandemente por su contenido, su estructura complicada, su acción palpitante. Sentía grande admiración por *él*, es decir, por el autor, a quien no nombraba jamás por su nombre.



—¡Qué bien ha desentrañado las cosas!—exclamaba casi siempre con entusiasmo, cuando en el momento crítico los personajes salían triunfantes de todas las dificultades.

Esta vez mi hermana le leyó sólo una página; su voz desfallecía. *Nabó* le cogió una mano y le dijo con voz emocionada:

—En el hombre justo, el alma es tan blanca y limpia como la tiza, y la del pecador es negra como el hollín de la chimenea. Es preciso vivir conforme a los santos libros, trabajando, y rechazar los vanos placeres de la vida. Aquel que vive engañando y sin trabajar será castigado por Dios Todopoderoso. ¡Desgraciados los ricos, los injustos, los usureros! Ellos no entrarán jamás en el reino de los cielos. Porque la herrumbre destruye el hierro...

—¡Y la mentira destruye el alma!—terminó, riendo, mi hermana, la frase favorita de *Nabo*.

Volví a leer la carta de Macha, y una sensación de dolor intenso invadió mi alma, como si yo presintiera algo fatal, inevitable y terriblemente triste.

En este instante entra en la cocina el soldado que nos llevaba siempre, dos veces por semana, de parte de un desconocido, pan blanco, te, azúcar y perdices olientes a perfumes finos. La persona caritativa que nos enviaba todo aquello sabía probablemente que yo no tenía trabajo y que vivíamos en una gran miseria.

Oí a mi hermana hablar con el soldado, riendo



alegremente. Después se volvió a acostar, con un trozo de pan blanco en la mano y me dijo:

—Desde que tú te hiciste obrero, yo y Ana Blagovo sabíamos muy bien que tenías razón, pero no nos atrevíamos a decirlo en voz alta. Di, ¿qué fuerza nos impide decir francamente aquello que pensamos? Ana Blagovo, por ejemplo, te ama, te adora, sabe perfectamente que tienes razón; yo también; ella me quiere mucho y sabe que también tengo razón, y, sin embargo, algo le impide venir a nuestra casa, nos rehuye, temerosa de encontrarse con nosotros.

Mi hermana calló un instante y agregó con vehemencia:

—¡Si supieras cómo te ama! Sólo a mí me ha confesado su amor, y eso en la obscuridad, para que no pudiera ver su rostro. Me conducía a una alameda obscura del jardín y me hablaba, susurrando, de su gran amor por ti. Estoy segura que no se casará jamás, porque eres tú su solo amor. ¿No es verdad que da lástima?

—Sí.

—Es ella quien nos manda comida. ¡Es graciosa! ¿Por qué se oculta? Yo también me ocultaba, tenía miedo de decir lo que pensaba; pero ahora todo ha terminado: ya no tengo miedo de nada; diré cuanto quiera, y me siento dichosa. Cuando vivía en casa, no sabía aún lo que constituía la dicha, mientras que ahora no me cambiaría por una reina.

El doctor Blagovo vivía en nuestra ciudad, en



casa de su padre. Se disponía a regresar a Petersburgo. Trabajaba mucho, se ocupaba en estudios científicos y había decidido marchar al extranjero para prepararse al profesorado. Dejó su servicio del regimiento, y en lugar del uniforme militar llevaba amplio gabán, anchos pantalones y bellas corbatas. Venía con frecuencia a visitarnos.

Mi hermana estaba encantada de sus trajes, de sus corbatas y alfileres y de un pañuelo pequeño encarnado que llevaba en el bolsillito de su gabán.

En una ocasión, para distraernos, mi hermana y yo nos pusimos a enumerar sus trajes y contamos una decena.

Era evidente que seguía enamorado de mi hermana, y, sin embargo, jamás le había prometido, ni por galantería, llevarla con él a Petersburgo o al extranjero. Yo no podía imaginar qué sería de ella ni del niño que iba a nacer.

Ella no se daba exacta cuenta de su situación. No pensaba seriamente en el porvenir; decía que Vladimiro podía ir donde quisiera, incluso abandonarla, con tal que fuera dichoso; ella se contentaba con la felicidad que el doctor le había dado ya.

De ordinario, cuando él venía a nuestra casa, la examinaba detenidamente desde el punto de vista médico, y le hacía beber leche caliente con unas gotas medicinales.

Aquel día hizo igual. La reconoció y la obligó a beber una cosa.



—¡Bravo, estoy contento de ti!—le dijo cogiendo el vaso vacío—. No es preciso que hables tanto. Desde hace poco tiempo charlas como una urraca. ¡Cállate, te lo ruego!

Ella se echó a reír.

Luego, el doctor entró en el cuarto de *Nabó*, cerca del que me encontraba, dándome cariñosamente en el hombro.

—Bueno, muchacho, ¿cómo va?—preguntó, inclinándose sobre el enfermo.

—¡Todos estamos en la mano de Dios, señor doctor! Todos hemos de morir el día menos pensado. Y permítame usted que le diga, señor doctor: usted no entrará en el reino de los cielos; el infierno estaría vacío. Es preciso que haya pecadores también...

Minutos después, el doctor y yo nos hallábamos en la calle.

—¡Es doloroso, muy doloroso!—me dijo.

Observé que estaba muy acongojado y que las lágrimas asomaban a sus ojos.

—Está alegre, gozosa—continuó—; ríe, espera, y, sin embargo—no quiero ocultárselo—, su situación es desesperada, amigo mío. Sí, desesperada. *Nabó* me odia y me ha hecho comprender que yo obré respecto a su hermana de un modo poco honrado. Desde su punto de vista, tal vez tenga razón; pero yo tengo un concepto propio del bien y del mal y no me arrepiento de nada que haya hecho. Cada uno tiene derecho al amor, ¿no es cierto? Sin el amor, la vida sería imposible, y sólo los

esclavos y los pobres de espíritu pueden temer y huir del amor.

Comenzó a hablar de otras cosas: de la ciencia, de sus esperanzas en lo concerniente a su carrera. Hablaba con énfasis, y se veía bien claro que no se acordaba ya de mi hermana, de su situación desesperada ni de su propio dolor. La vida le atraía, le llamaba, le arrebataba con sus posibilidades, con sus extensos horizontes. Macha tenía sus sueños, sus grandes esperanzas y ambiciones; él mismo estaba poseído de su carrera científica, y sólo yo y mi hermana quedábamos allí, pobres, desgraciados, sin ningún porvenir, sin sueños ni esperanzas.

El doctor estrechó mi mano y se marchó. Quedé solo en la calle. Me aproximé a un mechero de gas encendido, y una vez más leí la carta de Macha. Los recuerdos de mi reciente dicha se apoderaron de mi cerebro. Recordé cómo una mañana de primavera fué a verme al molino, se acostó y cubrióse con mi pelliza para mejor parecer una simple campesina. Otra vez, cuando echábamos el anzuelo a los peces del río, estaba casi toda mojada y esto le causaba tal placer que rió durante todo el tiempo.

Sin darme cuenta, me encontré en la calle de la Nobleza, ante la casa de mi padre. Estaba sumida en la obscuridad.

Salté por encima del muro que la separaba de la calle y pasé, por la puerta de detrás, a la cocina. No había nadie. La tetera hervía, probable-

mente preparada para mi padre. "Sí, le servirán ahora el te"—pensé.

Tomé una luz y me dirigí a la casita del patio donde yo habité en otro tiempo. Allí me arreglé, con viejos periódicos, una cama, y me acosté. La casita, débilmente alumbrada por la tenue luz de la lámpara, se llenó de sombras movientes. Hacía frío. Me figuraba que al momento entraría mi hermana llevándome de comer; pero inmediatamente me acordé que se hallaba ahora enferma en casa de *Nabó*. Mi consciencia se había obscurecido, y sufría múltiples pesadillas.

Bien pronto escuché una campanilla. Desde mi infancia conocía su sonido breve y lastimero.

Era mi padre, que volvía del club.

Me levanté y volví a la cocina.

La cocinera, Aksinia, al advertir mi presencia, hizo un ademán de sorpresa y comenzó a llorar.

—¡Ah, querido!—sollozó—. ¡Dios mío, Dios mío, a lo que has llegado!...

Su emoción era tan grande que comenzó a estrujar su delantal entre las manos.

Sobre la ventana había una gran botella de "vodka". Me serví una copa y la bebí ávidamente, pues estaba sediento. Los bancos y las mesas estaban limpios; se respiraba un olor agradable, que me gustaba mucho en mi niñez. Mi hermana y yo le teníamos mucho cariño a la cocina, donde pasábamos, durante las ausencias de mi padre, horas enteras escuchando los cuentos fantásticos de la cocinera, o jugando al rey y la reina.

—Y Cleopatra, ¿dónde está?—me preguntó Askinia, en voz baja, reteniendo la respiración—. ¿Y tu mujer? He oído decir que marchó a Petersburgo.

Servía ya en nuestra casa cuando mi madre vivía, y nos bañaba a Cleopatra y a mí. Ahora también continuaba considerándonos como niños que es preciso vigilar porque hacen tonterías.

Durante un cuarto de hora me habló de sus opiniones sobre mí, sobre mi hermana, sobre nuestra situación. Se veía que tenía vagar suficiente para entregarse a estas reflexiones.

—Se puede obligar al doctor a casarse con Cleopatra—dijo—. Basta que ella dirija una petición al arzobispo para que éste anule su primer matrimonio. Si el doctor rehusa casarse, se podrán tomar medidas respecto de él.

En cuanto à mí, encontró también una solución: yo podía vender, sin que mi mujer lo supiera, Dubechnia, y poner el dinero en un Banco a mi nombre. Además—decía la cocinera—, si mi hermana y yo hubiésemos caído de rodillas ante mi padre, nos habría tal vez perdonado. Por de pronto era preciso mandar decir una misa.

En aquel momento se oyó la tos de mi padre.

—Vaya, pequeño mío, háblale—dijo Askinia—, salúdale humildemente. No te pasará nada por eso.

Entré en el gabinete de mi padre. Estaba ya sentado ante la mesa y delineaba el proyecto de una casa de campo de ventanas góticas y una gran torre parecida a la del cuartel de bombe-

ros, algo, en suma, muy feo, trivial, insignificante. Desde el sitio donde yo me había detenido pude ver muy bien el dibujo.

Cuando hube visto el rostro flaco de mi padre y su cuello amoratado, sentí por un momento el deseo de echarme ante él suplicándole perdón, como me lo había recomendado Aksinia; pero la vista de aquella pobre casa de campo con su torre repugnante me contuvo.

—¡Buenas noches!—dije.

Me miró un momento; pero bajó en seguida los ojos al dibujo.

—¿Qué necesitas?—preguntó, después de un breve silencio.

—He venido para decir a usted que mi hermana está muy enferma...

Esperé un instante, y continué:

—Está en trance de muerte.

—¡Bueno, qué le vamos a hacer!—suspiró mi padre, quitándose los lentes y dejándolos sobre la mesa—. Se recoge aquello que se siembra.

Se levantó, dió algunos pasos por la habitación, y repitió:

—Sí, se recoge aquello que se siembra. Acuérdate cómo hace dos años, cuando viniste a verme, te supliqué, en este mismo lugar, renunciases a tus locas ideas; recuerda mis súplicas encaminadas a que no olvidaras tus deberes y velaras por el honor de nuestra familia y las gloriosas tradiciones legadas por nuestros antepasados. Nuestro deber es guardar esas tradiciones, y, sin

embargo, las has pisoteado. No has querido seguir mis consejos. Nada quisiste escuchar, y sigues con tus locas ideas. No contento con esto, has lanzado sobre el mismo camino peligroso a tu pobre hermana. Gracias a ti ha perdido toda idea de moralidad y de honestidad. Ahora llegó el castigo. Ambos os encontráis en peligrosa situación. ¡Qué le vamos a hacer! Se recoge aquello que se siembra.

Mientras hablaba seguía paseando con paso lento a través del gabinete. Creía, sin duda, que yo había ido para pedirle perdón por mi hermana y por mí, reconociendo que habíamos cometido faltas. Esperaba ruegos, súplicas.

Yo sentía frío, y temblaba de pies a cabeza, como si sufriera fiebre. Con voz débil y serena le contesté:

—Yo también le ruego recuerde que aquí mismo, en este lugar, le supliqué me comprendiera, que comprendiera mis ideas y proyectos, porque nosotros podíamos decidir juntos el modo de ordenar la vida. Por toda respuesta, usted comenzó a hablar de nuestros antepasados, de su abuelo el poeta, etc. Ahora, cuando le anuncio que su hija única está gravemente enferma, en situación desesperada, usted vuelve a hablar de sus antepasados, de las gloriosas tradiciones. Es inconcebible esa ligereza en un hombre ya viejo.

—¿Por qué has venido?—me preguntó colérico, probablemente herido por el reproche de ligereza.

—No lo sé. Yo le quiero. Lamento hondamente

que estemos tan distantes el uno del otro. Le quiero todavía; pero mi hermana ha roto todos los lazos que le unían a usted. No le perdona ni le perdonará jamás. Sólo el oír su nombre de usted remueve en ella el odio por su pasado, por la vida que llevó a su lado.

—¿De quién es la culpa?—gritó mi padre—. ¡Eres tú, el culpable, el canalla, tú lo eres!

—Admitamos que sea yo el culpable—dije—. Confieso que tal vez he cometido muchas faltas; pero dígame usted, ¿por qué su vida, que nos cree obligados a imitar, que usted nos presenta como una vida modelo, por qué es tan sin espíritu, tan monótona, tan aburrida? ¿Por qué en todas las casas que usted construye aquí desde hace treinta años no hay un solo hombre que pueda enseñarnos de qué manera es preciso vivir. ¡No hay un solo hombre honrado en la ciudad! Las casas de usted son nidos malditos, en los cuales se martiriza a las madres, a las hijas, se mata moralmente a los niños.

Callé un instante para tomar aliento, y continué:

—¡Mi infeliz hermana! ¡Mi desgraciada hermana! Es preciso estar ciego, necesario insensibilizar el espíritu por el "vodka", los naipes, las charlas insulsas, o bien dedicar toda la vida a esos pobres dibujos de casas con apariencia abominable, para no ver todos los horrores que se ocultan en esas casas. La ciudad cuenta ya doscientos años de existencia, y no ha dado a la pa-

tria ni un solo hombre útil. ¡Ni uno solo! Todos ustedes han matado en germen, cuidadosamente, cuanto había aquí vital, capaz. Es ésta una ciudad de tenderos, de hosteleros, de escritorzuelos, de cobardes y de devotos: una ciudad que pudiera desaparecer el día menos pensado sin que se advirtiese su desaparición y sin que nadie llorase su pérdida.

—No quiero oírte más, ¡canalla!—gritó mi padre asiendo la regla que había sobre la mesa—. ¡Cállate! Estás borracho. ¿Cómo te atreves a presentarte ante mí en tal estado? Yo te declaro por última vez—y díselo también a tu hermana, que ha perdido toda honestidad—, yo os declaro que no recibiréis nada mío. Por consiguiente, no seréis mis herederos. He arrancado de mi corazón los malos hijos, y si sufren las consecuencias de su indocilidad y de su obstinación, tanto peor para ellos. ¡No tengo piedad para vosotros! ¡Piensa en marcharte! Dios misericordioso ha querido castigarme dándome hijos perversos, y yo me someto, humilde, a esta prueba.

Como el Job bíblico, halló consuelo en los sufrimientos y en el trabajo.

Calló, volvióse a mí y continuó:

—En tanto no vuelvas al buen camino, te prohibo pisar el suelo de mi casa. Soy justo. Todo cuanto te he dicho es de una gran utilidad para ti, y si quieres corregirte, piensa en lo que te he dicho toda tu vida y sigue mis consejos. Ahora, márchate; no tengo nada más que decirte...

Yo salí

No recuerdo como pasé esa noche y la siguiente. Después me dijeron que vagué todo el tiempo de una calle en otra, la cabeza descubierta, cantando, seguido de una gritadora turba de chiquillos.

XX

Si yo hubiese tenido el deseo de mandarme hacer una sortija, le habría hecho grabar esta inscripción: "Nada pasa." Sí; estoy convencido que nada pasa sin dejar una huella tras nosotros, y que cada acto nuestro, incluso el más insignificante, ejerce determinada influencia en nuestra vida presente y futura.

Lo que yo he vivido no ha dejado de ejercer influencia sobre los demás. Mis desdichas y mis sufrimientos llegaron al corazón de los habitantes, y ahora no se mofan de mí, no se vierte agua sobre mí cuando paso ante las tiendas del mercado. Poco a poco se han habituado a la idea de que yo soy ahora un simple obrero, y no encuentran nada extraño en el hecho que yo, gentilhombre, lleve vasijas llenas de pinturas y coloque cristales en las ventanas. Al contrario, se me da con satisfacción trabajo: soy considerado en la ciudad como un buen obrero y el mejor contratista de trabajo, después de *Nabó.*

Este, ya restablecido de su enfermedad, seguía pintando los techos y las cúpulas de los campana-

rios; pero muy débil aún, no tenía fuerzas para cumplir los múltiples deberes de contratista; en casi todos era yo quien le reemplazaba: yo visitaba a los habitantes para pedir trabajo, contrataba los obreros, tomaba dinero a préstamo, pagando crecidos intereses. Ahora, convertido en contratista, comprendo perfectamente que se puede andar durante tres días recorriendo la ciudad buscando obreros para hacer un trabajo de escasa importancia.

Se es fino conmigo, no se me tutea ya; en las casas donde trabajo me dan te y se me invita a comer. Los niños y las jóvenes vienen muchas veces a ver cómo trabajo, mirándome con curiosidad y con tristeza.

En una ocasión trabajé en el jardín del gobernador, donde pinté un quiosco. Estando yo trabajando, el gobernador, que se paseaba por el jardín, entró en el quiosco, y para distraerse comenzó a hablar conmigo. Le recordé que en otro tiempo me llamó a su casa para exigirme que variase de conducta. Me miró atentamente, y después dijo, dando a su boca la forma de una o:

—No me acuerdo.

He envejecido, me he vuelto taciturno, severo; no río casi nunca; me dicen que me parezco ahora a *Nabó*, y que, igual que él, aburro a los obreros con mi severidad.

María Victorovna, mi antigua mujer, vive ahora en el extranjero. Su padre, el ingeniero, se encuentra en el este de Rusia, donde construye

una línea férrea y compra ventajosamente algunas propiedades.

El doctor Blagovo está también en el extranjero.

Dubechnia ha vuelto a ser propiedad de la señora Cheprakov, que la compró al ingeniero con un veinte por ciento sobre el precio a que ella se la había vendido.

Moisey, ya convertido en ingeniero, no viste ahora como un campesino: lleva un costoso sombrero, y sus trajes son de última moda. Llega muchas veces, en un cochecillo elegante, a la ciudad y frecuenta la Banca. Se dice que ya ha comprado una propiedad a plazos y se dispone a comprar también Dubechnia.

El desgraciado Iván Cheprakov está completamente desequilibrado. Durante mucho tiempo no hacía nada y vagaba por la ciudad, casi siempre ebrio. Intenté darle trabajo; durante algún tiempo pintó con nosotros tejados, colocó cristales y parecía un obrero de tantos: robaba los colores, pedía humildemente propinas a los clientes y se emborrachaba. Mas pronto dejó el trabajo y volvió a Dubechnia. Luego me contaron que había organizado una conspiración para matar a Moisey y para robar el dinero y las joyas de Cheprakov, su madre.

Mi padre ha envejecido considerablemente, y pasea durante la tarde, ya encorvado, por delante de su casa. Yo no he vuelto a verle.

Prokofy, el hijo adoptivo de Karpovna, cuando

el cólera se ensañaba en nuestra ciudad, hacía una propaganda encarnizada contra los doctores, asegurando que ellos provocaban la epidemia para ganar más dinero. Tomó una parte muy activa en los desórdenes y manifestaciones, y por eso fué azotado. Su oficial, Nikolka, murió del cólera. Mi anciana nodriza, Karpovna, vive todavía y continúa amando locamente a su hijo adoptivo. Cada vez que me ve mueve su venerable cabeza y dice suspirando:

—¡Pobre desgraciado! Eres un hombre perdido...

Toda la semana estoy ocupado mañana y tarde. Los días de fiesta, si el tiempo es bueno, tomo en mis brazos a mi sobrinita—mi hermana esperaba un niño, pero fué una niña lo que nació—y me encamino lentamente al cementerio. En él permanezco mucho tiempo contemplando la tumba querida y diciéndole a mi pequeñita que allí yace su madre.

Alguna vez encuentro junto a la tumba a Ana Blagovo. Nos saludamos. Unas veces permanecemos silenciosos, otras hablamos de mi pobre hermana, de la huerfanita, de las tristezas de la vida. Después salimos juntos del cementerio, caminando de nuevo en silencio. Ella marcha despacio para permanecer más tiempo a mi lado. La pequeñita, feliz, alegre, guiñando los ojos bajo los rayos del sol abrasador, ríe, tiende sus diminutas manos a Ana Blagovo; cada dos pasos nos detenemos un instante para acariciar a la pequeña.

Cuando entramos en la ciudad, Ana Blagovo, turbada, llena de emoción, los ojos enrojecidos, me estrecha la mano y se separa de mí. Ella continúa su camino sola, grave, severa, triste. Y ningún transeunte, viéndola tan severa y reservada, creería que momentos antes marchaba a mi lado y acariciaba conmigo a la gentil niñita.

FIN

INDICE

COLECCION UNIVERSAL

Antón Chejov

LA SALA NUMERO SEIS

MCMXIX

Papel fabricado especialmente por La Papelera Española.

COLECCION UNIVERSAL

ANTÓN CHEJOV

—

La sala número seis

NOVELAS

La traducción del ruso ha sido hecha por N. Tasin



MADRID-BARCELONA
MCMXIX

Imprenta Clásica Española, Glorieta de Chamberí, Madrid.

Antón Chejov—1860-1904—ocupa en el panteón de la literatura rusa un puesto de honor junto a Tolstoi, Dostoyevski y otros grandes maestros de la novela. Por desgracia, se le conoce poco en España, lo cual constituye una laguna lamentable que nosotros queremos llenar.

Es el autor preferido de los intelectuales en Rusia, y sus obras rivalizan en éxito con las de los mejores autores rusos contemporáneos. Se admira a Andreyev, por ejemplo, que es más profundo, más violento y más penetrante; pero se ama a Chejov, tal vez, porque refleja mejor que cualquier otro las aspiraciones y la mentalidad de la época a que perteneció.

Creó una escuela literaria suya. Se escribía a lo Chejov, se hacían dramas a lo Chejov y hasta se hablaba a lo Chejov.

Su género predilecto es el impresionismo, preferencia de manifiesto, sobre todo, en sus obras de teatro. Es un fino acuarelista que sabe a maravilla, con algunos rasgos, trazar retratos, hacer cuadros en extremo vívidos e impresionantes.

Se dió a conocer en las letras con novelitas, que forman la totalidad de los dos primeros tomos de sus obras. Toda una galería de tipos, de las posiciones



sociales, de los caracteres y de las tendencias más diversos, pasan ante el lector, trazados con mano ligera, esquiciados a lápiz, sin larga detención en ellos del autor, y, sin embargo, vívidos, palpitantes.

Después, poco a poco, Chejov se hace más serio, más cuidadoso en los dibujos. Vivió en una época harto triste. El pueblo ruso, sometido a la dominación de la más severa política reaccionaria, arrastraba una vida oscura, monótona. Una apatía profunda invadía a los intelectuales, cansados de las luchas políticas, que no les habían conducido sino a decepciones crueles. Unos se hallaban encerrados en estrecha existencia egoísta; otros, gemían y se quejaban sin cesar; otros, se entregaban al alcohol, al juego. Era, según la expresión de un poeta ruso, «una vida gris salpicada de sangre».

Chejov empezó a pintar dicha vida. Sus novelas y sus dramas de tal época nos presentan un largo cortejo de gentes que sucumben al peso de la monotonía, la estupidez, la desolación de la existencia. De ahí la nota triste, melancólica, que domina en sus obras: la Rusia de esta época no se prestaba al regocijo. «La vida de nuestras clases superiores—dice Chejov en una novela—es gris y como envuelta en crepúsculos; la del pueblo, la de los obreros y campesinos es una noche negra, formada de ignorancia, de pobreza y de toda suerte de prejuicios.»

A pesar de la tristeza y la monotonía del medio que describe; a pesar de la nota melancólica que le distingue, Chejov encanta al lector con su manera de

pintar los hombres y las cosas. Es un lápiz delicado, finísimo. Sus personajes se graban en la memoria como seres de carne y hueso.

Su talento se reveló, sobre todo, en sus dramas, en los que se afirmó de un modo completamente original, en extremo suyo. El mejor teatro ruso, el «Teatro de Arte», de Moscou, se creó especialmente para sus obras. Sus dramas—como, por ejemplo, Las tres hermanas, Ivanov, El tio Vania, El cerezo—*atraen siempre numeroso público en toda Rusia, y las empresas se enriquecen con ellos. Se asemejan algo a los de Ibsen. Como los dramas del gran autor escandinavo, carecen de acción; se buscará en vano en ellos aventuras, acontecimientos, efectismos; son, sobre todo, dramas interiores, choques psicológicos entre el ideal y la triste realidad los que constituyen el fondo de las obras teatrales de Chejov, y esos choques están dibujados con tanto relieve, de una manera tan penetrante, y una melancolía tan profunda se desprende de sus escenas, que el espectador sale del teatro hondamente conmovido. Chejov es un maestro incontestable en la manera impresionista.*

Chejov ha dejado, apesar de su corta carrera literaria, una rica herencia espiritual. Para que el lector español pueda formarse una idea más completa de ella le presentamos, en este primer volumen, junto a una serie de las novelitas del gran escritor, dosnovelas más importantes, que caracterizan su talento en la fase más madura y seria. Y abrigamos la firme esperanza de que Chejov tendrá en España la acogida cordial que tanto se merece.

LA SALA NÚMERO SEIS

I

Hay dentro del recinto del hospital un pabelloncito rodeado por un verdadero bosque de arbustos y hierbas salvajes. El techo está cubierto de orín, la chimenea medio arruinada, y las gradas de la escalera podridas. Un paredón gris, coronado por una carda de clavos con las puntas hacia arriba, divide el pabellón del campo. En suma, el conjunto produce una triste impresión.

El interior resulta todavía más desagradable. El vestíbulo está obstruído por montones de objetos y utensilios del hospital: colchones, vestidos viejos, camisas desgarradas, botas y pantuflas en completo desorden, que exhalan un olor pesado y sofocante.

El guardián está casi siempre en el vestíbulo; es un veterano retirado; se llama Nikita. Tiene una cara de ebrio y cejas espesas que le dan un aire severo, y encendidas narices. No es hombre corpulento,

antes algo pequeño y desmedrado, pero tiene sólidos puños. Pertenece a esa categoría de gentes sencillas, positivas, que obedecen sin reflexionar, enamoradas del orden y convencidas de que el orden sólo puede mantenerse a fuerza de puños. En nombre del orden, distribuye bofetadas a más y mejor entre los enfermos, y les descarga puñetazos en el pecho y por dondequiera.

Del vestíbulo se entra a una sala espaciosa y vasta. Las paredes están pintadas de azul, el techo ahumado, y las ventanas tienen rejas de hierro. El olor es tan desagradable que, en el primer momento cree uno encontrarse en una casa de fieras: huele a col, a chinches, a cera quemada y a yodoformo.

En esta sala hay unas camas clavadas al piso; en las camas—éstos, sentados; aquéllos, tendidos—hay unos hombres con batas azules y bonetes en la cabeza: son los locos.

Hay cinco: uno es noble, y los otros pertenecen a la burguesía humilde.

El que está junto a la puerta es alto, flaco, de bigotes rojizos y ojos sanguinolentos, como los ojos irritados de un hombre que llorara constantemente. La frente en la mano, ahí se está sentado en la cama sin apartar los ojos de un punto. Día y noche entregado a la melancolía, mueve la cabeza, suspira, sonríe a veces con amargura. Casi nunca interviene en las conversaciones, ni contesta cuando le preguntan algo. Come y bebe de un modo completamente automático todo lo que le sirven. Su tos lastimosa y agotadora, su extremeda flacura, sus pómu-

los enrojecidos, todo hace creer que está tísico.

Su vecino inmediato es un hombrecillo vivaz e inquieto que usa una barbita puntiaguda; su cabello es negro y rizado como el cabello espeso de un negro. Durante el día se pasea por el cuarto de una ventana a otra, o bien se queda sentado en la cama, a la turca, cantando incesantemente a media voz y riendo con un aire amable y satisfecho. Su alegría infantil, su vivacidad, tampoco de noche lo abandonan cuando se incorpora para implorar a Dios dándose repetidos golpes de pecho. Este hombre es Moisés el judío, que se volvió loco hace veinte años a causa del incendio que destruyó su sombrerería.

Es, de todos los huéspedes de la «sala número 6», —que así la designan— el único que tiene permiso de salir fuera del pabellón y aun a la calle. Se le concede este privilegio a título de antigüedad en la casa, y también por su carácter inofensivo; a nadie da miedo, y suele encontrársele por la ciudad rodeado de chicos y perros. Con su bata azul y su bonete ridículo, en pantuflas y hasta descalzo, y, a veces, también sin pantalones, pasea por las calles, se detiene a la puerta de alguna casa o tienda, y pide un copeck de limosna. La buena gente le da pan, cidra, copecks, y así, siempre vuelve con la barriga llena, rico y contento. Todo lo que trae lo confisca a la entrada el veterano Nikita, que procede al acto de una manera brutal: hurga los bolsillos del loco, y gruñe y jura que no dejará salir más a Moisés, y que no puede tolerar tamaño desorden.

Moisés es muy servicial: lleva agua a sus vecinos,

los cubre cuando duermen, les ofrece traerles copecks de la ciudad y hacerles sombreros nuevos.

A la derecha de Moisés se encuentra la cama de Iván Dimitrievich Gromóv. Es un sujeto de treinta y cinco años, de noble origen, ex secretario del tribunal, que padece de manía persecutoria. Pocas veces se le ve sentado; a veces está acostado, con las rodillas pegadas a la barba, y otras veces mide a grandes pasos la sala. Siempre parece agitado, inquieto, como si esperara ansiosamente quién sabe qué. Se estremece al menor ruido del vestíbulo o del patio exterior; levanta la cabeza con angustia y escucha atentamente: cree que son sus enemigos que lo andan buscando, y sus facciones se contraen en una mueca de terror.

Hay cierta vaga belleza en esa cara ancha, de pómulos salientes, pálida y contraida, espejo donde se refleja un alma martirizada por el miedo constante y la lucha interna. Sus gestos son extraños y repelentes; pero sus facciones finas, llenas de inteligencia, y sus miradas conservan elocuencia y calor. Es cortés y amable para con todos, excepción hecha de Nikita. Si a alguien se le cae una cuchara, un botón, ya está él saltando de su lecho para recogerlo. Por la mañana, al levantarse, saluda a todos y les desea los buenos días; por la noche, da las buenas noches.

A veces, entre la noche, comienza a estremecerse, rechina los dientes, y se pone a andar presurosamente por entre las camas. Entonces se diría que la fiebre se apodera de él. A veces se detiene frente a



cualquiera de sus camaradas, se le queda mirando muy fijamente y parece querer decirle algo muy grave; pero, como si de antemano supiera que no le han de hacer caso, sacude nerviosamente la cabeza y continúa sus paseos a lo largo de la estancia. Pronto el deseo de comunicarse domina en él todas las consideraciones, y, entonces, sin poderse contener, se suelta hablando con abundancia y pasión. Habla de un modo desordenado, febril, como se habla en sueños, casi siempre es incomprensible; pero en su palabra, en su voz, se descubre un natural lleno de bondad. De sólo oirle, queda uno convencido de que aquel loco es un hombre honrado, un alma superior: habla de la cobardía de los hombres, de la violencia que sofoca a la verdad, de la vida ideal y hermosa que un día habrá de reinar sobre la tierra, de las rejas de las ventanas que se oponen a la libertad humana y parecen recordar la barbarie y la crueldad de las cárceles.

II

Hará unos doce o quince años, en aquella misma ciudad, en la calle principal de ella, vivía un funcionario público llamado Gromov, hombre de posición muy holgada y casi rico. Tenía dos hijos: Sergio e Iván. El primero murió de tisis cuando estaba haciendo sus estudios universitarios. Y desde entonces,

a familia Gromov tuvo que sufrir una serie de terribles pruebas.

Una semana después de los funerales de Sergio, el padre fué arrestado por fraude y malversación de fondos públicos; poco después moria de tifus en el hospital de la prisión. La casa y cuanto contenía se vendió en pública subasta. La viuda Gromov y su hijo Iván se quedaron sin recursos.

Antes de la muerte de su padre, Iván Dimitrievich estaba también estudiando en la Universidad. Su padre le enviaba mensualmente unos 60 ó 70 rublos, que bastaban ampliamente a sus necesidades. Ahora, por primera vez, se encontraba frente a frente con la miseria, y se vió obligado a buscarse un medio cualquiera de ganarse el pan. Desde por la mañana hasta muy entrada la noche corría de aquí para allá dando lecciones, copiando documentos, aceptando cuanto trabajo se le ofrecía. Con todo, estaba casi en la miseria; todo lo que ganaba se lo enviaba a su madre.

Pronto esta vida de sufrimientos quebrantó las fuerzas del joven Iván Dimitrievich: se debilitó, se enflaqueció, y, abandonados los estudios universitarios, volvió a su ciudad natal, al lado de su madre. Allí logró que le nombraran instructor en una escuela primaria, pero no pudo entenderse con sus colegas ni con los alumnos, y tuvo que dimitir al poco tiempo.

Poco después tuvo que enterrar a su madre. Durante seis meses no pudo encontrar ninguna colocación, y estuvo a pan y agua hasta que alcanzó la

plaza de secretario del tribunal local, que conservó ya hasta el instante en que se declaró su locura.

Nunca, ni en la adolescencia, había gozado de buena salud. Siempre flaco y pálido, atrapaba fácilmente un catarro, era desganado, no dormía bien. Con sólo un vasito de vino, ya tenía náuseas y vértigos. Aunque muy aficionado a la sociedad, era tan irascible y desconfiado que no podía conservar sus relaciones, y no tenía verdaderos amigos. Hablaba con desdén de la gente de la ciudad, a quien detestaba por su ignorancia y vida insustancial, exenta de estímulos superiores. Y esto, en voz muy alta, casi a gritos, con ardor y vehemencia, aunque siempre con sinceridad. El tema favorito de sus conversaciones era la vida que le rodeaba, la falta absoluta de preocupaciones ideales, la violencia de los fuertes y el servilismo de los débiles, la hipocresía y la perversidad que notaba en los habitantes de la ciudad. Acusador implacable, declaraba que sólo los cobardes logran lo que necesitan, y que la gente digna se muere de hambre; que no había buenas escuelas, ni Prensa honrada, ni teatro, ni conferencias públicas, y, finalmente, predicaba la unión y la colaboración estrecha de todas las fuerzas vivas del pueblo. En sus peroratas ponía siempre mucho fuego y pasión. Para pintar a los hombres y a las cosas sólo empleaba dos colores: el blanco y el negro; la Humanidad, a su ver, estaba partida en dos bandos: la gente honrada y los pícaros. Los términos medios, los matices, no existían para él. Y aunque se expresaba con admiración y entusiasmo sobre el amor y

las mujeres, no estaba enamorado. A pesar de la violencia de su lenguaje y de sus acusaciones implacables, en la ciudad era bastante querido; para hablar de él empleaban el diminutivo cariñoso: Vania. Su natural bondad, su solicitud, su pureza moral, así como su traje usado, sus desgracias familiares y su condición enfermiza, ganaban al pobre joven el afecto y la compasión de los vecinos. Además, era muy ilustrado, muy leído, y con reputación de diccionario enciclopédico en dos pies.

Su distracción favorita era la lectura. Ya en su casa, ya en el club, se pasaba las horas largas hojeando libros y revistas. En sólo la expresión de su cara se adivinaba al lector ávido, que lee como el borracho bebe o como devora el hambriento, tragando todo sin masticar. Se arrojaba con ansia sobre todo impreso, aun sobre los periódicos del año pasado y los calendarios antiguos. La lectura había llegado a ser para él un hábito enfermizo, casi una anomalía.

En su casa, por la noche, solía leer en la cama hasta el amanecer.

III

Una mañana de otoño, con el cuello del gabán levantado, se dirigía por las calles fangosas a casa de algún vecino a quien tenía que prestarle algún servicio. Iba de mal humor, como, por lo demás, solía estar siempre por la mañana. En cierta callejuela se

cruzó con dos presos cargados de cadenas y conducidos por cuatro soldados.

A menudo se encontraba Iván con prisioneros, y siempre sentía una profunda compasión hacia ellos; pero esta vez la impresión fué mucho más intensa y dolorosa. Y se dijo que él mismo podría un día ser conducido así, entre grillos, hasta la cárcel, por entre el fango de las calles.

Cuando hubo despachado lo que tenía que hacer, de vuelta a su casa, tropezó, junto a la oficina de correos, con un oficial de policía conocido suyo. Este lo saludó y lo fué acompañando un rato. El caso preocupó mucho a Iván Dimitrievich. Todo el día estuvo pensando en presos y en soldados carceleros. Poco a poco, una vaga angustia se fué apoderando de su ánimo, y ni siquiera podía entregarse a la lectura.

Por la noche no encendió la lámpara. No pudo conciliar el sueño en toda la noche, y estuvo pensando en que a él también le podrían arrestar, encadenar, encarcelar. De sobra sabía él que no había cometido crimen alguno, y estaba seguro de no cometerlo en su vida; pero, ¿acaso estaba a salvo de incurrir en alguna ilegalidad, aun sin querer, por un azar desgraciado? Finalmente, podía ser víctima de una calumnia o un error judicial cualquiera. En el estado actual de las leyes, los errores judiciales son siempre probables. Jueces, policías, médicos, juristas, todos, en virtud del hábito profesional, se van volviendo imposibles, y a menudo se inclinan a ver crímenes donde no los hay. Así, inconscientemente,

se vuelven crueles, como el carnicero habituado a matar reses, que ni se acuerda de los sufrimientos que puede ocasionarles. En tales condiciones, condenar a un inocente, hacerlo arrestar, enviarlo a presidio, resulta sumamente fácil, y todo es cuestión de contar con el tiempo indispensable para llenar las formalidades del caso. Cumplidas las formalidades, se acabó todo, y sobre todo aquí, en esta miserable ciudad, perdida en el campo, a más de 200 verstas del ferrocarril. Aquí no hay medio de probar que se es inocente; no hay esperanzas de que la verdad triunfe y se imponga. Además, en esta sociedad perversa y corrompida, que considera la violencia como una necesidad absoluta, y que se indigna y subleva cuando los jueces pronuncian un veredicto absolutorio, ¿quién piensa en la justicia?

A la mañana siguiente, Gromov se levantó horrorizado, sudando frío, absolutamente convencido de que a cada paso lo podrían arrestar. El hecho de que estos pensamientos no lo abandonasen — se decía—, prueba que había en ellos un presentimiento de la verdad. No le habían de haber ocurrido sin alguna causa.

En este preciso momento, pasó frente a su ventana, lentamente, un agente de policía. Gromov se estremeció. ¿Qué significaba esto? Poco después, dos hombres se detuvieron frente a su casa, silenciosos. ¿Por qué callarían así?

A partir de ese día, Gromov vivió en una angustia mortal. Todo el que pasaba por la calle, o entraba al patio de su casa, le parecía un espía o un agen-



te de la secreta. A mediodía pasaba, invariablemente, el jefe de policía, en coche, camino de su despacho; pero, ahora, a Gromov le parecía notar en aquel hombre cierta inquietud, y una expresión singular en su rostro. Probablemente, al jefe de policía se le hace tarde para comunicar que ha descubierto en el pueblo a un criminal importante.

Cada vez que la campanilla sonaba, Gromov temblaba; toda cara nueva que veía en casa le inspiraba desconfianza y temor. Cuando, por la calle, se encontraba con guardias o gendarmes, fingía sonreír, se ponía a silbar, como para dar a entender que no tenía razón de temerles. Por la noche padecía insomnios, esperando que vinieran a arrestarlo de un momento a otro; pero, por temor de que el ama de la casa se diera cuenta, hacía como que roncaba y lanzaba profundos suspiros, simulando un sueño profundo. ¡No fueran a figurarse que tenía remordimientos de conciencia que le quitaban el sueño, y sospecharan de él!

Trataba de tranquilizarse, de convencerse de que sus temores eran infundados, que aquello era absurdo, que, aun cuando lo arrestaran, la cosa no sería tan terrible mientras realmente estuviera limpia su conciencia; pero el razonar consigo mismo, sólo le servía para angustiarse más y más. Finalmente, viendo que sus reflexiones eran inútiles, se resignó, y ya no se opuso más a sus pensamientos funestos.

Comenzó a evitar el trato y a buscar la soledad. La servidumbre, que de tiempo atrás le disgustaba, ahora se le había hecho de todo punto insoportable,



Siempre estaba temiendo que sus compañeros de trabajo le jugaran una mala pasada: meterle dinero en el bolsillo para después acusarlo de cohecho; además, él mismo podía equivocarse al hacer una copia, y esto producir fatales consecuencias.

Nunca había trabajado más su pobre imaginación. Inventaba mil dificultades y obstáculos contra su libertad y aun contra su vida. Y, por otra parte, ya había perdido todo interés por las cosas del mundo interior, incluso la lectura y los libros. Su memoria comenzó a traicionarlo: se le olvidaban las cosas más sencillas.

A principios de la primavera, pasado el deshielo, se encontraron en una barranca, junto al cementerio, dos cadáveres en vías de descomposición: una vieja y un niño. Al parecer, se trataba de un asesinato. En el pueblo no se hablaba más que del crimen misterioso y de los asesinos ocultos.

A fin de que no sospecharan de él, Gromov paseaba por las calles, sonreía, y procuraba tener aire de hombre de conciencia tranquila. Pero, en cuanto daba con algún conocido, palidecía, se sonrojaba después, y se ponía a decir que no hay crimen más abominable que asesinar a los débiles.

Pronto se sintió fatigado de estos esfuerzos, y entonces se le ocurrió que lo mejor sería esconderse en los sótanos de la casa. En efecto, se pasó un día entero en el sótano, después la noche entera, y, además, todo el día siguiente, y por la noche, temblando de frío, se escurrió como un solapado ladrón hasta su cuarto, y allí permaneció inmóvil, atento a los

rumores más insignificantes. Por la mañana, muy temprano, entraron obreros en la casa. Gromov no ignoraba que venían a arreglar el horno de la cocina; pero el terror le hacía imaginar en ellos a los temidos agentes disfrazados.

Lentamente, de puntillas, se salió de la casa, y, presa de pánico, sin sombrero, en mangas de camisa, se echó a correr por la calle. Los perros le seguían ladrando; los transeuntes, asombrados, le gritaban; el viento silbaba en sus oídos. Y él seguía corriendo, corriendo, enloquecido, espantado. Le parecía que toda la violencia del mundo venía tras él dándole caza furiosamente.

No sin trabajo lograron apoderarse de él y volverle por fuerza a casa. El médico, llamado al efecto, le prescribió un calmante, movió tristemente la cabeza y se marchó, tras de haber declarado al ama que no volvería, porque no hay medio de evitar que los hombres se vuelvan locos.

Como Gromov no tenía recursos bastantes para ser atendido a domicilio, lo llevaron al hospital municipal y lo instalaron en la sala de los enfermos venéreos. Pero no dormía por la noche, y era tan excitable y caprichoso, que molestaba mucho a los enfermos. El doctor Andrés Efimich ordenó entonces que lo trasladaran a la sala núm. 6.

Un año después, ya nadie se acuerda de Iván Dimitrievich; sus libros, arrumbados en el desván por el ama, son ahora juguetes de los muchachos.



IV

El vecino de la derecha de Gromov es un mujik de cara redonda, mirada estúpida e insensata. Bestia de extremada voracidad y de no menor suciedad, habia perdido, hacia mucho tiempo, el don de pensar y de sentir. De su cuerpo se exhala un olor repugnante. Nikita le pega con redoblada crueldad, lo abofetea de lo lindo, y lo peor es que la victima no reacciona ni hace un solo gesto, ni expresa cólera o indignación; se limita a mover la cabeza tras de cada golpe recibido, como un tonel que recibe un puntapié.

El quinto y último habitante de la sala número 6 es un pobre hombre flaco, rubio, de mansa expresión, que habia sido, en salud, empleado de correos. A juzgar por sus ojos tranquilos e inteligentes, que tienen siempre un fulgor malicioso, posee un secreto que esconde cuidadosamente a las indiscreciones del mundo. Bajo su almohada, bajo su colchón, guarda algo que no quiere mostrar a nadie, no por miedo del robo, sino más bien por pudor. A veces se acerca a la ventana, y, de espaldas a sus camaradas, oprime algo sobre su pecho, y después lo contempla un rato, cabizbajo. Si se le acerca alguien, se pone confuso y oculta el objeto al instante. Pero, con todo, no es difícil adivinar de qué se trata.

— Ya puede usted felicitarme — suele decirle a Gromov—. Me han dado la cruz de Estanislao de se-

gundo grado, con estrella. Esta condecoración sólo se concede a los extranjeros; pero, para mí, se ha hecho una excepción. Si he de decirle a usted la verdad, es un favor que no me esperaba.

Sonríe lleno de satisfacción, y espera que Gromov le dé la enhorabuena. Pero éste contesta tristemente:

—Yo no entiendo de eso.

—¿Sabe usted—continúa el antiguo empleado de correos—, sabe usted cuáles son mis aspiraciones?— Y guiñando maliciosamente los ojos, añade: —¡Aspiro a la orden de la Estrella Polar! La cosa vale la pena; es una orden muy rara: cruz blanca y banda negra. Hermosísima. Ya verá usted, ya verá usted cómo me salgo con la mía.

La vida en aquella casa es muy monótona. Por la mañana, todos los enfermos, con excepción del mujik, se lavan en el vestíbulo, en un tonel lleno de agua, y se enjugan la cara con los extremos de la bata. Después beben el té que les dan en tazas de plomo. Sólo hay derecho a una taza. A mediodía, comen una sopa de col y un plato de cereales. Por la noche, cenan los restos de la comida. Y en los intervalos, los enfermos están acostados, se duermen, se ponen a ver por las ventanas o se pasean de un rincón a otro de la sala.

Así transcurren todos los días. El antiguo empleado de correos habla siempre de las mismas condecoraciones.

Raro es ver caras nuevas en la sala número 6. El doctor no recibe ya más locos, y las visitas son muy

de tarde en tarde: no abundan los aficionados a las casas de locos. Dos veces al mes viene el peluquero Simeón Lazarich. Nikita le ayuda a cortar el pelo a los huéspedes de la número 6, y los pobres reciben entonces tan malos tratos, que su aparición provoca un pánico indescriptible.

Aparte del peluquero, no viene nadie al manicomio; los enfermos están condenados a no ver más cara que la de Nikita todos los dias. El doctor, tampoco viene casi nunca.

Pero he aquí que de pronto circula por el hospital un rumor inusitado: el doctor ha dado en frecuentar la sala número 6.

V

En efecto; la noticia era extraña, casi extraordinaria.

El doctor Andrés Efimich Ragin no es un hombre ordinario. Cuentan que en su juventud había sido muy devoto, y que se preparaba para la carrera eclesiástica. Después de alcanzar el bachillerato, en 1883, quiso entrar en el seminario para hacerse cura; pero su padre, médico también, se opuso resueltamente, y le declaró que lo desconocería si se empeñaba en seguir la carrera del sacerdocio. Andrés Efimich confesaba no sentir la menor vocación por la medicina ni por ninguna otra ciencia especial. Pero el destino había decidido que fuera médico.

Tenía un aspecto rudo y tosco de mujik o de tabernero. Su rostro era severo; los ojuelos, pequeños; la nariz, roja. Era muy fuerte y corpulento, de brazos muy sólidos. Parecía capaz de derribar a un hombre de un golpe. Y, sin embargo, era tímido; andaba con suavidad, casi de puntillas. Cuando, en un paso estrecho, se encontraba con alguien, se apartaba invariablemente, y con una voz fina, casi femenina, decía: «¡Perdón!» Tenía en el cuello un tumorcillo que le impedía usar camisas muy almidonadas; siempre llevaba camisas blandas. Se vestía con cierto descuido; casi no cambiaba de traje, y cuando se ponía un traje nuevo, se diría que era usado. Con el mismo traje recibía a sus enfermos, comía, visitaba a sus amistades, y no por avaricia, sino por abandono de las cosas externas.

Cuando llegó al pueblo en calidad de médico municipal, el hospital se encontraba en un estado lamentable. En las salas, corredores y patio, había un olor imposible. Los criados, las hermanas de la caridad y los niños, dormían en la misma sala de los enfermos. Verdaderos ejércitos de ratas y chinches hacían intolerable la vida. No había instrumentos quirúrgicos ni termómetros. Las patatas las guardaban en las bañeras. El personal se enriquecía robando a los tristes enfermos. El predecesor de Andrés Efimich, a creer los rumores, vendía por trasmano el alcohol del hospital, y mantenía relaciones muy estrechas con las hermanas enfermeras, y aun con las enfermas.

En el pueblo estaban al tanto de estos desórdenes;

pero la opinión pública no parecía hacer caso de ello. Para tranquilidad de conciencia, los vecinos se decían que, a fin de cuentas, el hospital está poblado de gente pobre acostumbrada a vivir mal, y que puede aguantar cualesquiera condiciones de vida. ¡Cómo ha de ser! ¡No podemos alimentarnos con perdices!

Después de su primera visita, el nuevo doctor se dijo que aquel era un establecimiento inmoral, sumamente dañoso para la salud de los vecinos. A su modo de ver, lo mejor hubiera sido dejar a los enfermos en libertad y cerrar la casa; pero no se le ocultaba que carecía de poder par obrar así. Además, sin duda los mismos vecinos desearían conservar su hospital, que por algo lo abían construído. Claro que esto no pasaba de ser un prejuicio; pero los mismos prejuicios, y otras sandeces que hace la gente, pueden algún día servir para algo, como sirve el estiércol para abonar la tierra. Todas las cosas buenas del mundo tienen, en su origen, algo repugnante.

Con estas filosofías, Andrés Efimich entró en sus nuevas funciones decidido a dejarlo todo tal como estaba. Desde el primer día manifestó la mayor indiferencia por cuanto ocurriera en el hospital. Se limitó a pedir a los criados y a las hermanas que no durmieran en la sala de los enfermos, e hizo comprar un par de armarios con instrumentos. En cuanto al personal, no vió la necesidad de renovarlo. En suma: todo siguió como antes.

El doctor aprecia en mucho la inteligencia y la

honradez; pero carece de la voluntad que hace falta para obligar a los que le rodean a vivir de un modo inteligente y honrado. No sabe mandar, ordenar, prohibir, insistir. Se diría que ha hecho voto de no alzar nunca la voz, de no emplear jamás el imperativo. Le cuesta mucho trabajo resolverse a decir: «Dénme eso, tráiganme aquello.» Cuando tiene apetito, se dirige tímidamente a su cocinera y le dice:

— Si fuera posible, me gustaría comer un poco.

Sabe muy bien que el administrador del hospital es un ladrón y que merecía que lo hubieran echado a la calle hace mucho tiempo; pero no se siente capaz de hacerlo, le es de todo punto imposible. Cuando lo engañan y le presentan a firma, por ejemplo, una factura tramposa, se sonroja hasta los cabellos, como si él fuera el autor del fraude; pero, con todo, firma. Cuando los enfermos se quejan de hambre o de los malos tratos que reciben del personal, se pone mortificadísimo y balbucea muy confuso:

— Bueno, bueno, yo lo arreglaré... Creo que habrá sido un error.

Al principio, el doctor trabajaba con mucho celo; todos los días recibía a los enfermos desde por la mañana hasta la hora de comer, operaba y asistía a los partos. Así adquirió pronto en el pueblo reputación de buen médico. Las señoras decían que era muy atento y excelente para el diagnóstico, sobre todo en efermedades de señoritas y niños.

Pero, poco a poco, empezó a cansarse de la monotonía y evidente inutilidad de todo esto. Hoy son treinta enfermos, mañana serán treinta y cinco, y

pasado mañàna cuarenta; y asi, de dia en día, de año en año, los enfermos van aumentando, y la mortalidad está lejos de disminuir. ¿De qué sirven, pues, tantos esfuerzos? Aparte de que, cuando en el término de unas cuantas horas se reciben a cuarenta enfermos, es físicamente imposible atenderlos y cuidarlos debidamente, de modo que el médico se ve obligado a defraudar a veces las esperanzas de su clientela. Según la estadística del hospital, el año pasado el doctor recibió unos doce mil dolientes; es decir, que hubo doce mil engañados. La mayoría deberían haber ingresado en el hospital, aun para recibir los cuidados más indispensables, pero era imposible; sin contar con que las condiciones higiénicas del hospital no se prestan en manera alguna para cuidar a un enfermo; está muy sucio, la alimentación es mala, el aire está corrompido. «Puesto que no tengo fuerzas para cambiarlo todo — se decía el doctor — más vale no ocuparse de ello.»

Además, ¿para qué empeñarse en impedir que la gente se muera, siendo la muerte el fin natural de todos? ¿Vale verdaderamente la pena de prolongarle la vida por cinco o diez años a este comerciante, a aquel empleado? Cierto es que otros piden a la medicina consuelos para el sufrimiento. Pero, ¿debe uno proporcionar tales consuelos? Según los filósofos, el sufrimiento conduce a los hombres a la perfección; y además, si los hombres llegan realmente a descubrir el medio de aplacar sus padecimientos con píldoras y especialidades farmecéuticas, descuidarán la reli-

gión y la filosofía, que era hasta ahora, no sólo una fuente de consuelos, sino de felicidad. Amén de que los hombres más eminentes han sufrido muchos males. Puchkin, por ejemplo, pasó unas horas terribles antes de morir; el pobre Heine estuvo paralítico muchos años. ¿Por qué, pues, empeñarse en ahorrarle sufrimientos a un triste empleado o a una burguesa cualquiera, cuya vida, desprovista de padecimientos, sería monótona e insípida, como la de un organismo primitivo?

Á fuerza de razonar así, el doctor comenzó a abandonar sus deberes, y sólo se preocupaba del hospital dos o tres veces por semana.

VI

La vida del doctor es muy aburrida.

Se levanta a eso de las ocho, se viste, toma el té, lee después un poco en su gabinete y, a veces, visita el hospital. Allí, en el estrecho y oscuro corredor le están esperando los enfermos. Frente a ellos pasan continuamente, golpeando el suelo con los zuecos, los guardianes y los enfermos internos. A veces también conducen por el corredor a los muertos, hacia la sala mortuoria. Se oyen gemidos de los dolientes, se oyen llantos de niños, y el viento circula libremente por el corredor, produciendo fuertes corrientes.

El doctor sabe bien que todo eso produce una im-

presión dolorosa sobre los enfermos, pero nada hace para evitarlo.

En el vestíbulo sale a recibirlo el enfermero Sergio Sergeyevich, un hombrón de cara afeitada e inflada, de maneras corteses, cuidadosamente vestido y con más aspecto de senador que de enfermero. En la ciudad cuenta con numerosa clientela; usa corbata blanca, y se cree más sabio en medicina que el doctor, que ya casi no tiene clientes.

En un rincón de la sala de recibir hay un enorme icono. En los muros se ven retratos de obispos, una fotografía de un convento y coronas de florecillas marchitas. Es el enfermero quien se ha preocupado de decorar así la estancia. Es hombre muy religioso, y todos los domingos hace decir una misa en el hospital.

Aunque hay muchos enfermos, el doctor tiene su tiempo limitado; se reduce, pues, a preguntar a cada uno qué le duele, y después le prescribe aceite de ricino, o algo que no pueda hacerle bien ni mal. Sentado junto a su mesa, la cabeza apoyada en la mano, el doctor parece sumido en hondas reflexiones, y va preguntando sin saber lo que dice. El enfermero, a su lado, se frota las manos, y de tiempo en tiempo hace algunas observaciones.

— Padecemos y enfermamos — suele decir a los pacientes — porque no sabemes rogar a Dios tanto como debiéramos.

Evita las operaciones; ha perdido la costumbre, desde hace mucho, y la sola vista de la sangre lo pone nervioso. Cuando tiene que abrirle la boca a

un niño enfermo, y el niño se opone y llora, el doctor padece verdaderos vértigos, quisiera taparse las orejas y huir y se apresura a recomendar cualquier remedio, haciendo señas de que se lleven al chico.

Pronto el aspecto tímido y estúpido de los enfermos le fatiga; la presencia del enfermero, los retratos de los obispos, las preguntas mismas que está dirigiendo a los enfermos desde hace veinte años, todo le cansa, y a los cinco o seis enfermos se despide, dejando el resto a cargo del enfermero.

Con el dulce pensamiento de que ya en el pueblo no le quedan clientes que lo molesten, vuelve a su departamento, se sienta en su gabinete, y helo otra vez leyendo. Lee mucho, y siempre con mucho interés. La mitad del sueldo se lo gasta en libros. De las seis habitaciones de que dispone, tres están repletas de libros y de viejas revistas. Tiene preferencia por las obras de historia y filosofía; en materia de medicina sólo recibe una revista, *El Médico*, que lee siempre comenzando por el final.

Y así se pasa las horas muertas leyendo sin moverse de un sitio y sin dar señales de fatiga. Lee muy lentamente, sin tragarse las páginas como antaño su enfermo Gromov, y deteniéndose en lo que no encuentra claro o le resulta agradable. Junto al libro hay siempre una garrafa de vodka y una manzana o un pepino con sal, puestos directamente sobre el tapete de la mesa, sin plato. De tiempo en

tiempo se sirve un vasito de vodka, y, sin quitar los ojos de la lectura, busca a tanteos el pepino y da un mordisco.

Hacia las tres se acerca con mucha suavidad a la puerta de la cocina, tose y dice a la cocinera:

— Daría, siento ya un gusanillo... Si fuera posible, quisiera comer.

Después de comer una comida muy mediana y muy mal servida, pasea mucho tiempo, los brazos cruzados sobre el pecho, por todas las habitaciones, y medita. El reloj da las cuatro, el reloj da las cinco, y él continúa rumiando sus meditaciones. De tiempo en tiempo la puerta de la cocina se abre con un rechinido, y se ve pasar a la cocinera con su cabeza rojiza y somnolienta.

— Andrés Efimich, creo que ya es hora de la cerveza — dice con cierta inquietud.

— No, todavía no — responde éste —. Voy a esperar otra media horita.

Por la noche viene a verlo casi siempre el director de correos, Mijail Averianich, único habitante de la ciudad, cuya compañía parece soportable al doctor.

Mijail Averianich había sido en otro tiempo rico propietario y oficial de caballería; arruinado, tuvo que entrar como empleado en la oficina de correos. Es apuesto, usa unas hermosas patillas blancas, tiene modales muy distinguidos y voz sonora y agradable. Posee una envidiable salud, es hombre de corazón muy sensible, aunque algo nervioso e iracundo. Cuando, en la oficina de correos, alguna

persona del público protesta o simplemente exige algo, Mijail Averianich se pone rojo de ira, todo el cuerpo le tiembla y grita a voz en cuello:

— ¡Ya se está usted callando! ¡Aquí no manda nadie más que yo!

Gracias a esto, el correo ha adquirido desde hace tiempo una sólida reputación de lugar desagradable y expuesto a escándalos.

Mijail Averianich estima y quiere bien al doctor, a quien considera como hombre instruído y de noble corazón; pero a los demás vecinos los trata con desprecio y los considera como a súbditos suyos.

— Aquí estoy — dice al llegar a casa del doctor —. ¿Qué tal, querido amigo? Ya estará usted de mis visitas hasta aquí, ¿verdad?

— Al contrario, hombre, me dan muchísimo gusto — le responde el doctor —. Siempre es usted bienvenido en esta casa.

Y los dos amigos se sientan sobre el canapé del gabinete. Un buen rato se lo pasan fumando sin decir nada. Después el doctor llama a la cocinera:

— Daría, ¿quiere usted hacer el favor de darnos cerveza?

Daría trae la cerveza.

La primera botella se agota en silencio; el doctor, siempre entregado a sus reflexiones, y Mijail Averianich con aire alegre y animado, como hombre que tiene muy buenas cosas que contar.

El doctor comienza siempre la conversación.

—Lástima — dice hablando con parsimonia y tristeza sin mirar a los ojos de su interlocutor — que



no haya en este lugar gente aficionada a la buena conversación y capaz de sostener una charla interesante. Para nosotros resulta una dura privación. Ya ve usted, aquí, ni los intelectuales sobresalen del bajo nivel de las capas inferiores del pueblo.

— Tiene usted razón que le sobra. Lo mismo digo.

— Ya sabe usted bien — continúa el doctor — que en este mundo todo es insignificante y carece de interés, si se exceptúan las manifestaciones superiores del entendimiento. Sólo el entendimiento traza una línea divisoria entre el hombre y la bestia, e indica el origen divino de aquél, y, en cierto grado, reemplaza para él el precioso don de la inmortalidad, que no existe. Según esto, el espíritu puede considerarse como la única fuente verdadera de felicidad. Pero nosotros, que no vemos en nuestro radio ninguna manifestación del espíritu, no podemos disfrutar de esa felicidad. Cierto es que tenemos nuestros libros, pero no es lo mismo, ni la lectura puede sustituir del todo los agrados de la conversación y el cambio de ideas. Si usted me permite que use de una comparación algo atrevida, le diré a usted que el libro es la nota y la conversación es el canto.

— Dice usted muy bien.

Y aquí hay un silencio. Entra entonces la cocinera, y con expresión curiosa se detiene casi en la puerta para oír lo que hablan los señores.

— En esta época ya no hay ingenio — declara Mijail Averianich.

Y se pone a recordar los buenos tiempos, cuando la vida valía la pena y era sana y gozosa, y habla de los intelectuales de hace treinte años, tan enamorados de su honra y tan devotos de la amistad. Entonces se prestaba uno dinero sin necesidad de prenda ni garantía, y todos se ayudaban mutuamente de una manera caballeresca. La vida estaba preñada de aventuras y de cautivadoras sorpresas. ¡Qué camaradas los de entonces! ¡Qué mujeres aquéllas!

Y después se enfrasca con entusiasmo en una descripción del Cáucaso, ese país de bienandanza.

— Figúrese usted que la mujer de un teniente coronel, una mujer de lo que hay poco, se vestía con traje de oficial, y, por la noche, emprendía largas excursiones a la montaña, sola y sin guía. Decían que tenía quién sabe qué misteriosa novela con un príncipe de Georgía...

— ¡Virgen santísima! — exclama la cocinera.

— ¡Ah, en aquel tiempo se sabía comer y beber! La gente tenía ideas atrevidas.

El doctor, aunque ha estado escuchando, parece que no ha entendido bien; parece que piensa en otra cosa. Después, a pequeños sorbos, sigue apurando su cerveza. Y de pronto, inesperadamente, interrumpiendo a su amigo, dice:

— A veces, en sueños, me parece que estoy entre personas inteligentes y metido en conversaciones amenísimas. Mi padre me dió una buena instrucción, pero cometió el error de obligarme a la carrera de médico. Yo creo que, si lo hubiera desobedecido,

a estas horas viviría en el corazón de la vida intelectual. Tal vez me habrían ya hecho miembro del consejo de la Universidad. Claro es que también el espíritu es cosa pasajera, pero es lo mejor que hay en nuestra vida. En suma: que la vida es cómo una trampa sin escape, en la que, más tarde o más temprano, todos los hombres que piensan tienen que ir cayendo. El hombre viene al mundo contra su voluntad; sale de la nada gracias al juego de unas fuerzas misteriosas que él no comprende, y cuando pretende averiguar el objeto o el sentido de su existencia, o nadie le contesta, o le contestan estupideces. También la muerte sobreviene contra la voluntad del hombre. Y en esta prisión que llamamos vida, los hombres reunidos por una desgracia común, experimentan cierto alivio cuando pueden juntarse a cambiar ideas libres y atrevidas. Por eso en este bajo mundo el espíritu es nuestro único placer y consuelo.

— ¡Muy bien dicho, muy bien dicho!

El doctor, sin mirar a su interlocutor, continúa hablando lentamente, con largas pausas, del espíritu y de los hombres inteligentes. Mijail Averianich lo sigue con mucha atención, y exclama de tiempo en tiempo:

— ¡Tiene usted muchísima razón!

Después pregunta de pronto:

— ¿Usted no cree en la inmortalidad del alma?

— No, honorable Mijail Averianich, no creo en la inmortalidad del alma, ni tengo razón alguna para creer en ella.

— Francamente, le diré a usted que yo también tengo mis dudas. Sin embargo, a veces siento la seguridad de que no he de morir. Otras, me digo: «Pronto, pronto vas a reventar, triste vejete.» Pero al instante oigo que una voz interior murmura a mi oído: «No lo creas, tú no morirás.»

Después de las nueve, Mijail Averianich se despide. Al ponerse el gabán, ya en el vestíbulo, exclama:

—¡Vaya un agujero en que nos ha metido este negro destino! Y lo peor es que aquí hemos de morirnos!

VII

Después de acompañar a su amigo hasta la puerta, el doctor se acomoda en la butaca y se pone a leer otra vez. Ningún ruido turba la absoluta tranquilidad de la noche. El tiempo se ha detenido. Al doctor le parece que nada existe, fuera de su libro y su lámpara de verde pantalla. Poco a poco su vulgar carota de mujik parece iluminarse con una sonrisa de admiración o de entusiasmo ante el genio humano. ¿Por qué no ha de ser el hombre inmortal? —se pregunta—. ¿Para qué sirve entonces el cerebro con su admirable mecanismo, para qué la vista, el don de la palabra, los sentimientos, el genio, si todo ha de estar predestinado a mezclarse con la tierra y dar vueltas después, durante millones de años y sin ningún objeto preciso, alrededor del sol? Para eso no

valía la pena de sacar al hombre de la nada—al hombre con su espíritu elevado y casi divino—, si después se le había de transformar, como en burla, en un miserable puñado de tierra. Por miedo a la muerte, muchos buscan un sustitutivo de la inmortalidad, y se consuelan pensando que su cuerpo se perpetuará en una planta, en una roca, y hasta en una rana: ¡triste consuelo que equivale a decirle a la caja de un violón roto que le espera un porvenir envidiable!

De tiempo en tiempo, cuando el reloj da las horas, el doctor se hunde en la butaca y cierra los ojos para entregarse a sus reflexiones. Piensa en su pasado, en su vida actual. Su pasado es poco seductor, y prefiere olvidarlo; pero tampoco el presente le parece más grato. El sabe que en aquel mismo instante, no lejos de su casa, en el hospital, hay unos enfermos que padecen y que se encuentran en condiciones higiénicas insoportables. Muchos tienen insomnios, y se pasan la noche luchando con las chinches y otros parásitos. Probablemente otros están jugando a las cartas con las hermanas o bebiendo vodka. El año pasado desfilaron por el hospital 12.000 enfermos: 12.000 víctimas del engaño. Porque la vida misma del hospital está fundada en el robo, las intrigas, el fraude, y no es más que un Instituto inmoral y dañoso para la salud de los vecinos. El sabe bien que en la sala número 6 hay un Nikita que les pega a los locos, y que el judío Moisés sale a la calle todos los días a pedir limosna.

Por otra parte, tampoco ignoraba que, durante

los últimos veinticinco años, en la medicina se habían operado progresos maravillosos. Tales progresos le admiraban y le entusiasmaban. ¡Una verdadera revolución! Gracias a la asepsia, se hacían ahora operaciones que antes nadie se hubiera atrevido ni a soñar. Enfermedades tenidas por incurables se curan hoy con éxito y en muy poco tiempo. La teoría de la herencia, el hipnotismo, los descubrimientos de Pasteur y de Koch, todo esto abre a la medicina amplias e insospechadas perspectivas. La revolución afectaba también el campo del alienismo. Ya nadie les echa a los locos agua fría en la cabeza, no se les ponen camisas de fuerza, se les trata bien, y aun se les dan espectáculos y conciertos.

El doctor comprende muy bien que, en el actual estado de la psiquiatría, un antro tan abominable como la sala número 6, sólo es comprensible a 200 verstas del ferrocarril, en un poblacho cuyo alcalde y consejeros apenas saben leer y tienen una confianza ilimitada en el médico, y aun aceptaría que éste les echara plomo derretido en la boca a los enfermos. En cualquier lugar civilizado, la sala número 6 habría provocado la indignación general.

—Y con todo—medita el doctor—, la antiséptica, las invenciones de Pasteur y de Koch, nada cambian al fondo de la cuestión. Nada de eso basta para desterrar las enfermedades y la muerte. A los locos les darán espectáculos y conciertos, pero el número de locos no disminuye, y no es posible dejarlos nunca en libertad. Todo eso, en el fondo, son ilusiones,

y no hay verdadera diferencia entre la mejor de las clínicas y la sala número 6.

Pero tales reflexiones no logran consolarle, se siente abatido, se siente muy fatigado, apoya la cabeza en la mano y sigue reflexionando:

«—Estoy sirviendo a una causa injusta, y vivo de lo que me pagan por engañar: no soy, pues, un hombre honrado. Pero yo, personalmente, no soy nada, no soy más que una partícula ínfima del indispensable mal social. Todos los empleados del Estado o del Municipio son gente perjudicial, y también se les paga injustamente. No, no soy yo el culpable, sino la época en que me ha tocado vivir. A haber vivido dentro de doscientos años, yo sería otro.»

A las tres de la mañana apaga la lámpara y se dispone a dormir, aunque no tiene ni pizca de sueño.

VIII

Hará unos dos años, la municipalidad votó un crédito suplementario de trescientos rublos anuales para aumentos en el personal médico del hospital. Para facilitarle la tarea al doctor Ragin, inventaron a otro médico: Eugenio Fedorich Jobotov.

Es un joven de unos treinta años. Es alto, moreno, de anchos pómulos y ojos muy pequeños. Había llegado al pueblo sin un céntimo en el bolsillo, con una maletita usada, acompañado de una mujer fei-

sima a la que hacía pasar por su cocinera. La mujer tiene un nenito.

Jobotov lleva siempre una boina y botas altas. Pronto se ha hecho amigo del enfermero general y del administrador; a los demás miembros del personal los trata desdeñosamente de «aristócratas» y no se les acerca. El único libro que hay en su casa es cierto Manual de Medicina, publicado en 1881. Siempre que va a ver a un enfermo, lleva el Manual consigo. Por la noche, en el club, juega al billar, pero detesta las cartas.

Va al hospital dos veces por semana, visita todas las salas y recibe a los enfermos. La absoluta falta de condiciones antisépticas y de higiene, le tienen escandalizado, pero por no lastimar al doctor Ragin, no se atreve a introducir reformas.

Jobotov está convencido de que su colega es un viejo canalla, que se aprovecha astutamente de la situación, y que ha amasado ya una fortuna. Y por cierto que le gustaría estar en su lugar.

IX

Una noche de primavera, a fines de marzo, cuando ya no se ve nieve por ninguna parte, cuando ya los pájaros comienzan a aparecer en el jardín del hospital, el doctor Ragin salió acompañando a su grande amigo el director de Correos. En aquel preciso instante entraba en el patio el loco Moisés, de

vuelta de sus habituales paseos por el pueblo. Venía descalzo, con la cabeza descubierta, y llevaba en la mano un saquito donde guardaba lo que le habían dado.

—¡Dame un copeck!—dijo dirigiéndose al doctor, temblando de frío, y sonriendo humildemente.

El doctor, hombre incapaz de decir que no, le dió una pieza de diez copecks. Después, viendo los pies descalzos del pobre loco, se sintió lleno de remordimiento. «El suelo todavía está muy frío—se dijo—, puede por lo menos coger un catarro.» Y, llevado de su piedad, entró por el vestíbulo del pabellón en que se encontraba la sala número 6. Al verlo, Nikita saltó de entre los escombros donde estaba tumbado, y lo saludó.

—Buenos días, Nikita—dijo el doctor con mucha amabilidad—. ¿No sería posible darle a este hombre un par de botas? ¡No vaya a acatarrarse!

—A la orden del señor doctor; se lo diré al administrador.

—Sí, ten la bondad de decírselo; dile que vas de mi parte.

La puerta de la sala que da al vestíbulo estaba abierta. Gromov, que estaba acostado, se incorporó y se puso a escuchar. Pronto reconoció al doctor. Y entonces, rojo de cólera, temblando, con los ojos relampagueantes, saltó de la cama y gritó con una risilla sardónica.

—¡Por fin, señores, ya ha venido el doctor. Sea enhorabuena: el doctor se digna al fin visitarnos!

Y, sin poder contenerse, añade:

—¡Canalla, más que canalla, porque eso es mucho para él! ¡Merecería que lo mataran, que lo ahogaran en el retrete!

El doctor, que ha oído estas palabras, se acerca a la puerta de la sala y, asomándose, pregunta con su suave voz:

—¿Porqué?

—¿Por qué?—Le grita Gromov acercándose a él con aire amenazador—. ¿Y se atreve usted a preguntarlo? Porque es usted un ladrón, un impostor, un verdugo.

—Vamos, cálmese usted—dice el doctor afectando una difícil sonrisa—. Le aseguro a usted que nunca he robado nada. Y en cuanto a las otras acusaciones, creo que exagera usted. Ya veo que está usted disgustado conmigo. Cálmese, cálmese, se lo ruego, y respóndame con toda franqueza: ¿por qué está usted tan disgustado?

—¿Y por qué me tiene usted aquí metido?

—Porque está usted enfermo.

—Bien, admitámoslo. Pero hay cientos y miles de locos que se pasean con toda libertad, por la sencilla razón de que es usted demasiado ignorante para acertar a distinguirlos de los cuerdos. ¿Por qué, pues, sólo a mí y a estos desdichados han de tenernos aquí en calidad de chivos expiatorios? Usted, su enfermero, su administrador, y toda esa canalla, todos ustedes son, desde el punto de vista moral, infinitamente inferiores a nosotros, y, sin embargo, somos nosotros y no ustedes los condenados al encierro perpetuo. ¿Es lógico esto?



—Nada tienen que hacer aquí la moral ni la lógica. Es el azar el que decide. El que ha sido encerrarado aquí, aquí se queda; y los otros siguen en libertad. El hecho de que el médico sea yo, y el enfermo usted, nada tiene que ver con la moral ni la lógica: no es más que un azar.

—Yo no entiendo esas necedades—dijo Gromov con voz sorda.

Y se sentó otra vez en la cama.

Moisés, a quien Nikita no se había atrevido a despojar en presencia del doctor, comenzó a poner en su cama trozos de pan, pedazos de papel, huesos; y, siempre temblando de frío, se soltó hablando en hebreo muy presurosamente; acaso se imaginaba ser dueño de una tienda.

—¡Déjeme usted en libertad!—dijo Gromov con voz temblorosa.

—No puedo.

—Pero, ¿por qué, por qué?

—Porque no depende de mí. Supongamos que lo pongo a usted en libertad: no le aprovecharía a usted gran cosa. Al instante, los vecinos del pueblo o la policía, lo volverían a arrestar y me lo traerían aquí otra vez.

—Sí, es verdad.

Y Gromov se daba en la frente, como tratando de descubrir una solución.

—¡Qué horrible situación! Entonces, dígame usted, ¿qué hacer?

Y su voz, su expresión inteligente, conmovieron y sedujeron al doctor. Sintió un gran deseo de con-

solar al pobre joven y darle algunas muestras de simpatía. Sentóse en la cama, junto a Gromov, y dijo:

—Me pregunta usted qué podemos hacer. En la situación de usted, lo mejor parece que sería escaparse. Pero es inútil, por desgracia; lo arrestarían a usted al instante. Cuando la sociedad se defiende contra los criminales, los locos, y toda clase de hombres que no le convienen, es inflexible. No le queda a usted más que convencerse a sí mismo de que su permanencia aquí es inevitable.

—¡Pero si mi permanencia aquí no le sirve a nadie para nada!

—Una vez que hay prisiones y manicomios, es fuerza que estén habitados. Día llegará en que no existan. Entonces no habrá rejas en las ventanas ni cadenas. Yo le aseguro a usted que, tarde o temprano, ese día llegará.

Gromov sonrió amargamente.

—Usted se está burlando de mí, señor mío. A usted, a su Nikita y a toda la demás canalla, les importa poco que lleguen o no esos tiempos anhelados. Pero puede usted estar seguro de que llegarán, llegarán tiempos mejores. Tal vez hallará usted ridículas mis palabras, pero oiga usted lo que le digo: la aurora de un día mejor alumbrará la tierra, la verdad triunfará, y los humildes y los perseguidos disfrutarán de la felicidad que merecen. Tal vez para entonces yo no existiré, pero ¡qué más da! Me regocijo pensando en la felicidad de las generaciones futuras, las saludo con todo mi corazón: ¡Adelante!

¡Qué Dios os ayude, amigos míos, amigos desconocidos del porvenir remoto!

Gromov se levantó de la cama, con los ojos encendidos, alargó los brazos hacia la ventana y exclamó con voz conmovida:

—¡A través de estas malditas rejas, yo os bendigo! Me regocijo con vosotros y por vosotros. ¡Viva la verdad!

—No veo que haya mucha razón para alegrarse—dijo el doctor, a quien aquel ademán de Gromov, aunque algo teatral, no le resultó desagradable—. En ese porvenir que tanto le entusiasma a usted, no habrá manicomios ni prisiones, ni rejas ni cadenas; en suma, como usted dice, triunfará la verdad. Pero... las leyes de la naturaleza seguirán su camino invariable, y las cosas no cambiarán en el fondo. Los hombres padecerán enfermedades, se envejecerán y pararán, lo mismo que hoy, en la muerte. La aurora que alumbra la vida podrá ser muy hermosa, pero eso no impedirá que se meta a los hombres en la caja, y la caja se meta en la fosa.

—¿Y la inmortalidad?

—¡Tontería!

—¿No cree usted en la inmortalidad? Yo sí. Dostoyevski o Voltaire, no me acuerdo bien cuál de los dos, ha dicho que si no existiera Dios habría que inventarlo. Si la inmortalidad no existe, estoy seguro de que, tarde o temprano, el genio del hombre acabará por inventarla.

—¡Muy bien dicho! —aprobó el doctor con una sonrisa de satisfacción—. Hace usted bien en creer. Con

una fe tan grande, hasta en la prisión se puede encontrar felicidad. Permítame usted una pregunta: ¿Dónde ha hecho usted sus estudios?

—En la Universidad, pero no los terminé.

—Usted es un hombre que sabe pensar. Usted podrá encontrar siempre algún consuelo en si mismo, cualesquiera que sean las condiciones de su vida. El pensamiento libre de trabas que trata de comprender el sentido de la existencia, y el desprecio absoluto por todo lo que sucede en este bajo mundo, son los dos bienes supremos. Usted puede ser dueño de ellos, aun encerrado tras de estas rejas. Diógenes vivía en un tonel, pero eso no le impedía ser más dichoso que todos los reyes de la tierra.

—El tal Diógenes era un imbécil—dijo Gromov con voz opaca—. ¿Para qué me habla usted de Diógenes y de felicidades fantásticas? Y de pronto, sobreexcitado, añadió: ¡Yo amo la vida, la amo apasionadamente! Tengo la manía de la persecución, estoy poseído de un terror constante, pero por momentos tengo una sed tan inmensa de la vida que temo volverme loco rematado. ¡Dios mío! Lo que yo quiero es vivir, ¿me entiende usted? Vivir una vida completa, íntegra.

Muy conmovido, dió algunos pasos por la sala. Después, más tranquilo, añadió:

—A veces, en sueños, veo que me rodean unas sombras. Veo, en mi imaginación, unas gentes, oigo unas voces, música, y me parece que me paseo a través de campos y bosques, junto al mar... Y siempre, siempre, un deseo ardiente de moverme, de

manifestar una actividad febril... Dígame, ¿qué hay de nuevo por allá, en el mundo?

—¿En el pueblo quiere usted decir?

—Cuénteme usted primero lo que pasa en el pueblo, y después lo demás.

—Pues mire usted: la vida en el pueblo es muy aburrida. Casi no hay nadie con quien cambiar unas palabras. ¡Si, al menos, viniera gente nueva! Verdad es que últimamente ha venido un joven médico, el señor Jobotov.

—Ya lo sé: un imbécil.

—Sí, un hombre de muy escasa cultura. Es increíble: yo me imagino que en Petersburgo, en Moscou. la vida intelectual es intensísima, que todo está allá efervescente, y que todo se agita en torno a los grandes problemas de actualidad; y, sin embargo, nos llega de allá cada tipo tan insulso, tan poco interesante. ¡No; nuestro pobre pueblo no tiene suerte!

—¡Es verdad, pobre pueblo!

Gromov calló un instante, y después:

—Y en las revistas, en los periódicos, ¿qué hay de nuevo?

La sala estaba ya por completo sumergida en tinieblas. El doctor se puso en pie, y empezó a contar lo que decía la Prensa, y lo que había del movimiento intelectual en Rusia y en el extranjero.

Gromov lo escuchaba con notable atención, preguntaba algo y parecía muy interesado. Pero, de pronto, como si hubiera recordado algo terrible, se llevó las manos a la cabeza, se echó en la cama y volvió al doctor las espaldas.

—¿Qué le pasa a usted?—preguntóle éste.

—Es inútil: no me oirá usted pronunciar una sola palabra más—dijo Gromov ásperamente—. ¡Lárguese de aquí!

—Pero, ¿por qué?

—¡Déjeme en paz, le digo, con cien mil demonios!

El doctor se encogió de hombros, suspiró y salió. Al pasar por el vestíbulo, dijo:

—Oye, Nikita: convendría limpiar un poco esto. Huele muy mal.

—¡A la orden del señor doctor!

—Pobre muchacho—pensaba el doctor al volver a sus habitaciones—. Desde que estoy aquí, es el primero con quien he podido hablar de cosas interesantes. Sabe razonar, y se preocupa de cosas que sólo preocupan a los hombres de ingenio.

Mientras leía en su gabinete, y después ya metido en cama, no dejaba de pensar en Gromov. Al día siguiente, en cuanto se despertó, recordó que acababa de descubrir a un hombre interesante, y se prometió ir de nuevo a visitar a Gromov a la primera oportunidad.

X

Gromov estaba en la misma posición de la víspera, con las manos en la cabeza y la cara contra la pared.

—Buenos días, amigo mío—dijo el doctor—. ¿No duerme usted?

—Ante todo, yo no soy amigo de usted—dijo Gro-

mov sin volver la cara y como hablando con la pared—. Y, después, sepa usted que todos sus esfuerzos por reanudar la conversación serán inútiles: no despegaré los labios.

—¡Qué cosa más rara!—balbuceó confuso el doctor—. Ayer hemos estado hablando tan tranquilamente, y de pronto usted se ha disgustado e interrumpe la charla... Tal vez he usado sin querer alguna palabra inoportuna, o habré sostenido alguna idea que a usted le molesta...

Gromov se volvió a medias, e incorporándose un poco, se quedó mirando al doctor irónicamente:

—Sépase usted que no creo una sola sílaba de lo que usted me cuenta. Sé muy bien lo que usted se propone: usted viene aquí como un espía, para descubrir mis intenciones y mis opiniones. Ayer lo he comprendido.

—¡Vaya una ocurrencia!—dijo el doctor asombrado—. ¿Se figura usted que soy un espía?

—Sí, señor. Un espía y un médico que procede al examen de las capacidades de su enfermo, son una misma cosa.

—Dispénseme usted, pero es usted realmente... original.

Se sentó en una silla, junto a la cama, y movió la cabeza en ademán de reproche.

—Admitamos que tiene usted razón—dijo—. Admitamos que examino cada una de las palabras de usted para denunciarlo después a la policía. Que lo van a arrestar a usted, a juzgar. ¿Acaso sería usted más infeliz en ninguna cárcel de lo que ya es aquí?

Aun cuando lo enviaran a usted a Siberia, ¿acaso sería peor que quedarse en esta casa de locos? Creo que no, verdaderamente. Entonces, ¿qué puede usted temer?

Estas palabras produjeron un efecto visible. Gromov, tranquilizado, se sentó en la cama.

Eran las cuatro y media de la tarde, la hora en que la cocinera solía preguntarle al doctor si no era ya tiempo de la cerveza. Afuera, el día estaba claro y hermoso.

—He salido a pasear un poco después de la comida—dijo el doctor—, y quiero verlo a usted. Estamos en plena primavera.

—¿En qué mes? ¿Marzo?—preguntó Gromov.

—Sí, a fines de marzo.

—Las calles estarán llenas de fango, ¿verdad?

—No mucho. Algunas están secas.

—¡Ay qué hermoso poder dar un paseíto en coche por la ciudad, y volver después al gabinetito muy bien instalado!... Consultar a un buen médico para el mal de cabeza... Hace mucho que no hago vida de hombre civilizado. ¡Aquí todo es sucio, desagradable, repugnante!

Tras la excitación de la víspera, parecía cansado, y hacía esfuerzos para hablar. Le temblaban las manos, y por la expresión de su cara se comprendía que tenía jaqueca.

—Entre un gabinete bien instalado y esta sala —dijo el doctor—, no hay ninguna diferencia. El hombre extrae de sí mismo su felicidad y su tranquilidad, y no de las cosas exteriores.

—¿Cómo dice usted?

—Quiero decir que un hombre ordinario ve el bien y el mal como cosa externa, en un buen gabinete o en un coche confortable; mientras que el hombre dotado de pensamiento los busca dentro de sí mismo.

—Vaya usted con esas filosofías a Grecia, donde el tiempo siempre es encantador y el aire está embalsamado con el perfume de las flores. Aquí el clima no se presta a esa propaganda. Creo que fué con usted con quien hablaba yo de Diógenes, ¿no es verdad?

—Sí, ayer, conmigo.

—Pues mire usted: Diógenes no necesitaba un buen gabinete ni habitaciones bien calentadas, porque en Grecia hace bastante calor. Allá puede uno aguantar días y noches en un tonel, sin comer más que naranjas y aceitunas. Pero si su Diógenes hubiera vivido en Rusia, tenga usted por seguro que se habría metido en casita, no sólo en diciembre, sino hasta en mayo. De lo contrario, el pobre filósofo se hubiera helado con toda su filosofía.

—No lo creo así. Se puede no sentir el frío, como cualquier otro sentimiento desagradable. Marco Aurelio ha dicho: «El dolor no es más que un pensamiento muy vivo del dolor. Basta hacer un esfuerzo para transformar ese pensamiento, no hacerle caso, no gemir ni quejarse, y el dolor desaparecerá.» Es muy justo. El sabio, o cualquiera que piense un poco, desprecia el sufrimiento; siempre está contento, y nada logra impresionarle.

—Según eso, yo debo de ser un idiota, puesto que sufro, estoy a disgusto y experimento una dolorosa sorpresa ante el espectáculo de la humana cobardía.

—En todo caso, se equivoca usted mientras más piense usted en ello, mas se convencerá de que todo lo que nos inquieta y nos apasiona es indigno de nuestra atención. La verdadera felicidad consiste en la comprensión del sentido de la vida.

—Comprensión... felicidad interior — y Gromov hizo una mueca—. Perdóneme usted; pero no lo entiendo. Yo solo sé una cosa: Dios me ha hecho de carne y hueso, me ha dado nervios y sangre caliente, soy un organismo vivo y, como tal, reacciono necesariamente ante toda irritación exterior. Reacciono, y no puedo menos de hacerlo. Cuando me hacen mal, grito y lloro; ante una cobardía, me sublevo; ante una mala acción, siento asco. Esto es lo que llamamos la vida, según mi entender. A organismo menos perfeccionado, reacción menor. Y al contrario, los organismos superiores son más accesibles a los sentimientos de dolor, de alegría, etc., y reaccionan más enérgicamente a todo lo que pasa en el exterior. Me parece que ésta es una verdad elemental. Y me asombra que todo un médico, como usted, ignore semejantes cosas. Para despreciar el sufrimiento, estar siempre contento y no asombrarse de nada, hay que haber caído muy abajo, haber llegado a un estado de brutalidad como el de ese, por ejemplo...

Y Gromov señaló al mujik embrutecido que esta-

ba junto a ellos sumergido en su somnolencia habitual.

—O bien—continuó—hay que habituarse al sufrimiento hasta perder toda sensibilidad; es decir, dejar de vivir. No, no: todo eso son necedades que yo no entiendo. Por lo demás, yo no sé razonar.

—Al contrario, razona usted muy bien.

—Los estoicos, a quienes usted quiere imitar, eran hombres notables, pero su filosofía ha muerto hace dos mil años, y no hay probabilidades de que renazca, porque no es práctica ni vital. Nunca pudo seducir sino a una minoría selecta, que no tenía mejor ocupación que el dedicarse a tales extravagancias; en cuanto a la mayoría, ni entendió nunca ni podía entender a los estoicos. La gran mayoría humana es inaccesible a la propaganda del desprecio y la indiferencia por la riqueza y la comodidad, por lo mismo que no las posee. Además, esta mayoría no puede desdeñar el sufrimiento, porque toda la vida humana está hecha de sufrimientos, de sensaciones de hambre, frío, rebeldía y miedo a la muerte. Sí, lo repito: la filosofía de los estoicos no está llamada a propagarse. Lo único que puede progresar y desarrollarse es la lucha contra las imperfecciones de la vida, la lucha por la propia existencia y la propia felicidad...

Gromov iba a decir algo más, pero perdió el hilo de sus ideas y se detuvo de pronto, dándose una palmada en la frente.

—Iba yo a decir algo importante, pero se me fué... ¡Ah, ya caigo! Un estoico se vendió una vez

como esclavo para comprar la libertad de otro esclavo. Esto prueba que era sensible a los sufrimientos, al menos a los ajenos. Para sacrificarse de este modo debió de sublevarse, indignarse contra la injusticia social, al punto de querer libertar a una de sus victimas. Y, en fin, vea usted el caso de Jesucristo: era sumamente sensible a la vida real, y reaccionaba ante ella como los simples mortales: lloraba, sonreía, se entristecía, se encolerizaba. Al aproximarse a su espantosa muerte, no iba precisamente sonriendo: al contrario, en el jardín de Getsemaní pidió a Dios que le ahorrara tan amargo trance.

Gromov se detuvo un instante.

— Supongamos que tiene usted razón en el fondo; que la tranquilidad y la dicha no se encuentran afuera, sino en el corazón del hombre. Aun así, no entiendo que usted predique semejante doctrina. ¿Acaso es usted filósofo, o es usted sabio?

— No; ni sabio ni filósofo; pero creo que todos tenemos derecho de predicar la verdad.

— Pero ¿con qué derecho se atribuye usted competencia para tratar de los sufrimientos humanos? ¿Acaso ha sufrido usted alguna vez? ¿Tiene usted noción de lo que es sufrir? Permítame que le haga una pregunta: ¿Le han pegado a usted de niño?

— No; mis padres no aprobaban ese procedimiento pedagógico.

— Pues a mí mi padre me pegaba de un modo cruel. Era un hombre severo; padecía hemorroides; tenía una enorme nariz y un cuello amarillo. No



hablemos de usted: a usted nadie lo ha tocado con la punta del dedo; usted no ha tenido nada que temer; usted goza de una salud perfecta; nunca conoció usted la miseria, ni durante la infancia, ni después en la Universidad. Una vez obtenido el diploma, encontró usted una buena colocación; y desde hace unos veinte años vive usted en una casa que le proporciona el Estado, con calefacción, luz, servidumbre. Trabaja usted cuando le da la gana, y si no quiere usted, no hay quien le diga una palabra. Perezoso e inactivo por carácter, se pasa usted la vida en absoluta pasividad, y no le gusta a usted que nadie le moleste. Al hospital y a sus enfermos los entrega usted a manos del enfermero y demás canalla, y en tanto usted se la pasa tranquilamente, sin hacer nada, juntando dinero, leyendo excelentes libros, reflexionando en problemas abstractos, y... bebiendo. En suma: que usted no conoce la vida, y sólo tiene de la realidad unas nociones vagas y teóricas. Desprecia usted el sufrimiento por una sencilla razón: nunca lo ha padecido usted. La filosofía que uste predica—el desprecio del mal, la felicidad interior, la no existencia del dolor y demás sandeces—es la filosofía de todos los haraganes y bobos. Cuando ve usted que un mujik maltrata a su mujer, se dice usted que no vale la pena de intervenir, puesto que ambos tienen de morir un día u otro, y que, además, el verdugo se daña más a sí mismo de lo que daña a su víctima. Si un enfermo acude a usted, usted se dice que el mal que padece no es más que una imaginación del mal, y que, por

lo demás, sin sufrimientos la vida sería monótona e insípida. Aquí nos tienen a nosotros encerrados tras estas rejas; nos martirizan y maltratan; pero eso le deja a usted indiferente, puesto que afirma usted que no hay la menor diferencia entre este manicomio y una sala confortable. Sí, no cabe duda que profesa usted una filosofía muy cómoda: no hay nada que hacer, tiene uno la conciencia tranquila, y todavía se da uno el lujo de ser filósofo y sabio... No, señor mío; eso no es una filosofía ni es amplitud de miras: no es más que pereza, inercia, haraganería.

Gromov estaba cada vez más excitado. Tenía la cara encendida de indignación.

—Usted desprecia el sufrimiento—continuó—; pero si le cogen a usted un dedo en la puerta, se pone usted a gritar.

—Puede que no—dijo el doctor sonriendo.

—Sí, estoy seguro de que sí. ¡Me imagino cómo se pondría usted si, por ejemplo, se le paralizara el cuerpo de pronto! O figúrese usted que un imbécil lo injuriase brutalmente, y que se encontrara usted en la absoluta imposibilidad de vengarse; ¡ah, lo que es entonces entendería usted el sentido real del sufrimiento! ¡Entonces no le serviría a usted de consuelo su dichosa filosofía de la verdadera felicidad y el desprecio de los males!...

—Es sumamente original todo lo que usted me dice—observó el doctor con una risilla contenta y frotándose las manos—. Experimento un verdadero placer en escucharle. En cuanto al retrato moral



de mi persona, que ha tenido usted la bondad de hacer, tengo que confesar que es espléndido. No puedo disimularle a usted que es un verdadero deleite para mí el hablar con usted. Hasta ahora, ya ve usted, le he escuchado con el mayor interés. Permítame ahora que, a mi vez, le conteste en pocas palabras...

XI

La conversación se prolongó por espacio de una hora. Produjo sobre el doctor una impresión profundísima.

A partir de aquel día, visitaba con mucha frecuencia la sala número 6. Iba por la mañana, por la tarde, por la noche. A veces se quedaba hablando con Gromov hasta horas muy avanzadas.

Al principio, Gromov estaba algo desconfiado, atribuyéndole malas intenciones, y sin tomarse el trabajo de ocultarle su mala voluntad. Después, poco a poco, se fué acostumbrado a él, y dejó de tratarlo con aspereza, adoptando un tono de condescendencia irónica.

Pronto corrió por el hospital el ruido de que el doctor Ragin visitaba asiduamente la sala número 6. Ni el enfermero, ni las Hermanas, ni Nikita, podían entender tal conducta, ni a qué iba a la sala, ni para qué se pasaba horas enteras allí, ni de qué hablaba tanto tiempo. La cosa era tanto más misteriosa cuanto que no examinaba a los enfermos ni les prescribía ningún tratamiento.

Todo eso era, en verdad, muy extraño. Ya el director de Correos no lo encontraba casi nunca en casa, cosa que antes jamás sucedía. La cocinera Daria no sabía qué pensar; el doctor faltaba con frecuencia, no sólo a las horas de la cerveza, sino que aun a la comida solía llegar con retraso.

Una tarde, a fines de junio, el doctor Jobotov vino a buscar a su colega para tratar de cierto negocio, y no lo encontró. En el patio le informaron de que el doctor Ragin estaba en la sala número 6. Jobotov entró en el vestíbulo, se detuvo a la puerta de la sala, y escuchó.

He aquí lo que oyó:

— Nunca nos pondremos de acuerdo—decía Gromov con voz irritada—. Nunca logrará usted convertirme a su religión. Usted no tiene la menor noción de la vida real; usted no ha sufrido nunca; usted ha vivido siempre como parásito del sufrimiento ajeno; mientras que yo he sufrido desde la hora en que nací hasta la hora presente. Y le declaro a usted francamente que en este respecto me considero superior a usted. En todo caso, no es usted quien puede darme lecciones.

— ¡Pero, querido amigo, si yo no pretendo convertirlo a usted a mi religión!—respondía el doctor con dulzura y visiblemente afligido de que no lo entendiera el otro—. Si no se trata de eso. Admito que usted haya sufrido mucho, y que yo no he sufrido jamás. No es esa la cuestión. Los sufrimientos, como los gozos, son pasajeros; no se hable más de ellos. Lo esencial es que usted y yo, ambos somos seres pen-

santes, y eso es lo que nos une y hace solidarios, a pesar de la divergencia de nuestras opiniones. ¡Si supiera usted, querido amigo, hasta qué punto estoy harto de la locura general, de la maldad, de la estupidez de la gente que me rodea, y qué alivio experimento hablando con usted! Usted es un hombre inteligente; yo me alegro de veras de encontrarme en su compañía...

Jobotov entreabrió lo puerta y echó una mirada al interior; Gromov, tocado con el bonete, y el doctor Ragin, estaban sentados al lado de la cama. El loco gesticulaba, hacía ademanes, temblaba; y el doctor, a todo esto, permanecía inmóvil, la cabeza inclinada sobre el pecho, roja y triste la cara.

Jobotov se encogió de hombros y cambió una mirada con Nikita. Éste también se encogió de hombros.

Al día siguiente, Jobotov acudió al mismo sitio, acompañado del enfermero. Los dos se apostaron tras de la puerta, y escucharon.

— Parece que el buen señor está algo chiflado— dijo Jobotov al enfermero, al salir del pabellón.

Y, el otro, piadosamente:

— ¡Dios nos libre a todos de ese mal! La verdad, le diré a usted que ya me esperaba yo esto desde hace mucho.

XII

En adelante, el doctor Ragin comenzó a notar algo misterioso en torno a él. Los criados, las Hermanas de la Caridad y los enfermos le miraban de un modo extraño, y, a su paso, cambiaban observaciones en voz baja. La niña, Macha, hija del administrador, con la que antes solía jugar en el jardín del hospital, escapaba a todo correr en cuanto intentaba acercársele. El director de Correos ya no le decía: «Tiene usted muchísima razón», sino que balbuceaba confuso: «Sí, sí...», y lo contemplaba con tristeza. Después le aconsejaba que renunciara al vodka y a la ccrveza, aunque más que de un modo directo, por medio de alusiones veladas. Un día, por ejemplo, le contó la triste historia de un coronel y un sacerdote que se habían perdido por el abuso del alcohol.

Varias veces Jobotov había venido ya a casa de su colega, y también le había aconsejado que tomara bromuro, sin ninguna razón que pareciera justificarlo.

En agosto, el doctor Ragin recibió una carta, en que el alcalde lo citaba para tratar de un negocio importante. Habiéndose presentado en la casa municipal a la hora indicada, se encontró allí con el jefe de la guarnición local, el director de la escuela primaria, un consejero municipal, el doctor Jobotov y un señor gordo y rubio, a quien le presentaron

como médico. Éste habitaba en cierto lugar, situado a unas treinta verstas de la ciudad, y probablemente había venido por invitación expresa aquel día.

Cambiados los saludos de rigor, y sentados todos en torno a la mesa, el consejero municipal dijo a Ragin:

— Vea usted, querido doctor: nos informan de que es absolutamente indispensable transportar la farmacia que está en el edificio central, a una de las dependencias. ¿Qué opina usted?

— Todos los pabellones y dependencias están en mal estado; harían falta algunas reparaciones.

— Sí; desgraciadamente, tiene usted razón.

— Y las reparaciones costarían, por lo menos, quinientos rublos: un gasto improductivo.

Hubo una pausa.

— Ya he tenido la honra de poner en conocimiento de la municipalidad — añadió el doctor Ragin con voz velada — que este hospital, en el estado en que actualmente se encuentra, es un lujo excesivo para el pueblo. El pueblo gasta demasiado en construcciones inútiles. Con este dinero, siempre que se procure una administración mejor, se podrían mantener hasta dos hospitales modelos.

— ¡Pues bien, manos a la obra! — exclamó el consejero municipal.

Nuevo silencio. Los lacayos sirvieron el té. El jefe de la guarnición local, que parecía muy turbado, tocó suavemente a Ragin por la manga y le dijo:

— Nos ha olvidado usted completamente, doctor.

Verdad es que hace usted vida de monje; no juega usted a las cartas, no le gustan las mujeres, se aburre usted en nuestra compañía.

Aquí todos se pusieron a quejarse de la vida aburrida que pasaban en el pueblo todas las personas de calidad: ni teatros, ni conciertos... En el último baile del club sólo había unas veinte señoras, y nada más dos hombres que supieran bailar. Los jóvenes, en vez de bailar, se dedicaban a comer o a jugar a las cartas.

El doctor Ragin, lenta y suavemente, sin mirar a nadie, se puso a decir que los vecinos del pueblo se pasaban la vida entre la baraja y las pequeñas intrigas y chismorreos, sin interesarse por nada y arrastrando una vida llena de trivialidad.

Su colega Jobotov, que le escuchaba atentamente, le dijo de pronto:

— ¿A cuántos estamos?

Ragin le contestó la fecha. Y entonces Jobotov y el doctor rubio se soltaron haciéndole multitud de preguntas, con la mayor torpeza, sobre el día, el mes, el número de días del año, etc. Por fin, Jobotov dijo:

— ¿Es verdad que uno de los enfermos de la sala número 6 es un profeta?

Ragin se sonrojó y repuso:

— Sí; hay un joven muy interesante.

Ya no le preguntaron más.

Cuando, ya en el vestíbulo, se estaba poniendo el gabán, el jefe de la guarnición le dió una palmadita en el hombro y le dijo con un suspiro:

— Es tiempo de que nosotros, los viejos, descansemos un poco. Hemos trabajado ya mucho.

Ragin comprendió bien que aquello no tenia más fin que examinar sus capacidades mentales. Y se avergonzó casi recordando las preguntas que le habian propuesto. «Dios mio — pensaba —, ¡y decir que Jobotov y el otro han estudiado recientemente la psiquiatria en la Universidad! ¡No tienen la menor noción; una ignorancia increible!»

Aquella noche recibió la visita del director de Correos. Sin saludarlo, Mijail Averianich le abordó, le cogió ambas manos y le dijo con voz conmovida:

— Querido amigo: ¡deme usted la prueba de su amistad! No, no, no me diga nada; óigame bien: yo le tengo a usted mucho afecto; yo admiro su alta cultura y su noble corazón; pero, justamente por eso, no puedo ni quiero ocultarle a usted la verdad. ¡Amigo mio, usted está enfermo! Perdóneme, querido amigo; pero hace mucho que lo vengo advirtiendo. Además, todo el mundo lo ha notado ya. El doctor Jobotov acaba de decirme que usted necesita, a toda costa, descansar y distraerse un poco. Y tiene razón. Ahora bien; yo espero para de aqui a unos dias un permiso, y me propongo hacer un viajecito. ¿Quiere usted acompañarme? ¡No, no, no me diga que no! Si es usted realmente mi amigo, acéptelo, se lo suplico. ¡Ya verá usted qué viaje más interesante.

Ragin, tras una corta reflexión, dijo:

— Gozo de perfecta salud. Lo lamento de veras;

pero ahora no podría yo salir de aquí. Permítame usted que le pruebe mi amistad de algún otro modo.

Emprender un viaje sin ningún objeto preciso, sin ninguna razón; renunciar por algún tiempo a sus libros y a sus costumbres, era para él cosa estúpida y fantástica. Pero, acordándose entonces de lo que acababa de pasarle hacía pocas horas en la alcaldía, cayó en que quizá sería conveniente abandonar por algún tiempo aquel pueblo, en que los vecinos habían dado en creerlo loco.

— Y ¿adónde se propone usted ir?

— A Moscou, a Petersburgo, a Varsovia... En Varsovia he pasado yo cinco años, que considero como los mejores de mi vida. Es una ciudad admirable. ¡Vamos, amigo mío, se lo ruego; venga usted conmigo!

XIII

Una semana después le propusieron al doctor Ragin que descansara; en otros términos, que dimitiera. Recibió esta proposición con una indiferencia absoluta.

Y a la semana siguiente, en compañía de Mijail Averianich, se dirigía a la próxima estación del ferrocarril.

Tenían que hacer 200 verstas en coche. El tiempo era fresco y luminoso; el cielo estaba azul. En el horizonte se alcanzaba a ver claramente el bosque

de pinos que limitaba la llanura. El viaje hasta la estación duró un par de dias con sus noches. Dormian en los paraderos, y allí Mijail Averianich juraba y amenazaba:

— ¡Silencio, bribones! — gritaba brutalmente a los cocheros y a la gente de las posadas.

Durante todo el trayecto fué hablando de sus viajes por Polonia y el Cáucaso. ¡Admirables aventuras! ¡Historias fantásticas! Sus interminables relatos fatigaban y molestaban al doctor.

En el ferrocarril, por economía, viajaron en tercera, en el vagón de no fumadores. Mijail Averianich trabó relaciones poco a poco con todos los viajeros. Pasaba de uno a otro banco, y tronaba contra el desorden de los ferrocarriles, contra la administración y las tradiciones bárbaras. En suma: que el mejor modo de viajar era ir a caballo.

— Aquí donde ustedes me ven, yo he hecho millares de kilómetros a caballo sin fatigarme; es una verdadera delicia.

Y se animaba, se sentía arrebatado, alzaba la voz, gesticulaba, no dejaba hablar a nadie; ya, se encolerizaba; ya, reía a carcajadas. El doctor estaba cada vez más fatigado. «¿Cuál de los dos es más loco — pensaba —. Yo, que procuro no molestar a nadie; o este egoísta, que se cree más inteligente y más interesante que todos, y a todos cansa?»

En Moscou, Mijail Averianich se plantó su uniforme de oficial retirado: los pantalones y el gorro. Los soldados le hacían el saludo reglamentario, y él se sentía feliz. Molestaba al doctor con su aire de viejo

gentilhombre lleno de presunción. Siempre muy exigente con los humildes, a todos los injuriaba y se hacía servir hasta cuando no le hacía falta.

— ¡Dame los fósforos! — le gritaba al lacayo, aunque los tenía al alcance de la mano.

Andaba por el cuarto del hotel en camisa y en calzones delante de las criadas, como si éstas no existiesen para él. Tuteaba a todos los servidores, aun a los viejos, y, cuando se disgustaba, les llamaba imbéciles e idiotas. El pobre doctor encontraba todo esto muy desagradable, y sufría mucho.

El día mismo de la llegada a Moscou, Mijail Averianich lo llevó a la iglesia en que está el famoso icono *Iverskaya*. Se arrodilló, recitó sus oraciones piadosamente, puso la frente en las losas del suelo, y cuando, por fin, se levantó, tenía los ojos llenos de lágrimas.

— Se puede ser descreído — exclamó —; pero, sin embargo, esto es un consuelo. Se siente uno desahogado después de la oración. Hágame usted el favor de poner sus labios sobre ese icono.

El doctor, muy confuso, hizo lo que el otro le indicaba. Mijail Averianich todavía recitó otra plegaria, y, después, contento de sí mismo, sacó el pañuelo y se enjugó las lágrimas.

Después visitaron el Kremlin, donde admiraron al Rey-Cañón y a la Reina-Campana, y aun los tocaron con sus manos.

También fueron a la célebre catedral del Salvador y al museo de Rumiantzev.

Cenaron en una de las fondas más nombradas.

Mijail Averianich examinó detenidamente el menú, acariciándose sus blancas patillas, y dijo con tono de gran conocedor habituado a las fondas elegantes, dirigiéndose al jefe del servicio:

— ¡Bien, caballerito, vamos a ver qué tal lo hace usted hoy!

XIV

El doctor seguía a su compañero con la mayor docilidad, observaba, comía, bebía, pero sin gusto ni apetito. Mijail Averianich le era cada vez más pesado y molesto. Hubiera querido quedarse solo, aunque fuera una hora; pero el otro se creía en el deber de no perderlo de vista un solo instante, y de procurarle distracciones. Cuando ya no les quedaba nada que ver, procuraba divertirlo con sus relatos.

Al tercer día de Moscou el doctor se sintió tan fatigado, que declaró a su amigo que estaba algo enfermo y prefería quedarse en el hotel todo el día.

— Entonces me quedaré con usted—dijo el otro—. Después de todc, tiene usted razón: nos hemos fatigado mucho.

Y se quedó acompañándole.

El doctor se echó en el canapé, se volvió hacia el muro, y apretando los dientes, dejaba pasar el chaparrón de los cuentos de su amigo. Éste, gritando y gesticulando, le aseguraba que Francia acabaría por aplastar, tarde o temprano, a Alemania; le de-



cía que en Moscou hay un verdadero ejército de ladrones, y afirmaba que los caballos rusos son mucho mejores que los extranjeros. Al doctor le dolía la cabeza, y la voz de su amigo le irritaba más por instantes; pero, con todo, no se atrevía a pedirle que lo dejara solo o que se callara. Por fortuna, al cabo de un rato Mijail Averianich se aburrió y se fué a la calle.

Contentísimo se sintió el doctor de quedarse solo. ¡Qué felicidad estarse tumbado en el diván, sin moverse y sin que le molestara la interminable charlatanería de su amigo! La soledad es condición indispensable de la felicidad. El ángel caído ha traicionado a Dios, seguramente, por cuanto aspiraba también a la soledad, de que están privados los ángeles. Hubiera querido pensar en otra cosa, pero su pensamiento estaba como prendido a Mijail Averianich. «Sólo por amistad para mí—se decía—ha emprendido este viaje; y por amistad también no puede dejarme tranquilo y me fastidia con su charlatanería. Es bueno, es generoso; pero es insoportable, muy superficial y ligero. Junto a él cualquiera podría volverse loco a la larga.»

Los días siguientes, pretextando no sentirse bien, el doctor lograba quedarse en el hotel. Se pasaba horas enteras tumbado en el diván, encantado, cuando su amigo estaba ausente, y mortalmente aburrido cuando su amigo paseaba por la estancia charlando sin parar, a su modo.

—Esta, esta es la vida real, estos los sufrimientos de que Gromov me hablaba—se decía—. Y tenía ra-

zón; por muy filósofo y muy estoico que uno sea, no se puede menos de preferir la calma y la dicha a los sufrimientos.

Y sentía unos deseos ardientes de volverse cuanto antes al pueblo.

En Petersburgo se repitió la misma historia; se pasaba días enteros sin salir del hotel, y sin levantarse del diván más que para beber un vaso de cerveza.

Mijail Averianich estaba impaciente por ir a Varsovia.

—¡Pero, amigo mío, a mí nada se me ha perdido en Varsovia!—decía el doctor con voz implorante—. Vaya usted solo, y yo volveré a mi casa; se lo ruego.

—¡No, no y no!—protestaba Mijail Averianich—. Varsovia es una ciudad única, admirable. Es necesario que usted la vea y la juzgue. Allí he pasado yo los cinco años mejores de mi vida.

El doctor no tuvo bastante voluntad para resistir, y se dejó llevar a Varsovia.

En Varsovia casi no salía del hotel; se pasaba los días en el diván, disgustado de sí mismo y disgustado de Mijail Averianich, y aun de la servidumbre, que se obstinaba en no entender el ruso. En tanto, su amigo recorría la ciudad buscando a sus antiguos conocimientos, y parecía divertirse mucho. A veces, dormía fuera. Un día volvió al hotel a la madrugada, con el cabello en desorden, muy agitado y rojo. Estuvo mucho tiempo midiendo la estancia con pasos nerviosos y balbuceando algo entre dientes, y de pronto, deteniéndose, exclamó:

—¡El honor sobre todo!

Y volvió a pasear. Después, llevándose las manos a la cabeza, y con trágico acento:

—¡Sí, el honor sobre todo! Maldito sea el instante en que concebí el funesto proyecto de visitar esta Babilonia! ¡Ay amigo mío, merezco que usted me desprecie; he jugado, y he perdido! ¡Présteme usted quinientos rublos!

El doctor sacó el dinero y se lo dió. Mijail Averianich, siempre rojo de vergüenza y de cólera, murmuró algunas palabras de agradecimiento, juró algo por su honor, se plantó en la cabeza el gorro militar, y salió. Volvió dos horas después, y tumbándose en el sillón, lanzó un gran suspiro y dijo:

—¡El honor se ha salvado! Vámonos, amigo mío. No quiero permanecer un solo minuto más en esta maldita ciudad. Aquí no hay más que canallas, ladrones y espías.

Y cuando, en efecto, entraban otra vez en su pueblo, el otoño se acercaba a su fin y las calles tenían una espesa capa de nieve.

La plaza de Ragin estaba ya ocupada por el joven doctor Jobotov, el cual, en tanto que su predecesor se mudaba, seguía viviendo en su antigua casa con la misma mujer fea a quien daba por cocinera suya. Se contaban de él cosas pintorescas; por ejemplo, que la mujer había tenido una violenta disputa con el administrador, y que éste se había visto obligado a pedirle perdón de rodillas.

El doctor se puso inmediatamente a buscar nuevo alojamiento.

—Amigo mío—le dijo el director de Correos—, permítame una pregunta indiscreta: ¿Cómo anda usted de fondos?

El doctor contó su dinero, y respondió:

—Tengo 86 rublos.

—No, no le pregunto a usted eso—explicó Mijail Averianich—. No le pregunto a usted que cuánto lleva en el bolsillo, sino que cuánto posee usted en general...

—Ya le digo a usted que 86 rublos.

—¡Cómo! ¿Pero es todo?

Mijail Averianich, aunque consideraba al doctor como hombre leal y honrado, le suponía un capital no menor de unos 20.000 rublos. Al averiguar que su amigo no tenía nada, ni siquiera para los gastos más indispensables de la vida, no pudo contener sus lágrimas y lo abrazó efusivamente.

XV

El doctor Ragin se instaló en una casita de tres ventanas. Sólo tenía tres piezas, sin contar la cocina. Dos ocupaba el doctor, y la otra su cocinera Daría, la propietaria de la casita y sus tres hijas. A veces solía venir también a pasar allí la noche el amante de la propietaria, un mujik que siempre esba borracho. Pedía que le dieran vodka; gritaba, amenazaba. Y el doctor, compadecido, se traía con-

sigo a los niños, que lloraban de miedo, los acostaba sobre el suelo, y parecía complacerse en cuidar de ellos.

Como de costumbre, se levantaba a las ocho, tomaba el té y se ponía a leer sus antiguos libros y revistas; ya no tenía dinero para comprar más. Pero tampoco le interesaba tanto como antes la lectura, sea que ya conociera los libros, sea que ya no estaba en el mismo gabinete y la misma butaca. Para matar el tiempo, se puso a redactar el catálogo minucioso de su biblioteca, y pegaba etiquetas a los volúmenes, y hacía inscripciones en ellos. Este trabajo monótono y mecánico le resultaba más interesante que la lectura; al hacerlo, no pensaba en nada, y el tiempo pasaba sin sentirse. A veces se estaba en la cocina toda una hora, ayudando a Daría a mondar patatas. Los sábados y domingos iba a la iglesia. De pie, junto al muro, oía el canto del coro, evocaba en su memoria las imágenes pasadas de su infancia, de su adolescencia y de los últimos años. Y sentía que una dulce y melancólica serenidad invadía su alma, semejante al crepúsculo de las tardes de estío. Al salir de la iglesia, se iba lamentando que la misa hubiera sido tan breve.

Dos veces fué a visitar, en la sala número 6, al enfermo Gromov, pero se lo encontró de muy mal humor y en un estado insoportable. Gromov le dijo que ya estaba aburrido de oirle hablar, y que lo dejara en paz. Por todos los sufrimientos y desgracias de que los hombres le habían causado, sólo quería una compensación: una celda diminuta para él solo.

No quería ver a nadie, y las conversaciones no hacían más que exasperarlo.

Cuando el doctor, antes de marcharse, le deseó las buenas noches, Gromov le gritó con rabia:

—¡Vaya usted al diablo!

Y el doctor, aunque muy deseoso de volver a visitarlo, ya no se atrevía.

Estaba aburridísimo. Después de comer se pasaba las horas echado en el diván, vuelto a la pared, pensando en tonterías, a pesar de cuantos esfuerzos hacía para alejar de sí pensamientos tan mezquinos. Se sentía ofendido por la municipalidad que le había despedido, después de más de veinte años de servicio, sin concederle siquiera un pequeño auxilio pecuniario. Verdad es que él no se consideraba un servidor honrado y fiel; verdad que descuidaba el servicio; pero, ¿acaso se distingue entre los buenos y los malos servidores, en materia de pensiones y retiros? No, señor; se les conceden a todos, sin atender a sus cualidades morales o aptitudes técnicas. No había, pues, derecho a hacer con él una excepción..

Ya no tenía dinero. Le debía a la dueña de la casa, y hasta evitaba encontrarse con ella; le debía al tendero, y trataba de pasar disimulado frente a la tienda. Sólo de cerveza debía 32 rublos. La fiel Daría se había puesto a vender, a escondidas, los trajes viejos y libros viejos del doctor, y le aseguraba a la propietaria que su amo esperaba de un momento a otro una suma importante.

No podía perdonarse el haber gastado en aquel

absurdo viaje los 1.000 rublos que constituían sus economías, dinero que le hubiera bastado por lo menos para todo un año.

¡Y si al menos lo dejaran vivir en paz! Pero todos se creían obligados a molestarlo con sus visitas. De cuando en cuando también iba a verlo Jobotov. El viejo doctor detestaba cordialmente a su joven colega; le hacía mal aquella cara contenta, aquel tono de voz condescendiente, aquellas botas altas, aquellas maneras tan bruscas, y hasta la palabra «colega» que el otro se complacía en repetir a cada instante. Y lo más intolerable es que Jobotov se consideraba obligado a velar por la salud de Ragin, y siempre llegaba cargado de bromuro y de píldoras.

También el director de Correos se creía en el deber de visitar a su amigo y procurarle distracciones. Siempre entraba a casa de éste fingiendo una alegría desbordante; se reía a carcajadas y aseguraba al doctor que tenía muy buena cara y lo encontraba muy mejorado. El doctor lo comprendía todo, y aquella risita fingida del amigo lo incomodaba y lo ponía nervioso.

Mijail Averianich no había podido aún devolverle los 500 rublos de Varsovia, y estaba muy apenado; naturalmente, el doctor nunca le hablaba de la deuda. Las visitas de Mijail Averianich se le hacían cada vez más insoportables. Ante sus risas y sus anécdotas inacabables se sentía con ganas de taparse las orejas.

Durante estas visitas, el doctor permanecía echado en el diván sin desplegar los labios, con los ojos

cerrados y la boca apretada, lleno de rabia. Para dominarse, acudía a sus doctrinas filosóficas: se decía que, más o menos tarde, Jobotov, Mijail Averianich y él mismo desaparecían del mundo, sin dejar ni rastro de su vida; que no sólo ellos, sino la vida misma desapareceria también del planeta, y que, al cabo de un millón de años, la tierra tendría el aspecto de un desierto. La cultura, la moral, las leyes humanas, todo quedaría reducido a la nada. ¿Qué importancia podían, pues, tener aquellas minúsculas preocupaciones materiales, aquel Jobotov, aquel Mijail Averianich, y las incomodidades que le causaban? Todo era pasajero, como una ráfaga de viento.

Pero tales razonamientos no lograban devolverle la calma. Apenas se imaginaba el desierto que será la tierra dentro de un millón de años, cuando le parecía columbrar, detrás de una roca, al joven doctor Jobotov con sus botas altas y sus cajas de píldoras, o a Mijail Averianich con su risita artificial y sus promesas, hechas en voz baja y como muy apenado, sobre la próxima devolución de los 500 rublos.

XVI

Un día que el doctor estaba, como de costumbre, recostado en el diván, llegaron, casi al mismo tiempo, Jobotov y Mijail Averianich. Ragin se incorporó y se sentó, apoyándose pesadamente en el diván.

—¡Hombre—le dijo Mijail Averianich—, hoy tie-

ne usted una cara excelente! Hoy sí que me da gusto verlo.

—Sí, querido colega, ya es tiempo de restablecerse — añadió Jobotov con un bostezo—. Yo creo que usted mismo lo estará deseando ya también.

— Sí, ahora los progresos se van a notar día por día—añadió con alegre voz Mijaíl Averianich—. Todavía hemos de vivir cien años. ¿No es verdad, querido amigo?

— Cien años sería mucho pedir, pero le garantizo unos veinte más -declaró Jobotov—. Y, sobre todo, querido colega, mucha calma. Todo irá bien, ya lo verá usted.

— Sí, todo irá bien—repitió Mijail Averianich, dándole al doctor un golpecito en la rodilla—. Todavía vamos a tener tiempo de correr juergas. ¡Ja, ja, ja! El verano entrante iremos juntos al Cáucaso y haremos excursiones a caballo por el monte. Y luego, de vuelta del Cáucaso, tal vez, tal vez casaremos al amigo...

Y guiñó maliciosameste los ojos.

— ¿Eh? ¿Usted qué opina? ¿No es una buena idea? ¿Por qué no? Ya le encontraremos novia digna, y... ¡vivan los novios!, ¡vivan los recién casados!

El viejo doctor sintió de pronto que la rabia lo ahogaba.

— ¡Es intolerable lo que están ustedes diciendo!— declaró levantándose bruscamente y poniéndose junto a la ventana—. ¿No se dan ustedes cuenta de que esas bromas son de muy mal gusto, son repugnantes?...



Hubiera querido continuar en tono moderado y cortés, pero la rabia se apoderó de él por completo. Y súbitamente, sin darse cuenta, estremeciéndose todo, rojo de ira, cerró los puños y dijo con voz furibunda:

— ¡Déjenme en paz! ¡Largo de aquí! ¡Fuera de aquí los dos!

Jobotov y Mijail Averianich se levantaron de un salto, mirándole con terror.

— Largo de aquí!—siguió gritando el doctor—. ¡Estúpidos, imbéciles! ¡No quiero la amistad ni los cuidados de ustedes! ¡Los aborrezco, no puedo soportarlos ya!

Jobotov y Mijail Averianich, cambiándose miradas significativas, retrocedieron hasta la puerta y salieron al vestíbulo. Ragin cogió de sobre la mesa un frasco de bromuro y lo lanzó sobre los visitantes. El frasco fué a romperse en el cuadro de la puerta.

— ¡Al diablo los dos!—exclamó con voz casi llorosa, siguiéndolos al vestíbulo—. ¡Al diablo! Y que no los vea yo más por aquí.

Cuando salieron se acostó en el diván, temblando como si tuviera fiebre, y repitiendo siempre:

— ¡Imbéciles, estúpidos!

Después se calmó un poco; se dijo que había hecho mal en injuriar de aquel modo al pobre de Mijail Averianich, que, probablemente, estaría a esas horas afligidísimo. Tuvo crueles remordimientos, le pareció que lo que acababa de hacer no era propio de un hombre serio. ¡Vaya una filosofía la suya! ¡Vaya una altivez ante los sufrimientos!

No pudo dormir en toda la noche. A la mañana siguiente, a las diez, ya estaba en la oficina de Correos, pidiendo perdón a Mijail Averianich.

Este estaba muy conmovido.

— No se hable más de eso, querido amigo—le decía, estrechándole efusivamente la mano—. Olvidemos esa diferencia insignificante.

Y dirigiéndose a uno de sus empleados, le ordenó, con voz estentórea que todos se echaron a temblar:

— ¡A ver, una silla para el doctor, pronto!

Después, dirigiéndose a una mujer que le alargaba un sobre por la ventanilla, exclamó:

— ¡Espera! ¿No ves que estoy ocupado?

— Sí, amigo mío—continuó, volviéndose al doctor—, no hablemos más del caso de ayer. Siéntese usted, se lo ruego.

Se acarició sus magníficas patillas blancas, y prosiguió así:

— Ni siquiera he tenido la idea de guardarle a usted el menor rencor. Cuando un hombre está enfermo, no hay que ser muy exigente con él. Naturalmente, el acceso de cólera de usted nos asustó un poco, y el doctor Jobotov y yo hemos estado hablando del caso. Oigame, querido doctor: es necesario que se atienda usted bien y a conciencia. Perdóneme, pero debo hablarle con la mayor franqueza: usted vive en condiciones muy poco favorables. Su casa es pequeña, sucia; nadie lo cuida a usted; además, le faltan a usted los medios necesarios. ¡Yo se lo ruego, querido amigo! El doctor Jobotov y yo, los dos, se lo rogamos a usted encarecidamente; váyase

al hospital. Allí podrá usted seguir un régimen, allí tendrá usted quien lo cuide. El doctor Jobotov, aunque sea hombre mal educado—sea dicho para entre nosotros—, conoce su oficio. Puede uno tener en él plena confianza. El me ha dado su palabra de honor de ocuparse seriamente de la enfermedad de usted.

El pobre viejo se sintió impresionado ante el tono sincero de de Mijail Averianich, y le brotaron las lágrimas.

— No lo crea usted, mi buen amigo—dijo con voz suplicante—. Le engañan a usted. No estoy enfermo. Toda mi enfermedad proviene del hecho de que durante veinte años no he encontrado aquí más que un hombre inteligente, y ¿quién? ¡un loco! El hospital no me servirá de nada. Por lo demás, hagan ustedes de mí lo que quieran.

— ¡Vamos! Consienta usted en irse al hospital.

—Me da igual; lo mismo me iría al sepulcro.

— Prométame usted seguir siempre las indicaciones del doctor Jobotov.

— Se lo prometo a usted; pero conste que entre todos me llevan ustedes a la perdición. Sí; estoy perdido, y tengo el valor de no ocultarme la verdad. Estoy como encerrado en un círculo fatal, del que nunca podré salir.

— ¡Vamos, vamos; ya verá usted cómo se cura muy pronto!

— ¡Quite usted!—dijo el doctor con cierta impaciencia—. Por lo demás, todos pasamos por esto al final de nuestros días. Si le dicen a usted que su corazón no funciona regularmente, que hay algún



obstáculo en sus pulmones, o que sus ideas andan mal y que es fuerza ponerse en cura; en suma, si tiene usted la desgracia de atraer sobre sí la atención de los demás, dese usted ya por perdido: ya ha caído usted en un círculo vicioso sin salida posible. Ya no saldrá usted nunca de allí. Todos sus esfuerzos serán inútiles. Mientras más haga usted por escapar, el círculo se estrechará más y más. No le quedará a usted más que capitular, rendirse, confesar su impotencia, porque ya no hay salvación posible.

A todo esto, el público comenzaba a agolparse en las ventanillas, manifestando impaciencia. Al darse cuenta, el doctor se levantó y se despidió de su amigo.

— Entonces, ¿me da usted su palabra de honor de seguir mi consejo?—dijo Mijail Averianich.

— Sí.

Aquel mismo día, antes de cenar, el doctor recibió inesperadamente la visita de Jobotov.

— Querido colega, tengo que pedirle a usted algo —dijo éste, como si nada hubiera pasado entre ellos la víspera—.Quisiera que me acompañara usted a ver un enfermo. Me haría usted un favor muy grande.

Ragin, figurándose que Jobotov trataba de distraerlo un poco o proporcionarle el medio de ganar algo, aceptó. Se vistió, pues, y salieron juntos a la calle. El viejo se felicitaba de aquella ocasión que le permitiría pedirle a Jobotov perdón por lo de la víspera, y aun estaba algo conmovido ante la nobleza de éste, que no había querido decir una sola palabra sobre aquella enojosa escena.

— ¿Dónde está su enfermo?

— En el hospital. Hace mucho que deseo consultarle a usted sobre este caso: es un caso muy interesante.

Entraron al patio del hospital, y, salvando el edificio central, se dirigieron hacia el pabellón donde está la sala núm. 6.

Ambos caminaban en silencio.

Al pasar por el vestíbulo, Nikita, como de costumbre, se puso en pie de un salto y les saludó.

— Uno de estos enfermos tiene una complicación inesperada—dijo Jobotov en voz baja, abriendo la puerta de la sala núm. 6—. Parece que hay algo en los pulmones. Espéreme usted aquí un poco. Voy a buscar mi estetoscopio.

Y salió.

XVII

La sala estaba ya muy oscura. Gromov estaba acostado en su cama, con la cara hundida en la almohada. Su vecino, el paralítico, estaba sentado, inmóvil, llorando en voz baja. Los otros parecían dormir. Había un silencio profundo.

El doctor Ragin estaba sentado en la cama de Gromov, y esperaba, esperaba. Pero Jobotov no volvía. A la media hora entró Nikita, trayendo consigo vestidos, ropa interior y pantuflas.

— Tenga usted la bondad de desnudarse y ponerse esto, señor doctor—dijo en voz baja—. Allí está

la cama para usted—. añadió, señalando una cama vacía, que, probablemente, habian colocado allí aquel mismo dia—. Pronto estará usted bueno y sano, puede usted estar seguro.

El doctor lo comprendió todo. Sin pronunciar una sola palabra, se dirigió a la cama indicada por Nikita y se sentó. Viendo que Nikita esperaba, se desnudó hasta quedarse completamente desnudo, y después se puso lo que Nikita le habia traido. Los calzones le quedaban muy cortos; la camisa, muy larga; la bata olía a pescado podrido.

— Ya verá usted qué pronto se cura—repitió Nikita.

Después tomó el traje y la ropa de Ragin, y se salió por donde habia venido, cerrando tras de sí la puerta.

—Lo mismo me da—pensaba Ragin al envolverse en la bata, sintiendo que con aquellas vestiduras parecía un prisionero—. Lo mismo me da llevar un frac, un uniforme o una bata de loco.

Pero, ¿dónde diablos está su reloj? ¿Y su cuaderno de notas? ¿Y sus cigarrillos? ¿Adónde habrá metido Nikita sus cosas?

Y comprendió entonces que aquello habia terminado para siempre; que ya nunca, hasta la muerte, podría ponerse pantalones, chaleco ni botas. Experimentó una sensación extraña, confusa, incómoda. Naturalmente, siguió pensando que entre su casa y la sala número 6 no habia diferencia fundamental ninguna; que los sufrimientos no son sino ilusorios, y que no existen para los verdaderos filósofos. Pero,

con todo, se puso a temblar, y sintió frío en las piernas y en los brazos. Pensó, con espanto, que pronto despertaría Gromov y lo encontraría en aquel traje. Dió algunos pasos. Se sentó otra vez en la cama.

Pasó media hora, una hora. Silencio de muerte. Un tedio mortal se apodera de su alma. ¡Y pensar que hay quienes se pasan aquí días enteros, semanas, años! Puede uno dar algunos pasos, mirar por las ventanas, sentarse en la cama, ¿y nada más? No; ¡es imposible!

Se acostó; pero se incorporó al instante, y enjugó el sudor frío de su frente con la manga de la bata. Sintió aun más penetrante el olor de pescado podrido. Y se puso a pasear, inquieto, por la sala.

—Es una equivocación—se dijo—; hay que hacerles ver que es una equivocación, y que no puede continuar...

En este instante Gromov despertó. Se sentó, escupió, y echó sobre el doctor una mirada indiferente. Tal vez no comprendió de pronto lo que pasaba. Pero, un instante después, su cara se anima con una expresión de alegría perversa e irónica.

— ¡Vaya, vaya! ¿Usted aquí? ¿Conque también a usted me lo han encerrado? ¡Cuánto me alegro! Sea usted bienvenido. Hasta ahora era usted el verdugo. Ahora le toca a usted ser la víctima. ¡Muy bien! ¡Muy requetebién!

—Es una equivocación—dijo Ragin asustado por las palabras de Gromov —. Le aseguro a usted que es una equivocación.

Gromov escupió otra vez, y volvió a acostarse.

— ¡Maldita vida! — gruño—. Y lo peor es que no recibirá uno la menor recompensa por sus sufrimientos. No; el crimen no será castigado como en las novelas virtuosas. Nuestra única recompensa será la muerte, nos arrastrarán entonces como a las bestias que revientan en mitad de la calle, y nos arrojarán a la fosa. ¡Ay Dios mio! No es una esperanza muy risueña, realmente. ¡Si al menos pudiera uno volver del otro mundo para vengarse de los verdugos!...

Se abrió la puerta, y el judío Moisés entró en la sala. Habiendo visto al doctor, se le acercó, y, tendiéndole la mano, le dijo:

—¡Dame un copeck!

XVIII

Ragin se acercó a la ventana y se puso a mirar el campo. Ya habia entrado la noche. En el horizonte se alzaba, rojo, el disco de la luna. A unos doscientos metros del hospital se veia un gran edificio blanco, rodeado de un muro de piedra. Era la prisión.

—He aquí la vida real—se dijo Ragin.

Y se sintió presa de un terror indecible. Todo le inspiraba terror: el hospital, la cárcel, el muro, los fulgores lejanos de altos hornos que se descubrian en el horizonte.

Alguien, detrás de él, suspiró en este instante. Volvió la cabeza: era uno de los enfermos. Llevaba sobre el pecho condecoraciones y estrellas de hojalata; sonreia y las contemplaba con orgullo. El doctor



retrocedió asustado. Para tranquilizarse un poco, procuraba convencerse de que todo aquello carecía de importancia; que él, y todos los vecinos de la ciudad, pronto habían de desaparecer del haz de la tierra, lo mismo que el hospital y la cárcel, sin dejar rastro; que hay que acostumbrarse a considerar esta pobre realidad con criterio de filósofo, poniendo la mente más allá de todas las miserias humanas. Pero, mientras esto reflexionaba, una sorda desesperación le iba invadiendo. Asió con ambas manos las rejas de la ventana, y trató de sacudirlas con toda su fuerza. La reja era sólida; no cedió.

Quiso dominar su terror sentándose en la cama de Gromov.

—Amigo mío—dijo a media voz—, siento que me abandonan las fuerzas. Y se enjugó el sudor frío de las sienes.

—¿Y su famosa filosofía?—le dijo Gromov irónicamente.

—Sí; tal vez tenga usted razón. Pero hace usted mal en burlarse de mí; soy digno de lástima. La realidad es muy cruel. Nosotros, la gente ilustrada, somos siempre algo filósofos; pero, al primer choque de la realidad, perdemos toda nuestra altivez filosófica. No tenemos fuerza para resiltir; capitulamos muy pronto.

Hubo una pausa de unos minutos. Ragin tuvo sed; a esa hora solía beber siempre cerveza. También tenía ganas de fumar.

—Voy a pedirles que nos traigan luz... Ya no puedo aguantar. Esta oscuridad me agobia.



Se levantó y fué hacia la puerta. Al abrirla, tropezó con Nikita, que, cerrándole el camino, le dijo con aspereza:

—¿Adónde va usted? Está prohibido salir. Es hora de acostarse.

— Sólo quiero salir unos minutos a pasear en el patio—dijo tímidamente Ragin.

—No se puede, está prohibido. Bien lo sabe usted.

Y cerró la puerta ruidosamente.

—Vamos Nikita — protestó Ragin mesuradamente —. ¿Qué mal hay en que yo salga un instante? Déjame, te lo ruego; necesito salir un poco.

—¡Prudencia, prudencia; no turbar el orden establecido!—respondió Nikita con tono doctoral.

—¡Es intolerable! — dijo a esto Gromov, saltando de su cama—. ¿Qué derecho le asiste para tenernos aquí encerrados? La ley dice que nadie puede ser privado de su libertad sin ser condenado en juicio! ¡Esto es una violencia, es una injusticia insoportable! ¡Abajo los verdugos!

—¡Verdaderamente, es una injusticia! -- dijo a su vez Ragin, alentado por la intervención de Gromov—. Necesito salir; no tienes derecho a impedírmelo. ¡Te digo que me dejes salir!

—¡Entiendes, bestia estúpida!—gritó Gromov sobreexcitado, y dando en la puerta con los puños—. ¡O abres ahora mismo, o derribo la puerta!

— ¡Abre! — gritó Ragin estremecido de cólera —. ¡Lo exijo!

— ¡A callar! — respondió Nikita desde el otro lado—. ¡Calla, o verás lo que te ganas!



— Anda di al doctor Jobotov que me haga favor de venir... un instante nada más.

— Mañana vendrá sin que lo llaméis. No vale la pena de molestarlo a estas horas.

— ¡Dios mío, Dios mío! — gimió Gromov lleno de angustia —. ¡Nunca nos soltarán estos infames verdugos, nunca más! Aquí nos moriremos. ¿Y si realmente nó hay vida futura, si no hay infierno, si no hay Dios que pueda castigar sus crímenes? ¿Quedarán impunes nuestros verdugos? ¡No; no puedo más! ¡El corazón se me revienta! ¡Abre, canalla! ¡Abre, te digo!

Y empujó la puerta con todas sus fuerzas.

—¡Abre, cobarde, asesino!

Entonces, Nikita abrió la puerta de golpe, dió un empellón al doctor, y luego le asestó un puñetazo en la cara.

Ragin sintió que una honda salada subía hasta su cabeza; sintió la boca llena de sangre. Nikita redobló todavía los golpes sobre la espalda del doctor. Gromov gritaba de rabia y de dolor; tal vez Nikita le estaba pegando también.

Después se restableció el silencio.

El reflejo pálido de la luna, a través de la ventana enrejada, proyectaba dibujos fantásticos sobre el suelo. Ragin estaba aterrorizado. Había metido la cabeza en la almohada y no se movía; no osaba mirar en torno suyo como si temiera nuevos golpes. Sentía como si le rascaran las entrañas con un cuchillo. Para contener su dolor y no gritar, mordía furiosamente la almohada.

De pronto, entre el caos de sus confusos pensamientos, una idea terrible, insoportable, ardió en su cerebro lúgubremente; el mismo dolor, la misma rabia de que él se sentía poseído, dominaba también a todos aquellos desdichados, y los había torturado durante años y más años... ¡Y él, a cuyos cuidados habían estado todos confiados, no había hecho nada, absolutamente nada, por aliviar sus tormentos. ¡Allí había estado veinte años sin preocuparse, sin interesarse siquiera por los horrores de aquellas vidas!

Y su conciencia, brutal e implacable como Nikita, le atormentaba. Se levantó otra vez. Quería correr, gritar de rabia, matar a Nikita, a Jobotov, a todo el personal, y después matarse él mismo. Pero su lengua paralizada, sus piernas, no le obedecían. Sofocado, desgarró su bata y su camisa, y, al cabo, perdió el conocimiento y cayó en la cama.

XIX

A la mañana siguiente despertó con una tremenda jaqueca. Sentía todo el cuerpo quebrado; estaba sumergido en un marasmo absoluto.

No quiso comer ni beber; se quedó acostado sin moverse ni articular una palabra.

A mediodía, Mijail Averianich vino a verlo; le traía té y mermelada.

También vino su cocinera Daría. Se estuvo de pie junto a la cama por espacio de una hora,



con una expresión aguda de compasión y de dolor.

Después vino el doctor Jobotov: le traía bromuro. Ordenó a Nikita que barriera un poco la sala.

Por la noche el doctor Ragín tuvo un ataque de apoplegía y falleció.

Al principio sintió náuseas. Sintió como si algo repugnante se apoderara de su cuerpo, invadiéndolo de pies a cabeza; era como una ola de agua sucia que le innundara hasta los ojos y las orejas. Comprendió entonces que el fin se aproximaba, y recordó que Gromov, Mijail Averianich y con ellos millones de hombres, creían en la inmortalidad. ¿Si de veras fuera el hombre inmortal?... Después vió desfilar ante sus asombrados ojos un tropel de ciervos, bellos y elegantísimos. Después, una mujer le dió una carta. Mijail Averianich, inclinándose sobre él, le dijo alguna cosa... Después, todo se desvaneció. Y el doctor Ragin exhaló el último suspiro.

Los criados lo cogieron por las piernas y los brazos y lo trasportaron a la sala mortuoria.

Allí estuvo el cuerpo expuesto sobre la mesa, toda la noche, con los ojos abiertos al fulgor de la luna.

A la mañana siguiente entró el enfermero, oró piadosamente y cerró los ojos de su antiguo jefe.

Al otro día enterraron al doctor Ragin. Fuera de Mijail Averianich y de Daría, nadie más lo acompañó al cementerio.

FIN

GUSEV

I

Las tinieblas se hacen más espesas. Llega la noche.

Gusev, un soldado con la licencia absoluta, se incorpora en su litera y dice a media voz:

—Escucha, Pavel Ivanich; me ha contado un soldado que su barco se estrelló en aguas de la China, contra un pez tan grande como una montaña. ¿Es posible? Pavel Ivanich no contesta, como si no le hubiera oído.

El silencio reina de nuevo. El viento se pasea por entre los mástiles. La máquina las olas y las hamacas producen un ruido monótono; pero, habituado a él el oido desde hace mucho tiempo, casi no lo percibe, y diríase que todo, en torno, está sumido en un sueño profundo.

El tedio gravita sobre los viajeros de la câmara hospital. Dos soldados y un marinero tornan enfer-

mos de la guerra; se han pasado el dia jugando a las cartas; pero, cansados de jugar, se han acostado, y duermen.

El mar parece algo picado. La litera en que está acostado Gusev, ora sube, ora baja, con lentitud, como un pecho anhelante. Algo ha sonado al caer al suelo, acaso una taza metálica.

— El viento ha roto sus cadenas y se pasea por el mar a su gusto — dice Gusev, el oído atento.

Ahora Pavel Ivanich no se calla, sino que tose y dice con voz irritada:

— ¡Dios mío, que bestia eres! Cuando no se te ocurre contar que un barco se estrelló contra un pez, dices que el viento ha roto sus cadenas, como si fuera un ser viviente...

— No lo digo yo, lo aseguran los buenos cristianos.

— Son tan ignorantes como tú. Hay que tener la cabeza sobre los hombros y no creer todas las tonterías que se cuentan. Hay que reflexionar y no acogerlo todo sin crítica, a ciegas.

Pavel Ivanich se marea. Cuando el mar no está tranquilo, está él de mal humor y se enfada por cualquier cosa. Gusev no comprende por qué se enfada tanto. No tiene nada de extraño que un barco se estrelle contra un pez, habiendo peces grandes como una montaña y con el lomo duro como el hierro; también es muy natural que el viento rompa sus cadenas. Hace mucho tiempo le dijeron a Gusev que en el extremo del mundo hay unas espesas

murallas de piedra, a las que están atados los vientos, los cuales, a veces, rompen sus cadenas y se lanzan a través del mar, como perros rabiosos. Por otra parte, si los vientos no están sujetos con cadenas, ¿dónde se ocultan cuando el mar está en calma?

Gusev piensa durante largo rato en los peces como montañas, en las gruesas cadenas cubiertas de herrumbre. Después empieza a fastidiarse y se pone a pensar en su aldea, adonde ahora regresa después de cinco años de servicio en el Extremo Oriente. Su imaginación evoca un vasto estanque, cubierto de hielo y de nieve. A una de sus orillas hay un horno de vidrio, construído con ladrillos, y por cuya alta chimenea salen negras nubes de humo; a la orilla opuesta se desparraman las casas de la aldea.

Gusev se imagina estar viendo su casa. Su hermano Alexey, que se ha quedado al frente de ella en su ausencia, sale del patio en un trineo; le acompañan sus dos muchachuelos, Vania y Akulka, uno y otra con gruesas botas. Alexey está un poco borracho, Vania ríe, Akulka lleva un chal que casi le tapa la cara.

— ¡Pobres criaturas, qué frío deben de tener! — piensa Gusev —. ¡Virgen Santa, protégelos!

El marinero enfermo, junto a Gusev, tiene un sueño muy agitado y sueña en alta voz.

— ¡Hay que ponerles medias suelas a las botas! — exclama! — Si no, habrá que tirarlas.

La aldea natal se eclipsa en la imaginación de Gusev, sus pensamientos se embrollan. Ve de pron-

to una gran cabeza de buey sin ojos, trineos, caballos envueltos en un vaho espeso. Pero recuerda vagamente haber visto su casa, haber visto a los suyos, y siente una enorme alegría que estremece todo su ser.

— ¡Los he visto! ¡Los he visto! — murmura soñando, con los ojos cerrados.

Luego se incorpora bruscamente, abre los ojos y busca agua. Después de beber, torna a acostarse, y los sueños vuelven a empezar.

Así hasta el amanecer.

II

Las tinieblas se van dispersando y la cámara se ilumina. Al principio se ve el pequeño disco azul de la ventana circular; luego, Gusev empieza a distinguir a su vecino Pavel Ivanich, el cual duerme sentado (pues tendido se ahoga). Y tiene el rostro gris, la nariz larga y afilada, una exigua perilla y los cabellos largos. Sus ojos parecen enormes en su faz terriblemente enjuta. No es fácil precisar si es un intelectual, un comerciante, o, tal vez, un clérigo. A juzgar por su rostro y sus largos cabellos, se diría que es un frailecito de cualquier convento; pero, oyéndole hablar, se ve que no es fraile. Está gravemente enfermo, no hace más que toser, respira con dificultad y se halla tan débil, que habla con gran trabajo.

Gusev le mira largamente. Habiéndolo notado, Pavel Ivanich se vuelve hacia él y dice:

—Ahora lo comprendo... ¡Sí, lo comprendo muy bien!

— ¿Qué comprende usted, Pavel Ivanich?

— Hasta ahora me parecía incomprensible que todos vosotros, a pesar de vuestro grave estado, estuvierais en este barco, en condiciones higiénicas terribles, respirando una atmósfera impura, expuestos al mareo, amenazados a cada instante por la muerte. Ahora ya no me extraña. Es una mala partida que os han jugado los médicos. Os han metido en este barco para desembarazarse de vosotros. Estaban de vosotros hasta la coronilla. Además, no sois para ellos enfermos interesantes, puesto que no les pagáis. Y no querían que murieseis en el hospital, pues eso siempre causa mala impresión. Para desembarazarse de vosotros necesitaban, por de pronto, no tener escrúpulos, y, después, engañar a la administración del barco. Y lo han conseguido; entre cuatrocientos soldados sanos se puede muy bien hacer pasar inadvertidos a cinco soldados enfermos. Una vez a bordo, se os ha mezclado con los sanos, sin notar lo enfermos que estáis, y ya el barco, en marcha, se ha caído en la cuenta, como era natural, de que sois todos paralíticos y tísicos en último grado; pero ya demasiado tarde.

Gusev no comprende el sentido de las palabras de Pavel Ivanich. Creyéndole enojado con él, le dice para justificarse:

— Yo no tengo la culpa; me he dejado embarcar alegrándome mucho de irme a mi casa.

-- ¡Es escandaloso! -- continúa Pavel Ivanich. Demasiado sabían que no soportaríais el viaje, y no les ha dado vergüenza embarcaros. Supongamos que sorportáis el viaje hasta el Océano Indico; pero, ¿y después?... ¡Y pensar que habéis hecho cinco años de servicio! ¡De este modo se os recompensa!

Pavel Ivanich, con rostro airado y ahogada voz, dice:

— Debía contarse esta marranada en los periódicos. Sería una buena lección para esos canallas.

Los dos soldados y el marinero enfermos se han despertado y se han puesto a jugar a las cartas. El marinero sigue en la cama, los soldados están sentados junto a él en el suelo, en posturas incómodas. Uno de ellos tiene la mano y el brazo derechos vendados, y se vale de la flexión del codo para sujetar los naipes.

El barco es sacudido impetuosamente por las olas, lo cual impide levantarse a tomar el té.

— ¿Has sido ordenanza durante tu servicio militar? — pregunta Pavel Ivanich a Gusev.

— Sí.

— ¡Dios mío! — se lamenta Pavel Ivanich — . Arrancan a un hombre de su casa, le transportan a quince mil kilómetros, le privan de las fuerzas y de la salud. ¡Y todo para servir de criado a cualquier oficial! ¡Qué cochinería!

—Yo, Pavel Ivanich, no puedo quejarme. No tenía mucho trabajo: por la mañana limpiaba las botas, hacía el té, barría el cuarto, y se acabó. No tenía ya nada que hacer. Mi oficial estaba todo el día



ocupado en dibujar planos, y yo disponía de mi tiempo: podía leer, pasearme, charlar con los amigos. No, decididamente, no puedo quejarme.

—¡Es natural! Tu oficial dibujaba planos y tú te fastidiabas a quince mil kilómetros de tu aldea, desperdiciando tus mejores años de la manera más estúpida. Desperdiciabas tu vida, ¿comprendes? Y el hombre sólo tiene una vida. La vida no se repite.

—¡Es verdad, Pavel Ivanich!—dice Gusev, que no comprende sino de una manera muy vaga el razonamiento de su vecino—. Pero si uno cumple su deber a conciencia, como hacía yo, no tiene nada que temer. Los jefes son gentes instruídas y están al tanto de las cosas. A mí nunca me han castigado. Y no me han pegado casi nunca. Que yo recuerde, una vez nada más. Mi oficial me dió una porción de puñetazos.

—¿Por qué?

—Porque yo les pegué a unos chinos. Soy muy reñidor, Pavel Ivanich. Un día cuatro chinos entraron en el patio de casa. Creo que venían a buscar trabajo. Pues bien, para pasar el rato, me puse a pegarles. A uno de ellos le abofoteé hasta hacerle sangre... Ni yo mismo sé por qué lo hice. Mi oficial, que lo vió por una ventana, me dió una buena lección.

—¡Dios mío, qué estúpido eres! ¡Me das lástima! —dice con voz débil Pavel Ivanich!--¡Nada comprendes! Con el ímpetu del oleaje, ha ido aumentando la debilidad de Pavel Ivanich. Su cabeza, inerte, tan

pronto se inclina hacia atrás, como cae sobre su pecho. Tose cada vez con más fuerza.

Tras una corta pausa, pregunta:

—¿Y qué te habían hecho los chinos? ¿Por qué les pegaste?

—No sé... Estaba muy aburrido.

El silencio reina de nuevo. Los dos soldados y el marinero juegan durante dos horas a las cartas, jurando e insultándose; pero, al fin, fatigados, tiran los naipes y se acuestan. Gusev cierra los ojos, y, evocados por su imaginación, ve otra vez su aldea y el trineo, con su hermano y sus hijos. La niña, orgullosa de sus botas nuevas, saca los pies fuera del trineo, para que las vea todo el mundo.

—¡Qué tonta es!—piensa Gusev—. Y, sin embargo, tiene ya seis años. Más valía que me diera agua...

Luego ve a su amigo Andron en el camino cubierto de nieve. Lleva un fusil al hombro y una liebre muerta en la mano. Luego ve a Domna, su mujer, que está remendando una camisa y llorando desconsolada.

Se duerme, pero un ruido que viene de arriba, del puente, le despierta. ¿Qué ocurre? Una desgracia, acaso. Gusev aguza el oído, pero el ruido cesa. Muy cerca de él, los dos soldados y el marinero juegan de nuevo a las cartas. Pavel Ivanich sigue sentado, y sus labios se mueven, como si quisiera decir algo; pero no puede hablar.

.Hace calor. Falta aire en la cámara baja y estrecha. Gusev tiene sed, pero el agua tibia le da

asco. Las sacudidas del barco son cada vez más fuertes.

De pronto, uno de los soldados deja caer sus cartas y mira a los otros jugadores con una mirada estúpida.

—¡Un instante, amigos mios!—dice—. Esperad... yo... yo...

Y se tiende en el suelo.

Le miran, se miran: ¿Qué le pasa? Le llaman y no contesta.

—Vamos, Stepane, ¿qué tienes? ¿Te sientes mal?—le pregunta con ansiedad el soldado del brazo herido—. ¿Quieres que llamemos al cura?

—Toma un poco de agua. Te sentará bien—dice el marinero, acercándole una taza a los labios.

—Déjale—grita Gusev—. ¿Aun no te has enterao, imbécil?

—¿De qué?

—¿De qué? De que ya no respira. Se acabó. Está muerto. ¡Dios mio, que gente más bestia!

III

El mar está tranquilo; y Pavel Ivanich, de buen humor. No se enfada ya por cualquier cosa, la expresión de su rostro es alegre, irónica, burlona, y parece querer decir: «Escuchad, voy a contaros una cosa muy divertida, vais a desternillaros de risa.»

La ventanita circular está abierta, y la brisa sua-

ve acaricia la faz de Pavel Ivanich. Se oyen voces, ruido de remos. Bajo la ventanita alguien vocea aguda, desagradablemente, tal vez un chino que se ha aproximado en un bote.

—El barco ha hecho escala en algún puerto—dice Pavel Ivanich, sonriendo—. Un mes más y estaremos en Rusia. Sí, queridos señores, como ustedes lo oyen. Yo me iré a Jarkov, directamente, desde Odessa. Allí tengo un amigo, un periodista. Iré a su casa y le diré: «Deja tus temas escabrosos relacionados con el sexo débil y el amor, deja de cantar las bellezas de la naturaleza; yo te daré un tema más interesante. ¡Zahiere sin piedad a la indecente bestia humana!»

Se queda sumido unos instantes en sus reflexiones, y dice:

—¿Sabes, Gusev, cómo se la he pegado?

—¿A quién?

—A los señores de la administración del barco. Mira, aquí no hay más que primera y tercera clase. En tercera sólo se admite a los mujiks. Si vas de americana y tienes alguna semejanza, aunque sea muy remota, con un señor o con un burgués, estás obligado a viajar en primera. ¡Y eso cuesta quinientos rublos, muchacho! La administración, ya ves, no puede permitir que un hombre que no es un mujik, viaje en compañía de los mujiks, fundándose en que se viaja muy mal. Pero, ¿y si yo no puedo pagar los quinientos rublos para tener el gusto de viajar en primera, entre los señores? Yo no he hecho negocios sucios, no he robado al Estado, no me he dedicado

al contrabando, ¿cómo quieren ustedes que sea rico? Pero, naturalmente, a esos señores no les importa eso. Cueste lo que cueste, hay que pagar un billete de primera. Y yo me he valido de una estratagema; me he vestido de mujik, y, haciéndome el zafio y el borracho, me he presentado en la administración. «Excelencia—he dicho—hágame el favor de un billete de tercera, y que Dios le bendiga.»

—¿Y de qué familia es usted?—pregunta Gusev.

—Mi padre era un valiente pope. Decía siempre la verdad a los poderosos de la tierra, y, con ese motivo, padeció mucho. Yo también digo siempre la verdad...

Está fatigado y respira con dificultad, pero continúa:

—Sí, digo siempre la verdad, por desagradable que sea. No temo a nadie ni a nada. En esto, vosotros y yo nos diferenciamos enormemente. Vosotros estáis ciegos, no veis nada, y aunque lo veáis, no lo comprendéis. Creéis que el viento está sujeto con cadenas, y otras tonterías semejantes. Os aseguran que sois canallas a quienes se les debe pegar, y lo creéis también. Besáis la mano que os hiere. Se os priva de todo, se os roba, y, no sólo no protestáis, sino que lo permitís y saludáis humildemente a los ladrones, con tal que vayan bien vestidos y parezcan señores... ¡Sí, sois parias, gente digna de compasión! ¡Yo no soy así! Lo comprendo todo, lo veo todo, como un halcón o un águila, que se eleva a una gran altura y ve desde allí toda la tierra. Soy la protesta personificada. Veo una injusticia y protes-

to; veo un canalla o un hipócrita, y protesto, y soy invencible. Ninguna inquisición española puede imponerme silencio. Si me cortaran la lengua, protestaria con un gesto; si me encerraran en un calabozo, gritaria tanto que me oirian fuera, o me suicidaria por hambre y añadiría un nuevo crimen a los innumerables de los verdugos. Si, amigo mio, soy así. Todos mis amigos me dicen: «¡Eres un hombre insoportable, Pavel Ivanich!» Y yo estoy orgulloso de esta reputación. Sólo he sido tres años empleado del Estado en el Extremo Oriente, y se acordarán allí de mi durante un siglo: todo el mundo me aborrece. Los amigos me escriben que no me conviene volver a Jarkov, pues conocen mi carácter belicoso. Pero, no obstante, vuelvo; ¡tanto peor si no les gusta!... ¿Comprendes ahora? Mi vida es la lucha constante. ¡Y esto se llama vivir!

Gusev casi no escucha y mira por la ventanita circular. Sobre el agua límpida, de color de turquesa, se balancea un bote inundado de sol cálido y deslumbrante. En él, de pie y desnudos, unos chinos enseñan jaulas con canarios y gritan:

—¡Canta, canta!

Una lancha de vapor surca no lejos del buque el agua tranquila. Luego aparece otra lanchita donde un chino gordo come arroz, sirviéndose de unos palillos. El agua parece indolente y dormida. Las gaviotas vuelan sobre ella.

Gusev mira al chino gordo, y piensa:

«Sería muy divertido darle unos sopapos a ese animal de cara amarilla.»

Luego se duerme. Se le antoja que el sueño lo invade todo en torno suyo.

Las horas transcurren, el tiempo se desliza rápido. El día pasa de un modo casi inadvertido, y, poco a poco, las tinieblas descienden sobre el mar.

El barco reanuda su marcha.

IV

Pasan dos días más. Pavel Ivanich, en vez de estar sentado, permanece tendido siempre. Tiene cerrados los ojos, y más afilada, aún, la nariz.

—Pavel Ivanich—le llama Gusev.

El otro abre los ojos y mueve ligeramente los labios.

—¿No está usted bien?—pregunta Gusev.

—Esto no es nada—responde Pavel Ivanich, con voz débil—. Al contrario, me siento mejor... Hasta puedo estar acostado.

—No sabe usted lo que me alegro.

—Sí. Estoy en mejor situación que vosotros. Porque, mira, mis pulmones están muy fuertes... No importa que tosa, proviene del estómago. Puedo soportar el infierno, no ya el Mar Rojo... Además, sé analizar cuanto pasa en mí y darme cuenta exacta de ello, mientras que vosotros no comprendéis nada... Os compadezco de todo corazón.

Las olas no sacuden ya el barco, pero el aire es pesado y cálido como en un baño de vapor. Es difícil



no sólo hablar, sino hasta escuchar. Gusev se abraza a sus rodillas y pone en su aldea el pensamiento. Es un placer enorme, con tanto calor, pensar en la nieve de que está cubierta su aldea en esta época del año. Sueña que va en trineo a través de los campos. Los caballos, espantados, no sabe por qué, galopan vertiginosamente, como locos, y atraviesan las hondonadas, el estanque. Los campesinos se esfuerzan en detenerlos; pero Gusev está muy alegre; recibe con gozo en el rostro, en las manos, la caricia glacial del viento, y la nieve le regocija al caer sobre su cabeza y su pecho y al rozar su cuello.

No se siente menos a gusto cuando el trineo vuelca y cae en la nieve. Se levanta satisfechísimo, cubierto de nieve desde la cabeza a los pies, y se sacude riendo. Los campesinos ríen tambien a su alrededor, y los perros, inquietos, ladran. ¡Verdaderamente delicioso!

Pavel Ivanich entreabre un ojo, mira a Gusev y pregunta:

— Tu oficial, ¿era ladrón?

— No sé, Pavel Ivanich. Esas cosas no nos incumben.

Reina un largo silencio. Gusev está sumido en sus sueños, y a cada instante bebe agua. Le es difícil hablar y escuchar, y teme que cualquiera le dirija la palabra.

Una hora, dos horas transcurren. A la tarde sucede la noche; pero él no se da cuenta: permanece siempre sentado, la cabeza sobre las rodillas, y piensa en su aldea, en el frío, en la nieve.

Oyense pasos, voces. Al cabo de cinco minutos, el silencio reina de nuevo.

— ¡Que la tierra le sea leve! — dice el soldado del brazo herido—. Era un hombre inquietante.

— ¿Quién? — pregunta Gusev, que no comprende nada—. ¿De quién hablas?

— ¡Toma, de Pavel Ivanich! Acaba de morir. Se lo llevan arriba.

— ¡Todo se acabó, entonces! — balbucea Gusev—. ¡Que Dios le perdone!

— ¿Qué te parece? — pregunta el soldado del brazo herido—. ¿Le admitirán en el paraíso?

— ¿A quién?

— A Pavel Ivanich.

— Creo que sí; ha sufrido mucho. Además, era del clero... Su padre era sacerdote y rogará a Dios por su hijo.

El soldado se sienta en la cama de Gusev, y dice en voz baja:

— Tú tampoco, Gusev, has de vivir mucho. No volverás a ver tu tierra.

— ¿Lo ha dicho el doctor, el enfermero?

— No, pero se ve. Se conoce muy bien cuando un hombre está para morirse. Tú no comes, enflaqueces por momentos... das miedo. En fin, es la tisis. No lo digo para asustarte, sino por tu propio interés. ¿Querrás, quizá, recibir los Sacramentos? Además, si tienes dinero, habrás de confiárselo al primer oficial del barco...

— No he escrito a casa — suspira Gusev—. Me moriré, y ni siquiera lo sabrán.



— ¿No han de saberlo? Cuando te mueras, avisarán a Odesa, a las autoridades militares, que a su vez escribirán a tu aldea.

Gusev está turbado por este diálogo. Deseos vagos le atormentan. Bebe agua, mira por la ventanilla circular; pero nada de eso le calma. Ni aun los recuerdos de su aldea logran ya tranquilizarle. Le parece que si sigue un minuto más en la cámara se ahogará.

— Sufro mucho, hermanos míos — dice—. No puedo estar aquí más tiempo... Quiero subir arriba... ¿Queréis ayudarme?

— Bueno — le contesta el soldado del brazo herido—. Voy a llevarte, puesto que no podrás andar solo. Cógete a mi cuello...

Gusev obedece. El soldado le sostiene con su mano sana, y sube con su carga viviente la escalerilla.

Arriba, el puente está lleno de soldados y marineros acostados. Son tan numerosos, que es difícil abrirse paso.

— ¡Ponte en el suelo! — dice en voz baja el soldado—. Yo te sostendré.

No se ve bien. No hay luz alguna sobre el puente, ni sobre los mástiles, ni en la superficie del mar. Un centinela, de pie, en el extremo del barco, está tan inmóvil, que se le creería dormido. Diríase que el barco se halla abandonado a su propia voluntad y que nadie le marca el rumbo.

— Ahora tirarán al mar a Pavel Ivanich — murmura el soldado—. Le meterán en un saco y le lanzarán a las olas.



— Si — responde Gusev con suavidad—. Es el reglamento.

— Es mejor morir en tierra... La madre, de vez en cuando, viene a llorar sobre la tumba; mientras que aquí...

— Sí; yo también preferiría morir en mi casa, en la aldea...

Huele a forraje y a estiércol; en una especie de corraliza hay hasta ocho bueyes. Un poco más lejos hay un caballito. Gusev tiende la mano para acariciarlo, y el caballo sacude furiosamente la cabeza y le enseña los dientes, con la manifiesta intención de clavárselos en el brazo.

— ¡Mala bestia! — protesta Gusev.

El soldado y él se detienen junto a la balaustrada y miran en silencio, ora al mar, ora al cielo. Bajo la bóveda celeste, toda en calma y muda, reinan la inquietud y las tinieblas. Las olas se entrechocan ruidosas. Cada una trata de elevarse más arriba que las demás, y se atropellan, se empujan, furiosas y deformes, coronadas de blanca espuma.

El mar es despiadado. Si el barco no fuera tan grande y tan sólido, las olas le destrozarían sin misericordia, tragándose cruelmente a cuantos van en él, sin distinguir a los buenos de los malos. El barco mismo parece no menos cruel, no menos insensible. Semejante a una enorme bestia, corta con la quilla millones de olas; no teme ni a la noche, ni al viento, ni al espacio infinito, ni a la soledad; si la superficie del mar se hallase poblada de hombres, los partiría

de igual modo, sin distinguir tampoco a los buenos de los malos.

— ¿Dónde estamos ahora? — pregunta Gusev.

— No sé. Me parece que en el Océano.

— No se ve tierra.

— ¡Ya lo creo!, ¡Antes de ocho dias no se verá!

Ambos siguen mirando la espuma blanca y fosforescente. Durante unos instantes miran en silencio. Cada uno está sumido en sus pensamientos. Gusev es el primero que habla.

— Yo no le tengo miedo al mar — dice —. Naturalmente, por la noche no se ve bien; pues, asi y todo, si ahora me dijesen que me fuera en un bote a pescar con red, a cien kilómetros de aqui, me iria. O si, por ejemplo, hubiera que sàlvar a alguno que se hubiera caido al agua, yo me tiraria sin vacilar. Claro es que tratándose de un buen cristiano; por un alemán o por un chino, yo no arriesgaria la vida.

— ¿Le tienes miedo a la muerte?

— Sí. Sobre todo cuando pienso en mi casa. Sin mi, todo se lo llevará el diablo. Mi hermano es una calamidad, un borracho que le pega a su mujer y no les tiene respeto a sus padres. Si; sin mi todo irá mal. Mi familia se verá, tal vez, obligada a pedir limosna para no perecer de hambre.

Calla un instante, y dice:

— Vamos abajo; no puedo ya tenerme en pie. Además, el aire es muy pesado... Es hora de acostarse.



V

Guзev baja a la cámara-hospital y se acuesta. Como antes, vagos deseos que no puede explicar le inquietan. Siente un gran peso sobre el pecho; le duele la cabeza; su boca está seca de tal modo, que le cuesta trabajo mover la lengua. Se queda abstraído y no tarda, agotado por el calor y la densa atmósfera, en dormirse. Los sueños más fantásticos vuelven a empezar.

Duerme así dos días seguidos. Hacia la mitad del tercero, dos marineros bajan y cargan con él.

Le meten en un saco, en el que introducen también, para aumentar el peso, dos grandes pedazos de hierro. Metido en el saco, se asemeja un poco, ancho por la parte de la cabeza y estrecho por la de las piernas, a una zanahoria.

Antes de ponerse el sol le colocan así en el puente, tendido sobre una plancha apoyada por un extremo en la balaustrada y por el otro en un alto cajón de madera. En torno se reunen los soldados y los marineros, todos descubiertos.

—Bendito sea Dios Todopoderoso por los siglos de los siglos -- pronuncia con tono solemne el sacerdote.

—¡Amén! — responden algunos marineros.

Todos se persignan y miran a las olas. Es un espectáculo extraño el de un hombre metido en un



saco y a punto de ser lanzado al mar. ¡Y, sin embargo, todos están expuestos a esa suerte!

El sacerdote echa un poco de tierra sobre Gusev y hace una reverencia. Después se cantan las preces.

Uno de los marineros levanta un extremo de la plancha. Gusev se desliza, cabeza abajo, dá una vuelta en el aire y cae al agua. Al principio se cubre de espuma y parece envuelto en encajes; luego desaparece.

Desciende hacia el fondo del mar. ¿Llegará? Según los marineros, la profundidad del mar en estos parajes es de cuatro kilómetros.

A los veinte metros comienza a descender con más lentitud. Su cuerpo vacila, como si no se decidiese a continuar el viaje. Al fin, arrastrado por la corriente, se encamina más bien hacia adelante que hacia lo hondo.

No tarda en tropezar con todo un rebaño de pececillos que se llaman pilotos. Cuando perciben el gran saco se detienen al punto, asombrados, y, como obedeciendo a una orden, se vuelven todos a la vez y se alejan. Pero por poco tiempo; al cabo de algunos instantes reaparecen, caen, veloces como flechas, sobre Gusev y se agitan en torno suyo.

Minutos después se aproxima una enorme masa oscura. Es un tiburón. Lentamente, con flema, como si no se hubiera enterado de la presencia de Gusev, se coloca debajo del saco de manera que Gusev queda sobre su lomo. Da varias vueltas en el agua con un placer visible, y, sin apresurarse, abre la enor-

me boca, armada de dos filas de dientes. Los pilotos están encantados. Se mantienen un poco a distancia y contemplan con mirada atenta el espectáculo.

Habiéndose divertido un rato con el cuerpo de Gusev, el tiburón clava los dientes con suavidad en la tela del saco, que se desgarra en seguida de arriba abajo. Un pedazo de hierro cae sobre el lomo del tiburón, asusta a los pilotos y desciende rápido.

Mientras ocurre todo esto, en lo alto, en el cielo, allá donde se esconde el sol, se acumulan las nubes. Una de ellas parece un arco de triunfo; otra, un león; otra, unas tijeras. De detrás de las nubes parte, y llega a la mitad del cielo, un amplio rayo verde; a poco, junto a él, surge un rayo violeta, y después uno de oro, uno rosa. El cielo se torna de un color de lila muy pálido. Ante este cielo espléndido, el Océano se oscurece al principio; pero no tarda en teñirse, a su vez, de colores suaves, alegres, vivos y tan bellos, que no hay nombres para designarlos en nuestra pobre lengua humana.

LA CIRUGÍA

Habiéndose marchado el doctor, recibe, en su lugar, a los enfermos del hospital el enfermero. Se llama Kuriatin. Es un buen hombre, gordo, de unos cuarenta años, con una americana blanca muy usada. Está muy penetrado de la gravedad de su misión y de su responsabilidad. Fuma un cigarro que despide un olor detestable.

La puerta se abre y entra el chantre Vonmiglasov, un viejo muy robusto, de elevada estatura, vestido con una sotana. Su ojo derecho está medio cerrado.

Busca un icono en el rincón, y no hallándole, se persigna con los ojos puestos en una gran botella de ácido fénico. Luego se saca del bolsillo un pequeño pan bendito; y, saludando al enfermero, se lo pone delante.

—¡Ah! ¡Buenos días!—dice el enfermero bostezando—. ¿En qué puedo servir a usted?

—Vengo a pedirle auxilio, Sergio Kusmich, que Dios le bendiga. Estoy padeciendo como el mismo Job no padecería.

—¿Qué le sucede a usted?

—¡Las muclas! Es para volverse loco, Dios me perdone. Imagínese usted que me siento a la mesa, en compañía de mi vieja, a tomar una taza de té, ¡y no puedo! ¡Ni una sola gota! Un dolor infernal; he estado a punto de caerme de la silla.

—¿Una muela nada más?

—Sí, pero... aparte de esa muela, me duele todo este lado de la cara... Hasta la oreja me duele, como si tuviera dentro un clavo o cualquier otro objeto. ¡Es para morirse! El Señor me castiga por mis innumerables pecados. Ni siquiera puedo cantar durante la misa. No he pegado los ojos en toda la noche.

—Sí, es desagradable—dice el enfermero—. Vamos en seguida a ver qué tiene usted. ¡Siéntese! ¡Abra la boca!

Vonmiglasov se sienta y abre la boca cuanto puede. El enfermero pone una cara severa, se inclina sobre el enfermo y le mira la boca. Entre las muelas amarillas advierte una con una ancha carie.

—El párroco me ha aconsejado que me ponga en la muela enferma una gota de «vodka»; pero no me ha dado resultado. Mi tía, Dios la bendiga, me ha regalado un hilo que trajo de los Santos Lugares, y me ha dicho que me enjuague con leche caliente, y tampoco eso me ha servido de nada.

Hay una larga pausa.

—¡Es necesario sacarla!—dice, por fin, el enfermero.

—Usted lo sabrá mejor que yo. Para eso ha hecho sus estudios. Usted entiende de eso, puesto que es su



oficio, mientras que nosotros sólo podemos rogar por usted y admirar su ciencia.

—No tiene importancia—responde el enfermero afectando modestia—. Se hace lo que se puede.

Se dirige al armario y busca entre los instrumentos quirúrgicos.

--La cirugía... no es gran cosa—prosigue—. Naturalmente, es necesario entenderla. Y, sobre todo, hay que tener la mano firme, la costumbre... Para mí esto no es nada. Lo hago en un abrir y cerrar de ojos. ¡Llevo sacadas tantas muelas! No hace mucho vino aquí Alejandro Ivanich Egipetsky, un gran señor. Tenía también una muela enferma. ¡Un hombre instruído, que entiende de esto, y a quien habían asistido doctores! Conoce a los profesores más insignes. Con todo, ¡tan amable!, me estrechó la mano y me habló como a un igual suyo. ¡Un verdadero señor! Ha vivido siete años en Petrogrado... Bueno; me pidió que le arrancase la muela. «¡Arránquemela, Sergio Kusmich!»—me dijo—. ¿Por qué no? Gustosísimo. Naturalmente, hay que saber lo que se tiene entre manos: hay muelas y muelas. Unas hay que arrancarlas con tenazas; otras, con llave... Eso depende...

El enfermero tarda un largo rato en decidirse. Al fin opta por las tenazas.

—Bueno; abra usted la boca todo lo que pueda. Vamos a sacársela en un abrir y cerrar de ojos. Cuestión de dos segundos. Una, dos, tres, y se acabó. Sólo hay que cortar un poco la encía, hacer una tracción vertical... así.

Hace la tracción.

—¿Ve usted? Así... Así...

—Son ustedes nuestros ángeles guardianes... El Señor les ha dado la ciencia...

—No hable usted... No se mueva. Esta muela es muy fácil de arrancar, mas ocurre a veces... sobre todo cuando sólo queda la raíz... Esto no es nada... Una, dos, tres, y se acabó...

Coge la muela con las tenazas.

—No se mueva usted... dificulta la operación... Una, dos, tres... Sobre todo, hay que coger bien la muela con las tenazas.

Comienza a tirar.

—De lo contrario, se puede romper, dejando raíces... Un instante... paciencia.

Continúa tirando.

—¡Dios mío!—grita el enfermo—. ¡Virgen santa!

—¡Pero permanezca usted tranquilo... Si me agarra la mano... Vamos, sea usted razonable. Le digo que esto no es nada... Una, dos...

Sigue tirando.

—Una, dos, tres... No crea usted que es tan sencillo.

—¡Aaaah!—grita con voz ahogada el enfermo—. ¡Dios mío! ¡Tire usted de una vez! ¡No vamos a acabar nunca!

—Espera, imbécil! ¡No es esto tan fácil como te figuras. . La cirugía es una ciencia complicada... hay que entenderla... cállate y no te muevas... Un instante... Ahora... Una, dos, tres...

El enfermo, atormentado por el dolor, levanta las



rodillas hasta la altura de los codos, pone unos ojos espantados y parece que se va a ahogar... Su rostro rojo se cubre de sudor, se le saltan las lágrimas. El enfermero, no menos rojo, continúa tirando con todas sus fuerzas.

Medio minuto terrible transcurre. De pronto, las tenazas resbalan y sueltan la muela. El enfermo da un salto y se lleva apresuradamente la mano a la boca. Encuentra la muela enferma en el mismo sitio.

—Pero ¿si no me la has arrancado aún?—exclama furioso—. ¡Que los diablos te arranquen todas las tuyas, una a una! ¡«Una, dos, tres!»... Cuando no conoce uno su oficio...

—Tú tienes la culpa!—protesta el enfermero—. No hacías más que agarrarme la mano, empujarme con el codo y decir tonterías. ¡Imbécil!

—¡El imbécil lo serás tú!

—Eres un mujik, en toda la extensión de la palabra. ¿Te figuras que es tan sencillo arrancar una muela? ¡Eso no es subir al campanario y tocar las campanas, como haces tú! Se trata de la cirugía, una cosa delicada, de la que tú no sabes una palabra. No eres quién para darme consejos. Le he sacado una muela a Alejandro Ivanich Egipetsky, un gran señor, que ha vivido siete años en Petrogrado, sin que me diga semejantes tonterías, ni me agarre la mano... ¡Siéntate!

—¡Dios mío, lo que sufro!... Espera... un instante...

Se sienta, respirando con dificultad.

—Pero date prisa, de un solo tirón. No se trata de tirar mucho, sino de tirar bien.

—¡No me fastidies con tus consejos!... Es una desgracia tener que aguantar a personas mal educadas y sin instrucción. Se vuelve uno casi salvaje. ¡Abre la boca!

Coge la muela con las tenazas.

—La cirugía, amigo, es una cosa extremadamente complicada... más complicada que recitar plegarias ante las viejas... ¡Te he dicho que no te muevas!... Es una muela enferma hace mucho tiempo... Tiene raíces muy profundas.

Tira con todas sus fuerzas.

—¡No te muevas. Una, dos, tres!...

Se oye un crujido: la muela se ha roto.

—¡Diablo! ¡Lo había previsto—dice el enfermero confuso.

El enfermo se queda un instante como petreficado, aturdido, la mirada huraña, la faz pálida y sudorosa.

—Habrá que servirse de otro instrumento—balbucea el enfermero—. ¡Qué mala suerte!

El enfermo, vuelto en sí, se mete los dedos en la boca y encuentra, en lugar de la muela, dos pedazos salientes y agudos.

—¡Diablo!—exclama—. ¡Verdugo! ¡Podías aplicar a tus propias quijadas tu infernal cirugía!

—¡Cállate, imbécil!—balbucea el enfermero volviendo a guardar las tenazas en el armario—. ¡Ignorante! El señor Egipetsky, Alejandro Ivanich, un verdadero señor... que ha vivido siete años en Pe-

trogrado... que lleva un traje de cien rublos, no se permitió decirme cosas semejantes, mientras que tú...

El enfermo le lanza una mirada furiosa, coge de la mesa el pan bendito que había llevado, escupe con cólera en el suelo, y se va.

¡SILENCIO!

Ivan Egericg Krasnujin, periodista mediocre, vuelve a casa de mal humor, grave y pensativo. Al verle, se diría que espera la visita de los gendarmes o que ha pensado suicidarse.

Es más de media noche.

Krasnujin se pasea largo rato a través de la estancia, se detiene luego y pronuncia, con tono trágico, el monólogo siguiente:

—Estoy deshecho, mi alma está fatigada, mi cerebro está lleno de ideas negras; pero, con todo, cueste lo que cueste, tengo que escribir. ¡Y esto se llama vida! Nadie ha descrito aún el estado de alma de un escritor que debe divertir al vulgo, cuando tiene ganas de llorar, o compungirle, cuando tiene ganas de reír. El público me exige que sea frívolo, ingenioso, indiferente. Pero, ¿y si no puedo serlo? Supongamos que estoy enfermo, que mi hijo se ha muerto, que mi mujer está de parto, no importa, estoy obligado a divertir al público...

Luego, se dirige al dormitorio y despierta a su mujer.

—Nadia—dice—, voy a escribir. Que nadie me moleste. Es imposible escribir cuando los niños lloran o ronca la criada. Además necesito té y un bisté o cualquier otra cosa; pero, sobre todo, té; ya sabes que sin té no puedo escribir. Es lo único que me estimula, que me entona.

De nuevo en su gabinete, se quita la americana, el chaleco y las botas con extremada lentitud. Luego con expresión de inocencia ultrajada, se sienta ante su mesa de trabajo.

Cuanto hay sobre ella, hasta la más insignificante bagatela está dispuesto, con arreglo a un plan preconcebido, en el mayor orden. Se ven allí pequeños bustos y retratos de escritores insignes, un montón de borradores, un volumen abierto, de Tolstoi, un hueso humano que sirve de cenicero, un periódico colocado de modo que se vea la inscripción que Krasnujin ha hecho en él con lápiz azul, y que consiste en dos palabras: «¡Qué vileza!»

Hay también diez lápices muy bien afilados y porta-plumas con plumas nuevas, destinadas a reemplazar las viejas, de manera que Krasnujin pueda trabajar sin la menor interrupción, lo que es muy importante cuando se está inspirado y se crea algo grande.

Krasnujin se reclina en su sillón, cierra los ojos y comienza a buscar un tema. Oye a su mujer preparar el té. Probablemente, no está todavía despierta del todo, pues a cada instante deja caer algo, a juzgar por el ruido. Luego, suena en el samovar el agua que comienza a hervir. Se oye también chirréar la carne sobre el fuego.

De pronto, Krasnujin se estremece, abre los ojos y empieza a olfatear.

— ¡Pero qué olor! —gime, haciendo gestos dolorosos—. ¡Me voy a poner malo! Esta mujer insoportable quiere perderme! ¡Dios mío, no es posible trabajar en estas condiciones!

Corre a la cocina y prorrumpe en un lamento trágico.

Sentado de nuevo ante su mesa, poco tiempo después le lleva su mujer el té. Parece estar sumido en reflexiones profundísimas; no se mueve, y se oprime la frente con la mano. Finge no darse cuenta de la presencia de su mujer, absorto en sus graves pensamientos.

Antes de escribir el epígrafe de su artículo se aprieta las sienes con los dedos y pone la cara de quien tiene dolor de muelas. Al fin, moja la pluma en el tintero, y, con un ademán decidido, resuelto, como si firmase una sentencia de muerte, escribe el título.

— ¡Mamá, agua!—oye gritar a su hijo.

— ¡Calla, calla!—contesta, con voz sofocada, la madre—. Papá está escribiendo.

Papá está escribiendo muy de prisa, sin detenerse. Los bustos y los retratos de escritores insignes miran correr su pluma sobre el papel, y parecen decir:

— ¡Dios mío, qué de prisa escribes! Nosotros no pudimos nunca escribir de ese modo.

Krasnujin escribe sin tregua. Un silencio profundo, imponente, reina en torno suyo. No se oye sino

el roce de la pluma sobre el papel. Se diría que los escritores insignes que tiene delante velan por su calma y murmuran:

— ¡Silencio! El señor Krasnujin está escribiendo.

De pronto, Krasnujin se estremece, suelta la pluma y aguza el oido. La vecina Foma Nicolayevich reza en el cuarto próximo.

— Oiga usted—le grita Krasnujin—. ¿Quiere hacer el favor de rezar más bajo? No me deja usted escribir.

— Bueno, señor. Perdóneme usted.

Y torna a reinar el silencio. Los escritores insignes velan nuevamente porque nadie moleste al señor Krasnujin.

El cual, después de escribir cinco cuartillas, se despereza y saca el reloj.

— ¡Dios mío, son ya las tres!—gime—. Todos duermen: sólo yo trabajo.

Quebrantado, desmadejado, se dirige a la alcoba, despierta a su mujer, y le dice con voz quejumbrosa:

— Nadia, dame más té. Se me acaban las fuerzas.

Escribe hasta las cuatro. Acaba el artículo, para cuya prolongación no se le ocurre ya nada.

Se va a la cama.

— Estoy tan cansado—le dice a su mujer—que no podré dormirme. Nuestro trabajo maldito de literatos quebranta el alma aún más que el cuerpo. Tendré que tomar bromuro... Si no tuviera que sostener a la familia, hubiera ya roto mi pluma... Esto es atroz, sobre todo si no se escribe por inspiración, sino de encargo.

Un minuto después, ronca.

Duerme hasta el mediodía con el sueño de los justos. En sus ensueños se ve convertido en escritor célebre, en rico editor, en director de un gran periódico. ¡Pero son ensueños no más!

Cuando abre los ojos, un profundo silencio reina en su aposento.

—¡Silencio, niños!—dice, en voz muy queda, la madre—. ¡El pobre papá ha estado escribiendo toda la noche! ¡Chit!...

Nadie se atreve a andar, a hablar, a hacer el menor ruido. Se teme turbar el reposo del señor Krasnujin.

—¡Silencio! ¡Chit!—se oye de vez en cuando.

Y el señor Krasnujin llega a convencerse de que su reposo tiene una importancia grandísima, punto menos que universal.

LAS SEÑORAS

Fedor Petrovich, director de las escuelas primarias del distrito, recibió, en su despacho, la visita del maestro Vermensky.

— No, señor Vermensky—le dijo—. Su dimisión de usted es indispensable. No puede usted seguir siendo maestro con esa voz. ¿Cómo la ha perdido usted?

— Creo que a causa de la cerveza fría que bebí, hallándome cubierto de sudor.

— ¡Qué desgracia! ¡Por una bagatela semejante toda una carrera perdida! Lleva usted catorce años de servicio, ¿verdad?

— Sí, catorce años.

— ¿Y qué va usted a hacer ahora?

Vermensky guardó silencio.

— ¿Tiene usted familia?

— Sí, excelencia, tengo mujer y dos hijos.

El director, conmovido, empezó a pasearse nerviosamente de extremo a extremo de la estancia.

— Verdaderamente, no sé qué voy a hacer con usted. No puede usted seguir siendo maestro. No

tiene todavía derecho a la pensión... Por otra parte, no podemos dejarle a usted en la calle. Usted ha trabajado durante catorce años, y nuestro deber es ayudarle. Pero, ¿cómo? ¡No se me ocurre absolutamente nada! ¡Ni la menor idea!

Y continuó andando. Vermensky, abrumado por su desgracia, estaba sentado en el filo de la silla, sumido en sus reflexiones.

De pronto, la faz del director se tornó radiente, y el funcionario se detuvo ante Vermensky.

—¡Tengo una idea!—exclamó—. La semana próxima dimite el secretario de nuestro asilo de niños pobres; si usted quiere esa plaza, yo puedo ofrecérsela.

El maestro se llena también de alegría.

— ¡Vaya si la quiero, excelencia!

— Entonces, la cosa se arregla maravillosamente. Diríjame usted hoy mismo una solicitud.

Vermensky se fué. El director estaba contentísimo de sí mismo; el pobre maestro tendría una buena colocación, y no perecería de hambre con su familia. Pero su buen humor no duró mucho.

Cuando volvió a su casa y se sentó a la mesa a almorzar, su mujer le dijo:

— ¡Ah, se me olvidaba! Ayer me visitó Nina Sergeyevna, y me recomendó a un joven que quisiera ocupar la plaza del secretario del asilo, que, a lo que parece, dimite.

— Sí; pero esa plaza está ya prometida a otro — respondió el director frunciendo las cejas—. Además, ya conoces mi principio: no doy nunca plazas por recomendación.



— Ya lo sé. Sin embargo, creo que por Nina Sergeyevna bien puedes hacer una excepción. Nos tiene un gran afecto, y todavía no hemos hecho nada por ella. No, querido, no le negarás ese pequeño servicio. De lo contrario, se ofenderá y también me ofenderé yo.

— ¿Y quién es ese joven?

—El señor Polsujin.

— ¿El que trabajó en vuestra función del club? ¿Ese galancete de cabeza vacía? ¡Nunca!

El director estaba tan indignado, que dejó de comer.

— ¡Nunca!—repitió—. ¡Por nada del mundo!

— Pero, ¿por qué?

— Porque no sirve para nada. Además, ¿por qué no se dirige directamente a mí? ¿Por qué prefiere recurrir a la intervención de las señoras? Ese solo detalle prueba que es un botarate...

Después de almorzar, el director, acostado en su canapé, empezó a leer las cartas recibidas. Una era de la mujer del alcalde.

«Querido Fedor Petrovich—comenzaba—. Usted me dijo una vez que tendría sumo placer en hacer algo por mí. Se le presenta a usted una buena ocasión para probarme su disposición favorable: uno de estos días le visitará el señor Polsujin, un joven muy bien educado. Solicitará la plaza del secretario del asilo, y espero...»

— ¡Nunca!—exclamó el director—. ¡Por nada del mundo!

A partir de aquel día, recibió multitud de cartas,



cuyos autores, en su mayor parte señoras, le recomendaban calurosamente a Polsujin.

En fin, una mañana se presentó el propio Polsujin, un joven gordito, afeitado como un *jockey*, y vestido con un traje flamante y muy *chic*.

Habiéndole oido exponer su petición, el director, con tono seco, le respondió:

— Perdóneme usted; mas, para los asuntos concernientes a mi cargo, no recibo en casa, sino en mi oficina.

— Dispense usted: nuestros amigos comunes me han aconsejado que venga a verle precisamente aquí.

— Sí, sí...—dijo el director, mirando con odio las botas elegantes del joven—. Según tengo entendido, su padre de usted es bastante rico, y no acierto a explicarme por qué tiene usted tal empeño en ocupar una plaza tan mal pagada.

— No es por el dinero... No lo necesito; pero no está de más un empleo del Estado, y como principio de carrera, no es despreciable.

— Tal vez. Pero estoy casi seguro de que antes de un mes dejará usted esa plaza, y hay candidatos para quienes sería la felicidad de toda la vida.

— No, no la dejaré, excelencia. Espero que usted estará contento de mí.

El director le detestaba más a cada momento.

— Diga usted: ¿por qué no se ha dirigido directamente a mí, y ha preferido recurrir a la intervención de las señoras?

— Yo no pensaba que eso pudiera no ser grato a



vuestra excelencia. Sin embargo, si vuestra excelencia no concede gran importancia a las cartas de recomendación, puedo presentarle certificados.

Sacó de su bolsillo un papel y se lo tendió al director. El papel llevaba la firma del gobernador. A juzgar por su contenido y por su estilo, el gobernador, cediendo a las instancias de cualquier señora, lo había firmado sin leerlo.

—¡Ante esto...!—dijo el director suspirando—. Obedezco. Escriba usted mañana una solicitud... ¡Qué vamos a hacerle!

Cuando Polsujin se marchó, el director dió rienda suelta a su cólera.

— ¡Canalla!—gritaba, recorriendo nerviosamente la estancia—. ¡Ha conseguido salirse con la suya! ¡Botarate! ¡Indecente! ¡Inútil!

Y escupió con asco.

En aquel momento, una señora, vestida con gran coquetería, entró en su gabinete. Era la mujer del director del Banco local.

—Sólo pienso molestarle un minuto... nada más que un minuto—empezó—. Siéntese usted, querido amigo, y tenga la bondad de escucharme.

Se sienta y obliga a sentarse frente a ella al director.

— Verá usted: me han dicho que el secretario de asilo dimite. Hoy o mañana le visitará a usted un joven: el señor Polsujin. Es amabilísimo, muy bien educado... En fin, un dechado de simpatía, y le quedaré a usted muy obligada...

La señora hablaba sin cesar. El pobre director,

conteniendo su cólera con gran trabajo, la escuchaba, sonreía cortés y la enviaba a todos los diablos.

A la mañana siguiente, cuando recibió en su despacho al maestro Vermensky, el director no se decidía a decirle la verdad. No sabía cómo empezar, y estaba en extremo confuso. Tenía el propósito de excusarse ante él, de contárselo todo, con franqueza, y no se atrevía. De pronto, dando un puñetazo en la mesa, se levantó bruscamente de su sillón, y gritó colérico.

— ¡No tengo plaza para usted! ¿Comprende usted? No tengo nada; no puedo nada. ¡Déjeme usted en paz!

Y salió corriendo del despacho.

UN CONFLICTO

Una tarde de domingo. El terrateniente Kamichov está sentado a la mesa, servida con esplendidez. A su lado se encuentra el señor Champun, un anciano francés muy limpio y muy bien afeitado. Están almorzando.

Champun ha sido en otro tiempo ayo de los hijos de Kamichov, a quienes enseñaba las buenas maneras, la buena pronunciación francesa y el baile.

Cuando los niños se hicieron hombres y entraron como oficiales en el Ejèrcito, Champun quedó en la casa casi exclusivamente para hacer compañía al amo.

Sus deberes no son muy complicados: debe vestirse *come il faut*, ir muy perfumado, escuchar la charla de Kamichov, comer, beber y dormir; por todo lo cual está alojado y mantenido, y hasta cobra dinero, a veces, en cantidad que depende de la buena voluntad del amo.

Kamichov come y, según su costumbre, charla.

— ¡Dios mío!—exclama— ¡Qué mostaza! Es tan fuerte que me quema la lengua. La mostaza france-

sa pica mucho menos; puede uno comerse una libra sin que le produzca ningún efecto.

— Eso depende del gusto — responde suavemente Champun—. Hay quienes prefieren la mostaza rusa, y hay quienes optan por la francesa.

— ¡Hombre, por Dios! Sólo a los franceses les gusta la mostaza francesa, porque no son demasiado exigentes. Comen de todo: ratas, ranas, insectos. ¡Qué desagradable! A usted, sin ir más lejos, no le gusta este jamón, porque es ruso; pero si le dan corcho frito, y le dicen que es francés, lo come y se chupa los dedos. Según usted, todo lo que es ruso es malo.

— Yo no digo eso.

— Sí, todo lo ruso, según usted, es malo, mientras que todo lo francés es, al contrario, delicioso. Usted está seguro de que Francia es el mejor país de la tierra; pero, hablando con franqueza, ¿qué es Francia sino un trocito de terreno que puede recorrerse en un día? Mientras que en nuestra Rusia, por mucho que se ande...

— Sí, señor, Rusia es inmensa.

— ¡Ya lo creo! Además, están ustedes convencidos de que el pueblo francés es el mejor del mundo: inteligente, sabio, civilizado... De acuerdo. Los franceses son muy galantes, muy corteses con las señoras, no escupen en el suelo, etc.; pero no son serios. No hay nada sólido en ellos. Yo no sabré explicarme, pero les falta algo... Todo lo que saben ustedes proviene de los libros, mientras que nosotros, los rusos, somos inteligentes por naturaleza. Los rusos dota-



dos de una instrucción vasta, serían superiores a todos los sabios de Francia.

—Tal vez—dice sin entusiasmo Champun.

—No «tal vez», ¡seguramente! Ya sé que no le gusta a usted que se le digan estas cosas, pero son ciertísimas. El ruso es muy ingenioso; dándole campo para ello, haría maravillas. Por otra parte, es muy modesto y nada amigo de hacer valer sus cualidades. Si inventa algo notable, no lo pregona, como ustedes, a los cuatro vientos... ¡Dios mío, qué ruido arman ustedes con motivo de cualquier invención!... No, no me gustan los franceses. No me refiero a usted; hablo en general. Un pueblo sin moralidad. Completamente humano en su aspecto exterior, vive como los perros. Prueba de lo que digo es, por ejemplo, el matrimonio: nosotros, una vez casados, ya no nos separamos, mientras que ustedes viven como canallas: el marido se pasa el día entero fuera de su casa, bebiendo, mientras la mujer está rodeada de amantes y baila con ellos bailes obscenos.

—Eso no es verdad—no puede menos de protestar Champum, con el rostro encendido—. ¡En Francia, el principio de la vida familiar es muy respetado!

—¡Déjeme usted a mí de principios! ¡Ya sé yo lo que son los principios franceses! Hace usted mal en defender a sus compatriotas. Hay que confesar franca y honradamente que son unos cochinos. Me alegro en el alma de que fueran vencidos por los alemanes, a quienes agradezco de todo corazón el



que les diesen a ustedes la lección que se merecían.

— ¡Entonces, no le entiendo a usted, señor! — exclama Champun indignado y echándose atrás bruscamente—. Si odia usted tanto a los franceses, ¿porqué me conserva consigo?

— ¿Y qué voy a hacer con usted?

— Déjeme, me iré a Francia.

— ¿Cómo? ¿Usted a Francia? ¿Se figura que le dejarían entrar? ¡Nunca! Usted es un traidor a su patria.

— ¿Yo?

— ¡Claro! Usted admira a Napoleón, y su cochina república no le perdonará jamás. Es verdad que también admira usted a Gambetta, pero eso no le salvará.

— *¡Monsieur!*—grita en francés Champun, con voz furiosa y estrujando colérico su servilleta—. *¡Monsieur, vous m'avez outragé d'une façon terrible! ¡Tout est fini entre nous!*

Y, con un gesto trágico, tira la servilleta sobre la mesa, y, la cabeza erguida, con dignidad algo teatral, abandona el comedor.

Algunas horas después, la mesa está puesta de nuevo para la comida.

Kamichov se sienta a ella completamente solo. Se bebe una copa de «vodka» y siente la necesidad de charlar un poco. Pero no hay nadie para oirle.

— ¿Qué hace Alfonso Cudovikovich?—le pregunta al criado.

— El equipaje.

— ¡Vaya un imbécil!—dice Kamichov, y se dirige a la habitación de Champun.



Se lo encuentra sentado en el suelo, en medio del cuarto, junto a una maleta abierta, donde va colocando, con mano temblorosa, ropa, corbatas, tirantes, libros, frascos de perfumes. Sus ojos están arrasados en lágrimas.

— ¿Qué es eso—pregunta Kamichov.

El otro no contesta.

— ¿Quiere usted marcharse? Haga lo que quiera. No soy quién para retenerle, pero... ¿cómo va usted a irse sin pasaporte? Ha de saber usted que se me ha perdido. Sin duda, se ha extraviado entre algunos papeles. Y, sin pasaporte, comprenderá usted... En Rusia son muy severos en esa materia. Antes de que se haya alejado cinco kilómetros será usted detenido.

Champun levanta la cabeza y mira con desconfianza a su señor.

— ¡Sí, sí! No lo dude usted. La policía comprenderá, por la expresión de su cara, que no lleva usted pasaporte y le echará mano en seguida. «¿Quién es usted.» «Adolfo Champum.» «Ya conocemos a esos Champunes. No escasean los malhechores entre ellos.» Y dispóngase usted a emprender un viaje a la Siberia, a pie, con asesinos y ladrones, escoltado por la fuerza pública.

— ¿Se burla usted?

— Nada de eso, querido. Hablo con toda seriedad. Y se lo prevengo: si le detienen a usted, no me escriba cartas suplicándome que lo saque del atolladero. No haré nada, absolutamente nada, aunque me lo presenten a usted atado de pies y manos.



Champun se levanta sobresaltado y empieza a andar nerviosamente de un lado para otro. Está pálido, inquieto.

—¿Qué quiere usted hacer conmigo?—exclama desesperado y llevándose las manos a la cabeza—. ¡Maldito sea el día en que se me ocurrió dejar mi patria! ¡Sólo faltaba que me detuviesen y me mandasen a Siberia!

— Cálmese usted, es una broma—dice Kamichov. Tiene usted mucha gracia. No comprende las bromas, y lo toma todo por lo trágico.

— Amigo mío—exclama con efusión Champun, tranquilizado un poco por el tono de Kamichov—, le juro que amo a Rusia, que les tengo afecto a usted y a sus hijos. Me sería muy doloroso separarme de usted, pero... cada una de sus palabras es un puñal que se clava en mi corazón.

— Tiene usted mucha gracia. ¿Qué le importa a usted que yo hable mal de los franceses? ¿Acaso puede responder de todos sus compatriotas? Es usted de un carácter... Vamos a comer; en la mesa haremos la paz. Viva *l'entente cordiale!*, como dicen ustedes.

Champun se pasa por la cara la borla de los polvos para borrar la huella de las lágrimas, y, precedido de Kamichov, encaminase al comedor.

Esto no es aún la paz definitiva; no es sino el armisticio, que durará muy poco; después del primer plato, las hostilidades vuelven a romperse.

UNA MUJER INDEFENSA

A pesar del acceso de gota que le atormentó toda la noche, y a pesar del estado extremadamente nervioso en que se encontraba Kistunov, el director del banco se fué a la oficina por la mañana y empezó a recibir a los clientes. Su actitud era lánguida, y hablaba con voz apagada, como un moribundo.

—¿En qué podemos servir a usted?—preguntó a una mujer que llevaba una capa pasada de moda y ridícula.

— Mire vuestra excelencia—empezó a explicar la mujer precipitadamente—. Mi marido Chukin, empleado público ha estado enfermo durante cinco meses, y se le ha hecho saber que su plaza está ya ocupada. Cuando he ido a cobrar su sueldo, me han descontado 27 rublos y 36 copecks, pretendiendo que debe esa suma a la caja de seguros mutuos. Yo no tengo que ver con eso, y reclamo que se me paguen



los 27 rublos y 36 copecks. Soy una pobre mujer indefensa, desamparada, maltratada y ultrajada por todo el mundo, y por eso me dirijo a vuestra excelencia...

Manifestó el propósito de llorar y se puso a buscar el pañuelo. Kistunov tomó la petición escrita que ella le tendía, y comenzó a leerla.

— Perdone usted, señora—dijo, encogiéndose de hombros—. No comprendo nada. Sin duda, ha equivocado usted la dirección: la solicitud de usted no tiene relación alguna con nuestro banco. Diríjase usted al ministerio donde trabajaba su marido.

— Me he dirigido ya a cinco oficinas, y no se han dignado siquiera aceptar mi solicitud. No sabía qué hacer, y mi yerno, Boris Matveich, a quien Dios bendiga, me ha sugerido la idea de dirigirme a usted. «El señor Kistunov—me ha dicho—tiene gran influencia, es omnipotente; no tiene usted más que preguntar por él.» Y me dirijo a vuestra excelencia; sólo vuestra excelencia puede ayudarme.

— Pero, señora Chukin, no podemos hacer nada, se lo aseguro a usted. Según este papel, su marido de usted estaba empleado en el ministerio de la Guerra, y nuestro establecimiento es comercial y absolutamente privado. Es un banco, ¿comprende usted?

Y Kistunov se encogió de hombros y se volvió hacia otros clientes.

— Si su excelencia—dijo la señora Chukin con voz quejumbrosa—no quiere creer que mi marido estaba enfermo de verdad, puedo enseñarle el certificado del médico. ¡Aquí está!



— La creo a usted, señora, la creo—dijo irritado Kistunov—; pero, se lo repito, eso no es cosa nuestra. ¡Tiene gracia! ¿Acaso no sabe su marido de usted adónde hay que dirigirse para ese asunto?

— No sabe nada, excelencia. No hace más que reñirme y amenazarme. ¡A mí, que soy una pobre mujer indefensa!

Kistunov se volvió de nuevo hacia la señora Chukin, y, procurando permanecer tranquilo, comenzó a explicarle la diferencia entre el ministerio de la Guerra y un banco comercial privado. Ella le escuchó atentamente, asintiendo a cuanto decía, con inclinaciones de cabeza, y luego repuso:

— Sí, lo comprendo... lo comprendo muy bien. Entonces vuestra excelencia dará orden de que se me paguen, por ahora, al menos, 15 rublos. El resto ya se me pagará.

— Dios mío! — suspiró desesperado Kistunov —. ¿Cómo voy a hacerle comprender a usted que no tenemos relación alguna con el ministerio de la Guerra? Es como si presentase usted una demanda de divorcio en la farmacia o en el negociado de pesos y medidas. Le digo a usted una vez más que ha equivocado la dirección.

— Yo pediré a Dios por su excelencia hasta mi muerte, si tiene piedad de una pobre mujer indefensa. Me faltan ya las fuerzas; no paro en todo el día, unas veces por culpa de mi marido, que es una calamidad, y otras forzada a presentarme al juez municipal, a causa de mis pleitos con los inquilinos. Estoy completamente agotada.



— Sí; pero, ¿qué vamos a hacerle nosotros?

— Excelencia, soy una pobre mujer indefensa.

Kistunov empezó a sentirse mal del corazón. Con expresión de sufrimiento, y conteniéndose, a duras penas, para no prorrumpir en votos, comenzó de nuevo a explicar la diferencia entre el banco y el ministerio de la Guerra; pero su voz no tardó en debilitarse, y exclamó con un gesto desesperado:

— No, no puedo más. Tengo vértigos. Está usted perdiendo el tiempo en vano y haciéndonoslo perder a nosotros.

Después, dirigiéndose a un empleado, dijo:

— Alexey Nicolayevich: ¿quiere usted explicarle a la señora Chukin que no debe dirigirse a nosotros?

Después de recibir a todos los clientes, Kistunov entró en su gabinete y firmó gran cantidad de cartas; pero el empleado seguía hablando con la señora Chukin. Desde su gabinete, Kistunov oía su voz, fuerte y llena, y la penetrante y quejumbrosa de aquella mujer.

— Soy una pobre mujer indefensa—decía la señora Chukin—. No soy ya mujer para nada, y sólo por milagro puedo andar aún. Hasta he perdido el apetito... Esta mañana apenas he podido tomar una taza de café...

Alexey Nicolayevich le respondía, con una calma conseguida visiblemente a costa de grandes esfuerzos, explicándole la diferencia entre un banco y el ministerio de la Guerra. Renunció, al cabo, a su misión, y fué reemplazado por el jefe de contabilidad.

— ¡Qué mujer! ¡Qué mujer!—lamentábase Kistunov, bebiendo a cada instante agua para calmarse un poco—. ¡Esto es anormal, inaudito! Nos va a poner a todos malos.

Media hora después sonó el timbre. Alexey Nicolayevich entró en el gabinete.

— ¿Qué?... ¿Sigue aún ahí?—preguntó con voz desfallecida.

— Sí, Pedro Alexandrich. No hay manera de que se haga cargo de nada. No podemos más.

— Escuche usted... No puedo oir su voz, ¿comprende usted? Me pongo malo.

— No se puede hacer más que avisar al conserje... La echará a la calle.

— ¡No, no!—protestó Kistunov—. Empezaría a gritar, a armar escándalo... Prefiero que la hagan ustedes entrar en razón.

— Bueno.

Alexey Nicolayevich salió, y momentos después se oían de nuevo su voz, fuerte y llena, y la quejumbrosa de la señora Chukin.

Un cuarto de hora más tarde fué nuevamente reemplazado por el jefe de contabilidad.

— ¡Qué mujer! ¡Qué mujer!—gemía Kistunov estrujándose nerviosamente los dedos—. ¡Una verdadera idiota! Tengo jaqueca.

En el salón vecino Alexey Nicolayevich, perdidas por completo fuerzas y paciencia, exclamó, colérico, dirigiéndose a la señora Chukin:

— ¡Esto es insoportable! ¿Se puede concebir mayor estupidez?—y dió un puñetazo en la mesa.

La señora Chukin se ofendió.

— No sea usted grosero. Esas cosas puedes decírselas a tu mujer, pero a mí, no.

Alexey Nicolayevich, dirigiéndole una mirada llena de cólera y de odio, dijo, con voz ronca:

— ¡Márchese de aquí!

— ¿Cómo?—exclamó ella—. ¿Se atreve usted a echarme? ¡Ah, no, eso no! Soy una pobre mujer indefensa, y no puedo permitir que me insulten. Mi marido es empleado público, y tú... ¡Qué indecente! Iré a quejarme a mi procurador, Dmitry Karlich, y te dará una buena lección de cortesía. Me ha ganado ya tres pleitos contra los inquilinos, y hará, quizá, que te deporten a la Siberia. Me la vas a pagar... ¿Dónde está el general? ¡Excelencia! ¡Excelencia!

— ¡Largo de aquí — dijo Alexey Nicolayevich, ahogándose de ira.

En aquel instante, Kistunov entreabrió la puerta de su gabinete y dirigió una mirada al salón.

— ¿Qué sucede?---preguntó con tono doliente.

La señora Chukin, roja como un cangrejo, se hallaba en medio de la estancia, haciendo gestos amenazadores, mientras los empleados, igualmente rojos de cólera y en actitud de mártires, se mantenían a cierta distancia.

— ¡Excelencia!—gritó, lanzándose hacia Kistunov—, ese (y señalaba con el dedo a Alexey Nicolayevich) me ha insultado. En vez de arreglar mi asunto, como se le había ordenado, ha hecho mofa de mí. Soy una pobre mujer indefensa. ¡Mi marido es em-

pleado público, mi padre era capitán, y no puedo consentir que me insulten!

— ¡Bueno, señora! — gimió Kistunov —. Luego veré... Ahora no me es posible... ¡Déjenos usted, márchese!

—Pero necesito dinero hoy mismo. No puedo esperar.

Kistunov se pasó por la frente la mano temblorosa, lanzó un suspiro, y dijo con voz moribunda:

— Señora, se lo he explicado a usted. Esto es un banco, una empresa comercial privada, y, por lo tanto, no podemos serle a usted útiles. Sólo consigue usted impedirnos trabajar.

La señora Chukin le escuchó y dijo:

— Si, lo comprendo; pero he estado ya en todas partes. Sólo usted puede arreglar mi asunto. Si el certificado del médico no basta, puedo enseñarle a usted el certificado de la policía...

Una nube de sangre oscureció la vista de Kistunov, que se dejó caer, medio muerto, en una silla.

— ¡Cuánto ha de cobrar usted?

— Veinticuatro rublos con 36 copecks.

Kistunov sacó su cartera, extrajo de ella un billete de 25 rublos y se lo dió a la señora Chukin.

— ¡Tome usted, y... márchese!

Ella tomó el dinero, lo envolvió en una punta de su pañuelo, y sonriendo con dulzura, casi con coquetería, preguntó:

— Excelencia, ¿no será posible que vuelva mi marido al servicio?

— ¡Por todos los santos, déjeme usted!... ¡No puedo más, estoy enfermo!



Cuando, por fin, se fué, Alexey Nicolayevich hizo llevar bromuro para todos los empleados. La señora Chukin estuvo aún una hora en el portal, dándole jaqueca al portero.

PRICHIBEYEV

—¡Suboficial Prichibeyev! Está usted acusado de haber ultrajado, el 3 de septiembre, de palabra y obra, al policía Sigin, al burgomaestre Aliapov, a sus ayudantes Efimov, Ivanov, Gavrilov y a seis campesinos. A los primeros les ultrajó usted cuando estaban cumpliendo su deber oficial. ¿Se reconoce usted culpable?

Prichibeyev adopta una actitud marcial, como si se encontrase ante un general, y responde con ronca voz, silabeando cada palabra:

—Señor juez, permítame usted que se lo explique todo, pues no hay asunto que no pueda ser considerado desde diferentes puntos de vista. No soy yo el culpable, sino los otros, y a ellos es a quien hay que condenar. Ya lo verá usted cuando yo tenga el honor de exponerle el asunto detalladamente. Todo ha sucedido a causa de un cadáver. Antes de ayer yo me paseaba, muy tranquilo, con Anfisa, mi mujer. De pronto veo, junto al río, una aglomeración. «Por qué tanta gente reunida?—pregunté—. ¿Con qué derecho? ¿Acaso la ley autoriza las aglomeraciones?»



Y empecé a dispersar a la gente. «¡Circulen! ¡Circulen!» —grité—. Además, ordené al centurión que dispersase a la multitud.

— Pero usted no tiene ningún derecho — le hace observar el juez—. Usted no es ni burgomaestre, ni policía, y no es de su incumbencia dispersar a la muchedumbre.

— ¡Claro que no es de su incumbencia! — se oye gritar por toda la sala—. Estamos de él hasta la coronilla, señor juez. Hace quince años que no nos deja tranquilos. ¡No podemos más! Nos hace la vida imposible desde que está en la aldea, de vuelta de servicio militar.

—Sí, señor juez—dice un testigo que se apoya en la barandilla —. Le suplicamos a usted que nos defienda de este individuo. No podemos ya soportar su despotismo. En todo se mete: grita, jura, ordena, aunque no tiene ningún derecho. Basta que nos reunamos con motivo de cualquier fiesta o cualquier ceremonia, para que se presente y nos trate como a vil chusma. Tira de las orejas a los niños, espía, vigila a nuestras mujeres. Ultimamente nos ha prohibido tener las luces encendidas después de las nueve de la noche, y cantar.

— Espere usted — dijo el juez —. Usted declarará luego. Ahora la palabra la tiene el acusado. Continúe usted, Príchibeyev.

—¡A sus órdenes de usted, señor juez! Dice usted que no es de mi incumbencia dispersar a la muchedumbre. ¡Admitámoslo! Pero, ¿y si se producen desórdenes? ¿Pueden tolerarse los desórdenes? ¿Acaso la

ley manda que se deje a la gente hacer lo que le dé la gana? ¡No; no puedo permitirlo! Si yo no les llamase al orden, ¿qué sucedería? Nadie, en la aldea, sabe cómo se debe tratar a los campesinos; sólo yo lo sé. Yo no soy un simple mujik, señor juez: ¡soy un suboficial! He hecho mi servicio militar en Varsovia, en el Estado Mayor. Después he pertenecido a una compañía de bomberos; después, durante dos años, he sido conserje en un colegio clásico, y sé bien cómo debe tratarse a la gente de origen humilde; comprendo la necesidad de mantener el orden público. Un mujik no comprende nada, y debe obedecerme por su propio interés. Prueba de lo que digo es, por ejemplo, este asunto. Cuando dispersaba a la muchedumbre, vi un cadáver a la orilla del río. «¿Por qué—preguntó—se halla en este sitio? ¿En virtud de qué ley? ¿Dónde está la policía?» Al fin veo a su jefe..., al Sigin de marras. «¿Por qué no cumples con tu deber?—le pregunté—. ¿Por qué no avisas a las autoridades superiores? Tal vez ese ahogado es víctima de un crimen. Tal vez ha sido asesinado.» Pero, Sigin, no hace el menor caso de mis palabras, y continúa, muy tranquilo, fumando su cigarrillo. «Usted no es quién—me dice—para pedirme cuentas, para darme órdenes. Yo sé lo que tengo que hacer.» «No — le contesto —; tú no lo sabes cuando sigues aquí, como un imbécil, sin hacer nada.» Entonces, me dijo: «A su debido tiempo le he avisado al jefe de policía del distrito.» «Pero no era a él a quien debiste avisar—le digo—. ¿No comprendes que es un asunto muy grave, y que hay que avi-

sar en seguida a las autoridades judiciales? En primer lugar, hay que avisar al señor juez.» Y figúrese usted: el imbécil, en vez de tomar en serio mis palabras, se echa a reir. ¡Y los mujiks también! Todos se echaron a reir, señor juez, se lo juro a usted.

Prichibeyev se vuelve hacia la sala, mira a los asistentes y empieza a indicar con el dedo:

— ¡Ese se rió! ¡Y aquél! ¡Y aquél otro también! Pero el primero que se rió fué Sigin. «¿Por qué te ríes?»—le digo—. «Porque—me responde—al juez no le incumben estos asuntos.» Estas palabras me llenaron de pasmo. «¡Cómo? — exclamé —. ¿Te atreves a decir cosas semejantes respecto del señor juez?» Le juro a usted que pronunció esas palabras.

Y, volviéndose hacia Sigin, le pregunta:

—¿Es verdad? ¿Dijiste eso, o no?

—Sí, lo dije.

— ¡Ya lo creo! Todo el mundo oyó cómo dijiste: «Al juez no le incumben estos asuntos.» Excuso decirle, señor juez, hasta qué punto me sorprendieron estas palabras. «Repite—le dije—lo que te has atrevido a decir.» Y repitió las mismas palabras. Entonces, indignadísimo, exclamé: «¿Te rebelas contra las autoridades? ¿No sabes, imbécil, que el señor juez, por esas palabras, te puede enviar a la Siberia? ¿Que los gendarmes pueden detenerte y meterte en la cárcel como a un revolucionario?» Entonces, el burgomaestre también declaró: «El juez no puede juzgar sino los pequeños asuntos.» Todos lo oyeron. «¿Tú también—le dije—te rebelas contra las autoridades?» Yo no podía ya contenerme. Si me hubiera

hallado en Varsovia, hubiera llamado a un gendarme. Lo hacía con mucha frecuencia cuando oía hablar a alguien contra las autoridades. Pero aquí, en la aldea, no hay gendarmes, desgraciadamente. Bueno, decidí obrar por mi propia cuenta, y les di una buena lección... con esta mano. Ya que no se hacen cargo de nada, hay que enseñarles a respetar el poder. Le di algunos sopapos a Sigin, y después al burgomaestre, y después a los demás que se pusieron de su parte. Mi arrebato fué, tal vez, excesivo; pero está gente puede llegar hasta la locura si no les pega uno. No hay otra manera de imponerles el respeto al orden público.

— Sí; pero su misión de usted no es esa. Es cosa que no le concierne en absoluto. Para eso existe la policía, el burgomaestre.

—Pero, ¡como no comprenden su deber!

—¡Dios mío, convénzase usted de que no tiene el menor derecho a mezclarse en esos asuntos! Carece usted de autoridad para ello.

—¿Cómo que no tengo derecho? ¡Es muy extraño! ¿Y si turban el orden público? Yo no puedo verlo con buenos ojos. Por eso se quejan de que les prohibo cantar. ¿Es que no tienen otra cosa que hacer? Luego, no apagan la luz hasta la media noche. En vez de acostarse, charlan, ríen. Están todos inscriptos aquí.

—¿Quiénes?

—Pues los que, en vez de acostarse temprano, se quedan charlando hasta media noche y malgastando petróleo.



Prichibeyev saca del bolsillo un papel muy sucio, se pone los lentes, y lee: «Ivan Projorov, Sarra Mikiforov, Petro Petsov. La viuda Ana Chustov tiene relaciones ilícitas con Lemen Kislov. Ivan Sverchok y su mujer son brujos.

—¡Basta!—dice el juez—, y procede al interrogatorio de los testigos.

Prichibeyev mira al juez, lleno de extrañeza; es cosa bien clara que no está a favor suyo. No comprende su conducta, manifiestamente adversa a él.

Su extrañeza sube de punto cuando el juez lee el veredicto:

—Prichibeyev es condenado a un mes de prisión.

—¿Por qué?—pregunta—. ¿En virtud de qué ley?

Decididamente el mundo marcha al revés. La vida se hace imposible en estas condiciones. Ideas negras se adueñan de él.

Pero, una vez fuera de la sala del tribunal, y encontrándose en su camino un grupo de mujiks que charlan, no puede contenerse y grita, según su costumbre:

—¡Circulad! ¡Circulad! ¡Nada de reuniones! ¡Cada cual a su casa!

DE MADRUGADA

Nadia Zelenina volvió, con su mamá, del teatro, donde se había representado *Eugenio Oneguin*, de Puchkin.

Cuando se halló sola en su cuarto, se desnudó de prisa, deshizo sus trenzas, y con la larga cabellera rubia cubriéndole la espalda, se sentó, en saya y peinador, ante la mesa. Quería escribir una carta parecida a la que Tatiana, la heroína de la obra que acababa de ver, escribe a Eugenio Oneguin.

«Le amo a usted — escribió —; pero usted no me ama.» Quería poner cara triste, compungida; pero sus esfuerzos fueron vanos, y se echó a reír.

Tenía no más diez y seis años, y no amaba a nadie. Sabía que era amada por el oficial Gorny y por el estudiante Grusdiev; pero entonces, al volver del teatro, quería dudar de su amor. ¡Es tan interesante ser desgraciada! Hay algo de poético en el amor no compartido. Si dos se aman y son felices, no ofrecen interés alguno; ¡eso es tan corriente y tan vulgar!

«No me hará usted creer nunca que me ama—es-



cribía, el pensamiento puesto en Gorny —. No puedo creerle a usted... ¡Es usted tan inteligente, instruído y serio!... Tiene usted mucho talento, y, sin duda, le está reservado un envidiable porvenir; mientras que yo soy una joven poco instruída, sin talento ninguno y nada interesante. Sólo puedo ser un obstáculo en su camino, y no quiero serlo. Ya sé que le gusto, y que hasta se cree un poco enamorado de mí, en quien piensa haber hallado su media naranja; pero se da usted, al cabo, cuenta de su error y se dice, quizá, amargamente: «Dios mío, ¿por qué habré encontrado en mi camino a esta muchacha?» Estoy segura de que lo piensa usted, aunque es demasiado bueno para decírmelo con franqueza... Al escribir las últimas líneas, Nadia tuvo lástima de sus propias desgracias, lloró un poquito y continuó, haciendo pucheros: «No puedo abandonar a mamá ni a mi hermano. A no ser por eso, me retiraría a un convento, y procuraría ocultar mi dolor bajo un hábito negro. De ese modo quedaría usted libre, y encontraría, de seguro, su felicidad al lado de otra. Hay momentos en que la tristeza me abruma hasta tal punto, que quisiera morirme.»

Nadia lloraba tan copiosamente, que no podía ya distinguir las líneas. Ante sus ojos se agitaban todos los colores del arco iris, y lo veía todo como a través de un prisma. Se reclinó en su sillón y se absorbió en sus pensamientos.

¡Dios mío, cuán interesantes son los hombres! Pensó en la bella y dulce expresión del rostro de Gorny cuando hablaba de música, arte que él ado-

raba. Hacía visibles esfuerzos para hablar con calma; pero la pasión se imponía y vibraba en su voz. En sociedad, donde la indiferencia y la fría reserva son reputadas de buen tono, hay que ocultar el entusiasmo. El oficial Gorny lo ocultaba, más, a su pesar, no siempre del todo, y nadie ignoraba su pasión por la música. Tocaba admirablemente el piano, y, de no ser militar, sería, de seguro, un virtuoso célebre.

Recordaba que Gorny le había hecho una declaración de amor durante un concierto sinfónico.

Las lágrimas de Nadia se secaron, y siguió escribiendo: «Me alegro mucho de que haya conocido usted al estudiante Grusdiev. Es un hombre muy inteligente, y estoy segura de que le querrá usted. Ayer estuvo con nosotros hasta las dos de la mañana, e hizo nuestras delicias. Es lástima que usted no estuviese. Grusdiev dijo muchas ingeniosidades.»

Nadia colocó las manos en la mesa y apoyó la cabeza en ellas. Su cabellera, suelta, se desparramó sobre la carta. Recordó que Grusdiev la amaba también, y pensó que tenía el mismo derecho a su carta que el oficial Gorny. ¿No sería, en efecto, mejor escribirle al estudiante?

De pronto, una inmensa y serena alegría llenó todo su ser, y le pareció que flotaba en la suavidad de unas ondas acariciadoras. Una risa gozosa sacudió sus hombros, y experimentó la sensación de que todo reía también en torno suyo, incluso la mesa y la lámpara. Para justificar ante sí misma su regocijo inexplicable, procuró pensar en algo cómico. Y

recordó a Grusdiev, jugando el día anterior con su perro, cuyos graciosos saltos hacían reír a todos.

—¡No; amaré más bien a Grusdiev!—decidió.

Y rompió la carta escrita al oficial.

Se esforzó en no apartar su imaginación de Grusdiev, de su amor; pero, a pesar de todo, su imaginación propendía a otras cosas distintas de aquéllas, como su mamá, sus paseos, sus clases de música, sus trajes nuevos, y se complacía evocándolas. Todo le era propicio a Nadia, feliz hasta donde una niña de diez y seis años cabe que lo sea. Presentía que, en lo futuro, su vida sería aún más interesante. La primavera se acercaba; después llegaría el verano y se iría toda la familia a la casa de campo. Gorny y Grusdiev también irían y le harían la corte. Le contarían mil cosas divertidas, y jugarían con ella al «tennis». Se pasearían, a la luz de la luna, en su vasto jardín, bajo el cielo estrellado. De nuevo, una risa gozosa la sacudió toda, y no sabiendo ya qué hacer con su enorme, con su desbordante alegría, se sentó en la cama, alzó los ojos hacia el viejo icono, y murmuró:

—¡Dios mío, qué hermosa es la vida!

UN ACONTECIMIENTO

Gricha, un muchachuelo de siete años, no se apartaba de la puerta de la cocina, y espiaba por la cerradura. En la cocina sucedía algo extraordinario; al menos, tal era la opinión de Gricha, que no había visto nunca cosas semejantes. He aquí lo que pasaba.

Junto a la gran mesa en que se picaba la carne y se cortaba la cebolla, hallábase sentado un rollizo y alto «mujik», en traje de cochero, rojo, con una barba muy larga. Su frente estaba cubierta de sudor. Bebía té, no directamente en la taza, sino en un platillo sostenido con los cinco dedos de su mano derecha. Mordía el azúcar, y hacía, al morderlo, un ruido que escalofriaba a Gricha.

Frente a él, sentada en una silla, se hallaba la vieja nodriza Stepanovna. Bebía también té. La expresión de su rostro era grave y solemne. La cocinera Pelageya trasteaba junto al hornillo, y estaba, visiblemente, muy confusa. Por lo menos, hacía todo lo posible por ocultar su rostro, en extremo encarnado, según los atisbos de Gricha.



En su turbación, ya cogía los cuchillos, ya los platos haciendo ruido, y no podía estarse quieta ni sabía qué hacer de toda su persona. Evitaba mirar a la mesa, y si le dirigían una pregunta, respondía con voz severa y brusca, sin volver siquiera la cabeza.

—¡Pero tome usted un vasito de «vodka» — decía la vieja nodriza al cochero—. Sólo toma usted té.

Había colocado ante él una botella de «vodka» y un vasito, poniendo una cara muy maliciosa.

—Se lo agradezco a usted; no bebo nunca — respondió el cochero.

—¡Qué cosa más rara! Todos los cocheros beben... Además, usted es soltero y no tiene nada de particular que, de vez en cuando, se beba un vasito. ¡Se lo ruego!

El cochero, con disimulo, lanzó una mirada a la botella; luego a la cara maliciosa de la nodriza, y se dijo:

—Te veo venir, vieja bruja; quieres saber si soy bebedor. No, vieja, no caeré en tu trampa.

—Gracias, gracias, no bebo. Con mi oficio sería peligroso beber. Un obrero cualquiera puede permitírselo, pues está siempre en su taller, mientras que nosotros los cocheros estamos casi siempre ante el público. Además, es preciso tener cuidado del caballo, que se puede escapar cuando se halla uno en la taberna. Por otra parte, estando uno borracho puede caerse del pescante. No; a nosotros los cocheros no nos conviene la bebida. Debemos guardarnos de beber.



—Diga usted, Danilo Semenich, ¿cuánto gana usted al día?

—Según. A veces gano hasta tres rublos, y hay días en que no gano nada. Hay buenos y malos días... En fin; en estos tiempos, nuestro oficio no vale nada. Los cocheros son demasiado numerosos, el heno cuesta caro, y los clientes, por su parte, prefieren tomar el tranvía a tomar un coche. No se pueden hacer grandes negocios con clientes así. Pero, en fin, yo no me quejo; a Dios gracias, estoy alimentado, vestido, y tengo cuanto necesito.

Dirigiéndole una mirada a la cocinera, añadió:

—Hasta podría hacer feliz a otra persona... si no me rechazara.

Gricha no oyó la continuación del diálogo, porque, en aquel momento, apareció su mamá y lo echó.

—¡Vete a tu cuarto! No tienes nada que hacer aquí.

Obedeció. Cuando estuvo en su cuarto, abrió un libro de estampas; pero no podía leer: todo lo que acababa de ver y de oír le había dejado perplejo.

Había oído a mamá decir a papá que la cocinera se casaba. ¡Era una cosa tan extraña! No acertaba a explicarse por qué se casaba, ni por qué se casa la gente, en general. Papá, se había casado con mamá; la prima Vera, con Pablo Andreyevich. Aun concebía que existiese quien pudiera casarse con papá o con Pablo Andreyevich, que vestían muy bien, llevaban siempre las botas brillantes, y tenían gruesas cadenas de oro. Pero casarse con aquel terrible cochero que tenía la nariz roja, que iba mal vesti-

do, y que estaba siempre sudando, ¡qué extraña idea! Era algo de todo punto incomprensible. ¿Y por qué la vieja nodriza Stepanovna tenía tal empeño en que la pobre cocinera se casara con aquel monstruo?

Cuando el cochero se marchó, la cocinera entró en el comedor y se puso a arreglarlo. Su turbación no la habia aun abandonado, y su rostro seguía rojo. Aunque tenía la escoba en la mano, no barría cási, y era indudable que trataba de prolongar su estancia en el comedor indefinidamente. La mamá de Gricha estaba allí, y no decía nada a la cocinera, la cual bien se veía que estaba esperando sus preguntas. Al fin, la cocinera, no pudiendo ya contenerse, comenzó a hablar.

—¡Se ha ido!—dijo.

—Sí. Parece un buen hombre — respondió la madre de Gricha sin levantar los ojos de su bordado—, un hombre sobrio, serio.

—¡No me casaré, palabra!—exclamó de repente la cocinera, con el rostro más rojo aún—. ¡No quiero! ¡No quiero!

—¡No digas tonterías! Tú no eres ya una niña. Es un paso muy grave. Se debe reflexionar antes de darlo. Dímelo francamente: ¿te gusta?

Gricha, al principio de la conversación, se había deslizado en el comedor, y, sin moverse de un rincón, escuchaba con gran interés.

—¿Lo sé yo acaso?

—¡Qué bestia es!-- pensó Gricha—. Debía decir claramente que no le gusta!



—Dímelo, no tengas vergüenza. ¡Déjate de dengues!

—Cuando yo le digo a usted, señora, que no lo sé... Además, es un hombre ya entrado en años.

En aquel instante penetró la vieja nodriza.

—¡Tonterías!—protestó—. No tiene aún cuarenta años. Aparte de eso, no es un joven lo que tú necesitas; no se puede nunca tener confianza en los jóvenes... ¡No hables más y cásate con él!

—¡No quiero!—exclamó la cocinera una vez más.

—¡Dios mío, qué estúpida eres! ¿Qué es lo que necesitas? ¿Un príncipe? Debías estar contenta. Ya es hora de que olvides a los carteros y a los criados que te hacen la corte; esos nunca te hablarán de casarse...

—¿Es la primera vez que has visto a ese cochero? —preguntó mamá.

—¡Naturalmente! ¿Dónde iba a haber visto a ese diablo? Lo ha traído Stepanovna...

Durante el almuerzo, cuando la cocinera estaba sirviendo a la mesa, todos la miraban sonriendo, y la hacían rabiar con alusiones a su cochero. Ella se ruborizaba, y hallábase en extremo confusa.

—Debe de ser una vergüenza eso de casarse—pensaba Gricha.

El almuerzo estaba muy mal preparado; la carne, muy mal asada. Luego, la cocinera dejaba caer a cada instante platos y cuchillos. No obstante, todos comprendían su estado de ánimo, y nadie la hacía reproches. Unicamente, con motivo de haber roto

algo la pobre mujer, el papá de Gricha apartó con violencia su plato, y dijo a mamá:

—¡Es en ti una verdadera manía el afán de casar a la gente! Más valía que la dejases arreglárselas ella sola.

Después del almuerzo, la cocina se llenó de cocineras y criadas de la vecindad. Hasta muy entrada la noche se oyeron allí murmullos misteriosos; las domésticas de todo el barrio estaban ya enteradas, no se sabe cómo, de que la cocinera quería casarse.

Habiéndose despertado a cosa de las doce, Gricha oyó a la vieja nodriza y a la cocinera hablar en voz baja del otro lado del tabique. La cocinera, tan pronto lloraba como prorrumpía en risitas, mientras la vieja Stepanovna hablaba con un tono grave y convincente. Cuando Gricha se durmió de nuevo, vió en su sueño a un monstruo de roja nariz y luenga barba llevarse a la pobre cocinera por la chimenea.

Al día siguiente, todo había recobrado su calma; la vida de la cocina seguía su curso, como si el cochero no existiese ya. Unicamente, a veces, la vieja nodriza se ponía el chal nuevo, y, con expresión grave y solemne, se marchaba por una o dos horas, probablemente a conferenciar. La cocinera no volvió a verse con el cochero, y cuando le hablaban de él se ponía como un tomate, y exclamaba:

—¡Que el diablo se lo lleve! ¡No quiero ni que me lo nombren!

Una tarde, la madre de Gricha entró en la cocina, y le dijo a la cocinera:

—Escucha: tú puedes, como es natural, casarte con quien te dé la gana; pero te prevengo que tu marido no podrá vivir aquí. Ya sabes que a mí no me gusta que haya nadie en la cocina. Y tampoco quiero que te vayas de noche.

—Pero, señora, ¿para qué me dice usted eso? A mí no me importa ese hombre. Por mi parte, puede reventar.

Un domingo por la mañana, como mirase Gricha al interior de la cocina, se quedó con la boca abierta.

La cocina estaba llena de visitas. Se encontraban allí todas las cocineras y criadas de la vecindad, el portero, un suboficial, y un muchacho a quien Gricha conocía por el nombre de Filka. El tal Filka iba siempre sucio, harapiento, y ahora estaba lavado y peinado, y sostenía con ambas manos un icono. En medio de la cocina hallábase la cocinera Pelageya, vestida con un flamante traje blanco, y adornados los cabellos con una flor. A su lado se veía al cochero. Los nuevos esposos estaban encarnados y sudando a mares.

—Bueno; me parece que es tiempo — dijo el suboficial, después de un largo silencio.

Pelageya empezó a hacer pucheros, y prorrumpió, al fin, en sollozos. El suboficial tomó de la mesa un gran pan, se colocó junto a la vieja Stepanovna, y procedió a las bendiciones. El cochero se acercó a él, le saludó humildemente, y le besó la mano. Pelageya siguió, de un modo automático, su ejemplo. Al cabo, la puerta se abrió, se llenó la cocina de nu-

bes de vapor, y todo el mundo se dirigió con gran algazara al patio.

—¡Pobre infeliz!—pensaba Gricha, oyendo los sollozos de Pelageya—. ¿Adónde la llevan? ¿Por qué ni papá ni mamá hacen nada para protegerla?

Terminada la ceremonia de la boda, todos los invitados volvieron a la cocina. Hasta las nueve de la noche tocaron el acordeón y cantaron. La mamá de Gricha no hacia más que lamentarse de que la vieja Stepanovna oliese a «vodka», y de que nadie se cuidase del «samovar». Pelageya se hallaba ausente, y cuando Gricha se acostó no había vuelto todavía.

—¡Pobre infeliz!—pensaba Gricha, al dormirse—. Probablemente estará ahora llorando en algún rinconcito. El monstruo del cochero acaso le pegue.

A la mañana siguiente, Pelageya encontrábase ya en la cocina. También estuvo allí unos instantes el cochero. Le dió las gracias a la madre de Gricha, y dirigiéndole una mirada severa a Pelageya, dijo:

—Tenga usted la bondad, señora, de vigilarla... Sea usted para ella como una madre.

—Y usted también, Stepanovna — añadió encarándose con la vieja nodriza—, vigílela... Que no haga tonterias.

Luego, volviéndose hacia la madre de Gricha, dijo:

—¿Haria usted el favor de darme cinco rublos a cuenta del sueldo de Pelageya? Mi coche necesita una reparación.

Esto era un nuevo enigma para Gricha. Pelageya

había sido hasta entonces completamente libre; no había tenido que dar cuenta a nadie de su conducta, y ahora aquel extraño, llegado no se sabía de dónde, tenía derecho a intervenir en sus acciones y a quedarse con su dinero... ¡Hay cosas extrañas en el mundo!

Sintió una gran lástima de Pelageya, aquella víctima de la injusticia humana. Cogiendo del aparador la manzana más grande, se deslizó hasta la cocina, puso la manzana en la mano de Pelageya, y echó a correr, conmovidísimo.

EL ENMASCARADO

Había baile de máscaras en el club.

Dieron las doce de la noche. Algunos intelectuales no disfrazados estaban sentados en la biblioteca, alrededor de una gran mesa, leyendo la prensa. Muchos de ellos parecían dormidos sobre los periódicos. En la biblioteca reinaba un silencio profundo.

Del gran salón llegaban los sonidos de la música. Pasaban por el corredor, de vez en cuando, criados con bandejas y botellas.

—¡Aquí estaremos mejor!—tronó, de pronto, tras la puerta de la biblioteca, una voz muy sonora—. ¡Venid, hijas mías, no tengáis miedo!

La puerta se abrió, y un hombre ancho de espaldas en extremo, hizo su aparición. Su rostro estaba oculto bajo un antifaz. Iba vestido de cochero y tocado con un sombrero de plumas de pavo.

Aparecieron tras él dos señoras, también enmascaradas, y un mozo con una bandeja. Sobre la bandeja se veían una gran botella de licor, algunas botellas de vino tinto y cuatro vasos.

—¡Aquí estaremos muy bien! —dijo el enmascara-



do—. Pon la bandeja en la mesa. Siéntense ustedes, señoras, se lo suplico. Estarán ustedes como en su casa.

Luego, dirigiéndose a los intelectuales sentados en torno de la mesa, añadió:

—Ustedes, señores, por su parte, háganos un poco de sitio. ¿Y sobre todo, nada de cumplidos!

Con un movimiento brusco tiró al suelo varios periódicos.

—¡Eh! Pon aqui la bandeja. Señores lectores, ruego a ustedes que se aparten un poco. No es este el momento de leer los periódicos ni de dedicarse a la politica. ¡Pero dense ustedes prisa!

—¡Le ruego a usted que no haga ruido!—dijo un intelectual, mirando al hombre enmascarádo por encima de sus lentes—. Esto es la biblioteca y no el «bufet».

Se ha equivocado usted de puerta.

—¡Calla! ¿Usted piensa que no se puede beber aquí? ¿Quiere usted decirme por qué? La mesa se me antoja bastante fuerte... En fin, no tengo tiempo de discutir.

Dejen ustedes sus periódicos y hagan sitio. Ya han leido ustedes bastante. Son ustedes demasiado sabios y pueden enfermar de la vista si leen con exceso! ¡Sobre todo, no quiero que sigan ustedes leyendo!

El mozo dejó la bandeja en la mesa y, con la servilleta al brazo, esperó en pie junto a la puerta.

Las damas empezaron a beber.

—¡Y pensar que hay gente tan sabia que prefiere



la Prensa al buen vino!—dijo el enmascarado, llenando su vaso—. O lo que sucede, señores, ¿es que ustedes no tienen dinero para beber? ¡Tendría muchísima gracia! Hasta empiezo a dudar que entiendan lo que están leyendo. ¡Eh, usted, señor de los lentes! ¿Quiere usted decirme qué ha sacado en limpio de su lectura? Me apuesto cualquier cosa a que no ha entendido una palabra. Muchacho, sería mejor que bebieses con nosotros. ¡No te las eches más de sabio!

Se levantó y, bruscamente, le quitó el periódico al hombre de los lentes, que palideció, se puso luego colorado y miró con asombro a los demás intelectuales.

Estos le miraron a su vez.

—Olvida usted, señor—protestó el intelectual—, que está en la biblioteca y no en la taberna, y le suplico se conduzca más decentemente. De lo contrario, acabaremos mal. Sin duda ignora usted quién soy. Soy el banquero Gestiakov.

—Me importa un comino que seas Gestiakov. En cuanto a tu periódico, ¡mira!

Estrujó el periódico y lo hizo pedazos.

—¡Señores, esto no puede permitirse!—balbuceó Gestiakov estupefacto—. Es tan extraño... tan escandaloso...

—¡Dios mío, se ha enfadado!—dijo riendo el enmascarado—. Me da miedo, ¡palabra! Estoy temblando de pies a cabeza.

Luego, ya en serio, continuó:

—Escúchenme ustedes, señores. No tengo tiempo ni gana de discutir. Quiero quedarme solo con estas

señoras, y les ruego a ustedes que salgan de aquí inmediatamente. ¡Largo! ¡Señor Gestiakov, ahí tiene usted la puerta, y buen viaje! ¡Al diablo! Si no sale usted en el acto, le enseñaré a obedecer. ¡Tú, Belebujin, también! ¡Largo, largo!

—¡Cómo! Es inconcebible—protestó el tesorero del ayuntamiento, Belebujin, congestionado y encogiéndose de hombros—. Aquí ocurren cosas divertidas. Cualquier impertinente entra como Pedro por su casa, y arma un escándalo...

—¡Te atreves a calificarme de impertinente—tronó furioso el enmascarado, dando en la mesa un puñetazo tan violento, que hizo saltar los vasos sobre la bandeja—. ¡Te rompo la crisma si te atreves a tratarme así! ¡Qué marrano! ¡Salgan ustedes en seguida o voy a perder la paciencia! ¡Salgan todos! ¡No quiero que quede aquí ningún canalla!

—¡Ahora veremos!—dijo Gestiakov, tan excitado, que sus lentes se empañaron de sudor. —Voy a enseñarle a usted a ser cortés. ¡Que venga el gerente del club!

Momentos después entró el gerente, un hombrecillo grueso, jadeante, con una cintita azul en el ojal de la solapa.

—Le ruego a usted salga de aquí—dijo encarándosecon el intruso—. Si quiere usted beber váyase al buffet.

—¿Y quién eres tú?—preguntó el enmascarado—. ¡Dios mío, qué miedo me das!

—Le ruego a usted que no siga tuteándome. ¡Salga de aquí, salga!



—Oye, muchacho: te doy un minuto para hacer salir a estos caballeros. Molestan a estas señoras y no quiero verlas cohibidas. ¿Entiendes?

—Este individuo se cree sin duda en una cuadra—dijo Gestiakov—. ¡Que venga Estrat Spiridonich!

—¡EstratSpiridonich! ¡Estrat Spiridonich!—se oyó gritar por todas partes.

No tardó en aparecer Estrat Spiridonich, con su uniforme de policía.

—¡Le ruego que salga de aquí!—exclamó con voz ronca y mirada terrible.

—¡Dios mío, eres tremendo!—contestó riéndose el enmascarado—. Me has dado un susto... Sólo con ver tus ojos, hay para morirse de miedo, ¡ja, ja, ja!

—¡Cállate!—rugió Estrat Spiridonich con toda la fuerza de sus pulmones—. Sal en seguida, si no quieres que llame a los agentes.

El escándalo, en la biblioteca, había llegado al colmo. Estrat Spiridonich gritaba, rojo como un cangrejo, y pateaba. Gestiakov, Belebujin, el gerente del club y los demás intelectuales gritaban también. Pero a todas las voces se sobreponía la voz de bajo, formidable, del enmascarado.

Los bailes del salón cesaron, y el público corrió a la biblioteca, atraído por la batahola.

Estrat Spiridonich llamó a cuantos agentes de policía se hallaban en el club, y comenzó a instruir un proceso verbal.

—¡Dios mío, qué va a ser de mí ahora!—decía, burlándase, con tono quejumbroso, el enmascarado—. ¡Qué desgraciado soy! Me he perdido para

siempre. ¡Ja, ja, ja! Bueno, ¿se ha terminado el proceso verbal? ¿Lo han firmado todos? ¡Entonces, mirad! A la una, a las dos y á las tres...

El enmascarado se levanta, se yergue en toda su estatura y se quita el antifaz. Luego se echa a reir y, satisfecho del efecto producido en la concurrencia, se deja caer en el sillón, lleno de regocijo.

El efecto, verdaderamente, había sido formidable: los intelectuales se miraban unos a otros, confusos y pálidos. Estrat Spiridonich tenía una expresión lamentable y estúpida. Todos habían reconocido en el enmascarado al multimillonario local, el célebre fabricante Piatigorov, famoso por sus buenas obras, sus escándalos y sus extravagancias.

Un silencio violento reinó. Nadie se atrevía a decir nada.

—Bueno, ¿qué?—exclamó Piatigorov—. ¿Quieren ustedes ahora irse, si o no?

Los intelectuales, sin decir esta boca es mía, salieron de puntillas de la biblioteca. Piatigorov se levantó, y, groseramente, cerró la puerta tras ellos.

—¡Tú ya sabías que era Piatigorov!—le decía momentos después, con dureza, al criado, sacudiéndole por los hombros Estrat Spiridonich—. ¿Por qué no me has dicho nada?

—El señor Piatigorov me había prohibido decirlo.

—Ya verás, canalla, yo te enseñaré a guardar secretos. Y ustedes, señores intelectuales, ¿no se avergüenzan? ¡Por una tontería ponerse a protestar: a alborotar! Era, no obstante, tan sencillo marcharse



por un cuarto de hora... Todos nos hubiéramos ahorrado disgustos.

Los intelectuales andaban de un lado para otro, confusos y tristes, sintiéndose culpables y no atreviéndose a hablar alto. Sus mujeres y sus hijas, enteradas del enojo de Piatigorov, no se atrevían a bailar.

Hacia las dos de la mañana Piatigorov salió de la biblioteca: Estaba borracho y se tambaleaba. Entró en el gran salón y se sentó junto a la orquesta. Arrullado por la música, se durmió y empezó a roncar.

—¡No toquéis!—les decían por señas los concurrentes a los músicos—. ¡Chist!... Egor Nilich está durmiendo.

—¿Me permitirá usted que le acompañe a su casa? —preguntó Belebujin inclinándose sobre el millonario.

Piatigorov hizo una mueca con los labios, como si quisiera librarse de una mosca que le molestase.

—¿Me permite usted acompañarle a su casa?—repitió Belebujin—. Voy a hacer que venga su coche de usted.

—¿Qué?... ¿Qué quieres?

—Tendré mucho gusto en acompañarle a usted a su casa. Es hora de irse a la cama.

—Bueno. Vamos...

Belebujin, satisfechísimo, hizo grandes esfuerzos para levantar a Piatigorov. Los demás miembros del club le ayudaron, poniendo en ello sumo celo. Al cabo, merced a los esfuerzos comunes, se pudo

dar cima a la empresa y conducir a su carruaje al millonario.

—¡Es asombroso cómo ha embromado usted a todo el club!—dijo Gestiakov sosteniendo a Piatigorov con el brazo—. Es usted un admirable actor, un verdadero talento. No salgo de mi asombro! ¡Lo que nos hemos reído! No olvidaré nunca este encantador episodio, ¡ja, ja, ja! Bravo, Egor Nilich, ha estado usted muy bien...

UN DRAMA

— ¡Una señora pregunta por usted, Pavel Vasilich!—dijo el criado—. Hace una hora que espera.

Pavel Vasilich acababa de almorzar. Hizo una mueca de desagrado, y contestó:

— ¡Al diablo! ¡Dile a esa señora que estoy ocu-ocupado.

— Esta es la quinta vez que viene. Asegura que es para un asunto de gran importancia. Está casi llorando.

— Bueno. ¿Qué vamos a hacerle? Que pase al gabinete.

Se puso, sin apresurarse, la levita, y, llevando en una mano un libro, y en la otra un portaplumas, para dar a entender que se hallaba muy ocupado, encaminóse al gabinete. Allí le esperaba la señora anunciada. Era alta, gruesa, colorada, con antiparras, de un aspecto muy respetable, y vestía elegantemente.

Al ver entrar a Pavel Vasilich, alzó los ojos al cielo y juntó las manos, como quien se dispone a rezar ante un icono.

— Naturalmente, ¿no se acuerda usted de mí?— comenzó con acento en extremo turbado—. Tuve el gusto de conocer a usted en casa de Trutzky. Soy la señora Murachkin.

— ¡Ah, sí!... Tenga usted la bondad de sentarse ¿En qué puedo serle útil?

— Mire usted, yo... yo—balbuceó la dama, sentándose, y más turbada aún—. Usted no se acuerda de mí... Soy la señora Murachkin... Soy gran admiradora de su talento, y leo siempre, con sumo placer, sus artículos. No tengo la menor intención de adularle, ¡líbreme Dios! Hablo con entera sinceridad. Sí, leo sus artículos con mucho placer... Hasta cierto punto, no soy extraña a la literatura. Claro es que no me atrevo a llamarme escritora, pero... no he dejado de contribuir algo.... he publicado tres novelitas para niños... Naturalmente, usted no las habrá leído... He trabajado también en traducciones... Mi hermano escribía en una revista importante de Petrogrado..

— Sí, sí... ¿Y en qué puedo serle útil a usted?

— Verá usted...—y bajó los ojos, poniéndose aún más colorada—. Conozco su talento y sus opiniones. Y quisiera saber lo que piensa... o, más bien, quisiera que me aconsejase... En fin, he escrito un drama, y antes de enviarlo a la censura, quisiera que usted me dijese...

Con mano trémula sacó un voluminoso cuaderno.

Pavel Vasilich no gustaba sino de sus propios artículos; los ajenos, cuando se veía obligado a escucharlos, le producían la impresión de un cañón, a

cuyos disparos sirviera él de blanco. A la vista del gran cuaderno, se llenó de terror, y dijo:

—Bueno... déjeme el drama, y lo leeré.

—¡Pavel Vasilich! -suplicó la señora, con voz suspirante y juntando las manos—. Ya sé que está usted muy ocupado y no puede perder ni un minuto. Tampoco se me oculta que en este momento está usted enviándome a todos los diablos; pero... tenga usted la bondad de permitirme que le lea mi drama ahora, y le quedaré obligadísima.

—Tendría un gran placer, señora, en complacer a usted; pero... no tengo tiempo. Iba a salir.

—Pavel Vasilich—rogó la visitante, con lágrimas en los ojos—. Le pido a usted un sacrificio. Sé que soy osada, impertinente, pero ¡sea usted generoso! Mañana me voy a Kazan, y no quisiera irme sin saber su opinión. ¡Sacrifíqueme usted media hora.., sólo media hora!

Pavel Vasilich no era hombre de gran voluntad y no sabía negarse. Cuando vió a la señora disponerse a llorar y a prosternarse ante él, balbuceó:

—Bueno, acepto... Si no es más que media hora...

La señora Murachkin lanzó un grito de triunfo, se quitó el sombrero, se sentó, y empezó a leer.

Leyó, primeramente, cómo el criado y la criada hablaban largo y tendido de la señorita Ana Sergeyevna, que ha hecho edificar en la aldea una escuela y un hospital. Después del diálogo con el criado, la criada recita un monólogo conmovedor sobre la utilidad de la instrucción; luego, vuelve el criado, y refiere que su señor, el general, mira

con malos ojos la actividad de su hija Ana Sergeyevna: quiere casarla con un oficial, y considera un lujo inútil la instrucción del pueblo. Después el criado y la criada se marchan, y entra Ana Sergeyevna en persona. Hace saber al público que se ha pasado en claro la noche, pensando en Valentín Ivanovich, hijo de un pobre preceptor, y mozo de nobles sentimientos, que mantiene a su padre enfermo. Valentín es un hombre instruidísimo, pero en extremo pesimista. No cree ni en el amor ni en la amistad, encuentra estúpida la vida y quiere morir. Ana Sergeyevna está decidida a salvarle.

Pavel Vasilich escuchaba y pensaba en su diván, en el que tenía la costumbre de descansar un poco después del almuerzo. De vez en cuando lanzaba a la señora Murachkin una mirada llena de odio.

— ¡Que el diablo te lleve!—pensaba—. ¿Qué culpa tengo yo de que hayas escrito un drama estúpido? ¡Qué cuaderno, Dios mío! ¡No se acaba nunca! Miró el retrato de su mujer, colgado en la pared, y recordó que aquélla le había encargado que comprase y llevase a la casa de campo cinco metros de cinta, una libra de queso y unos polvos para los dientes.

— ¿Dónde he puesto yo la muestra de la cinta?—pensaba—. Creo que está en el bolsillo de la americana... Con tal que no se pierda... Las malditas moscas han manchado el retrato. Le tendré que decir a Olga que lo limpie... Esta endemoniada mujer está leyendo ya la escena octava; el primer acto está, probablemente, tocando a su fin... Pobre señora,



está muy gruesa para tener inspiración. ¡Qué idea más graciosa la de meterse a escribir dramas! Más valía que hiciera media o que cuidase a las gallinas...

— ¿No le parece a usted este monólogo demasiado largo?—preguntó de pronto la señora Murechkin, levantando los ojos del cuaderno.

Él no había oído palabra de dicho monólogo, y, ante la pregunta inesperada, manifestó gran confusión.

— ¡Nada de eso! Al contrario, me gusta mucho.

La señora Murachkin puso una cara gozosísima, radiante de dicha, y continuó leyendo:

«*Ana.* Os entregáis con exceso al análisis psicológico. Olvidáis demasiado el corazón y atribuís a la razón excesiva importancia. *Valentín.* ¿Y qué es el corazón? Es un concepto anatómico, un término convencional, sin sentido alguno para mí. *Ana* (Turbada.) ¿Y el amor? ¿Diréis también, acaso, que no es sino el producto de la asociación de ideas?... *Valentín* (Con amargura.) ¡No abramos las viejas heridas! (Una pausa.) ¿En qué pensáis? *Ana.* Sospecho que no sois feliz.»

Durante la lectura de la escena diez y seis, Pavel Vasilich bostezó de un modo en absoluto inesperapor él, y él mismo se asustó de su poca galantería.

Para disimularla, se apresuró a dar a su rostro la expresión del de un hombre que escucha con gran interés.

— La escena diez y siete—se dijo—, y el primer acto aun no se ha acabado. ¡Dios mío! Si esto se

prolonga diez minutos más, no sé qué voy a hacer... Es insoportable!

Al fin, la dramaturga, leyó con voz triunfante: «¡Telón!»

Pavel Vasilich lanzó un suspiro de alivio y se dispuso a levantarse; pero la señora Murachkin volvió la página, y sin haberle dado tiempo para respirar, continuó leyendo:

«Acto segundo. La escena representa una calle de la aldea. A la derecha, la escuela; a la izquierda, el hospital. En la escalinata del hospital hay sentados campesinos y campesinas.»

—¡Perdóneme!— interrumpió Pavel Vasilich—. ¿Cuántos actos son?

—¡Cinco!—respondió rápida la señora Murachkin, y, como si temiera que echase a correr, continuó a toda prisa:

«En la ventana de la escuela se encuentra Valentín. En el fondo, se ve a los campesinos salir y entrar en la taberna.»

Como un condenado a muerte, que hubiera perdido toda esperanza de ser indultado, Pavel Vasilich no se hizo ya ilusiones, y se resignó. Sólo se preocupó de tener los ojos abiertos y de conservar en el rostro una expresión atenta. El momento dichoso de su porvenir, en que aquella señora acabase la lectura del drama y se fuera, le parecía muy lejano.

—Run, run, run... run, run, run—zumbaba sin tregua en su oído la voz de la señora Murachkin.

—Se me había olvidado tomar bicarbonato—pen-

saba—. Tengo que cuidarme el estómago... Antes de marcharme iré a ver a Smirrov... ¡Calla, un pajarito se ha parado en la ventana! Debe de ser un gorrión.

Sus párpados parecían de plomo, y hacía esfuerzos sobrehumanos para no dormirse. Bostezó y miró a la señora, que tomó, ante sus ojos soñolientos, formas fantásticas; comenzó a oscilar, y se convirtió en un ser tricéfalo, que llegaba al techo. La señora leía:

«*Valentín.* No, permitidme que me vaya. *Ana* (Asustada.) ¿Por qué? *Valentín* (Aparte.) ¡Se ha puesto pálida! (A ella.) No, no me obliguéis a que os diga las verdaderas razones. ¡Prefiero morir a decíroslas! *Ana* (Tras una corta pausa.) No, no podéis partir!...»

La señora Murachkin empezó a inflarse, a inflarse. No tardó en parecerle a Pavel Vasilich una enorme montaña, que llenaba toda la estancia; luego, súbitamente, se hizo muy pequeñita, como una botella, y desapareció después, con la mesa que había ante ella. Pero siguió leyendo:

«*Valentín* (Sosteniendo en sus brazos a Ana.) ¡Tú me has resucitado! ¡Tú me has enseñado el sentido de la vida! ¡Has sido, para mi alma seca, como una lluvia bienhechora! Pero ¡ay!, es demasiado tarde. Soy víctima de una enfermedad incurable.»

Pavel Vasilich se estremeció y fijó una mirada vaga, estúpida, en la señora Murachkin. Durante un minuto la miró así, sin comprender nada, perdido en absoluto el sentido de la realidad.

«Escena undécima. Los mismos; después. el barón y el oficial de policia. *Valentín.* ¡Detenedme! *Ana.* ¡Y a mí también, le pertenezco! Le amo más que a mi vida. *El barón.* Ana Sergeyevna, olvidáis el daño que vuestra conducta causará a vuestro noble padre...»

La señora Murachkin empezó nuevamente a inflarse, se hizo grande como una montaña, llenó toda la estancia. Entonces Pavel Vasilich, dirigiendo en torno suyo miradas salvajes, lanzó un alarido de terror, cogió de la mesa un pesado pisapapeles, y, con todas sus fuerzas, lo descargó sobre la cabeza de la señora Murachkin.

—¡Detenedme, la he matado!—dijo momentos después, cuando acudió la servidumbre.

El jurado dictó un veredicto de inculpabilidad.

LECCIONES CARAS

Es un gran inconveniente para un hombre instruído no conocer las lenguas extranjeras. Vorotov lo pensaba así cuando, luego de recibir el grado de doctor, se dedicaba a un pequeño trabajo científico.

— ¡Es terrible! Sin las lenguas extranjeras es de todo punto imposible trabajar. Soy como un pájaro sin alas.

Se desalentaba, y, sofocado, recorría la estancia a largos y pesados pasos; a pesar de sus veintiséis años. padecía ya de asma y tenía abotagado el rostro. Se decidió a estudiar, por lo menos, el francés y el alemán, y rogó a algunos de sus amigos que le buscasen profesor.

Una tarde de invierno, estando Vorotov trabajando en su casa, su criado le anunció que una señorita deseaba verle.

— Que pase — dijo Vorotov.

Momentos después entró en el gabinete una muchacha, vestida con suma distinción y conforme a la última moda. Se presentó como profesora de francés.

— Me llamo Alicia Osipovna Anket. Me envía su amigo Petrov.

— ¿Petrov? ¡Me alegro mucho! ¡Tenga la bondad de sentarse! — dijo Vorotov, tapando con la mano el cuello de su camisa de dormir, y tosiendo.

Y empezaron a hablar de las condiciones. Mientras hablaban, Vorotov observaba a hurtadillas a la muchacha. Era una verdadera francesa, muy joven y elegante. A juzgar por la lánguida palidez del rostro y por el talle fino, esbelto, no se le podían suponer más de diez y ocho años; pero, parando mientes en sus ojos severos y en sus anchos hombros, Vorotov se dijo que debía de tener veintitrés o quizá veinticinco. Después le pareció de nuevo que sólo tenía diez y ocho. Su expresión era la fría y atareada de un hombre que ha venido a hablar de negocios. Desde el principio al fin de la conversación permaneció impasible, sin sonreír ni fruncir las cejas. Sólo manifestó un ligero asombro cuando se enteró de que era el mismo Vorotov quien había de ser su discípulo: suponía que se la llamaba para dar lecciones a algún niño.

— ¡Entonces, convenido, Alicia Osipovna! — le dijo Vorotov—. Trabajaremos todas las tardes de siete a ocho. Acepto sus condiciones: un rublo por lección.

Le ofreció té o café, pero ella no aceptó. Para pro-

longar la conversación, le pidió amistosamente algunas noticias relativas a ella: dónde estaban sus padres, dónde había hecho sus estudios y de qué vivía.

La señorita Alicia, conservando siempre la expresión impasible y atareada, respondió que había hecho sus estudios en una escuela privada, y obtenido un diploma de institutriz; que había perdido hacía muy poco a su padre, víctima de la escarlatina, y que su madre fabricaba y vendía flores artificiales.

— Y usted, ¿tiene mucho trabajo?

— Por la mañana doy lecciones en un colegio de niñas, y por las tardes, en casas particulares.

Se fué, dejando tras ella un perfume leve y exquisito.

Vorotov, luego que partió, parecía muy distraído y no trabajaba. «Está muy bien — pensaba — que muchachas como ésta sean económicamente independientes. Pero, por otra parte, es sensible que se consuman en la lucha por la existencia jóvenes tan bonitas y tan elegantes como la señorita Alicia.»

No había visto nunca francesas virtuosas, y pensó que aquella elegante muchacha, tan bien vestida, de espléndidos hombros, tendría, además de las lecciones, alguna otra ocupación.

La tarde siguiente, a las siete menos cinco, la señorita Alicia se presentó, roja de frío. Sin preámbulo alguno abrió un manual de la lengua francesa, que llevaba consigo, y comenzó en el acto: «La len-

gua francesa tiene veintiséis letras. La primera se llama a; la segunda, b...»

—Perdóneme —la interrumpió Vorotov sonriendo—. Debo prevenirle que conmigo necesitará usted cambiar un poco su método, dado que, mire... conozco bien el latín y el griego, y he estudiado, además, filología comparada. Me parece que podríamos prescindir de ese manual, y empezar a leer a algún autor francés.

Y comenzó a explicarle cómo estudian las personas adultas las lenguas extranjeras.

—Un amigo mío —dijo—, colocando ante sí el Evangelio en francés, en alemán y en latín, los leía paralelamente, traduciendo con cuidado cada palabra. Y, de este modo, consiguió su objeto en menos de un año. Si le parece a usted bien, procederemos de igual suerte. Cojamos cualquier autor francés, y leámosle.

La señorita Alicia le miró con asombro. Evidentemente la proposición de Vorotov le parecía muy ingenua, incluso estúpida. Pero, puesto que no era un chico a quien se le podía mandar, sino una persona mayor, se contentó con encogerse ligeramente de hombros, y dijo:

—Como usted quiera.

Vorotov buscó en su biblioteca, y halló un libro francés muy usado.

—¿Este? —preguntó.

—Es igual.

—Entonces comencemos, con la ayuda de Dios. Lo primero el título. «Memoires.»

Ella tradujo. El repitió. Con su sonrisa bonachona, y respirando pesadamente, se dedicó, durante un cuarto de hora, al análisis gramatical de la pabra «memorias».

La señorita Alicia se sentía cansada. Respondía con trabajo a las preguntas de su discípulo, sin comprender lo que quería y sin querer comprenderlo. Al hacerle las preguntas, Vorotov la examinaba a hurtadillas.

«Tiene el pelo rizado —pensaba—. Es asombroso; trabaja todo el día, y aun le queda tiempo de rizarse el pelo.»

En punto de las ocho, la profesora se levantó.

— ¡Hasta mañana, señor! — dijo friamente.

Y se marchó, dejando tras sí el mismo leve, exquisito y turbador perfume. También entonces Vorotov quedó largo rato pensativo, sin hacer nada.

Las lecciones siguientes llevaron al ánimo de Vorotov la convicción de que su profesora era una señorita muy seria, formal y simpática; pero sin instrucción alguna e incapaz de enseñar ni aun a las personas mayores. Y, para no perder el tiempo, determinó despedirla y llamar a otro profesor. Cuando se preparaba a darle la séptima lección, sacó él del bolsillo un sobre con siete rublos, y, muy confuso, dijo:

—Perdóneme, señorita Alicia, pero debo decirle... que... me veo en la triste precisión...

Miró ella el sobre y comprendió de qué se trataba. Por primera vez desapareció la expresión impasible y fría de su rostro. Se ruborizó un poco, y, bajando

los ojos, se puso a jugar nerviosamente con su fina cadena de oro. Al verla así, Vorotov comprendió que el rublo que le pagaba por lección tenía para ella una gran importancia, y que le sería muy sensible el perderlo.

— Debo decirle — balbuceó aún más confuso, y volviendo a meterse el sobre en el bolsillo — que... Excúseme; me veo en la precisión de dejarla sola diez minutos.

Y, simulando que no tenía, ni por asomo, la intención de despedirla, sino que le pedía simplemente permiso para retirarse unos momentos, salió a la habitación inmediata y permaneció diez minutos en ella.

Volvió a entrar, más confuso aún, seguro de que su ficción se había adivinado.

Se reanudaron las lecciones.

Vorotov no ponía en ellas ningún entusiasmo. En la certeza de que no servirían para nada, las dejó al arbitrio de la señorita Alicia, y no volvió a hacerle preguntas. Ella traducía presurosa, sin detenerse, diez páginas por hora. Vorotov no la escuchaba, y se limitaba a examinar con disimulo sus cabellos rizados, su ebúrneo cuello, sus finas manos blancas, y a respirar el perfume que desprendía.

A veces, pensamientos frívolos le asaltaban, y se avergonzaba de ellos; a veces se dolía de que la muchacha se mantuviese con él en una actitud tan fría y reservada; la faz, impasible. Y no sabía cómo componérselas para inspirarle algo de confianza, para entablar con ella relaciones de amistad y de-

cirle que enseñaba muy mal, para guiarla, en fin, y ayudarla.

Una tarde llegó vestida con un traje muy *chic*, ligeramente descotado. Estaba tan perfumada como si una nube de fragancias la envolviese de arriba abajo. Se excusó, y dijo que sólo disponía de media hora, pues la habían invitado a un baile.

Él miraba su cuello y sus hombros medio desnudos, y sentía el influjo arrebatador de aquella nube de fragancias, de aquella desnudez y de aquella belleza; mientras ella, sin cuidarse de él ni de sus sentimientos, volvía, una tras otra, las hojas y traducía con rapidez vertiginosa, disparatando de un modo terrible: «¿Dónde vais, señor mi amigo? En viendo vuestra figura talmente pálida, eso me daña el corazón.»

Otra tarde llegó a las seis, en vez de llegar a las siete.

—Perdóneme —dijo— que venga tan pronto; pero me han invitado al Teatro Dramático.

Cuando se fué, Vorotov se vistió, encaminándose también al Teatro Dramático. «Hace mucho tiempo que no voy al teatro»—pensó, como para justificarse. No quería confesarse a sí mismo que iba por ver a su profesora. Se tenía por un varón demasiado sesudo para correr tras una muchacha poco inteligente.

Pero, en los entreactos, su corazón latía más a prisa que de costumbre. Recorría el *foyer* y los pasillos en la esperanza de encontrarla. Cuando los timbres anunciaban que iba a alzarse el telón, se dis-



gustaba y no sentía el menor interés por la obra.

Al fin, antes del último acto, la divisó entre la multitud que se agolpaba en el *foyer*. Un presentimiento de dicha inundó su corazón, e iluminó su rostro una sonrisa de alegría.

La señorita Alicia no estaba sola: a su lado había dos estudiantes y un oficial. Ella reía, hablaba en voz alta, coqueteaba mucho y parecía muy feliz. Por primera vez en su vida, Vorotov, aunque vagamente, experimentó el tormento de los celos. Nunca la había visto tan feliz, tan contenta, tan espontánea. Con aquellos jóvenes se encontraba, sin duda ninguna, por completo a su gusto; mientras que con él...

Hubiera querido hallarse, aunque fuera por un breve espacio, en el lugar del oficial o de los estudiantes.

Saludó a la señorita Alicia, que le respondió con frialdad y volvió la cabeza: acaso quisiera ocultar que daba lecciones.

Una honda tristeza oprimió el corazón de Vorotov. Desde aquella noche comprendió que estaba enamorado de la señorita Alicia. Durante las lecciones siguientes la devoraba con los ojos, ponía una atención cordial en cada uno de sus rasgos, bebía ávidamente el perfume que exhalaba. Ella se mantenía siempre en una actitud llena de reserva y de indiferencia. En punto de las ocho se levantaba.

— ¡Hasta mañana, señor! — decía con frialdad.

Y se marchaba, impasible, no comprendiendo ni queriendo comprender lo que experimentaba por



ella. Esta indiferencia le hacía muy desgraciado. Se daba clara cuenta de que no debía esperar nada.

A veces, en plena lección, empezaba a soñar, a proyectar cosas audaces. Con frecuencia llegaba a decidirse a hacerle una declaración de amor. Pero en cuanto ponía los ojos en su rostro frío e imperturbable, sus pensamientos amorosos se extinguían como la llama de una vela al soplo de un viento glacial.

Una vez, estando ella a punto de partir, la detuvo, y, anheloso, loco, balbuceó:

— Dos palabras... dos palabras no más... ¡La amo a usted! La amo de tal modo...

Ella palideció—probablemente temerosa de que, tras aquella declaración, se acabaran las lecciones, y con ellas, los rublos—, y, con el espanto en los ojos, dijo:

— ¡No; eso, no! ¡Se lo ruego; eso, no!

Vorotov no durmió en toda la noche. Estaba avergonzado. Creía haber ofendido a la señorita Alicia, y temía que no volviese. Determinó escribirle pidiéndole perdón y rogándole que continuase sus lecciones.

Pero ella volvió sin necesidad de eso. Al principio parecía un poco cohibida. Después abrió el libro y empezó a traducir, como siempre, muy de prisa y disparatando: «¡Oh señor, mi caro amigo; no desgarréis esas flores que yo quiero dar a la señorita, mi hija.»

Continúa siendo muy exacta. Llega a las siete en punto, y se va, sonando las ocho.

Ha traducido ya cuatro libros; pero Vorotov, sal-



vo la palabra «memoires», no sabe absolutamente nada. Y cuando sus amigos le preguntan si ha adelantado mucho en la lengua francesa, responde con un gesto desesperado, y empieza a hablar del sol que brilla o de la lluvia que cae.

LOS MUCHACHOS

— ¡Volodia ha llegado!—gritó alguien en el patio.

— ¡El niño Volodia ha llegado!—repitió la criada Natalia, irrumpiendo ruidosamente en el comedor—. ¡Ya está ahí!

Toda la familia de Korolev, que esperaba de un momento a otro la llegada de Volodia, corrió a las ventanas. En el patio, junto a la puerta, veíanse unos amplios trineos arrastrados por tres caballos blancos, a la sazón envueltos en vapor.

Los trineos estaban vacíos; Volodia se hallaba ya en el vestíbulo, y hacía esfuerzos para despojarse de su bufanda de viaje. Sus manos, rojas, con los dedos casi helados, no le obedecían. Su abrigo de colegial, su gorra, sus chanclos y sus cabellos estaban blancos de nieve.

Su madre y su tía le estrecharon, hasta casi ahogarle, entre sus brazos.

— ¡Por fin! ¡Queridito mío! ¿Qué tal?

La criada Natalia había caído a sus pies, y trataba de quitarle los chanclos. Sus hermanitas lanza-

ban gritos de alegría. Las puertas se abrían y se cerraban con estrépito en toda la casa. El padre de Volodia, en mangas de camisa y las tijeras en la mano, acudió al vestíbulo y quiso abrazar a su hijo, pere éste se hallaba tan rodeado de gente, que no era empresa fácil.

— ¡Volodia, hijito! Te esperábamos ayer... ¿Qué tal?... ¡Pero, por Dios, dejadme abrazarle! ¡Creo que también tengo derecho!

Milord, un enorme perro negro, estaba también muy agitado. Sacudía la cola contra los muebles y las paredes, y ladraba con su voz potente de bajo:— ¡Guau!... ¡Guau!

Durante algunos minutos aquello fué un griterío indescriptible.

Luego, cuando se hubieron fatigado de gritar y de abrazarse, los Korolev se dieron cuenta de que, además de Volodia, se encontraba allí otro hombrecito, envuelto en bufandas y tapabocas, e igualmente blanco de nieve. Permanecía inmóvil en un rincón, oculto en la sombra de una gran pelliza colgada en la percha.

— Volodia, ¿quién es ese?—preguntó muy quedo la madre.

— ¡Ah, sí! —recordó Volodia—. Tengo el honor de presentaros a mi camarada Chechevitzin, alumno de segundo año. Le he invitado a pasar con nosotros las Navidades.

— ¡Muy bien, muy bien! ¡Sea usted bien venido! —dijo con tono alegre el padre—. Perdóneme; estoy en mangas de camisa. Natalia, ayuda al señor Che-



repitzin a desnudarse. ¡Largo, Milord! ¡Me aburres con tus ladridos!

Un cuarto de hora más tarde, Volodia y Chechevitzin, aturdidos por la acogida ruidosa y rojos aún de frío, estaban sentados en el comedor y tomaban té. El sol de invierno, atravesando los cristales medio helados, brillaba sobre el *samovar* y sobre la vajilla. Hacía calor en el comedor, y los dos muchachos parecían por completo felices.

— ¡Bueno, ya llegan las Navidades!—dijo el señor Korolev, encendiendo un grueso cigarrillo—. ¡Cómo pasa el tiempo! No hace mucho que tu madre lloraba al irte tú al colegio, y ahora, hete ya de velta... Señor Chivisev, ¿un poco más de té? Tome usted pasteles. No esté usted cohibido, os lo ruego. Está usted en su casa.

Las tres hermanas de Volodia—Katia, Sonia y Macha—, de las que la mayor no tenía más que once años, se hallaban asimismo sentadas a la mesa, y no quitaban ojo del amigo de su hermano. Chechevitzin era de la misma estatura y la misma edad que Volodia, pero más moreno y más delgado. Tenía la cara cubierta de pecas, el cabello crespo, los ojos pequeños, los labios gruesos. Era, en fin, muy feo, y sin el uniforme de colegial se le hubiera podido tomar por un pillete.

Su actitud era triste; guardaba un constante silencio, y no había sonreído ni una sola vez. Las niñas, mirándole, comprendieron al punto que debía de ser un hombre en extremo inteligente y sabio. Hallábase siempre tan sumido en sus reflexiones,

que si le preguntaban algo, sufría un ligero sobresalto, y rogaba que le repitiesen la pregunta.

Las niñas habian observado también que el mismo Volodia, siempre tan alegre y parlanchín, casi no hablaba, y se mantenia muy grave. Hasta se diría que no experimentaba contento ninguno al encontrarse entre los suyos. En la mesa, sólo una vez se dirigió a sus hermanas, y lo hizo con palabras por demás extrañas; señaló al *samovar*, y dijo:

— En California se bebe *jin*, en vez de té.

También él hallábase absorto en no sabian qué pensamientos. A juzgar por las miradas que cambiaba de vez en cuando con su amigo, los de uno y otro eran los mismos.

Luego del té se dirigieron todos al cuarto de los niños. El padre y las muchachas se sentaron en torno de la mesa, y reanudaron el trabajo que había interrumpido la llegada de los dos jóvenes. Hacian, con papel de diferentes colores, flores artificiales para el árbol de Navidad. Era un trabajo divertido y muy interesante. Cada nueva flor era acogida con gritos de entusiasmo, y, aun a veces, con gritos de horror, como si la flor cayese del cielo. El padre parecía también entusiasmado. A menudo, cuando las tijeras no cortaban bastante bien, las tiraba al suelo con cólera. De vez en cuando entraba la madre, grave y atareada, y preguntaba:

— ¿Quién ha cogido mis tijeras? ¿Has sido tú, Ivan Nicolayevich?

— ¡Dios mío!—se indignaba Ivan Nicolayevich con voz llorosa—. ¡Hasta de tijeras me privan!



Su actitud era la de un hombre atrozmente ultrajado, pero un instante después volvía de nuevo a entusiasmarse.

El año anterior, cuando Volodia había venido del colegio a pasar en casa las vacaciones de invierno, había manifestado mucho interés por estos preparativos; había fabricado también flores; se había entusiasmado ante el árbol de Navidad; se había preocupado de su ornamentación. A la sazón no ocurría lo mismo. Los dos muchachos manifestaban una indiferencia absoluta hacia las flores artificiales. Ni siquiera mostraban el menor interés por los dos caballos que había en la cuadra. Se sentaron junto a la ventana, separados de los demás, y se pusieron a hablar por lo bajo. Luego abrieron un atlas geográfico, y empezaron a examinar una de las cartas.

— Por de pronto a Perm— decía muy quedo Chechevitzin—. De allí a Tumen... Después a Tomsk... Después... Espera... Eso es, de Tomsk a Kamchatka... En Kamchatka nos meteremos en una canoa, y atravesaremos el estrecho de Bering; y henos ya en América. Allí hay muchas fieras...

— ¿Y California?—preguntó Volodia.

—California está más al Sur. Una vez en América, está muy cerca... Para vivir es necesario cazar y robar.

Durante todo el día Chechevitzin se mantuvo a distancia de las muchachas, y las miró con desconfianza. Por la tarde, después de merendar, se encontró, durante algunos minutos, completamente solo con ellas. La cortesía más elemental exigía que

les dijese algo. Se frotó, con aire solemne, las manos, tosió, miró severamente a Katia, y preguntó:

— ¿Ha leido usted a Mine-Rid?

— No... Digame: ¿Sabe usted patinar?

Chechevitzin no contestó nada. Infló los carrillos y resopló, como un hombre que tiene mucho calor. Luego, tras una corta pausa, dijo:

— Cuando una manada de antilopes corre por las pampas, la tierra tiembla bajo sus pies. Las bestezuelas lanzan gritos de espanto.

Tras un nuevo silencio, añadió:

— Los indios atacan con frecuencia los trenes. Pero lo peor son los termitidos y los mosquitos.

— ¿Y qué es eso?

— Una especie de hormigas, pero con alas. Muerden de firme... ¿Sabe usted quién soy yo?

— El señor Chechevitzin.

— No; me llamo Montigomo, Garra de Buitre, jefe de los Invencibles.

Las niñas, que no habían comprendido nada, le miraron con respeto y un poco de miedo.

Chechevitzin pronunciaba palabras extrañas. El y Volodia conspiraban siempre y hablaban en voz baja; no tomaban parte en los juegos, y se mantenían muy graves; todo esto era misterioso, enigmático. Las dos niñas mayores, Katia y Sonia, comenzaron a espiar a ambos muchachos.

Por la noche, cuando los muchachos se fueron a acostar, acercáronse de puntillas a la puerta de su cuarto y se pusieron a escuchar. ¡Santo Dios, lo que supieron!

Supieron que ambos muchachos se aprestaban a huir a algún punto de América para amontonar oro. Todo estaba ya preparado para su viaje; tenían un revólver, dos cuchillos, galletas, una lente para encender fuego, una brújula y una suma de cuatro rublos. Supieron asimismo que los muchachos debían andar muchos millares de kilómetros, luchar contra los tigres y los salvajes, luego buscar oro y marfil, matar enemigos, hacerse piratas, beber *jin*, y, como remate, casarse con lindas muchachas y explotar ricas plantaciones. Mientras las dos niñas espiaban a la puerta, los muchachos hablaban con gran animación y se interrumpían. Chechevitzin llamaba a Volodia «mi hermano, rostro pálido», en tanto que Volodia llamaba a su amigo «Montigomo, Garra de Buitre».

—No hay que decirle nada a mamá—dijo Katia al oído de Sonia, mientras se acostaban—. Volodia nos traerá de América mucho oro y marfil; pero si se lo dices a mamá, no le dejarán ir a América.

Todo el día de Nochebuena estuvo Chechevitzin examinando el mapa de Asia y tomando notas. Volodia, por su parte, andaba cabizbajo, y, con sus gruesos mofletes, parecía un hombre picado por una abeja. Iba y venía sin cesar por las habitaciones, y no quería comer. En el cuarto de los niños, se detuvo una vez delante del icono, se persignó y dijo:

—¡Perdóname, Dios mío! Soy un gran pecador. ¡Ten piedad de mi pobre, de mi desgraciada mamá!

Por la tarde se echó a llorar. Al ir a acostarse, abrazó largamente y con efusión a su madre, a su

padre y a sus hermanas. Katia y Sonia comprendían el motivo de su emoción; pero la pequeñita, Macha, no comprendía nada, absolutamente nada, y le miraba con sus grandes ojos asombrados.

A la mañana siguiente, temprano, Katia y Sonia se levantaron; y, una vez abandonado el lecho, se dirigieron quedamente a la habitación de los muchachos, para ver cómo huían a América. Detuviéronse junto a la puerta, y oyeron lo siguiente:

— Vamos, ¿quieres ir?—preguntó con cólera Chechevitzin—. Di, ¿no quieres?

— ¡Dios mío!—respondió llorando Volodia—. No puedo. No quiero separarme de mamá.

— ¡Hermano rostro pálido, partamos! Te lo ruego. Me habías prometido partir conmigo, y ahora te da miedo. ¡Eso está muy mal, hermano rostro pálido!

— No me da miedo, pero... ¿qué va a ser de mi pobre mamá?

— Dímelo de una vez: ¿quieres seguirme o no?

— Yo me iría, pero... esperemos un poco; quiero quedarme aún algunos días con mamá.

— Bueno; en ese caso me voy solo—declaró resueltamente Chechevitzin—. Me pasaré sin ti. ¡Y pensar que has querido cazar tigres y luchar contra los salvajes! ¡Qué le vamos a hacer! Me voy solo. Dame el revólver, los cuchillos y todo lo demás.

Volodia se echó a llorar con tanta desesperación, que Katia y Sonia, compadecidas, empezaron a llorar también.

Hubo algunos instantes de silencio.

— Vamos, ¿no me acompañas?—preguntó una vez más Chechevitzin.

— Sí, me voy... contigo.

— Bueno; vístete.

Y para dar ánimos a Volodia, Chechevitzin empezó a contar maravillas de América, a rugir como un tigre, a imitar el ruido de un buque, y prometió, en fin, a Volodia, darle todo el marfil, y también todas las pieles de los leones y los tigres que matase.

Aquel muchachito delgado, de cabellos crespos y feo semblante, les parecía a Katia y a Sonia un hombre extraordinario, admirable. Héroe valerosísimo, arrostraba todo peligro, y rugía como un león o como un tigre auténticos.

Cuando las dos niñas volvieron a su cuarto, Katia, con los ojos arrasados en lágrimas, dijo:

— ¡Qué miedo tengo!

Hasta las dos, hora en que se sentaron a la mesa para almorzar, todo estuvo tranquilo. Pero entonces se advirtió la desaparición de los muchachos. Los buscaren en la cuadra, en la granja, en el jardín; se les hizo buscar después en la aldea vecina; todo fué en vano.

A las cinco se merendó, sin los muchachos. Cuando la familia se sentó a la mesa para comer, mamá manifestaba una gran inquietud, y lloraba.

Buscaron a Volodia y a su amigo durante toda la noche. Se escudriñaron, con linternas, las orillas del río. En toda la casa, lo mismo que en la aldea, reinaba gran agitación.

A la mañana siguiente llegó un oficial de policía. Mamá no cesaba de llorar.

Pero, hacia el mediodía, unos trineos, arrastrados por tres caballos blancos, jadeantes, detuviéronse junto a la puerta.

—¡Es Volodia!—exclamó alguien en el patio.

—¡Volodia está ahí!—gritó la criada Natalia, irrumpiendo como una tromba en el comedor.

El enorme perro, Milord, igualmente agitado, hizo resonar sus ladridos en toda la casa: ¡Guau! ¡Guau!

Los dos muchachos habían sido detenidos en la ciudad próxima, cuando preguntaban dónde podrían comprar pólvora.

Volodia se lanzó al cuello de su madre. Las niñas esperaban, aterrorizadas, lo que iba a suceder. El señor Korolev se encerró con ambos muchachos en el gabinete.

—¿Es posible?—decía con tono enojado—. Si se sabe esto en el colegio, os pondrán de patitas en la calle. Y a usted, señor Chechevitzin, ¿no le da vergüenza? Está muy mal lo que ha hecho. Espero que será usted castigado por sus padres... ¿Dónde habéis pasado la noche?

—¡En la estación! —respondió altivamente Chechevitzin.

Volodia se acostó, y hubo que ponerle compresas en la cabeza. A la mañana siguiente llegó la madre de Chechevitzin, avisada por telégrafo. Aquella misma tarde partió con su hijo.

Chechevitzin, hasta su partida, se mantuvo en una actitud severa y orgullosa. Al despedirse de las

niñas, no les dijo palabra; pero cogió el cuaderno de Katia, y dejó en él, a modo de recuerdo, su autógrafo:

«Montigomo, Garra de Buitre, jefe de los Invencibles.»

ÍNDICE

Pero hubiera quedado incompleto nuestro propósito, si a la mencionada producción no hubiéramos podido hermanar la economía en el precio. Al efecto, merced a un gran esfuerzo de organización y a los muchos elementos y desembolsos destinados a esta Biblioteca, hemos conseguido poder fijar para los volúmenes sueltos el ínfimo precio de

TREINTA CÉNTIMOS CADA NÚMERO

que quedan reducidos a la limitadísima cantidad de

VEINTICINCO CÉNTIMOS

para los que se suscriban por un trimestre, un semestre o un año, a la proporción de quince pesetas cada tres meses.

El tipo de volumen regular es el de unas

CIEN PÁGINAS

con un número de orden, y al precio de treinta céntimos cada uno; pero cuando por la extensión del original sean precisas más páginas, el volumen será *doble*, *triple* o *cuádruple*, con dos, tres o cuatro números de orden, y a los precios de

60 cénts., 90 cénts. y 1,20 pts.

por tomos sueltos, o a la proporción de

50 cénts., 75 cénts. y 1,00 pts. por suscripción.



COLECCION UNIVERSAL

A. Chejov

LOS CAMPESINOS

MCMXX

Papel expresamente fabricado por La Papelera Española.

COLECCIÓN UNIVERSAL

A. CHEJOV

Los campesinos

NOVELAS CORTAS

La traducción del ruso
ha sido hecha por N. Tasin.



MADRID, 1920

"Tipográfica Renovación" (C. A.), Larra, 6 y 8.—MADRID.

Antón Chejov—1860-1904—ocupa en el panteón de la literatura rusa un puesto de honor junto a Tolstói, Dostoyevski y otros grandes maestros de la novela. Por desgracia, se le conoce poco en España, lo cual constituye una laguna lamentable, que nosotros queremos llenar.

Es el autor preferido de los intelectuales en Rusia, y sus obras rivalizan en éxito con las de los mejores autores rusos contemporáneos. Se admira a Andreiev, por ejemplo, que es más profundo, más violento y más penetrante; pero se ama a Chejov, tal vez porque refleja mejor que cualquier otro las aspiraciones y la mentalidad de la época a que perteneció.

Creó una escuela literaria suya. Se escribía a lo Chejov, se hacían dramas a lo Chejov y hasta se hablaba a lo Chejov.

Su género predilecto es el impresionismo, preferencia de manifiesto, sobre todo, en sus obras de teatro. Es un fino acuarelista que sabe a maravilla, con algunos rasgos, trazar retratos, hacer cuadros en extremo vívidos e impresionantes.

Se dió a conocer en las letras con novelitas, que forman la totalidad de los dos primeros tomos de sus obras. Toda una galería de tipos, de las posi-

ciones sociales, de los caracteres y de las tendencias más diversos, pasan ante el lector, trazados con mano ligera, esquiciados a lápiz, sin larga detención en ellos del autor, y, sin embargo, vívidos, palpitantes.

Después, poco a poco, Chejov se hace más serio, más cuidadoso en los dibujos. Vivió en una época harto triste. El pueblo ruso, sometido a la dominación de la más severa política reaccionaria, arrastraba una vida obscura, monótona. Una apatía profunda invadía a los intelectuales, cansados de las luchas políticas, que no los habían conducido sino a decepciones crueles. Unos se hallaban encerrados en estrecha existencia egoísta; otros gemían y se quejaban sin cesar; otros se entregaban al alcohol, al juego. Era, según la expresión de un poeta ruso, "una vida gris salpicada de sangre".

Chejov empezó a pintar dicha vida. Sus novelas y sus dramas de tal época nos presentan un largo cortejo de gentes que sucumben al peso de la monotonía, la estupidez, la desolación de la existencia. De ahí la nota triste, melancólica, que domina en sus obras: la Rusia de esta época no se prestaba al regocijo. "La vida de nuestras clases superiores—dice Chejov en una novela—es gris y como envuelta en crepúsculos; la del pueblo, la de los obreros y campesinos, es una noche negra,

formada de ignorancia, de pobreza y de toda suerte de prejuicios."

A pesar de la tristeza y la monotonía del medio que describe; a pesar de la nota melancólica que le distingue, Chejov encanta al lector con su manera de pintar los hombres y las cosas. Es un lápiz delicado, finísimo. Sus personajes se graban en la memoria como seres de carne y hueso.

Su talento se reveló, sobre todo, en sus dramas, en los que se afirmó de un modo completamente original, en extremo suyo. El mejor teatro ruso, el "Teatro de Arte", de Moscú, se creó especialmente para sus obras. Sus dramas—como, por ejemplo, Las tres hermanas, Ivanov, El tío Vania, El cerezo—atraen siempre numeroso público en toda Rusia, y las empresas se enriquecen con ellos. Se asemejan algo a los de Ibsen. Como los dramas del gran autor escandinavo, carecen de acción; se buscará en vano en ellos aventuras, acontecimientos, efectismos; son, sobre todo, dramas interiores, choques psicológicos entre el ideal y la triste realidad lo que constituyen el fondo de las obras teatrales de Chejov, y esos choques están dibujados con tanto relieve, de una manera tan penetrante, y una melancolía tan profunda se desprende de sus escenas, que el espectador sale del teatro hondamente conmovido. Chejov es un maestro incontestable en la manera impresionista.

Chejov ha dejado, a pesar de su corta carrera literaria, una rica herencia espiritual. Para que el lector español pueda formarse una idea más completa de ella, le presentamos, junto a una serie de las novelitas del gran escritor, las novelas más importantes (1) que caracterizan su talento en la fase más madura y seria. Y abrigamos la firme esperanza de que Chejov tendrá en España la acogida cordial que tanto se merece.

---

(1) Pueden leerse en los números 81-82 y 203-204 de la Colección Universal.

LOS CAMPESINOS

I

El camarero del Hotel Eslavo Nicolás Chikildieyev había enfermado. Un día, perdido casi por completo el vigor de las piernas, se había caído de bruces en mitad del pasillo llevando en la mano una fuente de jamón con guisantes. Y se había visto obligado a dejar su colocación. Habíase gastado, cuidándose, todos sus ahorros y los de su mujer, y ya no le quedaba nada para vivir. Cansado de su ocio forzoso, decidió irse al campo con su familia. "Está uno mejor en su casa—se dijo—, y vive con más economía, y por algo dice el proverbio que hasta las paredes le ayudan."

Llegó a su casa—en Jukov—al obscurecer. Sus añoranzas infantiles le hablaban del terruño como de algo claro y suave, y al volver a ver su casita, se aterró: tan sombría, angosta y sucia era. Su mujer, Olga, y su hija, Sacha, miraban perplejas la enorme chimenea, negra de humo y de moscas. ¡Cuántas moscas, señor!... La chimenea estaba combada; las vigas de las paredes, torci-

das. La casa parecía a punto de caerse. Había pegados a las paredes, junto a los iconos, pedazos de periódicos y etiquetas de botella en lugar de cuadros.

¡Miseria! ¡Miseria!... Las personas mayores estaban en el campo. Una niña como de ocho años, pelirrubia, sucia, estaba sentada en la chimenea, y ni siquiera miró a los recién llegados. En el suelo, junto a una horcadura, ronroneaba un gato blanco.

Sacha le llamó.

—Miss, miss, miss...

—Es sordo—dijo la chicuela—. No oye nada.

—¿De veras?

—Le pegaron una paliza...

Nicolás y Olga comprendieron, al punto, lo que era allí la vida; pero callaron. Colocaron en un rincón el equipaje y salieron de la casa. El aspecto de la inmediata era también muy pobre; pero la de más allá—la última de la fila—tenía tejado de cinc y cortinas en las ventanas. Estaba aislada y carecía de cerca. Era un mesón. En la paz taciturna del campo erguíanse sauces, saúcos y serbales. Más allá veíase el río, de orillas altas y pedregosas. Había, esparcidos por tierra, multitud de tiestos, de pedazos de ladrillo rojo y de montones de basura. Al otro lado del río se extendía una vasta pradera color verde claro, segada ya, en la que pastaban numerosos caballos, cerdos y vacas. A la derecha, sobre una colina, agrupábase un caserío entre la iglesia, de cinco cúpulas, y la casa señorial.

—¡Qué bien se está aquí!—dijo Olga, persignándose al mirar a la iglesia—. ¡Qué tranquilidad, Dios mío!

En aquel momento se oyó tocar a vísperas—era sábado—. Dos niñas que llevaban un cántaro de agua se detuvieron para oír las campanas.

—Es la hora de comer en el Hotel Eslavo—dijo Nicolás con melancolía.

Sentados en la orilla escarpada del río, Nicolás y Olga contemplaban la puesta del Sol, cuyos fulgores de oro y púrpura se reflejaban en el agua, en las ventanas de la iglesia, en el cielo, en el aire, sereno y puro, como nunca lo habían visto en Moscú. Ya puesto el Sol, el rebaño pasó mugiendo, pasaron las manadas de ocas... La suave luz crepuscular se extinguía en el aire; descendía, lenta, la noche.

Entre tanto, habían vuelto a casa el padre y la madre de Nicolás, flacos, encorvados, sin dientes, ambos de la misma estatura, y las dos cuñadas, María y Fekla, que trabajaban en una finca de la otra ribera. María, la mujer de Kiriak, tenía siete hijos, y Fekla, la mujer de Dionisio—a la sazón soldado—, dos. Cuando Nicolás entró en la choza y vió a la familia; cuando vió todos aquellos cuerpos de diversos tamaños que se agitaban en las cunas, en todos los rincones del camaranchón; cuando vió el ansia con que las mujeres y el viejo comían pan negro mojado en agua, comprendió que había hecho mal en irse allí, enfermo,

sin dinero y, por añadidura, con la impedimenta de su hija y su mujer.

—¿Dónde está mi hermano Kiriak?—preguntó, acabados los saludos.

—Está de guardabosque en casa de un comerciante—contestó el padre—. Es buen muchacho, pero demasiado bebedor.

—¡De poco nos sirve!—se lamentó la vieja—. Son unos tarambanas estos *mujiks*. Se llevan de casa más que traen. A Kiriak le gusta beber; pero el viejo tampoco le hace ascos a la bebida, y no hay que decir que conoce el camino del mesón. ¿No clama al cielo esto?....

Hicieron te en el samovar, en honor de los recién llegados. El te—que olía a pescado—, el azúcar gris, el pan, la vajilla, eran desagradables; también lo eran los temas de la conversación: miserias, enfermedades... No habían acabado aún la primera taza, cuando se oyó de pronto en el patio una voz de borracho que gritaba:

—¡María!

—Juraría que es Kiriak. Cuando se habla del lobo...

Todos callaron. Momentos después volvió a oírse la misma voz áspera y como subterránea:

—¡Maaaría!...

María, la mayor de las nueras, palideció y se agazapó contra la chimenea. El espanto en el rostro de aquella mujer, fea y corpulenta, de aspecto varonil, resultaba cómico. Su hija—la niña a quien

los recién llegados habían encontrado sentada en la chimenea—se echó a llorar.

—¡Bah!... ¿Os va a matar, tontas?—exclamó Fekla, hermosa mujer, corpulenta y fuerte también.

El viejo contó que a María le daba miedo vivir con Kiriak en el bosque, y que el guarda, cuando se emborrachaba, iba a buscarla, armaba escándalo y la vapuleaba.

—¡Maaaría!—oyóse gritar en la puerta.

—¡En nombre de Jesucristo, defendedme, tened piedad de mí!—balbuceaba María, trémula, tiritante, como bajo una ducha helada—. ¡Por favor, defendedme!

Todos los chiquillos prorrumpieron en llanto, y Sacha, mirándoles, también se echó a llorar. Se oyó toser al borracho, y un gran *mujik*, cuya cabeza cubría una gorra de piel, y cuya faz, de barba negra, parecía terrible a la débil luz de la lamparilla, entró en la habitación. Era Kiriak. Se acercó a su mujer y, sin decir palabra, le dió un puñetazo en las narices. Ella, silenciosa, aturdida, inclinó la cabeza y empezó a sangrar copiosamente.

—¡Qué vergüenza!—murmuró el viejo—. ¡Delante de los huéspedes! ¡Qué pecado!

La vieja, encorvada, pensativa, callaba. Fekla balanceaba la cuna...

Orgulloso del susto que les había dado a todos, Kiriak cogió a María por un brazo y la arrastró hacia la puerta, aullando como una fiera, para parecer aún más terrible; pero en aquel mo-

mento advirtió la presencia de los huéspedes y se detuvo.

—¡Ah, ya habéis llegado!—exclamó, soltando a su mujer—. El querido hermano con su familia...

Se persignó, mirando al icono. Luego continuó, muy abiertos los rojos ojos de borracho:

—El querido hermano con su familia ha llegado a la casa paterna..., ha llegado de Moscú..., de la capital..., de la ciudad de las ciudades... Con vuestro permiso...

Se sentó en el banco ante el samovar, y empezó a beber te a grandes y ruidosos sorbos, en medio del silencio de los circunstantes... Cuando hubo bebido a su gusto, se tendió en el banco, y momentos después roncaba.

Acostáronse todos. Nicolás, como enfermo, al lado del viejo, en la chimenea; Sacha, en el suelo, y Olga, en la porchada, con las otras mujeres.

—No llores, tonta—decía, tendida en el heno al lado de María—; no llores. Hay que tener paciencia y sufrir con resignación. La Sagrada Escritura dice: "Si te dan una bofetada en la mejilla izquierda, presenta la derecha." ¡Sí, pobrecita!

Luego empezó a contar, en voz queda, monótona, su vida en Moscú, donde había sido camarera de *chambres garnies*...

—En Moscú—decía—las casas son grandes, de granito, hay un sinfín de iglesias... En las casas, paloma, hay señoras y caballeros muy guapos y muy bien educados.

María dijo que ella no había estado nunca no

ya en Moscú, ni siquiera en la capital de provincia más próxima; era ignorantísima, no sabía ni el Padrenuestro.

La otra nuera, Fekla, que las oía desde lejos, era también muy ignorante. Ninguna de las dos quería a su marido. Ella le temía al suyo, y cuando estaba junto a él temblaba de miedo y la ponía mala el olor a aguardiente y tabaco.

—Tú también te fastidias junto a tu marido, ¿verdad?—le preguntó a Fekla.

Fekla contestó:

—No hablemos de eso.

Callaron. Hacía frío. El gallo cantaba en el patio y no las dejaba dormir. Cuando la luz azulada del amanecer empezó a entrar por las rendijas, Fekla se levantó, sin ruido, y salió. Las pisadas de sus pies desnudos se alejaron veloces.

II

Olga se fué a la iglesia, acompañada de María. Caminaban alegres por la senda que conducía al prado. Olga respiraba con delicia el aire campesino, y María adivinaba en su cuñada un alma propincua, familiar. Un buitre volaba sobre el prado casi a ras de tierra.

El río aún yacía en la sombra, la niebla envolvía gran parte del paisaje; pero el sol naciente iluminaba lo alto de la montaña, y la iglesia brillaba.

—El viejo no es malo—contaba María—; pero la vieja tiene un genio endiablado y siempre está gruñendo. Cuando se acaba el pan y compramos harina en el mesón, dice que comemos demasiado.

—¿Qué se le va a hacer, hija? Hay que tener paciencia. Nuestro Señor dijo: "Venid a mí cuantos sufrís"...

Olga hablaba con lentitud, arrastrando las palabras, y andaba con el paso vivo de las devotas. Leía todos los días el Evangelio en alta voz, y, aunque casi no las comprendía, las palabras santas conmovíanla hasta hacerla llorar. Había vocablos, como, por ejemplo, Virgen santísima, que pronunciaba con el corazón dulcemente oprimido. Creía en Dios, en su Santa Madre, en todos los santos; creía que no se debía ofender a nadie en el mundo, ni a las gentes sencillas ni a los alemanes ni a los bohemios ni a los judíos, y que era pecado incluso maltratar a las bestias; creía que así estaba escrito en los libros sagrados, y por eso, cuando pronunciaba las palabras de las Escrituras, aunque casi no las comprendía, se pintaba en su rostro una dulce emoción.

—¿De dónde eres?—preguntó María.

—Soy de Wlàdimir. No me llevaron a Moscú hasta los ocho años.

Se acercaron al río. En la ribera opuesta una mujer se desnudaba junto al agua.

—Es Fekla—dijo María—. Ha ido a ver a los trabajadores de la finca de la otra orilla. ¡Es terrible!

Fekla, morena, los cabellos sueltos, fresca y robusta como una muchacha, se lanzó al agua, cuya superficie empezó a azotar con los pies, levantando un blanco hervor de espumas.

—¡Es terrible!—repitió María.

Por debajo de unas no muy sólidas tablas, colocadas a través del río, nadaban en el agua pura y transparente numerosos mujoles. El rocío brillabà en los verdes matorrales reflejados en la corriente. ¡Qué espléndida mañana! ¡Qué feliz seríase en el mundo si no existiera la miseria, terrible, implacable, de la que no había manera de hurtarse! Una simple mirada atrás evocaba todo lo ocurrido la víspera, y el encanto de bienandanza flotante alrededor desaparecía como por ensalmo.

Llegaron a la iglesia. María se detuvo a la puerta, sin atreverse a avanzar. Ni siquiera se atrevió a sentarse, aunque la misa no empezaba hasta las nueve. Y permaneció en pie todo el tiempo.

Cuando el sacerdote comenzaba a leer el Evangelio se notó de pronto una rumorosa agitación entre los fieles, que le abrían paso a la familia del Señor: dos jóvenes vestidas de blanco, con grandes sombreros, y un muchacho grueso y sonrosado, vestido de marinero. Su aparición impresionó agradablemente a Olga, que se dió cuenta al punto de su condición *comme il faut*. María los miraba de reojo, con gesto sombrío, como si

fueran monstruos capaces de aplastarla si no se apartaba.

Y oía estremecida la voz de bajo del diácono, pareciéndole oír gritar: "¡Maaaría!"

III

La nueva de la llegada de Nicolás y su familia se había propalado por la aldea, y después de la misa acudió mucha gente a verlos. Acudieron entre otros, Leonichevi, Matveivichi e Ilichevi, los tres a pedir noticias de sus parientes colocados en Moscú. Todos los muchachos instruídos se iban a Moscú de criados o de camareros, mientras que los de la otra orilla preferían ser panaderos. Hacía muchos años, en tiempos de la servidumbre, un tal Luka Ivanich, *mujik* de Jukov, convertido ya en personaje legendario, había llegado a sumiller en un "club" de Moscú. Y sólo admitía a su servicio conterráneos. Sus favorecidos, a su vez, hacían ir a sus parientes, a quienes colocaban en cafés y restaurantes.

Nicolás tenía nueve años cuando le enviaron a Moscú. Iván Makarich, de la familia Matveivichi, empleado a la sazón en el teatro Ermitage, lo tomó a su cargo. Y ahora, dirigiéndose a los Matveivichi, Nicolás decía despaciosamente:

—Iván Makarich es mi bienhechor, y le debo pedir a Dios por él a todas horas, pues gracias a él soy lo que soy.

—Padrecito—se lamentó una vieja de elevada estatura, la hermana de Iván Makarich—, no sabemos nada de él.

—Estaba de servicio en el teatro de Omón; pero he oído decir últimamente que tenía una colocación fuera de la ciudad... Ha envejecido mucho. Antes había veranos en que se sacaba hasta diez rublos diarios; pero ahora los negocios se han echado a perder, y además está tan cansado...

Las mujeres miraban los pies de Nicolás, calzados con botas de fieltro, y su cara pálida, y le decían plañideras:

—¡No puedes ya trabajar, Nicolás Osipich! Decirte otra cosa sería engañarte...

Y todos acariciaban a Sacha. Aunque había cumplido diez años, era tan bajita y tan delgada que apenas representaba siete. Entre las otras niñas, curtidas por la intemperie, con los cabellos mal cortados, vestidas con blusones descoloridos, ella, rubia, de ojos grandes, negros y profundos, adornada la cabeza con una cinta roja, como una bestezuela cogida en el campo, era una figura un poco extraña.

—Sabe leer—dijo Olga, contemplándola con ternura—. Léenos algo, hijita...

Buscó el Evangelio, se lo dió, y continuó rogándole:

—Léenos un poco y los buenos cristianos escucharán.

El libro era viejo, pesado; sus tapas, de piel, estaban sucias por los bordes, y olía a convento.

Sacha arqueó las cejas y empezó a leer, arrastrando las palabras:

—"El ángel del Señor se apareció a José, que dormía. Levántate—le dijo—y huye a Egipto con el Niño y su Santa Madre..."

——"Con el Niño y su Santa Madre"—repitió Olga, emocionadísima.

—"Huye a Egipto y permanece allí..., conforme te digo."

El "conforme te digo" hizo subir de punto la emoción de Olga, que no pudo ya contenerse y prorrumpió en llanto. María, viéndola llorar, estalló en sollozos, y la hermana de Iván Makarich no tardó en imitarla. El viejo comenzó a toser y buscó una golosina para su nieta; pero como no la encontrase, expresó su contrariedad con un ademán desesperado.

Cuando terminó la lectura los vecinos se fueron, haciéndose lenguas de las buenas prendas de Olga y Sacha.

Con motivo de la fiesta toda la familia permaneció en casa. La vieja, a quien todos, su marido, sus nueras, sus nietas, llamaban la bruja, quería hacerlo todo por sí misma: ella encendía la chimenea, hervía el te en el samovar, hasta tomaba parte en las faenas del campo; y decía luego, lamentándose, que estaba rendida. Siempre la inquietaba la manía de que se comía demasiado y el temor de que el viejo y las nueras se quedaran sin trabajo. Ya se le antojaba que las ocas del mesonero asaltaban su huerta, y corría con un

garrote, gritando hasta desgañitarse, por entre las coles, tan poco lucidas como ella; ya le parecía que el cuervo acechaba a sus pollos, y le perseguía, poniéndole de vuelta y media. Se pasaba el día gruñendo y gritando, y a veces sus voces eran tales, que la gente se detenía ante la casa.

A su pobre marido lo trataba muy mal; le llamaba a cada momento gandul y otras lindezas. Verdaderamente, él no era una alhaja, y, de no estar siempre ella pinchándole, no hubiera trabajado nada y se hubiera pasado la vida sentado en la chimenea diciendo chirigotas.

Durante largo rato le habló a su hijo de sus enemigos, se quejó de sus vecinos, que, según él, estaban siempre dándole disgustos. Su hijo le escuchaba aburrido.

—Sí—decía el viejo, con las manos en las caderas—. Sí, ocho días después de la Ascensión vendí el heno a treinta copecs, según me proponía... Pues bien: cuando me iba, por la mañana temprano, con el heno, sin molestar a nadie, salía del mesón el baile Antip Sedelnikov. Al verme me dijo: "¿Adónde vas, hijo de perro?", y me pegó.

Kiriak tenía un dolor de cabeza terrible, a causa de la borrachera de la víspera, y se sentía avergonzado ante su hermano.

—¡Qué demonio de *vodka!*—balbuceaba, sacudiendo la doloridísima cabeza—. Perdonadme, hermanos, perdonadme, os lo suplico... ¡Qué vergüenza!

En celebración de la fiesta se compró en el mesón un arenque, con cuya cabeza se hizo una sopa. Púsose la familia a tomar el te al mediodía, y lo estuvo tomando hasta que comenzó a sudar, rebosante de te, todo el mundo. Luego, viejos, hijos, nueras, nietos, congregáronse alrededor de la cazuela de la sopa. La vieja, precavida, había guardado el arenque.

Al obscurecer, un alfarero encendió el horno en la colina. Abajo, en el prado, las muchachas, en corro, cantaban. Sonaba un acordeón. En la otra ribera ardía también un horno y cantaban las muchachas, cuyos cantos embellecía y poetizaba la distancia. En el mesón, los campesinos vociferaban y se insultaban de tal modo, que Olga, estremeciéndose, decía al oírles:

—¡Dios mío!

La asombraban aquellas constantes injurias, sobre todo en boca de viejos, ya con un pie en la sepultura. Los niños y las muchachas las oían sin inmutarse, habituados a ellas desde la cuna.

A media noche habíanse apagado los hornos; pero en el prado y el mesón seguía la gente divirtiéndose. El viejo y Kiriak, ebrios, cogidos de las manos, haciendo eses, se acercaron a la porchada, donde dormían Olga y María.

—Déjala—intercedía el viejo—, déjala... Es una buena mujer... Eso es un pecado...

—¡Maaaría!—gritó Kiriak.

—Déjala... Eso es un pecado... Es muy buena...

Se detuvieron un momento junto a la porchada, y se fueron.

"¡Me gustan las flores,
las flores del campo!

cantó con voz estridente el guardabosque.

¡Me gusta cogerlas
por huertos y prados!"

Luego escupió, lanzó unos cuantos juramentos y entró en la casa.

IV

Era un día muy caluroso de agosto. La vieja había encargado a Sacha de la custodia de la huerta. Las ocas del mesonero podían realizar uno de sus asaltos, mientras ellas, junto al mesón, cogían avena y charlaban tranquilamente. Dejando ojo avizor al macho, para que viese si ella acudía con el garrote, podían irse acercando, cautelosas... Pero las ocas se paseaban por la otra ribera, en larga procesión blanca. Sacha, que empezaba a aburrirse, viendo que no intentaban ninguna invasión, echó a andar hacia el río...

La hija mayor de María, Motka, de pie sobre una enorme piedra, contemplaba, inmóvil, la iglesia. María había tenido trece hijos; pero sólo le quedaban siete, todos hembras, la mayor de ocho años. Motka, descalza, sin más ropa que un camisón, estaba como petrificada; ni siquiera ad-

vertía que el sol, que le daba de lleno, le había puesto la coronilla punto menos que al rojo. Sacha se detuvo a su lado y le dijo, mirando a la iglesia:

—En la iglesia vive el Señor. La gente se alumbra con lámparas y velas; el Señor, con lamparillas rojas, azules, verdes, como ojos. El Señor se pasea de noche por la iglesia, y la Virgen y San Nicolás van detrás de él..., tup..., tup..., tup..., ¡y el sacristán tiene un miedo...!

Sacha calló breves instantes.

—Sí, paloma—añadió, imitando a su madre—; y cuando venga el fin del mundo, todas las iglesias volarán al cielo.

—¿Con las cam-pa-nas?—preguntó Motka con voz opaca.

—Con las campanas. Y cuando se acabe el mundo, los buenos irán al Paraíso y los malos al fuego eterno. Sí, paloma. A mamá y a María les dirá el Señor: "Como no le habéis hecho daño a nadie, id a la derecha, al Paraíso." Y a Kiriak y a la vieja les dirá: "Id a la izquierda, al fuego." Y los que no ayunan irán también al fuego.

Miró al cielo, con ojos muy abiertos, y prosiguió:

—Mira al cielo sin pestañear, y verás a los ángeles.

Motka obedeció y hubo una pausa.

—¿Los ves?—preguntó Sacha.

—No veo nada—contestó con su opaca voz Motka.

—Yo sí los veo. Són pequeñitos y vuelan por el cielo, moviendo las alas chiquitinas, como los mosquitos.

Motka se quedó meditabunda unos instantes, y preguntó:

—¿La vieja irá al infierno?

—Irá, paloma.

La piedra estaba en lo alto de una cuesta cubierta de una hierba tan verde y tan suave, que daban ganas de tocarla y de tenderse sobre ella. Sacha se tendió y rodó hasta abajo. Motka imitó a su prima y rodó también hasta abajo, muy seria. En el raudo descenso se le subió la camisa casi a la cabeza.

—¡Bravo, bravo!—gritó Sacha, encantada.

Tornaron a subirse a la piedra para rodar de nuevo; pero en aquel momento oyeron la voz estridente que tanto conocían. ¡Qué horror!... La vieja, désdentada, huesuda, encorvada, la rala cabellera al viento, echaba de la huerta a las ocas, armada de un palo, y gritaba:

—¡Han puesto las coles hechas una lástima las sinvergüenzas! ¡Mal rayo las parta!

Al ver a las niñas tiró el palo, cogió una rama seca, y asiendo a Sacha por el cuello con sus dedos sarmentosos, duros, empezó a pegarle con ella. Sacha lloraba de dolor y de espanto... El macho de las ocas, andando torpemente y alargando el pescuezo, se acercó a la vieja y la increpó con energía, en su áspero idioma. Luego volvió junto a sus blancas compañeras, que le hicieron objeto de una

calurosa ovación. La vieja, después de pegarle a Sacha, la emprendió con Motka, cuya camisa tornó a subirse. Desesperada, llorando a moco tendido y chillando, Sacha se dirigió a la casa, seguida de Motka, que también plañía y llevaba tan mojado el rostro—pues no se secaba las lágrimas—como si acabase de sacarlo de una palangana.

—¡Dios mío!—exclamó Olga, estupefacta, cuando entraron—. ¡Virgen Santísima!

Sacha comenzó a contar lo ocurrido, y en aquel momento irrumpió la vieja en la estancia vociferando y renegando.

Fekla se enfadó, y se disgustó toda la familia.

—Eso no es nada, no es nada—decía Olga, muy pálida, acariciando la cabeza de Sacha—. Es un pecado enfadarse con la abuelita.

Nicolás, que no podía ya soportar los gritos constantes, el hambre, el humo, la suciedad; que odiaba y despreciaba aquella miseria; que se avergonzaba de su familia ante su mujer y su hija, bajó sus piernas de la chimenea y le dijo a su madre, con voz llena de enojo:

—¡No tiene usted derecho a pegarle!

—¡Revienta de una vez, carroña!—gritó Fekla, furiosa—. ¡Os ha enviado aquí el diablo!

Sacha, Motka y las demás chiquillas se agazaparon todas en un rincón de la chimenea, detrás de Nicolás, atemorizadas y mudas. En el silencio trágico se oían latir sus corazones. Cuando en una familia hay un enfermo incurable, cuya enfermedad dura mucho tiempo, y en ciertos mo-

mentos se desea de un modo tímido su muerte, sólo los niños piensan en ella con horror. Y las chiquillas, reteniendo el aliento, con una expresión triste en el rostro, contemplaban a Nicolás y sentían ganas de llorar y de decirle algo cariñoso, al pensar que moriría pronto.

El enfermo se apretó contra Olga, como buscando protección, y habló así, con voz queda y trémula:

—Olga, querida mía, no puedo continuar aquí. Me falta valor. Escríbele, por Dios, una carta a tu hermana Klavdia Abramovna diciéndole que venda todo lo que tiene y nos envíe dinero para irnos. ¡Dios mío, quién pudiera ver, aunque fuera soñando o por un agujero, nuestro Moscú!

Al obscurecer, en medio del casi absoluto silencio de los circunstantes, presas todos de una extraña angustia, la terrible vieja se puso a mojar cortezas de pan negro en agua y a chuparlas despaciosamente. María, después de ordeñar a la vaca, entró con el cántaro de leche y lo colocó sobre el banco. La vieja fué vertiendo la leche en los jarros, con mucha pachorra, muy contenta, en la seguridad de que nadie la tocaría hasta pasada la vigilia de la Asunción. Luego de verter en un platillo algunas gotas para el hijo de Fekla, bajó los jarros a la cueva, ayudada por Fekla y María. Motka, en cuanto su abuela, su tía y su madre salieron de la habitación, se bajó de la chimenea, se acercó al banco donde había dejado la vieja la taza de madera con las cortezas, y derra-

mó en el agua un poco de la leche destinada a su primo.

La vieja no tardó en volver, y siguió chupando las cortezas. Sacha y Motka, sentadas en la chimenea, la miraban, congratulándose de su segura condenación al fuego eterno por quebrantamiento del ayuno. Acostáronse, muy consoladas, y Sacha soñó que en un enorme horno, como los de los alfareros, un diablo, todo negro y con cuernos de vaca, perseguía a la vieja, blandiendo un palo semejante al que usaba ella para espantar a las ocas.

V

El día de la Asunción, hacia las once de la noche, las muchachas y los mozos, que paseaban por el prado, empezaron a gritar y a correr en dirección a la aldea. Los que se hallaban en la falda de la montaña no se dieron cuenta en el primer momento de lo que sucedía.

—¡Fuego! ¡Fuego!—oyeron gritar desesperadamente—. ¡Socorro!

Volvieron la cabeza, y un cuadro horrible, inenarrable, se ofreció a sus ojos. Sobre el tejado de paja de una de las últimas casas de la aldea se alzaba una columna de fuego de tres metros de altura, de la que se desprendían espesa humareda y multitud de chispas. El fuego no tardó en prender en todo el tejado. Oíase su siniestro crepitar.

Un resplandor trémulo y rojo, más intenso que

la luz de la Luna, envolvía la aldea. Negras sombras se agitaban sobre el paisaje. Olía a incendio. Los campesinos, que corrían motaña arriba, sin aliento, mudos de espanto, se atropellaban, se caían, y, cegados por el deslumbrante resplandor, no se reconocían unos a otros. Era horrible ver a las palomas volar sobre el fuego, por en medio del humo, y oír cantar, tocar el acordeón, reír a los que aun no sabían nada.

—¡Es la casa del tío Semenovich!—gritó una voz ronca.

María, a la puerta de su casa, lloraba, se estrujaba las manos, castañeteaba los dientes, aunque el fuego era en el otro extremo de la aldea. Salieron las niñas, en camisa, y Nicolás, con las botas de fieltro. Ante la casa del teniente alcalde empezaron a golpear sonoramente una plancha de hierro.

Bum..., bum..., bum... El precipitado y tenaz martilleo encogía el corazón y daba escalofríos. Las viejas sacaban los iconos. Se hacía salir de los establos al ganado. Baúles, pieles, barriles, eran amontonados a las puertas de las casas. Un garañón negro, al que no se dejaba ir con los demás caballos porque los mordía y los coceaba. comenzó a dar botes al verse en libertad, y se lanzó luego al galope por toda la aldea, que recorrió unas cuantas veces, deteniéndose al cabo ante un carro, sobre el que descargó una lluvia de coces. Empezaron a tocar a fuego en la iglesia. En las inmediaciones de la casa incendiada, el

calor era sofocante, y la claridad tal, que se veían, como si el Sol las alumbrase, las más menudas briznas de hierba. Sobre uno de los cofres que se había conseguido sacar estaba sentado Semenevich, un campesino rojo y narigudo, con la boina calada hasta las orejas. Su mujer gemía tendida en el suelo y casi sin conocimiento. Un viejo octogenario, exiguo y barbudo como un gnomo, vecino de una aldea próxima, se paseaba, destocado y con un envoltorio blanco en la mano. El fulgor del incendio brillaba en su cabeza calva. El baile Antip Sedelnikov, moreno, de cabellos negros —un verdadero cíngaro—, se acercó a la casa hacha en mano, y destrozó a hachazos, una tras otra, todas las ventanas, no se sabe con qué objeto. Después la emprendió con la escalinata.

—¡Agua, mujeres!—gritaba—. ¡Acercad la bomba! ¡Daos prisa!

Los campesinos, que momentos antes empinaban el codo en el mesón, arrastraban la bomba, borrachos perdidos, dando traspiés, haciendo eses y con las lágrimas en los ojos.

—¡Bribones, agua!—les gritaba el baile, no menos borracho que ellos—. ¡Trabajad, pícaros!

Las mujeres y las muchachas corrían a la fuente, llenaban de agua jarros y cántaros, los vaciaban en la bomba y volaban por agua de nuevo. Olga, María, Sacha y Motka tomaron parte en la faena. Numerosos chiquillos trabajaban en el manejo de la bomba. El baile dirigía la manga, ya hacia la puerta, ya hacia las ventanas, y la

obturaba en parte con la punta del dedo, lo que hacía más sibilante el chorro.

—¡Muy bien, Antip!—le animaban voces aprobatorias—. ¡Muy bien!

Y Antip entraba en el vestíbulo, sin temor al fuego, y gritaba:

—¡Agua, agua, cristianos; haced un esfuerzo! ¡Duro, duro!

Los campesinos, en compacto grupo y mano sobre mano, contemplaban el fuego. Nadie sabía por dónde comenzar, nadie sabía qué hacer... El incendio proyectaba su fulgor siniestro sobre los montones de heno y de trigo, sobre las porchadas, sobre los haces de hierba seca. Kiriak y el viejo Osip, su padre, hallábanse entre los campesinos, borrachos los dos. Y para excusar su pereza, el viejo decía, dirigiéndose a su mujer, sentada en el suelo:

—¡No hay por qué apurarse! Tenemos la casa asegurada.

Semenovich refería, encarándose ora con uno, ora con otro de los que le rodeaban, cómo había ocurrido el incendio.

—Ese viejecito del envoltorio, antiguo cocinero del general Jukov, que en paz descanse, llegó a casa esta tarde, y me dijo, como acostumbra: "Déjame pasar la noche"... Naturalmente, echamos un trago... Mi mujer se puso a encender el samovar, para ofrecerle al viejecito una taza de te, y tuvo la mala ocurrencia de hacerlo en el vestíbulo. El fuego subió por el tubo, llegó a la paja

del techo... y ¿para qué seguir contando?... ¡Gracias a que hemos podido escapar!... El viejo no ha tenido tiempo ni de salvar su gorra. ¡Qué desgracia!

Seguían sonando los golpes en la plancha de hierro y las campanadas de la iglesia. Olga, envuelta en el rojo resplandor de las llamas, miraba, con horror, volar a las palomas por en medio del humo y temblar a los corderillos. Antojábasele que los sonidos del campaneo y del golpear en la plancha horadaban su alma a manera de agujas, que el fuego no iba a acabarse nunca, que Sacha se había perdido... Y cuando el techo de la casa se vino abajo con estrépito, pensó que iba a arder la aldea entera, y, sin ánimos ya para seguir llevando agua, se sentó a la orilla del río, junto a los dos cántaros... Las demás mujeres empezaron a llorar a gritos, como si se hubiera muerto alguien.

Mientras tanto, por el lado opuesto de la aldea llegaban dos carros con obreros y una nueva bomba. Precedíales, a caballo, un joven estudiante, con la cazadora blanca desabrochada. Empezaron todos al punto a trabajar. Cuatro obreros y el estudiante, que, con la faz enrojecida, lanzaba penetrantes e imperiosas voces de mando, como si fuera para él la extinción de un incendio una cosa muy fácil, subieron a la vez, hacha en mano, por una escala de que venían provistos. Y los campesinos asistieron a una concienzuda labor de derribo: fueron derribados el establo, la cerca...

—¡No dejéis derribar!—gritó alguien—. ¡No dejéis derribar!

Kiriak se dirigió a la casa con aire decidido, como para impedir que se siguiese derribando; pero uno de los obreros le hizo girar sobre los talones y le dió un puñetazo. Oyéronse risas. El obrero le dió otro puñetazo a Kiriak, que perdió el equilibrio y se volvió, a gatas, a su sitio.

Dos bellas muchachas con sombrero, al parecer hermanas del estudiante, llegaron momentos después. Detuviéronse a cierta distancia de la casa incendiada. El estudiante dirigía la manga de la bomba hacia un montón de vigas no apagadas del todo aún.

—¡Georges!—le gritaron las dos muchachas, en tono de reproche—. ¡Georges!

El incendio había sido extinguido. Hasta aquel momento nadie se dió cuenta de que era ya de día ni de que las caras de todos parecían de enfermos, como sucede siempre al amanecer, cuando se apaga el brillo de las últimas estrellas. Camino de sus casas, los campesinos se reían, acordándose del cocinero del general Jukov y de su gorra quemada. Sentíanse inclinados a tomar a broma el incendio, y hasta se diría que, en su fuero interno, se dolían de que se hubiera acabado tan pronto.

—¡Bien ha trabajado usted, señor!—le dijo Olga al estudiante—. Debía usted ir a Moscú: allí casi todos los días tenemos incendios.

—¿Es usted de Moscú?—preguntó una de las muchachas.

—Sí, señorita. Mi marido ha sido camarero del Hotel Eslavo. Esta niña es mi hija.

Y Olga señaló a Sacha, que tenía frío y se apretaba contra ella.

—También es de Moscú—añadió.

Las dos muchachas le dijeron al estudiante algunas palabras en francés, y el joven le tendió veinte copecs a Sacha. El viejo Osip lo observó todo, y una dulce esperanza se pintó en su semblante.

—Gracias a Dios, no hacía viento, señoría. Si hubiera hecho viento, en un abrir y cerrar de ojos...

Tras una pausa, el viejo Osip, un poco confuso, añadió:

—Hace fresco... No vendría mal media botellita para entrar en calor...

No le dieron nada, y se fué, arrastrando los pies.

Olga se quedó a la orilla del río, y vió cómo pasaban al otro lado los carruajes.

Los señores siguieron a pie por el prado. El carruaje les esperaba al lado opuesto.

—¡Son tan amables y tan guapos!—le dijo Olga a su marido, cuando llegó a su casa—. ¡Las muchachas son dos querubines!

—¡Que revienten!—profirió Fekla, hecha una furia.



VI

María se creía muy desgraciada y decía que quería morirse. A Fekla, por el contrario, la pobreza, la suciedad, las injurias constantes, no le causaban enojo alguno. Comía lo que le servían, se acostaba donde y como podía, tiraba la basura a la puerta de la casa, andaba descalza por los charcos. Desde el primer momento aborreció a Olga y a Nicolás, justamente porque aquella vida no les gustaba.

—¿Qué se les ha perdido aquí a estos marqueses moscovitas?—se decía con malevolencia.

Una mañana de septiembre, Fekla, roja de frío, robusta, arrogante, subió del río con dos cántaros de agua. María y Olga estaban sentadas a la mesa y tomaban tè.

—Parecéis dos señoras—les dijo, burlona, su cuñada, dejando los cántaros en el suelo—. Os habéis acostumbrado a tomar te todos los días... Vais a inflaros con tanto te.

Y clavó en Olga una mirada de odio.

—¿Has engordado así en Moscú, barrigona?—añadió.

Cogió la escoba y descargó con ella un golpe sobre el hombro de Olga.

Las dos cuñadas, estupefactas, limitáronse a exclamar:

—¡Ave María Purísima!

Luego, Fekla se encaminó de nuevo al río, con

un bulto de ropa sucia. Iba echando sapos y culebras por la boca y se le oía desde la casa.

No mucho después, una noche estaban todas, menos Fekla—que se había ido a la otra ribera—, hilando seda. Se la procuraban en la manufactura vecina, y toda la familia ganaba, con el trabajo del hilado, unos veinte copecs semanales.

—El campesino estaba mucho mejor que ahora cuando era siervo—decía, hilando, el viejo—. Todo era a sus horas: el trabajo, la comida, el descanso. No faltaban, para la comida, la sopa de coles y los puches, ni, para la cena, los puches y la sopa. El campesino podía comer cuantas coles y cuantos pepinos quisiera. Y las costumbres eran otras, había más seriedad, mucha más seriedad.

Alumbraba la estancia una lámpara que ardía mal y echaba humo. Cuando se interponía alguien entre la ventana y la luz, se veía blanquear en las paredes, en el suelo, en los muebles, el fulgor de la Luna llena. El viejo Osip contaba, recreándose en sus recuerdos, cómo se vivía antes de la manumisión en aquellos mismos lugares donde ahora la vida era triste, miserable. Había muchas cacerías, con lebreles y otros perros de ojeo, y se les daba a los campesinos aguardiente siempre que se hacía una batida; se les enviaba caza a los jóvenes señores que residían en Moscú; se castigaba con el látigo a los siervos desobedientes o se les mandaba al patrimonio de Tver, y a los buenos y dóciles se les premiaba.

La vieja tomó la palabra cuando su marido

calló, y empezó a contar cosas de su juventud, que recordaba con todo lujo de detalles. Habló de su ama: una mujer buena y devota, casada con un calavera. Las hijas de la pobre señora también se casaron mal todas: una con un borracho, otra con un ricachón, la tercera con su raptor, a quien prestó ayuda la vieja, una muchacha entonces, y las tres murieron jóvenes, de padecer, como su madre. La vieja, evocando estas memorias, casi lloraba.

De pronto llamaron a la puerta. Todos se estremecieron.

—¡Tío Osip, déjame pasar la noche!

El viejecito calvo, de la gorra quemada, el cocinero del general Jukov, entró. Se sentó, prestó un rato atención silenciosa a la conversación y metió baza, al cabo, refiriendo una historia, a la que siguieron otra y otra... Nicolás, que estaba sentado en la chimenea, con las piernas colgando, le preguntó qué platos se guisaban en su época, y y le habló de albondiguillas, de chuletas, de todo género de sopas y salsas. El cocinero, que tenía una memoria felicísima, le nombró platos que ni se conocían ya. Había uno, por ejemplo, que se llamaba "al levantarse", y cuyo principal componente eran ojos de vaca.

—¿Se hacían chuletas a la mariscala?—preguntó Nicolás.

—No.

Nicolás sacudió escépticamente la cabeza, y dijo:

—¡Hay algunos cocineros...!

Las muchachas, todas sobre la chimenea, miraban abajo, sin pestañear. Parecían un grupo de querubines en una nube. Les gustaban mucho los cuentos y suspiraban, se estremecían, palidecían, ya encantadas, ya temerosas, escuchando. A la vieja, su narradora predilecta, la oían inmóviles, reteniendo el aliento.

Se acostaron todos en silencio. Y los viejos, recién removidos sus recuerdos, pensaban en lo dichoso que se es cuando se es joven, en lo dulce que es el recordar la juventud, aunque no haya sido feliz, en lo que nos espanta la idea de la muerte cuando la sentimos ya acercarse...

Se apagó la luz. El fulgor de la Luna llena, que entraba por las dos ventanas; el silencio sólo turbado por el balanceo de la cuna, hacían pensar en que la vida pasa y no vuelve...

El sueño, el olvido. De pronto, un golpecito en el hombro, un leve soplo en la mejilla. Y el sueño de nuevo y malestar, y la turbadora, la inquietante idea de la muerte. Una vuelta en el lecho, la idea de la muerte huye...; pero otras, tristes, enojosas, acuden: la de la miseria, la del pan cotidiano, la de lo cara que está la harina..., y otra vez el pensamiento amargo de que la vida pasa y no vuelve...

—¡Dios mío!—suspiró el cocinero.

Alguien llamó muy suavemente a la ventana. Sin duda era Fekla. Olga se levantó, y, bostezando, rezando en voz baja, abrió la puerta del

vestíbulo; pero sólo entraron el viento y la claridad del plenilunio. Se veían por la puerta abierta la calle solitaria y la Luna, que caminaba por el cielo.

—¿Quién es?—preguntó Olga.

—Soy yo—contestaron—, soy yo.

Junto a la puerta, Fekla, muy arrimada a la pared, tiritaba y castañeteaba los dientes, desnuda de pies a cabeza. Parecía más pálida, más bella y más extraña, bañada por la luz lunar, que acentuaba el encanto de la negrura de sus cejas y de la lozana robustez de su pecho.

—En la otra ribera—explicó—unos mozos me han desnudado y me han dejado venir así. Me he venido en cueros, ya lo ves, como me parió mi madre. Tráeme algo para vestirme.

—¡Pero entra, mujer!—dijo Olga muy quedo y temblando también.

—Temo que los viejos estén despiertos...

La vieja, en efecto, se había despertado y estaba inquieta y renegando. El viejo preguntó:

—¿Quién es?

Olga fué de puntillas por una camisa y una falda y se las llevó a Fekla, que se vistió en un santiamén. Luego entraron las dos, procurando no ser oídas.

—¿Eres tú, hermosa?—refunfuñó la vieja, adivinándola—. ¡Y que no revientes, corretona!...

—No te apures, paloma, no te apures—decía Olga, abrigando bien a su cuñada.

Nuevo silencio. Todos estaban desvelados: el

viejo, por un dolor de espalda; la vieja, por sus preocupaciones y su mala sangre; María, por el miedo; los niños, por la sarna y el hambre.

Fekla empezó a llorar a gritos; pero se contuvo en seguida. Durante un rato oyéronse, de cuando en cuando, sus sollozos, cada vez más débiles, y al cabo se calló.

De hora en hora sonaban las campanadas del reloj; mas no era posible tomarlas en serio. Una hora después de sonar cinco sonaron tres.

—¡Dios mío!—suspiraba el cocinero.

La claridad que entraba por las ventanas no se sabía a punto fijo si era de la Luna o del alba.

María se levantó y salió. Se la oyó ordeñar a la vaca y decir:

—No tengas cuidado.

La vieja salió también. No era de día aún; pero se distinguían todos los objetos. Nicolás, que no había pegado los ojos, se bajó de la chimenea, sacó del cofre verde su frac, se le puso y, acercándose a la ventana, acarició sus mangas y sus faldones, y se sonrió. Luego se lo quitó, lo guardó en el cofre y se acostó de nuevo.

María volvió y se puso a encender la chimenea. No estaba aún despabilada del todo. Acaso recordando un sueño o las historias de la víspera, dijo, desperezándose:

—¡No, la libertad es mejor!

VII

Llegó el "jefe". Se llamaba así al comisario de policía. Se sabía desde hacía una semana cuándo y por qué vendría. Aunque en Jukov sólo había cuarenta casas, los atrasos en la contribución fiscal y territorial pasaban de dos mil rublos. El comisario se apeó del coche en el mesón, tomó dos tazas de te y se fué, a pie, a casa del baile, ante la cual un compacto grupo de contribuyentes morosos esperaba ya. El baile Antip Sedelnikov, a pesar de su juventud—tenía poco más de treinta años—y de que era pobre y no pagaba regularmente los impuestos, se distinguía por su severidad y se ponía siempre de parte de las autoridades. El ser baile le divertía, y la conciencia de su autoridad, que, como queda dicho, él hacía sentir, no le disgustaba. Se le temía y obedecía en las asambleas; a veces, detenía a algún borracho en las proximidades del mesón, atábale codo con codo y le metía en la cárcel. Un día detuvo a la vieja por renegar en la asamblea, a la que había acudido en substitución de su marido, y la tuvo presa veinticuatro horas.

Aunque nunca había vivido en la ciudad y no leía libros, usaba en la conversación palabras extraordinarias, y la gente, sin entenderle siempre, tenía de él un alto concepto.

Cuando Osip entró en casa del baile, con su libreta, el comisario, anciano de largas patillas

blancas, estaba sentado ante la mesa y escribía. La habitación estaba limpia; cubrían las paredes ilustraciones de periódicos, y en el sitio mas visible, junto a los iconos, había un retrato del general Battenberg. A un lado de la mesa, en pie y cruzado de brazos, se hallaba Antip Sedelnikov.

—Debe, señoría—dijo al llegarle a Osip su turno—, ciento diez y nueve rublos. Antes de Semana Santa pagó uno, y no ha vuelto a pagar ni un copec.

El comisario miró a Osip y le preguntó:

—¿Cómo es eso, hermanito?

—Por el amor de Dios, señoría—contestó Osip, con tono patético—; déjeme su señoría explicarme. El señor Lutoretzky, el año pasado, me dijo: "Osip, vende tu heno..., véndelo." ¿Por qué no? Convinimos el precio...

Empezó a quejarse del baile. A cada momento se volvía a los campesinos, como poniéndolos por testigos. Estaba colorado como un tomate y sudaba a mares. En su mirada penetrante había una expresión malévola.

—No comprendo para qué me cuentas todo eso—le interrumpió el comisario—. Yo sólo te pregunto por qué no pagas los impuestos. No pagáis ninguno, y yo soy el responsable.

—¡No puedo pagar!

—Esas palabras—dijo el baile—no merecen un comento serio. Los Chikildieyev sufren, en efecto, no leves agobios económicos; pero dígnese su se-

ñoría preguntar, inquirir... Son alcohólicos, nada apacibles, carecen de inteligencia en absoluto.

El comisario, luego de escribir en sus papeles durante unos instantes, levantó la cabeza y, con la calma, con la suavidad de quien pide un vaso de agua, le dijo a Osip:

—¡Lárgate!

No tardó en marcharse. Y cuando se sentó, tosiendo, en su miserable cochecillo, se advertía no sólo en su rostro, sino hasta en su angosta y larga espalda, que ya no se acordaba ni de Osip ni del baile ni de los impuestos de Jukov, y pensaba en cosas más íntimas.

Aun no se habría alejado un kilómetro, cuando Antip Sedelnikov salía de casa de los Chikildieyev con el samovar en la mano y perseguido por la vieja, que vociferaba:

—¡De ninguna manera! ¡Dámelo, maldito!

El baile iba casi corriendo, y la vieja marchaba en pos suyo, encorvada, jadeante, tropezando, a punto de morirse de ira.

La pañoleta se le había deslizado hacia atrás y llevaba al viento los cabellos blancos, de matices verdes. De pronto se detuvo, y, fuera de sí, dándose puñetazos en el pecho, gritó, con voz desfallecida:

—¡Cristianos que creéis en Dios! ¡Padrecitos! ¡Socorro! ¡Defendedme por misericordia! ¡No puedo más!

—¡Vamos, vieja—le dijo el baile con severidad—, un poquito más de cordura!

Embargado el samovar, la casa se tornó aún más triste. Había algo de humillante en aquel embargo. Diríase que, con el samovar, se habían llevado el honor de la casa. Si hubieran embargado la mesa, los bancos, los pucheros, no hubiera sido tan sensible el vacío. La vieja, gritaba; María, lloraba, y las niñas, al ver su llanto, lloraban también. El viejo, que se sentía culpable, se había sentado en un rincón, y callaba, cabizbajo y sombrío. Nicolás también callaba. La vieja le quería y le compadecía; pero en su furia loca, metiéndole los puños por los ojos, le puso de injurias y denuestos que no había por dónde cogerle. ¡El tenía la culpa! ¿Por qué les había mandado siempre tan poco dinero, ganando, como les decía en sus cartas, cincuenta rublos al mes en el Hotel Eslavo?... ¿Por qué se había metido allí, con sus plepas y con su familia?... ¡Si se moría, ¿con qué dinero iba a enterrarle?...

Daba lástima ver al pobre hombre. Y no menos lástima daba ver a Olga y a Sacha.

El viejo se levantó, cogió la gorra y se dirigió a casa del baile. Era de noche ya. Antip Sedelnikov sellaba unos documentos, inflando los carrillos; olía a carbón encendido; los chiquillos, flacos, sucios, no más lucidos que los de Chikildieyev, se revolcaban por el suelo; la mujer, fea, pecosa, barriguda, hilaba seda. Era una familia miserable, enfermiza, en la que el único individuo de buen ver era Antip. Sobre el banco había cin-

co samovares en fila. El viejo se persignó, puestos los ojos en Battenberg, y dijo:

—¡Antip, por Dios, devuélveme el samovar! ¡Por los clavos de Cristo!

—Dame tres rublos y te lo devolveré.

—¿De dónde quieres que los saque?

Antip inflaba los carrillos. La lumbre silbaba y se reflejaba en los samovares. El viejo, estrujando la gorra, suplicó:

—¡Devuélvemelo!

El baile no parecía moreno, sino negro, y se diría que era un brujo. Se volvió hacia Osip y contestó severo y breve:

—Todo depende de la autoridad regional. En la asamblea administrativa puedes exponer tus quejas, ya por escrito, ya oralmente.

Osip no entendió nada; pero las solemnes palabras del baile le satisficieron, y tornó a su casa.

Diez días después el comisario fué de nuevo a la aldea. Estuvo una hora y se marchó. Hacía viento y frío; el río llevaba ya helado muchos días, pero no nevaba.

Un día de fiesta, los vecinos se reunieron un rato en casa de Osip.

Como era pecado trabajar, no se había encendido la luz, aunque ya había obscurecido. Los temas de la conversación no fueron muy regocijados. A unos campesinos atrasados en el pago de los impuestos se les había embargado las gallinas, y, depositados los pobres animales en la

administración comunal, donde nadie se había cuidado de darles de comer, se habían muerto de hambre. También habían sido embargados unos carneros, uno de los cuales se había muerto al ser trasladado de un carro a otro. ¿Quién tenía la culpa de todo aquello?

—¡Las Diputaciones regionales!—dijo Osip—. ¿Es verdad o no?

—Es verdad, es verdad, no hay duda.

Se culpaba a las Diputaciones de todo: de los atrasos, de las malas cosechas... Y nadie sabía a ciencia cierta lo que eran las Diputaciones. Hasta que los campesinos ricos, dueños de fábricas, de almacenes o de mesones, no fueron elegidos miembros de esas asambleas, y dieron en la flor de hablar mal de los susodichos organismos, ningún aldeano los había oído nombrar.

Se lamentaron también los contertulios de que no nevase. Los montones de tierra helada imposibilitaban el transporte de las maderas.

Quince o veinte años atrás, las conversaciones en Jukov eran mucho más interesantes. Los viejos se diría que guardaban algún secreto, que acababan de enterarse de algo, que esperaban algún acontecimiento. Se hablaba de un decreto secreto del zar, del reparto de nuevas tierras, de tesoros, y se aludía a algunas cosas con medias palabras. Ahora no había secreto ni misterio alguno; la vida era clara como el agua, y apenas se podía hablar de otra cosa que de la miseria, la carestía de la harina, la falta de nieve...

Hubo un silencio. Y de nuevo se sacaron a colación las gallinas y los carneros, y se dijo:

—La culpa de todo...

—La culpa de todo—atajó Osip, sombrío—la tienen las Diputaciones.

VIII

La iglesia parroquial se hallaba a seis kilémetros de la aldea, en Kosogorov. Los vecinos de Jukov sólo iban a ella con motivo de funerales, bautizos o bodas. Oían misa y oraban en la iglesia de la otra ribera. Los días de fiesta, las muchachas, muy emperejiladas, iban a misa todas juntas, y era un encanto verlas caminar a través de los prados. Cuando hacía mal tiempo, la gente se quedaba en casa.

El viejo no creía en Dios, en el que no pensaba nunca. Admitía lo sobrenatural, pero lo consideraba materia sólo interesante para las mujeres. Cuando se hablaba en su presencia de religión y se le preguntaba, por ejemplo, su opinión sobre los milagros, solía contestar, un poco contrariado y rascándose la cabeza:

—¡Quién sabe!

La vieja creía, a su manera; pero lo mismo era ponerse a pensar en sus pecados, en la muerte, en la salvación de su alma, otros pensamientos, relativos a la miseria, a los cuidados del hogar, acudían a su mente y ahuyentaban a los prime-

ros. Había olvidado las oraciones y solía postrarse, cuando se iba a acostar, ante los iconos y murmurar: "Santa Madre de Kazán, Santa Madre de Smolensk, tres veces Santa Virgen..."

María y Fekla se persignaban, se confesaban todos los años; pero su religiosidad era ignara y sin elevación. A los niños no se les enseñaba a rezar, no se les hablaba nunca de Dios, no se les inculcaba ninguna moral. Se les hacía comer de vigilia los días de precepto, y a éso se reducía todo. En las demás casas sucedía, poco más o menos, lo mismo: escaseaban la fe y la inteligencia. Sin embargo, les encantaba a todos la Sagrada Escritura, y, como ninguno la tenía—allí nadie tenía libros—, Olga y Sacha, que la leían algunas veces, gozaban de la consideración general. Todo el mundo las llamaba de usted.

Olga acudía con frecuencia a los *Tedéum* y demás fiestas religiosas que se celebraban en las aldeas próximas y en la capital del distrito, donde había dos monasterios y veintisiete iglesias.

Olvidaba por completo, en sus peregrinaciones, la existencia de su familia, y al volver a su casa descubría, con sorpresa y júbilo, que tenía un marido y una hija, y decía sonriendo:

—¡El Señor es misericordioso para mí!

Lo que sucedía en el campo le parecía abominable y la entristecía. La gente celebraba la fiesta de Ilia, la fiesta de la Intercesión, la fiesta de la Ascensión, con comilonas y borracheras. Para solemnizar la fiesta—muy importante en la pa-

rroquia—de la Intercesión, los campesinos de Jukov se pasaron tres días comiendo y bebiendo. Gastáronse cincuenta rublos del tesoro comunal, y se hizo después una cuestación por todas las casas para *vodka.* El primer día mataron un carnero en casa de los Chikildieyev. La familia almorzó, comió y cenó carnero, y los niños se levantaron a media noche para zamparse algunas tajadas más. Kiriak se pasó los tres días borracho perdido, y vendió la gorra y las botas cuando se le acabaron los cuartos. Le pegó una paliza tan grande a María, que la pobre mujer perdió el conocimiento. Después, todos estaban avergonzados y se sentían abatidos, mustios...

Y, con todo, en Jukov, en la pobre aldea, había todos los años una procesión. Celebrábase en el mes de agosto, cuando era llevada de aldea en aldea del distrito la Vivificante. El día en que esperaban en Jukov a la Virgen amaneció triste. Las muchachas, muy de mañana, se vistieron con su mejor ropa y tomaron el camino por donde el icono había de llegar. Al obscurecer regresaron, en pos de las andas, cantando. En la otra ribera sonaban, alegres, las campanas. Una clamorosa muchedumbre de campesinos de Jukov y de las aldeas vecinas llenaba la calle y saturaba el aire de polvo... El viejo, la vieja y Kiriak miraban al icono, tendiéndole los brazos, y le decían, sollozando:

—¡Protectora! ¡Madrecita!

Parecían haber comprendido, de pronto, que en-

tre cielo y tierra hay algún lazo, que existe algo no perteneciente a los ricos ni a los fuertes, que es posible encontrar protección contra la esclavitud, contra la miseria, contra el alcohol.

—¡Protectora! ¡Madrecita!—lloraba María—. ¡Madrecita!

Pero la acción benéfica de la gracia sólo duró lo que la presencia del icono, y no tardaron en oírse de nuevo, en el silencio campesino, voces groseras de borrachos.

Sólo los campesinos ricos le tenían miedo a la muerte, y cuanto más ricos se hacían menos creían en Dios, menos se preocupaban de la salvación de su alma. Unicamente cuando ya iban a morirse, y por lo que pudiera ocurrir, enviaban velas a la iglesia y mandaban cantar un *Tedéum*. Los campesinos pobres no le temían a la muerte. El viejo y la vieja, aunque a veces se les decía que ya habían vivido demasiado, que ya era hora de que se muriesen, no se apuraban. Se hablaba sin reparo, en presencia de Nicolas, de que cuando él se muriese, Dionisio, el marido de Fekla, recibiría la licencia absoluta. María, no sólo no le temía a la muerte, sino que se dolía de que se hiciera esperar, y se congratulaba de la de sus hijos.

Sin embargo, los campesinos les tenían un miedo exagerado a las enfermedades. Bastaba una indigestión, una calenturilla, para que la vieja se acostase en la chimenea, se tapase y empezara a decir quejumbrosamente:

—¡Me muero, me muero!

El viejo corría en busca del cura y se le administraban a la enferma los Santos Sacramentos.

Oíase hablar con frecuencia de resfriados, de solitarias, de tumores que se iniciaban en el vientre y llegaban al corazón. Lo que más temor inspiraba eran los resfriados, y por eso se acostumbraba a ir muy abrigado, incluso en verano, y a acostarse en la chimenea.

La vieja iba muy a menudo al hospital, donde decía que tenía cincuenta y ocho años, teniendo, en realidad, setenta. Pensaba que el médico, si se enteraba de su verdadera edad, no querría curarla y le diría que no estaba ya para curarse, sino para morirse. Solía ir al hospital muy de mañana, acompañada de dos o tres nietas, y volver ya de noche, hambrienta y de muy mal humor. Siempre traía pomada y otras medicinas para las niñas. Un día llevó con ella a Nicolás, que tomó durante dos semanas cierto medicamento, en gotas, y notó alguna mejoría.

Conocía a todos los médicos y seudomédicos de treinta kilómetros a la redonda. El día de la Intercesión, el sacerdote, que entraba en todas las casas a bendecir la cruz, le dijo que había en la ciudad un viejo que había sido practicante y curaba muy bien.

—Vaya usted a verle—le aconsejó.

No echó ella el consejo en saco roto. En cuanto cayó la primera nevada se fué a la ciudad, y

volvió acompañada de un viejo judío converso, muy enlevitado, de rostro barbudo y surcado por una red de venillas azules. Aquel día trabajaban tres jornaleros en la casa: un viejo sastre, con unas gafas enormes, que, al entrar el judío, estaba ocupado en la confección de un chaleco de trapos, y dos mozalbetes, que estaban poniéndoles remiendos de lana a unas botas de fieltro. Kiriak, que había sido echado por borracho de la casa donde servía, y que a la sazón vivía en la de su familia, estaba sentado junto al sastre, arreglando la collera del caballo. En el reducido aposento faltaba aire y olía mal. El converso, después de reconocer a Nicolás, mandó aplicarle unas ventosas.

Se las aplicaron. El viejo sastre, Kiriak y las niñas, de pie ante la chimenea, miraban al enfermo y se imaginaban ver huir la enfermedad de su organismo. Nicolás miraba cómo las ventosas iban llenándose de sangre, y se sonreía de placer al sentir, en efecto, que algo se escapaba de dentro de él.

—¿Te alivia?—le decía el sastre—. ¿Te alivia?

El converso le colocó doce ventosas, después otras doce, se tomó una taza de te y se marchó. Nicolás empezó a temblar. Se le puso la cara del tamaño de un puño, los dientes se le pusieron azules. Se tapó con la colcha y con su pelliza, pero siguió sintiendo frío, más frío a cada instante. Al obscurecer le acometió una gran fatiga y rogó que le bajasen al suelo.

—No fume usted—le suplicó al sastre.

Luego se calmó, acurrucado bajo la pelliza, y por la mañana expiró.

IX

¡Qué largo y terrible invierno! Agotado el pan por Navidad, se compraba harina desde entonces. Kiriak, que vivía con la familia, armaba escándalo todas las noches y hacía temblar en la casa a todo el mundo. Por la mañana estaba avergonzado, se quejaba de dolor de cabeza, y daba lástima. La vaca mugía de hambre en el establo, y María y la vieja sufrían lo que no es decible. Y, para colmo de males, hacía un frío horroroso; el invierno se prolongaba: hubo tempestades de nieve por la Anunciación y aun después.

Pero llegó, al cabo, la primavera. A principios de abril aun eran frías las noches; mas un día, por fin, los arroyos pusiéronse en marcha, los pájaros empezaron sus cantos: el invierno estaba vencido. Las aguas primaverales cubrían el prado y los matorrales de junto al río, y entre Jukov y la otra orilla todo era una inmensa bahía, que surcaban multitud de patos salvajes. Todas las tardes contemplábase algo nuevo y maravilloso en el milagro de fuego y de colores de la puesta del Sol, algo—matices, nubes...—que parecería inventado, fantástico, visto en un cuadro.

Las grullas volaban veloces y gritaban como

suplicando que se las siguiese. De pie al borde del precipicio, Olga miraba la bahía, el Sol, la iglesia—brillante, se diría que rejuvenecida—, y lloraba. Sentía un ansia irresistible de irse, no le importaba adónde, aunque fuera al fin del mundo. Se había decidido que se fuese a Moscú, a colocarse otra vez de camarera, y que se fuese con ella Kiriak a colocarse de portero o cosa parecida. ¿Cuándo llegaría el día de la marcha, Virgen Santa?...

Apenas entrado el verano, una mañanita Olga y Sacha, llevando unos envoltorios a la espalda y calzadas con zapatos de madera, salieron de la aldea. María las acompañaba. Kiriak estaba enfermo y había demorado su viaje una semana. Por última vez, Olga se persignó mirando a la iglesia. Pensaba en su marido, pero no lloraba. Se pintaba en su rostro una gran tristeza, que le afeaba en extremo. La pobre mujer había envejecido y adelgazado mucho aquel invierno, había encanecido, su amable sonrisa se había apagado para siempre, su mirada se había tornado opaca, inexpresiva... Dejaba con dolor la aldea. Los campesinos se habían portado muy bien con Nicolás, le habían mandado decir misas delante de sus casas y habían sentido de todo corazón la desgracia. No pocas veces, en el tiempo que había vivido en la aldea, había pensado que la vida de aquella gente era peor que la de las bestias, y había considerado terrible vivir entre ellos. Eran groseros, ruines, sucios, borrachos; no se entendían

nunca; andaban siempre a la greña, temerosos y recelosos unos de otros, en su falta de estimación mutua. ¿Quién, sino el *mujik*, se gastaba en bebida el dinero de la escuela, de la iglesia, y le robaba al vecino, y declaraba en falso, por una botella de aguardiente, y llegaba a veces hasta al incendio en sus venganzas? ¿Quién, sino el *mujik*, hablaba contra los *mujiks* en las sesiones del Ayuntamiento y en otras reuniones análogas?... Sí, era terrible vivir entre los campesinos... Y, sin embargo, eran seres humanos, no había nada en su vida a lo que no se le pudiera encontrar justificación. Al fin y al cabo su suerte era bien triste: trabajo duro, que dejaba molido el cuerpo para toda la noche; inviernos crueles, malas cosechas, viviendas angostas..., y ni el menor socorro. ¿Cómo iban a ayudarles los ricos, los fuertes, siendo tan groseros, tan ruines, tan borrachos, injuriándose de una manera tan abominable?

Cualquier chupatintas o cualquier hortera les trataba como a vagabundos y hasta tuteaba a los bailes municipales y eclesiásticos, creyéndose con derecho a ello. ¿Qué ayuda ni qué buen ejemplo podían esperarse de gentes avaras, codiciosas, inmorales, indolentes, que sólo iban al campo a ofender, a robar, a atemorizar? Olga se acordaba de lo que sufrían los viejos cuando se condenaba a Kiriak a ser azotado... Y le tenía lástima a aquella gente, la compadecía, y se volvía a cada paso para despedirse, con la mirada, de la aldea.

Cuando las hubo acompañado cosa de tres kilómetros, María se despidió de ellas y, postrándose en tierra, empezó a gritar:

—Otra vez estoy sola, pobre cabeza mía, pobre y desgraciada cabeza...

Durante largo rato siguió lamentándose así. Olga y Sacha, muy lejos ya, la veían aún de rodillas, con la cabeza entre las manos, lanzando al viento sus arrebatadas y dolientes palabras.

Iba ya el Sol bastante alto, y hacía calor. Jukov se había quedado muy atrás. Era grato caminar. Olga y Sacha no tardaron en olvidarse de la aldea y de María. Se sentían felices y las recreaba todo. Ya era un cerro, ya eran los postes del telégrafo, cuya fila se perdía en el horizonte y en cuya altura murmuraban misteriosamente los alambres. Pasaron por cerca de una granja, toda verde, de la que se exhalaba un fresco olor a cáñamo. Debían de vivir allí seres dichosos. Un poco más allá, la blancura del esqueleto de un caballo resaltaba sobre el verdor de un prado. Cantaban las alondras, llamábanse las codornices y lanzaban sus gritos metálicos, semejantes al ruido de un cerrojo.

Al mediodía llegaron Olga y Sacha a una gran aldea, donde se toparon con el viejecito ex cocinero del general Jukov. Tenía calor, y su cabeza roja y calva, brillaba al sol. Olga y él no se reconocieron en el primer momento. Cuando ya se habían cruzado, volvieron ambos la cabeza, y, sin decir una palabra, siguieron su camino. Detenién-

dose ante las ventanas abiertas de una casa, que parecía más nueva y rica que las otras, Olga saludó y dijo con voz aguda y lánguida:

—¡Buenos cristianos, una limosnita por el amor de Dios! ¡Vuestros difuntos alcanzarán el reino de los cielos y el reposo eterno!

—¡Buenos cristianos—canturreó Sacha—, una limosnita por el amor de Dios..., aunque sea un centimito!

———

UN HOMBRE ENFUNDADO

I

En un extremo de la aldea Mironositsky, en la porchada del alcalde Prokofy, se habían instalado, para pasar la noche, dos cazadores llegados al pueblo mucho después de anochecer: el veterinario Iván Ivanovich y el maestro de escuela Burkin.

Iván Ivanovich tenía un donoso apellido: Chimcha-Guimalaysky, cuya pomposidad estaba en contradicción con la modestia de su persona. En toda la comarca se le llamaba, sencillamente, Iván Ivanovich. Vivía no lejos de la ciudad, en una hermosa finca, donde se dedicaba a la cura de las enfermedades equinas. Aquel día había salido de casa para airearse un poco.

Burkin vivía en la ciudad; pero pasaba todas las vacaciones de verano en la finca del conde P..., y era también muy conocido en la comarca.

Ni uno ni otro podían dormirse.

Iván Ivanovich, alto, enjuto, entrado en años, canoso, bigotudo, fumaba su pipa, sentado junto a la puerta abierta de la porchada. La luz de la

Luna le daba de lleno en el rostro. Burkin yacía sobre un montón de heno, en el fondo del aposento, sumergido en la obscuridad.

Hablaban de la alcaldesa, Mavra, una mujer fuerte y despejada, que no había salido en toda su vida de la aldea y no había visto nunca la ciudad ni el ferrocarril. Hacía algunos años que sólo salía a la calle por la noche.

—No tiene nada de extraño—dijo Burkin—. Hay entre nosotros mucha gente que ama la soledad y que se complace en permanecer siempre en su concha, como los caracoles. Acaso se trate de un atavismo, de un retorno a la época en que nuestros ascendientes aun no eran animales sociables y vivían aislados en sus cavernas. Quizás sea ésa una de tantas variedades de la naturaleza humana. ¡Quién sabe! Yo no me dedico al estudio de las Ciencias Naturales, y no tengo la pretensión de resolver tales problemas. Quiero decir tan sólo que hay mucha gente como esa pobre Mavra. Hará unos dos meses murió en la ciudad un tal Belikov, compañero mío de profesorado en el Liceo, donde explicaba griego. Habrá usted oído hablar de él. Llegó a adquirir, por sus costumbres, cierta celebridad. Siempre, aunque hiciera un tiempo espléndido, llevaba chanclos, paraguas y un abrigo con forro de algodón. Se diría que todas sus cosas estaban enfundadas: cubría su paraguas una funda gris, llevaba el cortaplumas en un estuchito, hasta su rostro, que ocultaba casi por entero el cuello de su abrigo, parecía enfundado

también. Llevaba siempre gafas ahumadas, chaleco de franela y unos tapones de algodón en los oídos. Cuando tomaba un coche le hacía al cochero levantar la capota. En fin, procuraba siempre envolverse en algo que le ocultase, meterse, por decirlo así, en una funda, para aislarse, separarse del mundo entero, defenderse de las influencias exteriores. Era esto en él una tendencia apasionada, irresistible. La vida real le irritaba, le asustaba, le inspiraba una angustia constante. Quizás para justificar este odio, este miedo a cuanto le rodeaba, siempre estaba haciéndose lenguas de las excelencias del pasado, encomiando las cosas que no existían en realidad. El griego que explicaba era para él también como unos chanclos o un paraguas con que se defendía de la vida real. "¡Qué sonora, qué melodiosa es la lengua griega!"—decía con voz suave.

Y en apoyo de su afirmación guiñaba un ojo, levantaba el dedo y pronunciaba: "¡Antropos!"

Belikov procuraba enfundar asimismo su pensamiento. Lo único comprensible y claro para él eran las circulares gubernativas en que se prohibía algo y los artículos periodísticos en que se aplaudían las prohibiciones. Cuando una circular prohibía a los colegiales salir a la calle después de las nueve de la noche o cuando un artículo periodístico tronaba contra la ligereza de las costumbres, la cosa para él era clara, indiscutible: ¡Está prohibido, y se acabó! Pero cuando leía que se autorizaba esto o lo otro, veía en ello algo

sospechoso y extraño. Si las autoridades de la ciudad concedían autorización para abrir un círculo de artistas-aficionados, una biblioteca, un "club", sacudía tristemente la cabeza y decía:

—Claro, todo eso está muy bien; pero... temo las consecuencias.

Toda infracción de las reglas establecidas; toda desviación del camino trazado por las circulares, le ponían triste y perplejo, aunque se tratase de asuntos en los que él no tuviese para qué inmiscuirse. Si alguno de sus colegas llegaba con retraso a misa o no se conducía en absoluta conformidad con las reglas establecidas; si alguna profesora se paseaba de noche en compañía de un joven, Belikov parecía presa de profunda angustia y le decía a todo el mundo, con trágico acento, que aquello acabaría mal. En los consejos pedagógicos aburría a sus colegas con sus interminables temores y aprensiones, con su prudencia exagerada, con sus lamentaciones acerca de la juventud escolar, que, según él, se conducía muy mal, hacía demasiado ruido.

—Eso puede tener consecuencias enojosas—decía lleno de espanto—. Si las autoridades se enteran de la mala conducta de los colegiales..., ¿comprenden ustedes?... Acaso conviniera expulsar del colegio a Petrov y a Egorov, para que no contaminasen con su mal ejemplo a los demás...

Parecerá inverosímil; pero sus suspiros constantes, sus lamentaciones, sus gafas obscuras sobre el rostro menudo y pálido de animalejo espan-

tado ejercían una influencia deprimente en sus colegas, que acababan por dejarse convencer: se castigaba a Petrov y a Egorov, y, a la postre, se los expulsaba.

Belikov visitaba con frecuencia a sus colegas. Llegaba, se sentaba y, sin decir palabra, miraba alrededor como buscando algo sospechoso. Permanecía así una o dos horas, y se iba. A aquello le llamaba "mantener buenas relaciones con sus compañeros". Se advertía que tales visitas le desagradaban; pero las consideraba un deber. Sus colegas le tenían miedo. Hasta el director del colegio se lo tenía. La mayoría de los profesores eran personas inteligentes, honorables, de ideas progresivas, de espíritu cultivado por la lectura de los mejores escritores, y, sin embargo, aunque parezca absurdo, aquel hombrecillo, que siempre llevaba chanclos y paraguas, ejercía un gran influjo sobre ellos, y durante quince años fué el amo absoluto del colegio. ¡Y no sólo del colegio, de toda la ciudad! Las señoras no se atrevían a celebrar en su casa funciones teatrales las vísperas de fiesta, por temor a Belikov; los curas no se atrevían a jugar a la baraja delante de él. Bajo su influjo, los habitantes de la ciudad no se atrevían a nada. Todo les daba miedo. Les daba miedo hablar en voz alta, escribir cartas, trabar nuevas relaciones, leer libros, socorrer a los pobres, enseñarles las primeras letras a los analfabetos.

II

Burkin tosió, hizo una corta pausa, encendió su pipa apagada, miró a la Luna y continuó:

—Sí, todos éramos personas instruídas, inteligentes, que habíamos leído a Turguenef, a Tolstói, a Bucles, etc., y, sin embargo, nos inclinábamos ante Belikov. Hay cosas extrañas...

Vivía en la misma casa que yo y en el mismo piso. Nos veíamos con frecuencia, y yo conocía su vida íntima. En su casa se mantenía igualmente fiel a sus costumbres. Vestía siempre una bata y se tocaba con un gorro. No abría nunca los postigos de las ventanas, y tenía las puertas cerradas con innumerables cerrojos. Y él mismo sometíase a restricciones, a prohibiciones, temeroso de consecuencias enojosas. Los días de ayuno no comía nada de lo prohibido por la Iglesia y se contentaba con pescado; no tenía criada, por temor a que le achacasen relaciones íntimas con ella; un viejo sesentón, borracho y tímido, le guisaba y le hacía todos los servicios domésticos. Se llamaba Afanasy. Solía permanecer horas y horas a la puerta de la habitación de Belikov cruzadas las manos sobre el pecho y murmurando cosas como la siguiente:

—¡Dios mío, cuánta gente sospechosa hay!

Y al decir esto lanzaba un gran suspiro.

La alcoba de Belikov era pequeñísima, y el profesor parecía en ella guardado en una caja. Cuan-

do se acostaba tapábase hasta la cabeza con la sábana, Hacía calor; silbaba fuera el viento; se oía en la cocina gruñir y suspirar a Afanasy. Y Belikov, bajo la sábana, tenía miedo. Tenía miedo de Afanasy, a quien se le podía ocurrir la idea de matarle; tenía miedo de los ladrones. Toda la noche le atormentaban pesadillas. Por la mañana llegaba al colegio, sombrío y pálido. El colegio, con sus centenares de alumnos y sus numerosos profesores, le daba miedo: hubiera preferido continuar solo, encerrado en su concha.

—¡Dios mío, qué ruido!—decía para justificar su mal humor—. ¡Esto es abominable!

Cosa asombrosa, inverosímil: ¡aquel hombre enfundado estuvo una vez a punto de casarse!

Burkin hizo una nueva pausa, se envolvió en una nube de humo y prosiguió:

—¡Sí, como lo oye usted, a punto de casarse!

—¡No, usted bromea!—contestó Iván Ivanovich.

—¡Palabra de honor! Mire usted cómo fué. Un día llegó a la ciudad un nuevo profesor de Geografía e Historia, un tal Mijail Savich Kovalenko. Lo acompañaba su hermana, llamada Vasia. Eran de origen ucranio; el hermano era un mocetón, joven aún, muy moreno, con unas manos enormes; sólo con mirarle se adivinaba que tenía voz de bajo, y, en efecto, cuando hablaba, su voz parecía salir de un tonel vacío: "bu-bu-bu..." La hermana era mayor, de unos treinta años, también muy alta, morena, de ojos negros, de mejillas sonrosadas; en fin, una muchacha muy apetitosa. Hablaba por los

codos, era muy risueña, cantaba canciones ucranias. Daba gusto oír su risa franca y alegre: ¡ja, ja, ja!

Conocimos a los Kovalenko en un baile que dió el director del colegio con motivo de su cumpleaños. Entre los profesores, de aspecto severo, que se conducían incluso en los bailes como si cumpliesen un penoso deber, aquella señorita parecía una Afrodita, surgida de las espumas del mar. Reía, bailaba, animaba el salón con la música de su voz sonora. Nos cantó algunas canciones ucranias. En fin, nos encantó a todos, sin exceptuar a Belikov. El profesor se sentó junto a ella y le dijo, con una sonrisa suave:

—La lengua ucrania, por su sonoridad y su melodía, se parece a la lengua griega.

Aquello le halagó a Varenka, que empezó a hablarle, con énfasis y entusiasmo, de su casa en Ucrania; de su madre, que vivía allí; de las sandías, de los pepinos y de otras exquisiteces que se criaban en su huerto. No se criaban por aquí cosas tan exquisitas.

—¡Y si viera usted qué magnífica sopa de legumbres comemos en nuestra bella Ucrania!

Oyendo su conversación se nos ocurrió a todos, de pronto, la misma idea:

—¡Y si los casáramos!—me dijo, por lo bajo, la mujer del director.

Diríase que hasta aquella noche no habíamos parado mientes en el celibato de Belikov. Estábamos asombrados de no haber pensado hasta

entonces en aquel aspecto de su vida íntima. ¿Qué opinión tendría de la mujer? ¿Cómo resolvería tan grave problema? Hasta aquel momento no nos habíamos hecho tales preguntas, acaso creyendo imposible que un hombre que llevaba en todo tiempo clanclos y se ocultaba temeroso en su concha pudiera enamorarse.

—Hace mucho tiempo que él ha pasado de los cuarenta; ella tiene treinta años—añadió la directora—. Creo que se casaría con él muy gustosa.

¡Dios mío, cuántas tonterías, cuántas estupideces se hacen en provincias sólo para pasar el rato; cuántas cosas inútiles, y a veces absurdas, se inventan sin otra razón que no tener que hacer! ¿Cómo demonios se nos ocurrió la idea de casar a Belikov, a quien ni siquiera se podía uno imaginar en el papel de marido, de padre de familia? Y, no obstante, todo el mundo se aplicó con ardor a la realización del proyecto. La directora, la inspectora y las mujeres de los profesores se animaron de pronto, y hasta se embellecieron, como si hubieran encontrado súbitamente un ideal que llenase su vida.

Algunos días después la directora tomó un palco en el teatro e invitó a Belikov y a Varenka. Varenka, haciéndose aire con el abanico, parecía feliz, alegre; él estaba tan abatido y asustado, que diríase que acababa de ser sacado de su casa a tirones.

Transcurridos algunos días más las señoras

se empeñaron en que yo diese un baile en mi casa e invitase a Belikov y a Varia.

Habíamos adquirido la certidumbre de que Varenka se casaría gustosísima con Belikov, con tanto más motivo cuanto que no era muy feliz en casa de su hermano, que era un buen muchacho, pero tenía la manía de discutir acerca de todo. Hermano y hermana se pasaban la vida entregados a acaloradas discusiones, que ni en la calle interrumpían. He aquí, por ejemplo, una escena: Kovalenko, el mocetón robusto, engalanado con una camisa ucrania bordada, desbordante bajo el sombrero la espesa cabellera, marchaba junto a su hermana, en una mano un paquete de libros, en la otra un grueso bastón, espanto de los perros. Ella también llevaba en la mano unos libros.

—Pero, Miguelito, estoy segura de que no has leído ese libro. ¡Te juro que no lo has leído!—decía ella en voz tan alta, que se le oía desde la otra acera.

—¡Y yo te digo que lo he leído!—gritaba el hermano, golpeando el suelo con el bastón.

—¡Dios mío, no comprendo por qué te enfadas, Miguel! No es una discusión de principios, y debías oírme con calma!

—¡Pero si estoy diciéndote que no he leído ese libro y tú te emperras en lo contrario!...

En casa ocurría lo mismo: disputaban, gritaban, se enfadaban, sin que la presencia de personas extrañas los contuviese.

Era muy natural que a Varia la aburriese

una vida así. Soñaba con fundar un hogar propio. Además, como ya no era joven, casi había perdido la esperanza de casarse, y aceptaría el matrimonio con cualquiera, aunque fuera con Belikov.

Lo cierto es que se mostraba propicia a nuestro proyecto, y dejaba hacer...

Belikov no cambiaba. Visitaba de cuando en cuando a Kovalenko, como a todos sus demás colegas. Se pasaba horas enteras sin decir esta boca es mía. Varenka le cantaba canciones ucranias, le miraba soñadoramente con sus grandes ojos negros, y a veces prorrumpía en alegres carcajadas:

—¡Ja, ja, ja!

En empeños de amor, sobre todo cuando hay en ellos miras matrimoniales, la sugestión juega un gran papel. Todos los profesores y las señoras dieron en la flor de asegurarle a Belikov que debía casarse, que no le quedaba otro refugio que el matrimonio; le felicitábamos, le hablábamos de la necesidad de crear un hogar. Además, Varenka era bastante guapa, inteligente, de buena familia; poseía en Ucrania una finquita. Luego, era la primera mujer que le había manifestado algún cariño, lo que le conmovió, le hizo perder la cabeza y le decidió a casarse.

—Aquél era el momento indicado para despojarle de los chanclos y del paraguas—dijo Iván Ivanovich.

—Eso era imposible, como va usted a ver. Pero déjeme contárselo todo... Pues bien: Beli-

kov colocó sobre su mesa el retrato de Varenka. Solía visitarme para hablar de ella, de la vida de familia, de la extrema importancia del matrimonio. Casi diariamente iba a casa de los hermanos Kovalenko; pero no cambió en nada sus costumbres. Por el contrario, su decisión de casarse ejerció sobre él una influencia funesta. Se puso más delgado y más pálido y parecía aún más metido en su funda.

—Bárbara Savichna me gusta—me decía con su leve sonrisa enfermiza—. Harto se me alcanza que todo hombre debe casarse; pero..., mire usted, todo esto es para mí una gran sorpresa; todo ha sucedido de un modo tan inesperado... Hay que pensarlo mucho antes de dar ese paso decisivo...

—¿Para qué pensarlo?—le respondía yo—. ¡Cásese usted, y asunto concluído!

—No; el matrimonio es un acto demasiado grave. Ante todo, hay que pesar bien todos los deberes que lleva consigo, todas las responsabilidades... De lo contrario, son de temer consecuencias enojosas... Esto me inquieta de tal modo, que casi no duermo... Además, se lo confieso a usted, tengo un poco de miedo. Ella y su hermano son de una manera de pensar especial... Basta oír sus discusiones... Son demasiado vivas, demasiado violentas... Si me caso con ella, tal vez tenga disgustos. ¡Quién sabe!

Y no se declaraba a Varenka, demorando la declaración todos los días, lo que enojaba mu-



cho a la directora y a nuestras señoras. Seguía siempre reflexionando sobre los deberes y las responsabilidades que lleva consigo el matrimonio. Sin embargo, se paseaba todos los días con Varenka, acaso considerándolo un deber en su situación. Y todos los días venía a mi casa para hablar más y más de la importancia del paso que se disponía a dar. Probablemente hubiese acabado por decidirse y se hubiera declarado a Varenka, contrayendo uno de esos matrimonios estúpidos, insensatos, que son tan frecuentes, si no hubiera sobrevenido un escándalo colosal, como dicen los alemanes.

Conviene advertir que el hermano, Kovalenko, aborrecía a Belikov desde que le fué presentado. "No concibo—decíanos, encogiéndose de hombros—cómo pueden ustedes soportar a este espía, a este tipo repugnante. Es más: no comprendo cómo pueden ustedes vivir en esta madriguera, respirando esta atmósfera densa, maloliente. Este colegio no es una institución de instrucción pública; más bien parece un puesto de policía... No; yo no puedo continuar aquí. Tendré paciencia una temporada y luego me marcharé a mi Ucrania, donde pescaré con caña y les enseñaré a leer y a escribir a los hijos de los campesinos, dejándolos a ustedes aquí en compañía de Judas Belikov. ¡Dios mío, qué tipo!"

Algunas veces me preguntaba con tono de enojo: "¿Quiere usted decirme a qué viene a mi casa? ¿Qué se le ha perdido allí? Llega, se sienta y per-

manece horas enteras mirando en torno suyo y sin decir palabra. ¡Es una cosa insoportable!"

Naturalmente, evitábamos hablarle del matrimonio que su hermana se disponía a contraer con Belikov. Y cuando la directora le insinuó que convendría casar a su hermana con un hombre tan serio y respetable como Belikov, frunció las cejas y gruñó: "Eso no me incumbe. Que se case, si quiere, con una serpiente. No me gusta meterme en lo que no me importa."

Y mire usted lo que pasó. Un caricaturista misterioso hizo la siguiente caricatura: Belikov, con chanclos, los pantalones remangados y el paraguas en la mano, se paseaba del brazo de la señorita Kovalenko; debajo había una leyenda que decía: "Antropos, enamorado." Era un dibujo muy bien hecho, y el retrato de Belikov había salido admirablemente. El caricaturista envió a todos los profesores del colegio y del Liceo de señoritas y a no pocos empleados del Estado sendos ejemplares de su obra, para la que debió de trabajar muchas noches.

Naturalmente, Belikov recibió también un ejemplar. La caricatura le produjo malísima impresión.

Era el día 1 de mayo, y domingo. Habíamos organizado una excursión de todo el colegio al bosque vecino. Estábamos todos citados a la puerta del centro docente. Salí de casa en compañía de Belikov, que estaba lívido, abatido, sombrío, como una nube de otoño.

—¡Qué gente más mala hay!—me dijo.

Sus labios temblaban de cólera. Le miré y me dió lástima.

Seguimos nuestro camino y vimos de pronto aparecer, montados en bicicleta, a Kovalenko y a su hermana. Varenka avanzaba risueña, la faz enrojecida.

—¡Nos dirigimos directamente al bosque!—nos gritó—. ¡Qué hermoso día!, ¿eh? ¡Qué delicia!

Momentos después se habían perdido de vista.

Belikov se había puesto como un tomate y parecía petrificado de asombro. Se había detenido y me miraba fijamente.

—¿Qué significa esto?—me preguntó—. ¿Acaso los ojos me han engañado? ¿Es propio de un profesor y de una mujer pasearse en bicicleta?

—¿Por qué no?—le dije—. Si les gusta...

—¡Cómo!—gritó, asombrado de mi tranquilidad—. ¿Qué dice usted?

Estaba tan dolorosamente sorprendido, que no quiso tomar parte en la excursión y se volvió a su casa.

Al día siguiente no hacía más que frotarse las manos nerviosamente y temblar. Se advertía que no estaba bueno. Se fué del colegio sin acabar de dar sus lecciones, cosa que no había hecho en su vida.

Ni siquiera comió aquel día. Al atardecer se vistió muy de invierno, aunque hacía buen tiempo, y se fué a casa de Kovalenko.

Varenka no estaba en casa, y lo recibió el hermano.

—Siéntese usted—le invitó Kovalenko, frunciendo las cejas.

Acababa de levantarse de dormir la siesta, y estaba de mal humor.

Belikov se sentó. Durante diez minutos uno y otro guardaron silencio. Al cabo, Belikov se decidió a hablar:

—Vengo a verlos a ustedes—dijo—para desahogar un poco mi corazón. Sufro mucho. Un señor sin decoro acaba de hacer una caricatura contra mí y contra una persona que nos interesa a ambos. Le aseguro a usted que yo no he hecho nada que justifique esa abominable caricatura. Me he conducido siempre, por el contrario, como debe conducirse un hombre bien educado...

Kovalenko no respondía. Seguía malhumorado, y no manifestaba el menor deseo de sostener la conversación.

Tras una corta pausa continuó Belikov, con voz débil y triste:

—Quiero, además, decirle a usted otra cosa... Yo hace tiempo que estoy al servicio del Estado como pedagogo, mientras que usted acaba de empezar su servicio. Y creo de mi deber, en calidad de colega más viejo, hacerle a usted una advertencia: usted se pasea en bicicleta, y eso no es nada propio de un educador de la juventud...



—¿Por qué razón?

—¿Acaso hacen falta razones? Me parece que es una cosa harto comprensible. Si un profesor se pasea en bicicleta, ¿qué no podrán hacer los discípulos? ¡Podrán andar cabeza abajo! Además, puesto que no está permitido por las circulares, no se debe hacer... Ayer me horroricé al verle a usted en bicicleta..., y, sobre todo, al ver a su hermana de usted. Una mujer o una muchacha, en bicicleta, es un horror, un verdadero horror...

—Bueno, ¿y qué quiere usted?

—Sólo quiero advertirle. Es usted joven todavía y debe pensar en su porvenir. Debe usted conducirse con suma prudencia, y, sin embargo, hace usted cosas... Lleva usted camisa bordada en vez de *plastrón*, se le ve siempre por la calle cargado de libros... Ahora esa bicicleta... El señor director se enterará de que usted y su señora hermana se pasean en bicicleta, y después se sabrá, de seguro, en el ministerio... Son de temer consecuencias muy enojosas...

—¡El que yo y mi hermana nos paseemos en bicicleta no le importa a nadie más que a nosotros!—dijo Kovalenko, rojo de cólera—. ¡Y si alguien se permite intervenir en nuestros asuntos, le enviaré a todos los diablos! ¿Ha comprendido usted?

Belikov palideció y se levantó.

—Si me habla usted en ese tono, no puedo continuar la conversación—dijo—. Además, le suplico que no hable así nunca, en mi presencia, de

las autoridades. ¡Debe usted respetar a las autoridades!

—¡Pero si no he dicho una palabra de ellas!— exclamó Kovalenko—. ¡Déjeme usted en paz! ¡Soy un hombre honrado y me molesta hablar con un señor como usted. Detesto a los espías.

Belikov empezó, con mano nerviosa, a abotonarse. En su faz se pintaba el horror. Era la primera vez que se le decían cosas semejantes.

—Puede usted decir lo que le dé la gana—contestó, saliendo—. Pero debo prevenirle: alguien puede haber oído nuestra conversación, y para que no la interprete mal y no haya consecuencias enojosas que lamentar, creo de mi deber contárselo todo al señor director.

—¿Quieres denunciarme, canalla? ¡Muy bien, largo!

Hablando así, Kovalenko asió a Belikov por la nuca, y le empujó con tanta fuerza, que le hizo caer y rodar por las escaleras. Como eran altas y muy pinas, el pobre profesor de Griego llegó abajo molido. Lo primero que hizo al levantarse fué echarse mano a las narices para convencerse de que no se le habían roto las gafas. Luego, de pronto, vió al pie de la escalera a Varenka con otras dos damas; le habían visto rodar, lo cual era para él lo más terrible: hubiera preferido descalabrarse o romperse ambas piernas a la perspectiva de ser objeto de las zumbas de toda la ciudad. ¡Todo el mundo se enteraría de que Kovalenko le había tirado por las escaleras! To-

dos lo sabrían: el director, las autoridades. Se le haría otra caricatura, la gente se burlaría de él. Aquello acabaría muy mal: se vería obligado a dimitir. ¡Qué desgracia, Señor!

Varenka, viéndole mohino, la ropa en desorden, le miraba sin comprender lo que había sucedido. Creyendo que su caída había obedecido a un traspiés, prorrumpió en carcajadas alegres y sonoras:

—¡Ja, ja, ja!

Aquella hilaridad ruidosa fué el remate de todo: de los proyectos matrimoniales de Belikov y de la propia existencia del profesor.

Belikov ya no oyó ni vió nada.

Llegó a su casa, quitó de encima de la mesa el retrato de Varenka, se acostó y no volvió a levantarse.

Tres días después vino a mi casa su criado Afanasy y me dijo que era necesario ir a buscar un médico, pues su amo parecía gravemente enfermo.

Fuí a ver a Belikov. Estaba acostado bajo el baldaquino, tapado con la colcha, y guardaba silencio. Todos mis intentos de hacerle hablar fueron vanos: sólo contestaba con síes o noes. Afanasy, junto a la cama, suspiraba sin cesar y exhalaba un fuerte olor a *vodka.*

Un mes después Belikov falleció.

Le hicimos un entierro solemne. Formaban el cortejo fúnebre escolares de todas las escuelas de la ciudad. En el ataúd, la expresión de su faz

era suave, casi alegre: diríase que le complacía verse, al cabo, metido en un estuche del que ya no saldría nunca. ¡Había realizado su ideal!

Como para halagarle, el tiempo, el día del entierro, fué sombrío, lluvioso, y llevábamos todos chanclos y paraguas.

Varenka asistió al entierro; cuando se colocó el ataúd en la tumba vertió algunas lágrimas. Mirándola, me percaté de que las mujeres ucranias, o ríen como locas, o lloran: su humor nunca es tranquilo, sereno.

Confieso que enterrar a gente como Belikov constituye un gran placer. Aunque al volver del cementerio se pintaba en nuestros semblantes la tristeza, como es de rigor en ocasiones semejantes, aquello era una máscara que ocultaba nuestro contento; todos nos sentíamos muy felices, como en nuestra infancia, cuando las personas mayores se ausentaban y nos dejaban por algunas horas o por algunos días en plena libertad. ¡Ah, la libertad! ¡Qué tesoro! Sólo una ligera alusión a la libertad, la vaga esperanza de ser libres, da alas a nuestra alma.

Sí; volvimos del cementerio de muy buen humor, esforzándonos en ocultarlo.

Los días se deslizaron. La vida siguió su curso habitual: aquella vida severa, fatigosa, estúpida, entorpecida por toda suerte de prohibiciones, privada de libertad. La muerte de Belikov no la hizo más fácil; Belikov había muerto; pero ¡cuántos hombres enfundados existían aún so-

bre la Tierra y habían de existir durante mucho tiempo!

—Es verdad—dijo Iván Ivanovich—. Sobre todo, entre nosotros no faltan.

—¡Y no será fácil desembarazarse de ellos!

Burkin salió de la porchada. Era un hombrecillo grueso, completamente calvo, con una gran barba negra que le llegaba hasta cerca de la cintura. Dos perros de caza salieron tras él.

—¡Qué Luna!—dijo mirando al cielo.

Era ya media noche. A la derecha, bajo la blancura lunar, se extendía la aldea; la calle, de cerca de cinco kilómetros, se perdía en la distancia. Todo estaba sumido en un sueño dulce y profundo. Nada se movía, no se oía el menor ruido. Parecía increíble que un silencio tal pudiera existir en la Naturaleza.

Cuando en una noche de luna se contempla la ancha calle aldeana con sus casas y sus montones de trigo, una gran serenidad envuelve el alma. En su reposo, hundida en la noche, la aldea, olvidadas sus penas, cuidados y dolores, se reviste de un suave encanto melancólico; las estrellas la miran con cariño; diríase, en tales momentos, que no existe el mal sobre la tierra, que todo es en ella bienandanza.

A la izquierda, al extremo de la aldea, comenzaba el campo, cuya amplitud se dilataba hasta el horizonte. Y todo aquel enorme espacio, inundado de luna, yacía también en silencio, tranquilo, sumido en un sueño profundo.

—Sí, el pobre Belikov—dijo Iván Ivanovich— era un hombre enfundado... Pero nosotros, que vivimos en esa abominable ciudad, en sucias y estrechas casas, entre papeles inútiles y, con frecuencia, estúpidos, que jugamos a las cartas, ¿no estamos también enfundados? Nosotros, que pasamos la vida entre gandules y parásitos, entre gentes ruines y mujeres ociosas y necias, ¿estamos más al aire libre?... Si quiere usted, le contaré una historia muy interesante a este respecto...

—No, es hora de dormir—contestó Burkin—. ¡Hasta mañana!

Entraron en el porche y se acostaron sobre el heno.

—¡No es nada feliz nuestra vida!—suspiró Iván Ivanovich, volviéndole la espalda a Burkin—. Sólo vemos en torno nuestro embusteros e hipócritas, y hay que soportar todo eso; no hay bastante valor para decirle a un idiota que lo es ni para decirle que miente a un embustero; no nos atrevemos a declarar abiertamente que toda nuestra simpatía la merecen los hombres honrados y libres, que, a pesar de todo, en alguna parte han de existir. Mentimos, nos humillamos, sonreímos, cuando de buena gana maldeciríamos, y todo por tener un pedazo de pan, una vivienda, lo que se llama, en fin, una posición. ¡Verdaderamente esta vida es una porquería!

—Eso es ya alta filosofía—repuso Burkin—. Más vale dormir...



Momentos después roncaba.

Iván Ivanovich no podía dormir. Habiendo intentado en vano conciliar el sueño, se levantó, salió de la porchada y, sentándose en el umbral de la puerta, encendió la pipa.

EN EL CAMPO

I

A tres kilómetros de la aldea de Obruchanovo se construía un puente sobre el río.

Desde la aldea, situada en lo más eminente de la ribera alta, divisábanse las obras. En los días de invierno, el aspecto del fino armazón metálico del puente y del andamiaje, albos de nieve, era casi fantástico.

A veces, pasaba a través de la aldea, en un cochecillo, el ingeniero Kucherov, encargado de la construcción del puente. Era un hombre fuerte, ancho de hombros, con una gran barba, y tocado con una gorra, como un simple obrero.

De cuando en cuando aparecían en Obruchanovo algunos descamisados que trabajaban a las órdenes del ingeniero. Mendigaban, hacían rabiar a las mujeres y a veces robaban.

Pero, en general, los días se deslizaban en la aldea apacibles, tranquilos, y la construcción del puente no turbaba en lo más mínimo la vida de los aldeanos. Por la noche encendíanse hogueras

alrededor del puente, y llegaban, en alas del viento, a Obruchanovo las canciones de los obreros. En los días de calma se oía, apagado por la distancia, el ruido de los trabajos.

Un día, el ingeniero Kucherov recibió la visita de su mujer.

La encantaron las orillas del río y el bello panorama de la llanura verde salpicada de aldeas, de iglesias; de rebaños, y le suplicó a su marido que comprase allí un trocito de tierra para edificar una casa de campo. El ingeniero consintió. Compró veinte hectáreas de terreno y empezó a edificar la casa. No tardó en alzarse, en la misma costa fluvial en que se asentaba la aldea, y en un paraje hasta entonces sólo frecuentado por las vacas, un hermoso edificio de dos pisos, con una terraza, balcones y una torre que coronaba un mástil metálico, al que se prendía los domingos una bandera.

La construcción estuvo pronto terminada: no duró más de tres meses. En el invierno se plantaron árboles en torno de la casa. Cuando llegó la primavera, todo verdeaba alrededor de la nueva finca. Partían en todas direcciones hermosas alamedas; el jardinero y dos jornaleros trabajaban en el jardín; una fontana sonaba melodiosa. Y una bola de cristal verde, colocada ante la puerta, brillaba bajo el Sol, de tal modo, que obligaba a cerrar los ojos.

Se bautizó la finca con el nombre de "Quinta Nueva".

Una mañana, a fines de mayo, llevaron a casa de Rodion Petrov, el herrador de la aldea, dos caballos de "Quinta Nueva" para que les cambiasen las herraduras. Los caballos eran blancos como la nieve, esbeltos, bien cuidados, y se parecían el uno al otro de un modo asombroso.

—¡Verdaderos cisnes!—dijo Rodion admirándolos.

Su mujer, Estefanía, sus hijos y sus nietos salieron también para admirar a los caballos, en torno de los cuales se fué aglomerando la gente. Acudieron los Zichkov, padre e hijo, ambos imberbes, mofletudos y destocados.

Acudió también Kozov, un viejo enjuto y alto, de luenga y estrecha barba, apoyado en un bastón. Guiñaba sin cesar los ojos astutos y se sonreía irónicamente, como si supiera muchas cosas que ignorase el resto de los hombres.

—Son blancos—dijo—; sí, son blancos; pero para el trabajo no valen gran cosa. Si yo mantuviese a mis caballos con avena, como mantienen a éstos, se pondrían no menos hermosos. Yo quisiera ver a estos cisnes arrastrando un arado y recibiendo algunos latigazos.

El cochero del ingeniero le dirigió a Kozov una mirada de desprecio; pero no dijo nada.

Mientras se encendía la fragua, el cochero les dió algunas noticias a los campesinos sobre la vida de sus amos. Fumando pitillo tras pitillo les contó que sus amos eran muy ricos; que la señora, Elena Ivanovna, antes de casarse, era institutriz en Mos-

cú; que tenía muy. buen corazón y gozaba socorriendo a los pobres. En la nueva finca, según decía el cochero, no se labraría ni se sembraría: se respiraría el aire del campo y nada más.

Cuando terminó y se encaminó con los caballos a "Quinta Nueva", siguióle una turba de chiquillos y perros. Los perros le ladraban furiosamente.

Kozov, mirándole alejarse, guiñaba los ojos con malicia.

—¡Vaya unos señores!—dijo con ironía malévola—. Han construído una casa, han comprado caballos; pero parece que no tienen que comer...

Había sentido desde el primer momento un odio feroz contra "Quinta Nueva". Era un hombre solitario, viudo. Llevaba una vida aburridísima. Una enfermedad le impedía trabajar. Su hijo, dependiente de una confitería de Jarkov, le enviaba dinero para vivir; el viejo no hacía nada; vagaba días enteros por la orilla del río o a través de la aldea, y les daba conversación a los campesinos que estaban trabajando. Cuando veía a uno pescando solía decir que con aquel tiempo no había pesca posible; si el tiempo era seco, aseguraba que no llovería en todo el verano; si llovía, afirmaba que las lluvias durarían mucho y que la humedad pudriría el trigo. Todos sus pronósticos eran pesimistas. Y los hacía guiñando los ojos de un modo maligno, como si supiera algo que ignorase el resto de los hombres.

En "Quinta Nueva" algunas noches había fue-



gos artificiales. Los propietarios acostumbraban a pasearse por el río en una barca iluminada con farolillos de colores.

Una mañana, Elena Ivanovna, la mujer del ingeniero, visitó la aldea con su niña. Llegaron en un coche de ruedas amarillas arrastrado por dos *ponney*. Llevaban sombreros de paja, de anchas alas, sujetos con cintas.

Los campesinos estaban ocupados en transportar estiércol al campo. El herrador Rodion, alto, enjuto, destocado, descalzo, con un bieldo al hombro, de pie ante su carro, rebosante de estiércol, miraba, boquiabierto, los bien cuidados caballitos. Se advertía que hasta entonces no había visto caballos semejantes.

—¡La señora! ¡La señora!—se oía murmurar.

Elena Ivanovna miraba las casas como eligiendo una; por fin, se detuvo a la puerta de la que le parecía más pobre y a cuyas ventanas se asomaban numerosas cabezas de niño, morenas, rubias, rojas.

Era precisamente la casa de Rodion.

Su mujer, Estefanía, una vieja gorda, apareció al punto en el umbral, mal cubierta la cabeza con una pañoleta. Miraba con asombro el elegante coche, confusa, sonriéndose estúpidamente.

—¡Para tus hijos!—le dijo Elena Ivanovna, dándole tres rublos.

Estefanía, sorprendida, feliz, se echó a llorar y saludó con gran humildad, inclinándose casi hasta el suelo.

Rodión saludó también muy humilde, enseñando su cráneo calvo.

Elena Ivanovna, azorada por aquellas humillaciones, se apresuró a volver a casa.

II

Los Zichkov, padre e hijo, sorprendieron en un prado de su pertenencia a tres caballos—uno de ellos *ponney*—y un novillo, todos propiedad del ingeniero. Ayudados por el rojo Volodka, hijo del herrador Rodion, llevaron las bestias a la aldea. Se llamó al alcalde, que, en compañía de los Zichkov, de Volodka y de algunos testigos, encaminóse al prado para proceder a una información sobre los daños causados en él por las bestias.

Kozóv, que era de la partida, parecía muy contento.

—¡Muy bien!—decía, guiñando con malicia los ojos—. ¡Que paguen! ¡Se les obligará a pagar! ¡Gracias a Dios, hay tribunales! Habrá que llamar a la policía e instruir un proceso verbal.

—¡Naturalmente, un proceso verbal!—confirmó Volodka

—¡Si creéis que voy a perdonarles, os lleváis chasco!—gritaba Zichkov hijo, con tal arrebato, que su imberbe faz se enrojecía—. ¡Ca! ¡No soy tan tonto! ¡Si se les deja, adiós prados! Afortunadamente aun somos amos de nuestros bienes, y también para los señores existen leyes...

—¡Sí, también para los señores existen leyes!—repitió Volodka.

—Hemos vivido hasta ahora sin puente—dijo con voz sombría Zichkov—, y podríamos pasarnos sin él. No lo hemos pedido. ¿Para qué demonios lo necesitamos? ¡Que se lo guarden!

—¡Hermanos cristianos, es preciso que nos paguen todos los perjuicios!

—¡Vaya!—apoyó, guiñando los ojos, Kozov—. ¡Ya verán! Hay que escarmentarlos.

Luego, volvieron todos a la aldea. Por el camino, Zichkov hijo se daba puñetazos en el pecho y gritaba; Volodka gritaba también, repitiendo sus palabras.

En la aldea se agolpó la gente alrededor de los caballos y el novillo, que parecía avergonzado y bajaba la cabeza; pero de pronto echó a correr soltando coces. Kozov, asustado, levantó su garrote, entre las risas de los campesinos.

Encerradas las bestias en una cuadra, la gente esperó.

Al obscurecer, el ingeniero le envió cinco rublos a Zichkov para resarcirle del daño causado en su propiedad. Los caballos y el novillo fueron devueltos, y tornaron a la finca cabizbajos, como sintiéndose culpables y temiendo un severo castigo.

Recibidos los cinco rublos, los Zichkov, padre e hijo, el alcalde y Volodka atravesaron en un bote el río y se dirigieron a la gran aldea de Kriakovo, donde había una taberna. Allí se juer-

guearon de lo lindo. Cantaron, gritaron, juraron. El que más gritaba era Zichkov hijo.

En Obruchanovo, sus familias no podían conciliar el sueño y estaban muy inquietas. Rodion daba vueltas en la cama y pensaba:

—Han hecho mal. El ingeniero se enfadará y querrá vengarse... Además, es injusto lo que han hecho con él... Ha estado muy mal.

Un día, cuando Rodion y otros campesinos volvían del bosque, se encontraron con el ingeniero. Llevaba una blusa roja y botas altas. Seguíale un perro de caza, con la purpúrea lengua fuera.

—¡Buenos días, amigos!—dijo.

Los campesinos se detuvieron y se quitaron la gorra.

—Hace tiempo que busco una ocasión de hablaros, amigos míos—continuó—. He aquí de lo que se trata: desde principios del verano, vuestro rebaño se pasea por mi bosque y por mi jardín. Se come la hierba, estropea los árboles. Los cerdos me han puesto hechos una lástima el prado y la huerta. Les he rogado muchas veces a los pastores que tuvieran cuidado, pero no han hecho caso y me han contestado muy mal. Constantemente vuestras vacas y vuestros cerdos me están perjudicando, y, sin embargo, no os reclamo nada; ni siquiera me quejo, mientras que

vosotros me habéis hecho pagar cinco rublos porque mis bestias han pasado por vuestro prado. ¿Es eso justo? ¿Se portan así los buenos vecinos?

Hablaba con voz suave, sin cólera, esforzándose en convencerlos.

—No, las gentes honradas — prosiguió — no obran así. Hace una semana me robasteis del bosque dos encinas jóvenes. ¿Por qué me hacéis daño a cada paso? ¿Qué queja tenéis de mí? ¡Decídmelo, en nombre de Dios! Yo y mi mujer hacemos cuanto nos es dable por sostener con vosotros buenas relaciones, ayudamos a los campesinos en la medida de nuestras fuerzas. Mi mujer es muy buena y nunca le niega nada a nadie. No piensa sino en seros útil a vosotros y a vuestros hijos, y vosotros nos devolvéis mal por bien. ¡No, eso no es justo, amigos míos! ¡Consideradlo, os lo ruego! Nosotros os tratamos de un modo muy humano, y es preciso que vosotros nos paguéis en la misma moneda...

El ingeniero siguió su camino.

Los campesinos permanecieron algunos instantes parados. Luego se cubrieron y continuaron andando.

Rodion, que entendía lo que le decían, no como debía entenderse, sino a su manera, suspiró y dijo:

—Sí, habrá que pagar. ¿No habéis oído lo que ha dicho? "Es preciso que nos paguéis en la misma moneda."

Cuando llegó a su casa, Rodion rezó su oración ante el icono, se quitó las botas y se sentó en el banco, junto a su mujer. Cuando estaban en casa siempre estaban así: sentado el uno junto al otro; por la calle iban también juntos; juntos comían, bebían, dormían, y cuanto más viejos iban siendo se querían más. En la casa el aire era pesado, caluroso, estaba todo muy cerrado, se veían por todas partes—en el suelo, en las ventanas, sobre la estufa—criaturas. A pesar de sus muchos años, Estefanía seguía pariendo, y ante tanto chiquillo no era fácil saber a ciencia cierta los que eran de Rodion y los que eran de su hijo Volodka, casado hacía tiempo.

La mujer de Volodka, Lukeria, joven, pero fea, con nariz de pájaro y ojos de buey, cocía pan; su marido estaba sentado en la estufa con las piernas colgando.

—Nos hemos topado en el camino—comenzó Rodion—al ingeniero con su perro...

Hizo una pausa y empezó a rascarse la cabeza y el seno. El relato suponía para él un no pequeño esfuerzo mental.

—Sí, con su perro... Pues bien: hay que pagar, lo ha dicho el señor ingeniero; hay que pagar en moneda... No hay más remedio... Debía hacerse una colecta, poniendo diez copecs cada vecino, y darle al ingeniero... Se queja de nosotros, y con razón... Le hacemos porquerías...

—Hasta ahora hemos vivido sin puente y po-

dríamos seguir sin él—dijo Volodka con enojo—. No lo necesitamos...

—Es el Gobierno quien lo construye. Nuestra opinión...

—¡Al diablo el puente!

—Nadie te pregunta si lo quieres o no.

—¡Al diablo! — repitió, furioso, Volodka—. ¿Para qué servirá? Si tenemos que atravesar el río lo podemos hacer en barca...

Alguien llamó a la puerta con tanta violencia, que toda la casa pareció estremecerse.

—¿Está ahí Volodka?—se oyó gritar a Zichkov hijo—. Ven, Volodka... Te espero.

Volodka saltó de la estufa y se puso a buscar la gorra.

—¡Más vale que no salgas!—le dijo con timidez su padre—. ¡No vayas con esa gente! Tú no eres muy listo; eres como un niño, y no aprenderás nada bueno. ¡No salgas!

—¡Sí, no vayas con ellos!—suplicó a su vez Estefanía, a punto de llorar—. De fijo iréis a la taberna...

—¡A la taberna!—repitió Volodka, burlándose.

—¡Y vendrás otra vez como una cuba!—dijo Lukeria, mirándole airada—. ¡Sinvergüenza!... ¡Gandul! ¡Que el maldito *vodka* te queme las entrañas! ¡Satanás sin rabo!

—¡Cállate!—le amenazó Volodka.

—Me han casado con este idiota, con este imbécil... ¡Me han perdido, pobre huérfana!—excla-

mó Lukeria, llorando y secándose las lágrimas con la mano, llena de harina—. ¡No te puedo ver, puerco!

Volodka le dió, al pasar, un puñetazo en las narices, y salió a la calle.

III

Elena Ivanovna y su hijita fueron a la aldea a pie. Un hermoso paseo para ellas.

Era domingo y casi todas las mujeres y las muchachas de la aldea estaban en la calle, ataviadas con trajes de colores chillones.

Rodion y su mujer, sentados el uno junto al otro, en un poyo, a la puerta de su casa, saludaron y sonrieron a Elena Ivanovna y a su niña como antiguos amigos. Más de una docena de niños las miraban por las ventanas con asombro y curiosidad.

—¡La señora! ¡La señora!—murmuraban.

—¡Buenos días!—dijo, deteniéndose, Elena Ivanovna.

Calló un instante y añadió:

—¿Cómo les va a ustedes?

—¡Así, así, señora, a Dios gracias!—contestó Rodion—. Vamos tirando...

—¡Figúrese usted nuestra vida!—dijo sonriendo Estefanía—. Ya sabe usted, buena señora, lo pobres que somos. Hay catorce bocas en casa y sólo dos hombres para ganar el pan. Aunque mi

marido es herrero, el oficio le produce poco: muchas veces ni tiene carbón para encender la fragua... ¡Es dura nuestra vida, muy dura!

Y se echó a reír, como si lo que decía fuera donosísimo.

Elena Ivanovna se sentó junto a ellos, abrazó a su hijita y se quedó meditabunda. En la faz de la niña también se pintaba la tristeza y se advertía que ingratos pensamientos torturaban su cabecita. Jugaba con la rica sombrilla de encajes que su madre tenía en la mano.

—Sí, vivimos en la miseria—dijo Rodion—. Siempre angustiados... Trabaja uno como un negro, y, sin embargo... Este verano el tiempo es seco, no llueve y la cosecha será mala. La vida es dura, señora...

—Pero, en cambio, seréis felices en la otra—dijo Elena Ivanovna para consolarles.

Rodion no comprendió el sentido de estas palabras, y en vez de contestar, carraspeó.

—No le dé usted vueltas, señora—dijo Estefanía—; hasta en el otro mundo los ricos serán más felices que nosotros. Los ricos mandan decir misas, les ponen velas a los santos, les dan limosna a los mendigos, y Dios, a quien tienen contento, les recompensará en la otra vida; mientras que nosotros, los pobres campesinos, ni siquiera tenemos tiempo para rezar, además de no tener dinero para velas, misas ni limosnas. Luego, nuestra pobreza nos hace pecar... Reñimos, juramos... Y Dios no nos perdonará. No, querida señora,

nosotros, los campesinos, no seremos felices ni en este mundo ni en el otro. Toda la felicidad es para los ricos...

Hablaba con acento alegre, regocijado, como si contase algo muy gracioso. Estaba acostumbrada, desde hacía tiempo, a hablar de su vida triste y penosa.

Rodion sonreía también; le enorgullecía tener una mujer tan lista y elocuente.

—Es un error creer fácil la vida de los ricos—dijo Elena Ivanovna—. Cada cual tiene sus penas. Nosotros, por ejemplo... Yo y mi marido no somos pobres; pero ¿cree usted que somos felices? Aunque soy joven todavía, tengo ya cuatro hijos, que casi siempre están enfermos. Yo también lo estoy y necesito cuidarme mucho.

—¿Qué enfermedad padece usted?—preguntó Rodion.

—Una enfermedad de mujer. No puedo dormir y me dan unos dolores de cabeza horribles. Ahora, por ejemplo... Estoy aquí sentada, hablando con ustedes, y siento una gran pesadez de cabeza y un desmadejamiento... Preferiría el trabajo más duro a sufrir así. Luego, mi alma tampoco descansa. Siempre estoy inquieta por mi marido, por mis hijos... Toda familia tiene su cruz. Nosotros también la tenemos. Yo no soy de origen noble. Mi abuelo era un simple campesino, mi padre era también un pobre humilde y tenía una tiendecita en Moscú. Pero mi marido es de una familia muy noble y muy rica. Sus padres se oponían a nuestro matri-



monio y él no les hizo caso y rompió con su familia para casarse conmigo. Sus padres no le han perdonado todavía. Esto le inquieta, no le deja vivir tranquilo, pues quiere mucho a su madre. Naturalmente, yo padezco. Vivo en un constante desasosiego...

Ante la casa de Rodion se fueron reuniendo campesinos y campesinas, que escuchaban atentamente lo que decía Elena Ivanovna. Uno de los primeros que se aproximaron fué Kozov. Sacudía su estrecha y larga barba. Acercáronse luego los Zichkov, padre e hijo.

—Además—prosiguió Elena Ivanovna—, no puede ser feliz el que no está en su puesto. Vosotros lo estáis. Cada uno de vosotros tiene su trocito de tierra, trabaja y sabe para qué. Mi marido trabaja también, construye puentes. Pero yo no hago nada. Yo no tengo ningún trabajo y no puedo sentirme en mi centro. Os digo todo esto para que no juzguéis por las apariencias. El que un hombre vaya bien vestido y tenga dinero no significa que sea feliz ni mucho menos.

Se levantó y cogió de la mano a su hijita.

—Lo paso muy bien entre vosotros—dijo sonriendo.

Se advertía en su sonrisa tímida que, efectivamente, estaba enferma. En su rostro, joven y bello, de cejas y pestañas negras y cabellos rubios, había una delgadez y una palidez mórbidas. La niña se parecía mucho a su madre, incluso en lo delgada y pálida. Ambas olían a perfumes.

—Sí, todo me gusta aquí: el bosque, la aldea. Viviría aquí siempre. Creo que aquí me curaría y encontraría mi verdadero puesto en el mundo. Tengo un gran deseo, un deseo ardiente de ayudaros, de seros útil, de acercarme a vosotros. Conozco vuestras penas, vuestros sufrimientos... Lo que no conozco lo adivino. Estoy enferma, sin fuerzas, y ya no me es posible cambiar de vida, como quisiera; pero tengo hijos y procuraré educarlos en el cariño a vosotros. Procuraré hacerles comprender que su vida no les pertenece a ellos, sino a vosotros. Pero os ruego que confiéis en nosotros, que viváis con nosotros como buenos vecinos. Mi marido es un hombre honrado y de buen corazón. No le irritéis. Cualquier pequeñez le llega al alma. Ayer, por ejemplo, vuestro rebaño ha pasado por nuestro jardín; alguno de vosotros ha estropeado la cerca de nuestra colmena. Mi marido se desespera... ¡Os ruego...!

Hablaba con voz suplicante, cruzadas las manos sobre el pecho.

—Os ruego que viváis en paz con nosotros. No dice el proverbio a humo de pajas que una mala paz es mejor que una buena riña, y que antes de comprar una casa debe uno enterarse de la condición de los vecinos. Os repito que mi marido es hombre de buen corazón. Si os conducís con nosotros como buenos vecinos, os aseguro que no os pesará: haremos por vosotros cuanto esté en nuestra mano; arreglaremos los caminos, edificaremos una escuela para vuestros hijos. Os lo prometo.

—Está muy bien lo que usted dice—arguyó Zichkov, padre, bajando los ojos—. Ustedes son gente instruída y saben lo que hablan. Pero, ¿qué quiere usted?, en la aldea de Eresnevo, Voronov, un rico propietario, prometió también, entre otras muchas cosas, edificar una escuela. Pues bien: sólo edificó el armazón, y no quiso seguir las obras. Los campesinos, obligados por las autoridades, tuvieron que seguirlas y se gastaron en ellas mil rublos. ¿Qué le parece a usted?... A mí me parece una acción que no tiene perdón de Dios.

—¡Muy bien!—aprobó Kozov, con una sonrisa maligna—. ¡Muy bien!

—¡No tenemos necesidad de vuestra escuela!—dijo Volodka, ásperamente—. Nuestros hijos van a la escuela de la aldea vecina. Que sigan yendo. ¡No queremos escuela!

Elena Ivanovna perdió de pronto todo aplomo. Pálida, abatida, como si acabase de recibir un golpe en la cabeza, se fué sin decir una palabra. Marchaba presurosa, sin mirar atrás.

—¡Señora!—gritó Rodion siguiéndola—. Espere usted, óigame...

La seguía tenaz, descubierto, hablándole en un tono humilde, como si pidiese limosna.

—Señora, espere... escúcheme.

Cuando estaban ya fuera de la aldea, Elena Ivanovna se detuvo a la sombra de un viejo tilo.

—¡No se enfade, señora!—dijo Rodion—. No vale la pena. Hay que tener un poco de paciencia. Tenga paciencia un año, dos. Nuestros cam-

pesinos, en el fondo, son buena gente... Se lo juro a usted. No hay que hacer caso de las palabras de Kozov, de Zichkov ni de mi hijo Volodka. Mi hijo es un infeliz y no hace más que repetir lo que les oye a los demás. Le aseguro a usted que los campesinos no son malos. Los hay nada tontos, pero que no se atreven a hablar... o, mejor dicho, que no pueden, porque no saben decir lo que piensan. Somos gente obscura, sin instrucción, ignorante... No hay que enfadarse. Lo mejor es tener paciencia...

Elena Ivanovna miraba, meditabunda, al ancho río tranquilo, y las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Aquellas lágrimas turbaban de tal modo a Rodion, que el pobre hombre estaba a punto de llorar también.

—No se apure—decía, tratando de tranquilizar a la dama—. Todo se arreglará. Se edificará la escuela, se pondrán en buen estado los caminos. Pero todo a su debido tiempo, por sus pasos contados. Para sembrar trigo en esta colina hay que empezar por quitar la piedra, hay que labrar... Sólo después de preparar el terreno se podrá sembrar. Lo mismo sucede con nuestros campesinos: hay que preparar el terreno..., y eso requiere tiempo...

En aquel momento vieron venir hacia ellos un grupo de campesinos. Cantaban y se acompañaban con un acordeón.

—¡Mamá, vámonos!—dijo la niñita, asustada, apretándose contra su madre y temblando de



pies a cabeza—. ¡Vámonos, mamá! No quiero seguir aquí...

—¿Y adónde quieres que nos vayamos?

—¡A Moscú! En seguida, mamá, en seguida...

La niñita se echó a llorar.

Su llanto aumentó la turbación de Rodion, que empezó a sudar, y sacando del bolsillo un pepino, corvo como una hoz, se lo alargó a la criatura.

—Tómalo... para tí... No llores. Mamá te pegará y se lo contará a papá. Toma el pepino, cómetelo...

Elena Ivanovna y su hija siguieron andando. Rodion fué tras ellas largo trecho, intentando decirles algo afectuoso y convincente. Pero al fin se dió cuenta de que, ensimismadas, taciturnas, no le hacían caso, y se detuvo.

Siguiólas largo rato con la mirada, haciéndose sombra con la mano en los ojos. Y no se decidió a tornar a la aldea hasta que desaparecieron en el bosque.

IV

El ingeniero estaba cada día más nervioso, más irritable, y en cualquier pequeñez veía un robo, un atentado. Hasta durante el día la puerta de la finca estaba cerrada con candado. De noche la guardaban dos centinelas. El ingeniero se negó categóricamente a emplear en ningún trabajo a los campesinos de Obruchanovo.

El mal humor del señor Kucherov subió de

punto con motivo de algunas raterías. Un día, un campesino—o acaso un obrero de los que trabajaban en la construcción del puente—colocó en el coche unas ruedas viejas y se llevó las nuevas; algún tiempo después desaparecieron algunas guarniciones.

Hasta la gente de la aldea estaba indignada. Y cuando pidió que se procediese a un registro en casa de los Zichkov y en casa de Volodka, los objetos robados fueron encontrados en el jardín del ingeniero; no cabía duda de que el ladrón, temeroso del registro solicitado, los había llevado allí.

Una tarde, unos campesinos que volvían del bosque tornaron a encontrarse con el ingeniero. El señor Kucherov se detuvo, sin saludarles, y mirando severamente tan pronto a uno como a otro, habló de esta manera:

—Os he rogado que no cojáis setas en mi parque, y, no obstante, vuestras mujeres vienen al salir el Sol y se las llevan todas; de modo que no queda ninguna para mi mujer y mis hijos. No hacéis ningún caso de mis ruegos. Las súplicas y las reflexiones son inútiles con vosotros.

Claváronse sus airados ojos en Rodion, y añadió:

—Yo y mi mujer os hemos tratado humanamente, como a hermanos, y vosotros, en cambio... Pero ¿para qué gastar saliva?... No habrá más remedio que romper con vosotros toda clase de relaciones.



Y haciendo visibles esfuerzos para no dejarse arrastrar por la cólera, les volvió la espalda a los campesinos y se fué.

Cuando llegó a casa, Rodion oró ante el icono; se quitó las botas y se sentó en el banco, junto a su mujer.

—Sí...—dijo tras un corto silencio—. Acabamos de toparnos con el ingeniero... Ha visto al salir el Sol a las mujeres de la aldea... Y está enfadado porque no les llevan setas a su mujer y a sus hijos... Luego me ha mirado y me ha dicho no sé qué de relaciones... Sin duda quieren ayudarnos... Como están enterados de nuestra miseria... ¡Dios se lo pague!

Estefanía se persignó y suspiró.

—Son unos señores muy buenos... Ven nuestra pobreza y quieren hacer algo por nosotros. La Santísima Virgen nos envía ese auxilio para nuestra vejez...

El 14 de septiembre era la fiesta del Patrón de la aldea. Los Zichkov, padre e hijo, atravesaron el río muy de mañana, se metieron en la taberna y volvieron por la tarde borrachos perdidos. Paseáronse un rato por la aldea, cantando y jurando; se pegaron luego, y, por último, corrieron a la finca del ingeniero para querellarse uno contra otro.

Entró delante Zichkov padre con un garrote en

la mano. En el patio se detuvo tímidamente y se quitó la gorra. En aquel momento el ingeniero y su familia tomaban el te en la terraza.

—¿Qué se te ofrece?—le gritó el ingeniero.

—¡Excelencia! ¡Noble señor!—clamó Zichkov, echándose a llorar—. ¡Apiádese de un pobre viejo!... Mi hijo es un bruto; no puedo ya sufrirle... Me ha arruinado, y ahora me pega...

En esto entró en el jardín Zichkov hijo, destocado y, como su padre, con un garrote en la mano. Se detuvo y dirigió una mirada estúpida, de beodo, a la terraza.

—No tengo que ver con vuestras riñas—dijo el ingeniero—. Id a ver al juez o al jefe del distrito.

—¡Ya he estado en todas partes!—contestó el viejo sollozando—. Ni siquiera me escuchan. ¿Qué recurso me queda?... ¡Mi propio hijo puede pegarme... y matarme si quiere! Matar a su padre... ¡A su propio padre!

Levantó el garrote y le asestó a su hijo un palo en la cabeza. El otro descargó sobre el cráneo calvo del viejo un garrotazo tal que por poco si se lo abre. Zichkov padre ni siquiera se tambaleó. Su garrote volvió a levantarse y a contundir la testa filial.

Durante un rato, uno frente a otro, apeleáronse la cabeza metódicamente. Diríase que la contienda era un juego en que cada uno guardaba su turno.

Desde el otro lado de la verja contemplaban la

escena otros habitantes de la aldea: hombres, mujeres, niños. Contemplábanla como un espectáculo al que estuviesen habituados desde hacía tiempo. Habían venido a saludar al ingeniero con motivo de la fiesta; pero al ver a los Zichkov pegarse no se atrevieron a entrar.

A la mañana siguiente, Elena Ivanovna se fué con los niños a Moscú.

Se corrió la voz de que el ingeniero vendía "Quinta Nueva".

V

Todo el mundo se ha acostumbrado al puente, y les es ya difícil a los aldeanos imaginarse sin puente el río en aquel sitio.

Su construcción terminó hace tiempo. Se oye con gran frecuencia el ruido sordo del tren que por él pasa.

"Quinta Nueva" fué puesta en venta y la compró un alto empleado público, que la visita con su familia los días de fiesta, toma te en la terraza y regresa a la ciudad. El indicado personaje les impone a los campesinos un gran respeto, hasta por su manera prócer de hablar y de toser, y cuando le saludan quitándose la gorra ni siquiera se digna contestar al saludo.

En la aldea ha envejecido todo el mundo. Kozov se murió. En casa de Rodion ha aumentado el

número de niños; Volodka tiene ahora una larga barba roja. La familia sigue muy pobre.

A principios de la primavera, los campesinos suelen tener trabajo en la estación del ferrocarril, donde sierran y cepillan madera. Terminada la faena vuelven a sus casas, tardo el paso, en la faz la luz del Sol poniente. En las frondas de junto al río cantan los ruiseñores. Al pasar por delante de "Quinta Nueva" los campesinos miran prolongadamente a la casa, toda en silencio y como muerta, sobre cuyos tejados vuelan, doradas por el Sol, las palomas.

Rodion, los Zichkov, padre e hijo, Volodka y los demás recuerdan los caballos blancos del ingeniero, los cohetes, los farolillos de colores de la barca, los *ponneys;* y piensan en Elena Ivanovna, bella, elegante, que iba con frecuencia a la aldea y les hablaba con tanto cariño. Nada de aquello existe ya: todo se ha evaporado como un sueño o un cuento de hadas.

Siguen caminando, unos juntos a otros, cansados, ensimismados, taciturnos.

Los aldeanos—piensan—son, al fin y al cabo, gente buena, temerosa de Dios; Elena Ivanovna era bonísima, muy cariñosa, inspiraba afecto y confianza, y, sin embargo... Sin embargo, no pudieron ponerse de acuerdo y se separaron como enemigos. ¿Por qué? ¿Porque todas aquellas mezquinas naderías—la intrusión de unos caballos en un prado, el hurto de unas guarniciones...—lo echaron todo a perder? ¿Y por qué la gente de

la aldea vive bien avenida con el nuevo propietario, que ni siquiera contesta a su saludo?

No saben qué contestar a estas preguntas.

Sólo Volodka murmura algo.

—¿Qué dices?—le pregunta Rodión.

—Digo que maldita la falta que nos hacía el puente—contesta con hosca aspereza—, y que podíamos seguir sin él.

Ningún campesino le responde. Continúan andando en silencio, encorvados, cabizbajos.

LA TRISTEZA

La capital está envuelta en las penumbras vespertinas. La nieve cae lentamente en gruesos copos, gira alrededor de los faroles encendidos, se extiende, en fina, blanda capa, sobre los tejados, sobre los lomos de los caballos, sobre los hombros humanos, sobre los sombreros.

El cochero Yona está todo blanco, como un aparecido. Sentado en el pescante de su trineo, encorvado el cuerpo cuanto puede estarlo un cuerpo humano, permanece inmóvil. Diríase que ni un alud de nieve que le cayese encima le sacaría de su quietud.

Su caballo está también blanco e inmóvil. Por su inmovilidad, por las líneas rígidas de su cuerpo, por la tiesura de palos de sus patas, parece, aun mirado de cerca, un caballo de dulce de los que se les compran a los chiquillos por un copec. Hállase sumido en sus reflexiones: un hombre o un caballo, arrancados del trabajo campestre y lanzados al infierno de una gran ciudad, como Yona y su caballo, están siempre entregados a tristes pensamientos. Es demasiado grande la diferencia entre la apacible vida rústica y la

vida agitada, toda ruido y angustia, de las ciudades relumbrantes de luces.

Hace mucho tiempo que Yona y su caballo permanecen inmóviles. Han salido a la calle antes de almorzar; pero Yona no ha ganado nada.

Las sombras se van adensando. La luz de los faroles se va haciendo más intensa, más brillante. El ruido aumenta.

—¡Cochero!—oye de pronto Yona—. ¡Llévame a Viborgskaya!

Yona se estremece. Al través de las pestañas cubiertas de nieve ve a un militar con impermeable.

—¿Oyes? ¡A Viborgskaya! ¿Estás dormido?

Yona le da un latigazo al caballo, que se sacude la nieve del lomo. El militar toma asiento en el trineo. El cochero arrea al caballo, estira el cuello como un cisne y agita el látigo. El caballo también estira el cuello, levanta las patas, y, sin apresurarse, se pone en marcha.

—¡Ten cuidado!—grita otro cochero invisible, con cólera—. ¡Nos vas a atropellar, imbécil! ¡A la derecha!

—¡Vaya un cochero!—dice el militar—. ¡A la derecha!

Siguen oyéndose los juramentos del cochero invisible. Un transeunte que tropieza con el caballo de Yona gruñe amenazador. Yona, confuso, avergonzado, descarga algunos latigazos sobre el lomo del caballo. Parece aturdido, atontado, y mira alrededor como si acabase de despertarse de un sueño profundo.

—¡Se diría que todo el mundo ha organizado una conspiración contra ti!—dice con tono irónico el militar—. Todos procuran fastidiarte, meterse entre las patas de tu caballo. ¡Una verdadera conspiración!

Yona vuelve la cabeza y abre la boca. Se ve que quiere decir algo; pero sus labios están como paralizados, y no puede pronunciar una palabra.

El cliente advierte sus esfuerzos y pregunta:

—¿Qué hay?

Yona hace un nuevo esfuerzo y contesta con voz ahogada:

—Ya ve usted, señor... He perdido a mi hijo... Murió la semana pasada...

—¿De veras?... ¿Y de qué murió?

Yona, alentado por esta pregunta, se vuelve aún más hacia el cliente y dice:

—No lo sé... De una de tantas enfermedades... Ha estado tres meses en el hospital y a la postre... Dios que lo ha querido.

—¡A la derecha!—óyese de nuevo gritar furiosamente—. ¡Parece que estás ciego, imbécil!

—¡A ver!—dice el militar—. Ve un poco más aprisa. A este paso no llegaremos nunca. ¡Dale algún latigazo al caballo!

Yona estira de nuevo el cuello como un cisne, se levanta un poco, y de un modo torpe, pesado, agita el látigo.

Se vuelve repetidas veces hacia su cliente, deseoso de seguir la conversación; pero el otro ha cerrado los ojos y no parece dispuesto a escucharle.

Por fin, llegan a Viborgskaya. El cochero se detiene ante la casa indicada; el cliente se apea. Yona vuelve a quedarse solo con su caballo. Se estaciona ante una taberna y espera, sentado en el pescante, encorvado, inmóvil. De nuevo la nieve cubre su cuerpo y envuelve en un blanco cendal caballo y trineo.

Una hora, dos... ¡Nadie! ¡Ni un cliente!

Mas he aquí que Yona torna a estremecerse: ve detenerse ante él a tres jóvenes. Dos son altos, delgados; el tercero, bajo y chepudo.

—¡Cochero, llévanos al puesto de policía. ¡Veinte copecs por los tres!

Yona coge las riendas, se endereza. Veinte copecs es demasiado poco; pero, no obstante, acepta; lo que a él le importa es tener clientes.

Los tres jóvenes, tropezando y jurando, se acercan al trineo. Como sólo hay dos asientos, discuten largamente cuál de los tres ha de ir de pie. Por fin se decide que vaya de pie el jorobado.

—¡Bueno; en marcha!—le grita el jorobado a Yona, colocándose a su espalda—. ¡Qué gorro llevas, muchacho! Me apuesto cualquier cosa a que en toda la capital no se puede encontrar un gorro más feo...

—¡El señor está de buen humor!—dice Yona con risa forzada—. Mi gorro...

—¡Bueno, bueno! Arrea un poco a tu caballo. A este paso no llegaremos nunca. Si no andas más aprisa te administraré unos cuantos sopapos.

—Me duele la cabeza—dice uno de los jóvenes—.

Ayer, yo y Vaska nos bebimos en casa de Dukmasov cuatro botellas de caña

—¡Eso no es verdad!—responde el otro—. Eres un embustero, amigo, y sabes que nadie te cree.

—¡Palabra de honor!

—¡Oh, tú honor! No daría yo por él ni un céntimo.

Yona, deseoso de entablar conversación, vuelve la cabeza, y, enseñando los dientes, ríe atipladamente.

—¡Ji, ji, ji!... ¡Qué buen humor!

—¡Vamos, vejestorio!—grita enojado el chepudo—. ¿Quieres ir más aprisa o no ? Dale de firme al gandul de tu caballo. ¡Qué diablo!

Yona agita su látigo, agita las manos, agita todo el cuerpo A pesar de todo, está contento; no está solo. Le riñen, le insultan; pero, al menos, oye voces humanas. Los jóvenes gritan, juran, hablan de mujeres. En un momento que se le antoja oportuno, Yona se vuelve de nuevo hacia los clientes y dice:

—Y yo, señores, acabo de perder a mi hijo. Murió la semana pasada...

—¡Todos nos hemos de morir!—contesta el chepudo—. ¿Pero quieres ir más aprisa? ¡Esto es insoportable! Prefiero ir a pie.

—Si quieres que vaya más aprisa dale un sopapo—le aconseja uno de sus camaradas.

—¿Oyes, viejo estafermo?—grita el chepudo—. Te la vas a ganar si esto continúa.

Y, hablando así, le da un puñetazo en la espalda.

—¡Ji, ji, ji!—ríe, sin gana, Yona—. ¡Dios les conserve el buen humor, señores!

—Cochero, ¿eres casado?—pregunta uno de los clientes.

—¿Yo? !Ji, ji, ji! ¡Qué señores más alegres! No, no tengo a nadie... Sólo me espera la sepultura... Mi hijo ha muerto; pero a mí la muerte no me quiere. Se ha equivocado, y en lugar de cargar conmigo ha cargado con mi hijo.

Y vuelve de nuevo la cabeza para contar cómo ha muerto su hijo; pero en este momento el chepudo, lanzando un suspiro de satisfacción, exclama:

—¡Por fin, hemos llegado!

Yona recibe los veinte copecs convenidos y los clientes se apean. Les sigue con los ojos hasta que desaparecen en un portal.

Torna a quedarse solo con su caballo. La tristeza invade de nuevo, más dura, más cruel, su fatigado corazón. Observa a la multitud que pasa por la calle, como buscando entre los miles de transeuntes alguien que quiera escucharle. Pero la gente parece tener prisa y pasa sin fijarse en él.

Su tristeza a cada momento es más intensa. Enorme, infinita, si pudiera salir de su pecho inundaría el mundo entero.

Yona ve a un portero que se asoma a la puerta con un paquete y trata de entablar con él conversación.

—¿Qué hora es?—le pregunta, melifluo.



—Van a dar las diez—contesta el otro—. Aléjese un poco: no debe usted permanecer delante de la puerta.

Yona avanza un poco, se encorva de nuevo y se sume en sus tristes pensamientos. Se ha convencido de que es inútil dirigirse a la gente.

Pasa otra hora. Se siente muy mal y decide retirarse. Se yergue, agita el látigo.

—No puedo más—murmura—. Hay que irse a acostar.

El caballo, como si hubiera entendido las palabras de su viejo amo, emprende un presuroso trote.

Una hora después Yona está en su casa, es decir, en una vasta y sucia habitación, donde, acostados en el suelo o en bancos, duermen docenas de cocheros. La atmósfera es pesada, irrespirable. Suenan ronquidos.

Yona se arrepiente de haber vuelto tan pronto. Además, no ha ganado casi nada. Quizá por eso —piensa—se siente tan desgraciado.

En un rincón, un joven cochero se incorpora. Se rasca el seno y la cabeza y busca algo con la mirada.

—¿Quieres beber?—le pregunta Yona.

—Sí.

—Aquí tienes agua... He perdido a mi hijo... ¿Lo sabías?... La semana pasada, en el hospital... ¡Qué desgracia!

Pero sus palabras no han producido efecto alguno. El cochero no le ha hecho caso, se ha vuelto a

acostar, se ha tapado la cabeza con la colcha y momentos después se le oye roncar.

Yona exhala un suspiro. Experimenta una necesidad imperiosa, irresistible, de hablar de su desgracia. Casi ha transcurrido una semana desde la muerte de su hijo; pero no ha tenido aún ocasión de hablar de ella con una persona de corazón. Quisiera hablar de ella largamente, contarla con todos sus detalles. Necesita referir cómo enfermó su hijo, lo que ha sufrido, las palabras que ha pronunciado al morir. Quisiera también referir cómo ha sido el entierro... ¡Su difunto hijo ha dejado en la aldea una niña, de la que también quisiera hablar. ¡Tiene tantas cosas que contar! ¡Qué no daría él por encontrar alguien que se prestase a escucharle, sacudiendo compasivamente la cabeza, suspirando, compadeciéndole! Lo mejor sería contárselo todo a cualquier mujer de su aldea; a las mujeres, aunque sean tontas, les gusta eso, y basta decirles dos palabras para que viertan torrentes de lágrimas.

Yona decide ir a ver a su caballo.

Se viste y sale a la cuadra.

El caballo, inmóvil, come heno.

—¿Comes?—le dice Yona, dándole palmaditas en el lomo—. ¿Qué se le va a hacer, muchacho? Como no hemos ganado para comprar avena hay que contentarse con heno... Soy ya demasiado viejo para ganar mucho... A decir verdad, yo no debía ya trabajar; mi hijo me hubiera reemplazado. Era un verdadero, un soberbio cochero; co-

nocía su oficio como pocos. Desgraciadamente, ha muerto...

Tras una corta pausa, Yona continúa:

—Sí, amigo..., ha muerto... ¿Comprendes? Es como si tú tuvieras un hijo y se muriera... Naturalmente, sufrirías, ¿verdad?...

El caballo sigue comiendo heno, escucha a su viejo amo y exhala un aliento húmedo y cálido.

Yona, escuchado al cabo por un ser viviente, desahoga su corazón contándoselo todo.

VANKA

Vanka Chukov, un muchacho de nueve años, a quien habían colocado hacía tres meses en casa del zapatero Alojin para que aprendiese el oficio, no se acostó la noche de Navidad.

Cuando los amos y los oficiales se fueron, cerca de las doce, a la iglesia para asistir a la misa del Gallo, cogió del armario un frasco de tinta y un portaplumas con una pluma enrobinada, y, colocando ante él una hoja muy arrugada de papel, se dispuso a escribir.

Antes de empezar dirigió a la puerta una mirada, en la que se pintaba el temor de ser sorprendido, miró al icono obscuro del rincón y exhaló un largo suspiro.

El papel se hallaba sobre un banco, ante el cual estaba él de rodillas.

"Querido abuelo Constantino Makarich—escribió—: Soy yo quien te escribe. Te felicito con motivo de las Navidades y le pido a Dios que te colme de venturas. No tengo papá ni mamá; sólo te tengo a ti..."

Vanka miró a la obscura ventana, en cuyos cristales se reflejaba la bujía, y se imaginó a su abuelo

Constantino Makarich, empleado a la sazón como guardia nocturno en casa de los señores Chivarev. Era un viejecillo enjuto y vivo, siempre risueño y con ojos de bebedor. Tenía sesenta y cinco años. Durante el día dormía en la cocina o bromeaba con los cocineros, y por la noche se paseaba, envuelto en una amplia pelliza, en torno de la finca, y golpeaba de vez en cuando con un bastoncillo una pequeña plancha cuadrada, para dar fe de que no dormía y atemorizar a los ladrones. Acompañábanle dos perros: *Canelo* y *Serpiente*. Este último se merecía su nombre: era largo de cuerpo y muy astuto, y siempre parecía ocultar malas intenciones; aunque miraba a todo el mundo con ojos acariciadores, no le inspiraba a nadie confianza. Se adivinaba, bajo aquella máscara de cariño, una perfidia jesuítica.

Le gustaba acercarse a la gente con suavidad, sin ser notado, y morderla en las pantorrillas. Con frecuencia robaba pollos de casa de los campesinos. Le pegaban grandes palizas; dos veces había estado a punto de morir ahorcado; pero siempre salía con vida de los más apurados trances y resucitaba cuando le tenían ya por muerto.

En aquel momento, el abuelo de Vanka estaría, de fijo, a la puerta, y mirando las ventanas iluminadas de la iglesia, embromaría a los cocineros y a las criadas, frotándose las manos para calentarse. Riendo con risita senil les daría vaya a las mujeres.

—¿Quiere usted un polvito?—les preguntaria, acercándoles la tabaquera a la nariz.

Las mujeres estornudarían. El viejo, regocijadísimo, prorrumpiría en carcajadas y se apretaría con ambas manos los ijares.

Luego les ofrecería un polvito a los perros. El *Canelo* estornudaría, sacudiría la cabeza, y, con el gesto huraño de un señor ofendido en su dignidad, se marcharía. El *Serpiente,* hipócrita, ocultando siempre sus verdaderos sentimientos, no estornudaría y menearía el rabo.

El tiempo sería soberbio. Habría una gran calma en la atmósfera, límpida y fresca. A pesar de la obscuridad de la noche, se vería toda la aldea con sus tejados blancos, el humo de las chimeneas, los árboles plateados por la escarcha, los montones de nieve. En el cielo, miles de estrellas parecerían hacerle alegres guiños a la Tierra. La Vía Láctea se distinguiría muy bien, como si, con motivo de la fiesta, la hubieran lavado y frotado con nieve...

Vanka, imaginándose todo esto, suspiraba.

Tomó de nuevo la pluma y continuó escribiendo:

"Ayer me pegaron. El maestro me cogió por los pelos y me dió unos cuantos correazos por haberme dormido arrullando a su nene El otro día la maestra me mandó destripar una sardina, y yo, en vez de empezar por la cabeza, empecé por la cola; entonces la maestra cogió la sardina y me dió en la cara con ella. Los otros aprendices, como son

mayores que yo, me mortifican, me mandan por *vodka* a la taberna y me hacen robarle pepinos a la maestra, que, cuando se entera, me sacude el polvo. Casi siempre tengo hambre. Por la mañana me dan un mendrugo de pan; para comer, unas gachas de alforfón; para cenar, otro mendrugo de pan. Nunca me dan otra cosa, ni siquiera una taza de te. Duermo en el portal y paso mucho frío; además, tengo que arrullar al nene, que no me deja dormir con sus gritos... Abuelito: sé bueno, sácame de aquí, que no puedo soportar esta vida. Te saludo con mucho respeto y te prometo pedirle siempre a Dios por ti. Si no me sacas de aquí me moriré."

Vanka hizo un puchero, se frotó los ojos con el puño y no pudo reprimir un sollozo.

"Te seré todo lo útil que pueda—continuó momentos después—. Rogaré por ti, y si no estás contento conmigo puedes pegarme todo lo que quieras. Buscaré trabajo, guardaré el rebaño. Abuelito: te ruego que me saques de aquí si no quieres que me muera. Yo escaparía y me iría a la aldea contigo; pero no tengo botas, y hace demasiado frío para ir descalzo. Cuando sea mayor te mantendré con mi trabajo y no permitiré que nadie te ofenda. Y cuando te mueras, le rogaré a Dios por el descanso de tu alma, como le ruego ahora por el alma de mi madre.

"Moscú es una ciudad muy grande. Hay muchos palacios, muchos caballos, pero ni una oveja. Tam-

bién hay perros, pero no son como los de la aldea: no muerden y casi no ladran. He visto en una tienda una caña de pescar con un anzuelo tan hermoso, que se podrían pescar con ella los peces más grandes. Se venden también en las tiendas escopetas de primer orden, como la de tu señor. Deben costar muy caras, lo menos cien rublos cada una. En las carnicerías venden perdices, liebres, conejos, y no se sabe dónde los cazan.

"Abuelito: cuando enciendan en casa de los señores el árbol de Navidad, coge para mí una nuez dorada y escóndela bien. Luego, cuando yo vaya, me la darás. Pídesela a la señorita Olga Ignatievna; díle que es para Vanka. Verás cómo te la da."

Vanka suspira otra vez y se queda mirando a la ventana. Recuerda que todos los años, en vísperas de la fiesta, cuando había que buscar un árbol de Navidad para los señores, iba él al bosque con su abuelo. ¡Dios mío, qué encanto! El frío le ponía rojas las mejillas; pero a él no le importaba. El abuelo, antes de derribar el árbol escogido, encendía la pipa y decía algunas chirigotas acerca de la nariz helada de Vanka. Jóvenes abetos, cubiertos de escarcha, parecían, en su inmovilidad, esperar el hachazo que sobre uno de ellos debía descargar la mano del abuelo. De pronto, saltando por encima de los montones de nieve, aparecía una liebre en precipitada carrera. El abuelo, al verla, daba muestras de gran agitación y, agachándose, gritaba:

—¡Cógela, cógela! ¡Ah, diablo!

Luego el abuelo derribaba un abeto, y entre los dos le trasladaban a la casa señorial. Allí, el árbol era preparado para la fiesta. La señorita Olga Ignatievna ponía mayor entusiasmo que nadie en este trabajo. Vanka la quería mucho. Cuando aun vivía su madre y servía en casa de los señores, Olga Ignatievna le daba bombones y le enseñaba a leer, a escribir, a contar de uno a ciento y hasta a bailar. Pero, muerta su madre, el huérfano Vanka pasó a formar parte de la servidumbre culinaria, con su abuelo, y luego fué enviado a Moscú, a casa del zapatero Alajin, para que aprendiese el oficio...

"¡Ven, abuelito, ven!—continuó escribiendo, tras una corta reflexión, el muchacho—. En nombre de Nuestro Señor te suplico que me saques de aquí. Ten piedad del pobrecito huérfano. Todo el mundo me pega, se burla de mí, me insulta. Y, además, siempre tengo hambre. Y, además, me aburro atrozmente y no hago más que llorar. Anteayer, el ama me dió un pescozón tan fuerte, que me caí y estuve un rato sin poder levantarme. Esto no es vivir; los perros viven mejor que yo... Recuerdos a la cocinera Alena, al cochero Egorka y a todos nuestros amigos de la aldea. Mi acordeón guárdale bien y no se lo dejes a nadie. Sin más, sabes te quiere tu nieto

VANKA CHUKOV.

Ven en seguida, abuelito."

Vanka plegó en cuatro dobleces la hoja de papel y la metió en un sobre que había comprado el día anterior. Luego, meditó un poco y escribió en el sobre la siguiente dirección:

"En la aldea, a mi abuelo."

Tras una nueva meditación, añadió:

"Constantino Makarich."

Congratulándose de haber escrito la carta sin que nadie se lo estorbase se puso la gorra, y, sin otro abrigo, corrió a la calle.

El dependiente de la carnicería, a quien aquella tarde le había preguntado, le había dicho que las cartas debían echarse a los buzones, de donde las recogían para llevarlas en *troika* (1) a través del mundo entero.

Vanka echó su preciosa epístola en el buzón más próximo...

Una hora después dormía, mecido por dulces esperanzas.

Vió en sueños la cálida estufa aldeana. Sentado en ella, su abuelo les leía a las cocineras la carta de Vanka. El perro *Serpiente* paseábase en torno de la estufa y meneaba el rabo...

---

(1) Trineo arrastrado por tres caballos.—N. del T.



UN ASESINATO

Es de noche. La criadita Varka, una muchacha de trece años, mece en la cuna al nene y le canturrea:

"Duerme, niño bonito,
que viene el coco..."

Una lamparilla verde encendida ante el icono alumbra con luz débil e incierta. Colgados a una cuerda que atraviesa la habitación se ven unos pañales y un pantalón negro. La lamparilla proyecta en el techo un gran círculo verde; las sombras de los pañales y el pantalón se agitan, como sacudidas por el viento, sobre la estufa, sobre la cuna y sobre Varka.

La atmósfera es densa. Huele a piel y a sopa de col.

El niño llora. Está hace tiempo afónico de tanto llorar; pero sigue gritando cuanto le permiten sus fuerzas. Parece que su llanto no va a acabar nunca.

Varka tiene un sueño terrible. Sus ojos, a pesar de todos sus esfuerzos, se cierran, y, por más que intenta evitarlo, da cabezadas. Apenas puede

mover los labios, y se siente la cara como de madera y la cabeza pequeñita cual la de un alfiler.

"Duerme, niño bonito...".

balbucea.

Se oye el canto monótono de un grillo escondido en una grieta de la estufa. En el cuarto inmediato roncan el maestro y el aprendiz Afanasy. La cuna, al mecerse, gime quejumbrosa. Todos estos ruidos se mezclan con el canturreo de Varka en una música adormecedora, que es grato oír desde la cama. Pero Varka no puede acostarse, y la musiquita la exaspera, pues le da sueño y ella no puede dormir; si se durmiese, los amos le pegarían.

La lamparilla verde está a punto de apagarse. El círculo verde del techo y las sombras se agitan ante los ojos medio cerrados de Varka, en cuyo cerebro semidormido nacen vagos ensueños.

La muchacha ve en ellos correr por el cielo nubes negras que lloran a gritos, como niños de teta. Pero el viento no tarda en barrerlas, y Varka ve un ancho camino, lleno de lodo, por el que transitan, en fila interminable, coches, gentes con talegos a la espalda y sombras. A uno y otro lado del camino, envueltos en la niebla, hay bosques. De pronto, las sombras y los caminantes de los talegos se tienden en el lodo.

—¿Para qué hacéis eso?—les pregunta Varka.

—¡Para dormir!—contestan—. Queremos dormir.

Y se duermen como lirones.

Cuervos y urracas, posados en los alambres del telégrafo, ponen gran empeño en despertarlos.

"Duerme, niño bonito...",

canturrea entre sueños Varka.

Momentos después sueña hallarse en casa de su padre. La casa es angosta y obscura. Su padre, Efim Stepanov, fallecido hace tiempo, se revuelca por el suelo. Ella no le ve, pero oye sus gemidos de dolor. Sufre tanto—atacado de no se sabe qué dolencia—, que no puede hablar. Jadea y rechina los dientes.

—Bu-bu-bu-bu...

La madre de Varka corre a la casa señorial a decir que su marido está muriéndose. Pero ¿por qué tarda tanto en volver? Hace largo rato que se ha ido y debía haber vuelto ya.

Varka sueña que sigue oyendo quejarse y rechinar los dientes a su padre, acostada en la estufa.

Mas he aquí que se acerca gente a la casa. Se oye trotar de caballos. Los señores han enviado al joven médico a ver al moribundo. Entra. No se le ve en la obscuridad, pero se le oye toser y abrir la puerta.

—¡Encended luz!—dice.

—¡Bu-bu-bu!—responde Efim, rechinando los dientes.

La madre de Varka va y viene por el cuarto

buscando cerillas. Unos momentos de silencio. El doctor saca del bolsillo una cerilla y la enciende.

—¡Espere un instante, señor doctor!—dice la madre.

Sale corriendo y vuelve a poco con un cabo de vela.

Las mejillas del moribundo están rojas, sus ojos brillan, sus miradas parecen hundirse extrañamente agudas en el doctor, en las paredes.

—¿Qué es eso, muchacho?—le pregunta el médico, inclinándose sobre él—. ¿Hace mucho que estás enfermo?

—¡Me ha llegado la hora, excelencia!—contesta, con mucho trabajo, Efim—. No me hago ilusiones...

—¡Vamos, no digas tonterías! Verás cómo te curas...

—Gracias, excelencia; pero bien sé yo que no hay remedio... Cuando la muerte dice aquí estoy, es inútil luchar contra ella...

El médico reconoce detenidamente al enfermo y declara:

—Yo no puedo hacer nada. Hay que llevarle al hospital para que le operen. Pero sin pérdida de tiempo. Aunque es ya muy tarde, no importa; te daré cuatro letras para el doctor y te recibirá. ¡Pero en seguida, en seguida!

—Señor doctor, ¿y cómo va a ir?—dice la madre—. No tenemos caballo.

—No importa; les hablaré a los señores y os dejarán uno.



El médico se va, la vela se apaga y de nuevo se oye el rechinar de dientes del moribundo.

—Bu-bu-bu-bu...

Media hora después se detiene un coche ante la casa; lo envían los señores para llevar a Efim al hospital. A los pocos momentos el coche se aleja, conduciendo al enfermo.

Pasa, al cabo, la noche y sale el Sol. La mañana es hermosa, clara. Varka se queda sola en casa; su madre se ha ido al hospital a ver cómo sigue el marido.

Se oye llorar a un niño. Se oye también una canción:

"Duerme, niño bonito..."

A Varka le parece su propia voz la voz que canta.

Su madre no tarda en volver. Se persigna y dice:

—¡Acaban de operarle, pero ha muerto! ¡Santa gloria haya!... El doctor dice que se le ha operado demasiado tarde; que debía habérsele operado hace mucho tiempo.

Varka sale de la casa y se dirige al bosque. Pero siente de pronto un tremendo manotazo en la nuca. Se despierta y ve con horror a su amo, que le grita:

—¡Mala pécora! ¡El nene llorando y tú durmiendo!

Le da un tirón de orejas; ella sacude la cabeza,



como para ahuyentar el sueño irresistible y empieza de nuevo a balancear la cuna, canturreando con voz ahogada.

El círculo verde del techo y las sombras siguen produciendo un efecto letal sobre Varka, que, cuando su amo se va, torna a dormirse. Y empieza otra vez a soñar.

De nuevo ve el camino enlodado. Infinidad de gente, cargada con talegos, yace dormida en tierra. Vorka quiere acostarse también; pero su madre, que camina a su lado, no la deja; ambas se dirigen a la ciudad en busca de trabajo.

—¡Una limosnita, por el amor de Dios!—implora la madre a los caminantes—. ¡Compadeceos de nosotros, buenos cristianos!

—¡Dame el niño!—grita de pronto una voz que le es muy conocida a Varka—. ¡Otra vez dormida, mala pécora!

Varka se levanta bruscamente, mira en torno suyo y se da cuenta de la realidad: no hay camino, ni caminantes, ni su madre está junto a ella; sólo ve a su ama, que ha venido a darle teta al niño.

Mientras el niño mama, Varka, de pie, espera que acabe. El aire empieza a azulear tras los cristales; el círculo verde del techo y las sombras van palideciendo. La noche le cede su puesto a la mañana.

—¡Toma al niño!—ordena a los pocos minutos el ama, abotonándose la camisa—. Siempre está llorando. ¡No sé qué le pasa!



Varka coge al niño, lo acuesta en la cuna y empieza otra vez a mecerle. El círculo verde y las sombras, menos perceptibles a cada instante, no ejercen ya influjo sobre su cerebro. Pero, sin embargo, tiene sueño; su necesidad de dormir es imperiosa, irresistible. Apoya la cabeza en el borde de la cuna, y balancea el cuerpo al par que el mueble, para despabilarse; pero los ojos se le cierran y siente en la frente un peso plúmbeo.

—¡Varka, enciende la estufa!—grita el ama, al otro lado de la puerta.

Es de día. Hay que comenzar el trabajo.

Varka deja la cuna y corre por leña a la porchada. Se anima un poco; es más fácil resistir el sueño andando que sentado.

Lleva leña y enciende la estufa. La niebla que envolvía su cerebro se va disipando.

—¡Varka, prepara el samovar!—grita el ama.

Varka empieza a encender astillas, mas su ama la interrumpe con una nueva orden:

—¡Varka, límpiale los chanclos al amo!

Varka, mientras limpia los chanclos, sentada en el suelo, piensa que sería delicioso meter la cabeza en uno de aquellos zapatones para dormir un rato. De pronto, el chanclo que estaba limpiando crece, se infla, llena toda la estancia. Varka suelta el cepillo y empieza a dormirse; pero hace un nuevo esfuerzo, sacude la cabeza y abre los ojos cuanto puede, en evitación de que los chismes que hay a su alrededor sigan moviéndose y creciendo.

—¡Varka, ve a lavar la escalera!—ordena el ama, a voces—. ¡Está tan cochina, que cuando sube un parroquiano me avergüenzo!

Varka lava la escalera, barre las habitaciones, enciende después otra estufa, va varias veces a la tienda. Son tantos sus quehaceres, que no tiene un momento libre.

Lo que más trabajo le cuesta es estar de pie, inmóvil, ante la mesa de la cocina, mondando patatas. Su cabeza se inclina, sin que ella lo pueda evitar, hacia la mesa; las patatas toman formas fantásticas; su mano no puede sostener el cuchillo. Sin embargo, es preciso no dejarse vencer por el sueño: está allí el ama, gorda, malévola, chillona. Hay momentos en que le acomete a la pobre muchacha una violenta tentación de tenderse en el suelo y dormir, dormir, dormir...

Transcurre así el día. Llega la noche.

Varka, mirando las tinieblas enlutar las ventanas, se aprieta las sienes, que se siente como de madera, y sonríe de un modo estúpido, completamente inmotivado. Las tinieblas halagan sus ojos y hacen renacer en su alma la esperanza de poder dormir.

Hay aquella noche una visita.

—¡Varka, enciende el samovar!—grita el ama.

El samovar es muy pequeño, y para que todos puedan tomar te hay que encenderlo cinco veces.

Luego Varka, en pie, espera órdenes, fijos los ojos en los visitantes.

—¡Varka, ve por *vodka!* Varka, ¿dónde está el sacacorchos? ¡Varka, limpia un arenque!

Por fin la visita se va. Se apagan las luces. Se acuestan los amos.

—¡Varka, abraza al niño!—es la última orden que oye.

Canta el grillo en la estufa. El círculo verde del techo y las sombras vuelven a agitarse ante los ojos medio cerrados de Varka y a envolverle el cerebro en una niebla.

"Duerme, niño bonito..."

canturrea la pobre muchacha con voz soñolienta.

El niño grita como un condenado. Está a dos dedos de encanarse.

Varka, medio dormida, sueña con el ancho camino enlodado, con los caminantes del talego, con su madre, con su padre moribundo. No puede darse cuenta de lo que pasa en torno suyo. Sólo sabe que algo la paraliza, pesa sobre ella, la impide vivir. Abre los ojos, tratando de inquirir qué fuerza, qué potencia es ésa, y no saca nada en limpio. Sin alientos ya, mira el círculo verde, las sombras... En este momento oye gritar al niño y se dice: "Ese es el enemigo que me impide vivir."

El enemigo es el niño.

Varka se echa a reír. ¿Cómo no se le ha ocurrido hasta ahora una idea tan sencilla?

Completamente absorbida por tal idea se le-



vanta, y, sonriendo, da algunos pasos por la estancia. La llena de alegría el pensar que va a librarse al punto del niño enemigo. Le matará y podrá dormir lo que quiera.

Riéndose, guiñando los ojos con malicia, se acerca con tácitos pasos a la cuna y se inclina sobre el niño.

Le atenaza con entrambas manos el cuello. El niño se pone azul, y a los pocos instantes muere.

Varka entonces, alegre, dichosa, se tiende en el suelo y se queda al punto dormida con un sueño profundo.

LOS MARTIRES

Lisa Kudrinsky, una señora joven y muy cortejada, se ha puesto de pronto tan enferma, que su marido se ha quedado en casa en vez de irse a la oficina, y le ha telegrafiado a su madre.

He aquí cómo cuenta la señora Lisa la historia de su enfermedad:

Después de pasar una semana en la quinta de mi tía me fuí a casa de mi prima Varia. Aunque su marido es un déspota—¡yo le mataría!—hemos pasado unos días deliciosos. La otra noche dimos una función de aficionados, en la que tomé yo parte. Representamos *Un escándalo en el gran mundo*. Frustalev estuvo muy bien. En un entreacto bebí un poco de limón helado con coñac. Es una mezcla que sabe a *champagne*. Al parecer no me sentó mal. Al día siguiente hicimos una excursión a caballo. La mañana era un poco húmeda y me resfrié. Hoy he venido a ver a mi pobre maridito y a llevarme el traje de seda. No había hecho más que llegar, cuando he sentido unos espasmos en el estómago y unos dolores... Creí que me moría. Varia, ¡claro!, se ha asustado mucho; ha empezado a tirarse de

los pelos, ha mandado por el médico. ¡Han sido unos momentos terribles!

Tal es el relato que la pobre enferma les hace a todos sus visitantes.

Después de la visita del médico se duerme con el sosegado sueño de los justos, y no se despierta en seis horas.

En el reloj acaban de dar las dos de la mañana. La luz de una lámpara con pantalla azul alumbra débilmente la estancia. Lisa, envuelta en un blanco peinador de seda y tocada con un coquetón gorro de encaje, entreabre los ojos y suspira. A los pies de la cama está sentado su marido, Vasili Stepanovich. Al pobre le colma de felicidad la presencia de su mujer, casi siempre ausente de casa; pero, al mismo tiempo, su enfermedad le desasosiega en extremo.

—¿Qué tal, querida? ¿Estás mejor?—le pregunta muy quedo.

—¡Un poco mejor!—gime ella—. ¡Ya no tengo espasmos; pero no puedo dormir!...

—¿Quieres que te cambie la compresa, ángel mío?

Lisa se incorpora con lentitud, pintado un intenso sufrimiento en la faz, e inclina la cabeza hacia su marido, que, sin tocar apenas su cuerpo, como si fuese algo sagrado, le cambia la compresa. El agua fría la estremece ligeramente y le arranca risitas nerviosas.

—¿Y tú, pobrecito, no has dormido?—gime, tendiéndose de nuevo.

—¿Acaso podría yo dormir estando enferma mi mujercita?

—Esto no es nada, Vasia. Son los nervios. ¡Soy una mujer tan nerviosa... ¡El doctor lo achaca al estómago; pero estoy segura de que se engaña. No ha comprendido mi enfermedad. Son los nervios y no el estómago, ¡te lo juro! Lo único que temo es que sobrevenga alguna complicación...

—¡No, mujer! Mañana se te habrá pasado ya todo.

—No lo espero... No me importa morirme; pero cuando pienso que tú te quedarías solo... ¡Dios mío!... ¡Ya te veo viudo!...

Aunque el amante esposo está solo casi siempre y ve muy poco a su mujer, se amilana y se aflige al oírla hablar así.

—¡Vamos, mujer! ¿Cómo se te ocurren pensamientos tan tristes? Te aseguro que mañana estarás completamente bien...

—No lo espero... Además, aunque yo me muera, la pena no te matará. Llorarás un poco y te casarás luego con otra...

El marido no encuentra palabras para protestar contra semejantes suposiciones, y se defiende con gestos y ademanes de desesperación.

—¡Bueno, bueno, me callo!—le dice su mujer—. Pero debes estar preparado...

Y piensa, cerrando los ojos: "Si efectivamente me muriera..."

El cuadro de su propia muerte se le representa con todo lujo de detalles. En torno del lecho mortuorio lloran Vasia, su madre, su prima Varia y su marido, sus amigos, su adoradores. Está pálida y bella. La amortajan con un vestido color de rosa, que le sienta a las mil maravillas, y la colocan sobre un verdadero tapiz de flores, en un ataúd magnífico, con aplicaciones doradas. Huele a incienso; arden las velas funerarias. Su marido la mira a través de las lágrimas. Sus adoradores la contemplan con admiración. "Se diría—murmuran—que está viva. ¡Hasta en el ataúd está bella!" Toda la ciudad se conduele de su fin prematuro... El ataúd es transportado a la iglesia por sus adoradores, entre los que va el estudiante de ojos negros que le aconsejó que bebiese la limonada con coñac... Es lástima que no acompañe a la procesión fúnebre una banda de música... Después de la misa, todos rodean el ataúd y se oyen los adioses supremos. Llantos, sollozos, escenas dramáticas... Luego, el cementerio. Cierran el ataúd...

Lisa se estremece y abre los ojos.

—¿Estás ahí, Vasia?—pregunta—. ¡No hago más que pensar cosas tristes, no puedo dormir!... ¡Ten piedad de mí, Vasia, y cuéntame algo interesante!

—¿Qué quieres que te cuente, querida?

—Una historia de amor—contesta con voz moribunda la enferma—, una anécdota...

Vasili Stepanovich hasta bailaría de coronilla con tal de ahuyentar los pensamientos tristes de su mujer.

—Bueno; voy a imitar a un relojero judío.

El amante esposo pone una cara muy graciosa de judío viejo, y se acerca a la enferma.

—¿Necesita usted, por casualidad, componer su reloj, hermosa señora?—pregunta con una pronunciación cómicamente hebrea.

—¡Sí, sí!—contesta Lisa, riendo y alargándole a su marido su relojito de oro, que ha dejado, como de costumbre, en la mesa de noche—. ¡Compóngalo, compóngalo!

Vasili Stepanovich coge el reloj, le abre, le examina detenidamente, encorvado y haciendo muecas, y dice:

—No tiene compostura; la máquina está hecha una lástima.

Lisa se ríe a carcajadas y aplaude.

—¡Muy bien! ¡Magnífico!—exclama—. ¡Eres un excelente artista! Haces mal en no tomar parte en nuestras funciones de aficionados. Tienes talento. Más que Sisunov. Sisunov es un joven con una *vis cómica* admirable. Sólo el verle la cara es morirse de risa. Figúrate una nariz apatatada, roja como una zanahoria, unos ojillos verdes... Pues ¿y el modo de andar?... Anda de un modo graciosísimo, igual que una cigüeña. Así, mira...

La enferma salta de la cama y empieza a andar descalza a través de la habitación.

—¡Salud, señoras y señores!—dice con voz de bajo, remedando al señor Sisunov—. ¿Qué hay de bueno por el mundo?

Su propia toninada la hace reír.

—¡Ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja!—ríe su marido.

Y ambos, olvidada la enfermedad de ella, se ponen a jugar, a hacer niñerías, a perseguirse. El marido logra sujetar a la mujer por los encajes de la camisa y la cubre de ardientes besos.

De pronto ella se acuerda de que está gravemente enferma.

Se vuelve a acostar, la sonrisa huye de su rostro...

—¡Es imperdonable!—se lamenta—. ¡No consideras que estoy enferma!

—¿Me perdonas?

—Si me pongo peor, tú tendrás la culpa. ¡Qué malo eres!

Lisa cierra los ojos y enmudece. Se pinta de nuevo en su faz el sufrimiento. Se escapan de su pecho dolorosos gemidos. Vasia le cambia la compresa y se sienta a su cabecera, de donde no se mueve en toda la noche.

A las diez de la mañana vuelve el doctor.

—Bueno; ¿cómo van esas fuerzas?—le pregunta a la enferma, tomándole el pulso—. ¿Ha dormido usted?

—¡Se siente mal, muy mal!—susurra el marido.

Ella abre los ojos y dice con voz débil:

—Doctor, ¿podría tomar un poco de café?

—No hay inconveniente.

—¿Y me permite usted levantarme?

—Sí; pero sería mejor que guardase usted cama hoy.

—Los malditos nervios...—susurra el marido en un aparte con el médico—. La atormentan pensamientos tristes... Estoy con el alma en un hilo.

El doctor se sienta ante una mesa, se frota la frente y le receta a Lisa bromuro. Luego se despide hasta la noche.

Al mediodía se presentan los adoradores de la enferma, con cara de angustia todos ellos. Le traen flores y novelas francesas. Lisa, interesantísima con su peinador blanco y su gorro de encaje, les dirige una mirada lánguida en que se lee su escepticismo respecto a una curación próxima. La mayoría de sus adoradores no han visto nunca a su marido, a quien tratan con cierta indulgencia. Soportan su presencia armados de cristiana resignación: su común desventura les ha reunido con él junto a la cabecera de la enferma adorable.

A las seis de la tarde, Lisa torna a dormirse para no despertar hasta las dos de la mañana. Vasia, como la noche anterior, vela junto a su cabecera, le cambia la compresa, le cuenta anécdotas regocijadas.



—Pero ¿adónde vas, querida?—le pregunta Vasia, a la mañana siguiente, a su mujer, que está poniéndose el sombrero ante el espejo—. ¿Adónde vas?

Y le dirige miradas suplicantes.

—¿Cómo que adónde voy?—contesta ella, asombrada—. ¿No te he dicho que hoy se repite la función de teatro en casa de María Lvovna?

Un cuarto de hora después toma el tole.

El marido suspira, coge la cartera y se va a la oficina. Las dos noches de vigilia le han producido un fuerte dolor de cabeza y un gran desmadejamiento.

—¿Qué le pasa a usted?—le pregunta su jefe.

Vasia hace un gesto de desesperación y ocupa su sitio habitual.

—¡Si supiera vuestra excelencia—contesta—lo que he sufrido estos dos días!... ¡Mi Lisa está enferma!

—¡Dios mío!—exclama el jefe—. ¿Lisaveta Pavlovna? ¿Y qué tiene?

El otro alza los ojos y las manos al cielo, como diciendo:

—¡Dios lo quiere!

—¿Es grave, pues, la cosa?

—¡Creo que sí!

—¡Amigo mío, yo sé lo que es eso!—suspira el alto funcionario, cerrando los ojos—. He perdido a mi esposa... ¡Es una pérdida terrible!... Pero estará mejor la señora, ¿verdad? ¿Qué médico la asiste?



—Von Sterk.

—¿Von Sterk? Yo que usted, amigo mío, llamaría a Magnus o à Semandritsky... Está usted muy pálido. Se diría que está usted enfermo también...

—Sí, excelencia... Llevo dos noches sin dormir, y he sufrido tanto...

—Pero ¿para qué ha venido usted? ¡Váyase a casa y cuídese! No hay que olvidar el proverbio latino: *Mens sana in corpore sano...*

Vasia se deja convencer, coge la cartera, se despide del jefe y se va a su casa a dormir.

EL TRAGICO

Se celebraba el beneficio del trágico Fenoguenov. La función era un éxito. El trágico hacía milagros: gritaba, aullaba como una fiera, daba patadas en el suelo, se golpeaba el pecho con los puños de un modo terrible, se rasgaba las vestiduras, temblaba en los momentos patéticos de pies a cabeza, como nunca se tiembla en la vida real, jadeaba como una locomotora.

Ruidosas salvas de aplausos estremecían el teatro. Los admiradores del actor le regalaron una pitillera de plata y un ramo de flores con largas cintas. Las señoras le saludaban agitando el pañuelo, y no pocas lloraban.

Pero la más entusiasmada de todas por el espectáculo era la hija del jefe de la policía local, Macha. Sentada junto a su padre, en primera fila, a dos pasos de las candilejas, no quitaba ojo del escenario y estaba conmovidísima. Sus finos brazos y sus piernas temblaban, sus ojos se arrasaban en lágrimas, sus mejillas perdían el color por momentos. ¡Era la primera vez en su vida que asistía a una función de teatro!

—¡Dios mío, qué bien trabajan! ¡Es admirable!—le decía a su padre cada vez que bajaba el telón—. Sobre todo, Fenoguenov ¡es tremendo!

Su entusiasmo era tan grande, que la hacía sufrir. Todo le parecía encantador, delicioso: la obra, los artistas, las decoraciones, la música.

—¡Papá!—dijo en el último entreacto—. Sube al escenario e invítales a todos a comer en casa mañana.

Su padre subió al escenario, estuvo amabilísimo con todos los artistas, sobre todo con las mujeres, e invitó a los actores a comer.

—Vengan todos, excepto las mujeres—le dijo por lo bajo a Fenoguenov—. Mi hija es aún demasiado joven...

Al día siguiente se sentaron a la mesa del jefe de policía el empresario Limonadov, el actor cómico Vodolasov y el trágico Fenoguenov. Los demás, excusándose cada uno como Dios les dió a entender, no acudieron.

La comida fué aburridísima. Limonadov, desde el primer plato hasta los postres, estuvo hablando de su estimación al jefe de policía y a todas las autoridades. De sobremesa, Vodolasov lució sus facultades cómicas imitando a los comerciantes borrachos y a los armenios, y Fenoguenov, un ucranio de elevada estatura, ojos negros y frente severa, recitó el monólogo de *Hamlet*. Luego, el empresario contó, con lágrimas en los ojos, su entrevista con el anciano gobernador de la provincia, el general Kaniuchin.

El jefe de policía escuchaba, se aburría y se sonreía bonachonamente. Estaba contento, a pesar de que Limonadov olía mal y Fenoguenov llevaba un frac prestado, que le venía ancho, y unas botas muy viejas. Placíanle a su hija, la divertían, y él no necesitaba más. Macha, por su parte, miraba a los artistas llena de admiración, sin quitarles ojo. ¡En su vida había visto hombres de tanto talento, tan extraordinarios! Por la noche fué de nuevo al teatro con su padre.

Una semana después, los artistas volvieron a comer en casa del funcionario policíaco. Y las invitaciones, ora a comer, ora a cenar, fueron menudeando, hasta llegar a ser casi diarias. La afición de Macha al arte teatral subió de punto, y no había función a la que no asistiese la joven.

La pobre muchacha acabó por enamorarse de Fenoguenov.

Una mañana, aprovechando la ausencia de su padre, que había ido a la estación a recibir al arzobispo, Macha se escapó con la compañía, y en el camino se casó con su ídolo Fenoguenov. Celebrada la boda, los artistas le dirigieron una larga carta sentimental al jefe de policía. Todos tomaron parte en la composición de la epístola.

—¡Ante todo, expónle los motivos!—le decía Limonadov a Vodolasov, que redactaba el documento—. Y hazle presente nuestra estimación: ¡los burócratas se pagan mucho de estas cosas!... Añade algunas frases conmovedoras, que le hagan llorar...

La respuesta del funcionario sorprendió dolorosamente a los artistas: el padre de Macha decía que renegaba de su hija, que no le perdonaría nunca el "haberse casado con un zascandil idiota, con un ser inútil y ocioso".

Al día siguiente, la joven le escribía a su padre: "¡Papá, me pega! ¡Perdónanos!"

Sí, Fenoguenov le pegaba, en el escenario, delante de Limonadov, de la doncella y de los lampistas. No le podía perdonar el chasco que se había llevado. Se había casado con ella, persuadido por los consejos de Limonadov.

—¡Sería tonto—le decía el empresario—dejar escapar una ocasión como ésta! Por ese dinero sería yo capaz, no ya de casarme, de dejar que me deportasen a la Siberia. En cuanto te cases construyes un teatro, y hete convertido en empresario de la noche a la mañana.

Y todos aquellos sueños habíanse trocado en humo: ¡el maldito padre renegaba de su hija y no le daba un cuarto!

Fenoguenov apretaba los puños y rugía:

—¡Si no me manda dinero le voy a pegar más palizas a la niña!...

La compañía intentó trasladarse a otra ciudad a hurto de Macha y zafarse así de ella. Los artistas estaban ya en el tren, que se disponía a partir, cuando llegó la pobre, jadeante, a la estación

—He sido ofendido por su padre de usted—le declara Fenoguenov—, y todo ha concluído entre nosotros.

Pero ella, sin preocuparse de la curiosidad que la escena había despertado entre los viajeros, se postró ante él y le tendió los brazos, gritándole:

—¡Le amo a usted! ¡No me abandone! ¡No puedo vivir sin usted!

Los artistas, tras una corta deliberación, consintieron en llevarla con ellos en calidad de partiquina.

Empezó por representar papeles de criada y de paje; pero cuando la señora Beobajtova, orgullo de la compañía, se escapó, la reemplazó ella en el puesto de primera ingenua. Aunque ceceaba y era tímida, no tardó, habituada a la escena, en atraerse las simpatías del público. Fenoguenov, con todo, seguía considerándola una carga.

—¡Vaya una actriz!—decía—. No tiene figura ni maneras, y además es muy bestia.

Una noche la compañía representaba *Los bandidos*, de Schiller. Fenoguenov hacía de Franz y Macha de Amalia. El gritaba, aullaba, temblaba de pies a cabeza; Macha recitaba su papel como un escolar su lección.

En la escena en que Franz le declara su pasión a Amalia, ella debía echar mano a la espada, rechazar a Franz y gritarle: "¡Vete!" En vez de eso, cuando Fenoguenov la estrechó entre sus brazos de hierro, se estremeció como un pajarito y no se movió.

—¡Tenga usted piedad de mí!—le susurró al oído—. ¡Soy tan desgraciada!



—¡No te sabes el papel!—le silbó colérico Fenoguenov—. ¡Escucha al apuntador!

Terminada la función, el empresario y Fenoguenov sentáronse en la caja y se pusieron a charlar.

—¡Tu mujer no se sabe los papeles!—se lamentó Limonadov.

Fenoguenov suspiró y su mal humor subió de punto.

Al día siguiente, Macha, en una tiendecita de junto al teatro, le escribía a su padre:

"¡Papá, me pega! ¡Perdónanos! Mándanos dinero."

UNA PEQUEÑEZ

Nicolás Ilich Beliayev, rico propietario de Petersburgo, aficionado a las carreras de caballos, joven aún—treinta y dos años—, grueso, de mejillas sonrosadas, contento de sí mismo, se encaminó, ya anochecido, a casa de Olga Ivanovna Irnina, con la que vivía, o, como decía él, arrastraba una larga y tediosa novela. En efecto: las primeras páginas, llenas de vida e interés, habían sido saboreadas hacía mucho tiempo, y las que las seguían sucedíanse sin interrupción, monótonas y grises.

Olga Ivanovna no estaba en casa, y Beliayev pasó al salón y se tendió en el canapé.

—¡Buenas noches, Nicolás Ilich!—le dijo una voz infantil—. Mamá vendrá en seguida. Ha ido con Sonia a casa de la modista.

Al oír aquella voz, advirtió Beliayev que en un ángulo de la estancia estaba tendido en un sofá el hijo de su querida, Alecha, un chiquillo de ocho años, esbelto, muy elegantito con su traje de terciopelo y sus medias negras. Boca arriba, sobre un almohadón de tafetán, levantaba alternativamente las piernas, sin duda imitando al

acróbata que acababa de ver en el circo. Cuando se le cansaban las piernas realizaba ejercicios análogos con los brazos. De cuando en cuando se incorporaba de un modo brusco y se ponía en cuatro patas. Todo esto lo hacía con una cara muy seria, casi dramática, jadeando, como si considerase una desgracia el que le hubiera dado Dios un cuerpo tan inquieto.

—¡Buenas noches, amigo! — contestó Beliayev—. No te había visto. ¿Mamá está bien?

Alecha, que ejecutaba en aquel momento un ejercicio sumamente difícil, se volvió hacia él.

—Le diré a usted... Mamá no está bien nunca. Es mujer, y las mujeres siempre se quejan de algo...

Beliayev, para matar el tiempo, se puso a observar la faz del niño. Hasta entonces, en todo el tiempo que llevaba en relaciones íntimas con Olga Ivanovna, casi no se había fijado en él, no dándole más importancia que a cualquier mueble insignificante.

Ahora, en las tinieblas del anochecer, la frente pálida de Alecha y sus ojos negros recordábanle a la Olga Ivanovna del principio de la novela. Y quiso mostrarle un poco de afecto al chiquillo.

—¡Ven aquí, bicho!—le dijo—. Déjame verte más de cerca.

El chiquillo saltó del sofá y corrió al canapé.

—Bueno — comenzó Beliayev, poniéndole una mano en el hombro—. ¿Cómo te va?

—Le diré a usted... Antes me iba mejor.

—¿Y eso?

—Es muy sencillo. Antes, mi hermana y yo leíamos y tocábamos el piano, y ahora nos obligan a aprendernos de memoria poesías francesas... ¿Se ha cortado usted el pelo hace poco?

—Sí, hace unos días.

—¡Ya lo veo! Tiene usted la perilla más corta. ¿Me deja usted tocársela?... ¿No le hago daño?...

—No

—¿Por qué cuando se tira de un solo pelo duele y cuando se tira de todos a la vez casi no se siente?

El chiquillo empezó a jugar con la cadena del reloj de su intelocutor y prosiguió:

—Cuando yo sea colegial, mamá me comprará un reloj. Y le diré que también me compre una cadena como ésta. ¡Que dije más bonito! Como el de papá... Papá lleva en el dije un retratito de mamá... La cadena es mucho más larga que la de usted...

—¿Y tú como lo sabes? ¿Ves a tu papá?

—¿Yo?... No... Yo...

Alecha se puso colorado y se turbó mucho, como un hombre cogido en una mentira.

Beliayev lo miró fijamente, y le preguntó:

—Ves a papá..., ¿verdad?

—No, no... Yo...

—Dímelo francamente, con la mano sobre el corazón. Se te conoce en la cara que ocultas la verdad. No seas taimado. Le ves, no lo niegues... Háblame como a un amigo.



Alecha reflexiona un poco.

—¿Y usted no se lo dirá a mamá?

—¡Claro que no! No tengas cuidado.

—¿Palabra de honor?

—¡Palabra de honor!

—¡Júramelo!

—¡Dios mío, qué pesado eres! ¿Por quién me tomas?

Alecha miró a su alrededor, abrió mucho los ojos y susurró:

—Pero, ¡por Dios, no le diga usted nada a mamá! Ni a nadie, porque es un secreto. Si mamá se entera, yo, Sonia y Pelagueya, la criada, nos la ganaremos. Pues bien, oiga usted: yo y Sonia nos vemos con papá los martes y los viernes. Cuando Pelagueya nos lleva de paseo vamos a la confitería Aspel, donde nos espera papá en un cuartito aparte. En el cuartito que hay una mesa de mármol y encima un cenicero que representa una oca.

—¿Y qué hacéis allí?

—Nada. Primero nos saludamos, luego nos sentamos todos a la mesa y papá nos convida a café y a pasteles. A Sonia le gustan los pastelillos de carne, pero yo los detesto. Prefiero los de col y los de huevo. Como comemos mucho, cuando volvemos a casa no tenemos gana. Sin embargo, cenamos, para que mamá no sospeche nada.

—¿De qué habláis con papá?

—De todo. Nos acaricia, nos besa, nos cuenta cuentos. ¿Sabe usted? Y dice que cuando seamos



mayores nos llevará a vivir con él. Sonia no quiere; pero yo sí. Claro que me aburriré sin mamá; pero podré escribirle cartas. Y hasta podré venir a verla los días de fiesta, ¿verdad? Papá me ha prometido comprarme un caballo. ¡Es más bueno! No comprendo cómo mamá no le dice que se venga a casa y no quiere ni que le veamos. Siempre nos pregunta cómo está y qué hace. Cuando estuvo enferma y se lo dijimos, se cogió la cabeza con las dos manos..., así..., y empezó a ir y venir por la habitación como un loco... Siempre nos aconseja que obedezcamos y respetemos a mamá... Diga usted: ¿es verdad que somos desgraciados?

—¿Por qué?

—No sé; papá lo dice: "Sois unos desgraciados—nos dice—, y mamá, la pobre, también, y yo; todos nosotros." Y nos suplica que recemos para que Dios nos ampare.

Alecha calló y se quedó meditabundo. Reinó un corto silencio.

—¿Conque sí?—dijo, al cabo, Beliayev—. ¿Conque celebráis mítines en las confiterías? ¡Tiene gracia! ¿Y mamá no sabe nada?

—¿Cómo lo va a saber? Pelagueya no dirá nada... ¡Ayer nos dió papá unas peras!... Estaban dulces como la miel. Yo me comí dos...

—Y díme... ¿Papá no habla de mí?

—¿De usted? Le aseguro...

El chiquillo miró fijamente a Beliayev, y concluyó:

—Le aseguro que no habla nada de particular.

—Pero, ¿por qué no me lo cuentas?

—¿No se ofenderá usted?

—¡No, tonto! ¿Habla mal?

—No; pero... está enfadado con usted. Dice que mamá es desgraciada por culpa de usted; que usted ha sido su perdición. ¡Qué cosas tiene papá! Yo le aseguro que usted es bueno y muy amable con mamá; pero no me cree, y, al oírme, balancea la cabeza.

—¿Conque afirma que yo he sido la perdición...?

—Sí. ¡Pero no se enfade usted, Nicolás Ilich!

Beliayev se levantó y empezó a pasearse por el salón.

—¡Es absurdo y ridículo!—balbuceaba, encogiéndose de hombres y con una sonrisa amarga—. El es el principal culpable y afirma que yo he sido la perdición de Olga. ¡Es irritante!

Y, dirigiéndose al chiquillo, volvió a preguntar:

—¿Conque te ha dicho que yo he sido la perdición de tu madre?

—Sí; pero... usted me ha prometido no enfadarse.

—¡Déjame en paz!... ¡Vaya una situación lucida!

Se oyó la campanilla. El chiquillo corrió a la puerta. Momentos después entró en el salón con su madre y su hermanita.

Beliayev saludó con la cabeza y siguió paseándose.

—¡Claro!—murmuraba—. ¡El culpable soy yo! ¡El es el marido y le asisten todos los derechos!

—¿Qué hablas?—preguntó Olga Ivanovna.

—¿No sabes lo que predica tu marido a tus hijos? Según él, soy un infame, un criminal; he sido la perdición tuya y de los niños. ¡Todos sois unos desgraciados y el único feliz soy yo! ¡Ah, qué feliz soy!

—No te entiendo, Nicolás. ¿Qué sucede?

—Pregúntale a este caballerito—dijo Beliayev, señalando a Alecha.

El chiquillo se puso colorado como un tomate; luego palideció. Se pintó en su faz un gran espanto.

—¡Nicolás Ilich!—balbuceó—, le suplico...

Olga Ivanovna miraba alternativamente, con ojos de asombro, a su hijo y a Beliayev.

—¡Pregúntale!—prosiguió éste—. La imbécil de Pelagueya lleva a tus hijos a las confiterías, donde les arregla entrevistas con su padre. ¡Pero eso es lo de menos! Lo gracioso es que su padre, según les dice él, es un mártir y yo soy un canalla, un criminal, que ha deshecho vuestra felicidad...

—¡Nicolás Ilich!—gimió Alecha—, usted me había dado su palabra de honor...

—¡Déjame en paz! ¡Se trata de cosas más importantes que todas las palabras de honor! ¡Me indignan, me sacan de quicio tanta doblez, tanta mentira!

—Pero díme—preguntó Olga, con las lágrimas en los ojos, dirigiéndose a su hijo—: ¿te vas con papá? No comprendo...



Alecha parecía no haber oído la pregunta, y miraba con horror a Beliayev.

—¡No es posible!—exclama su madre—. Voy a preguntarle a Pelagueya.

Y salió.

—¡Usted me había dado su palabra de honor...!—dijo el chiquillo, todo trémulo, clavando en Beliayev los ojos, llenos de horror y de reproches.

Pero Beliayev no le hizo caso y siguió paseándose por el salón, excitadísimo, sin más preocupación que la de su amor propio herido.

Alecha se llevó a su hermana a un rincón y le contó, con voz que hacía temblar la cólera, cómo le habían engañado. Lloraba a lágrima viva y fuertes estremecimientos sacudían todo su cuerpo. Era la primera vez, en su vida, que chocaba con la mentira de un modo tan brutal.

ANIUTA

Por la peor habitación del detestable Hotel Lisboa paseábase infatigablemente el estudiante de tercer año de Medicina Stepan Klochkov. Al par que paseaba, estudiaba en voz alta. Como llevaba largas horas entregado al doble ejercicio, tenía la garganta seca y la frente cubierta de sudor.

Junto a la ventana, cuyos cristales empañaba la nieve congelada, estaba sentada en una silla, cosiendo una camisa de hombre, Aniuta, morenilla de unos veinticinco años, muy delgada, muy pálida, de dulces ojos grises.

En el reloj del corredor sonaron, catarrosas, las dos de la tarde; pero la habitación no estaba aún arreglada. La cama hallábase deshecha, y se veían, esparcidos por el aposento, libros y ropas. En un rincón había un lavabo nada limpio, lleno de agua enjabonada.

—El pulmón se divide en tres partes—recitaba Klochkov—. La parte superior llega hasta la cuarta o quinta costilla...

Para formarse idea de lo que acababa de decir, se palpó el pecho.



—Las costillas están dispuestas paralelamente unas a otras, como las teclas de un piano—continuó—. Para no errar en los cálculos, conviene orientarse sobre un esqueleto o sobre un ser humano vivo... Ven, Aniuta, voy a orientarme un poco...

Aniuta interrumpió la costura, se quitó el corpiño y se acercó. Klochkov se sentó ante ella, frunció las cejas y empezó a palpar las costillas de la muchacha.

—La primera costilla—observó—es difícil de tocar. Está detrás de la clavícula... Esta es la segunda, esta es la tercera, esta es la cuarta... Es raro; estás delgada, y, sin embargo, no es fácil orientarse sobre tu tórax... ¿Qué te pasa?

—¡Tiene usted los dedos tan fríos!...

—¡Bah! No te morirás... Bueno; esta es la tercera, esta es la cuarta... No, así las confundiré... Voy a dibujarlas...

Cogió un pedazo de carboncillo y trazó en el pecho de Aniuta unas cuantas líneas paralelas, correspondientes cada una a una costilla.

—¡Muy bien! Ahora veo claro. Voy a auscultarte un poco. Levántate.

La muchacha se levantó y Klochkov empezó a golpearle con el dedo en las costillas. Estaba tan absorto en la operación, que no advertía que los labios, la nariz y las manos de Aniuta se habían puesto azules de frío. Ella, sin embargo, no se movía, temiendo entorpecer el trabajo del estudiante. "Si no me estoy quieta—pensaba—no saldrá bien de los exámenes."

—¡Sí, ahora todo está claro!—dijo por fin él, cesando de golpear—. Siéntate y no borres los dibujos hasta que yo acabe de aprenderme este maldito capítulo del pulmón. Y comenzó de nuevo a pasearse, estudiando en voz alta. Aniuta, con las rayas negras en el tórax, parecía tatuada. La pobre temblaba de frío y pensaba. Solía hablar muy poco, casi siempre estaba silenciosa, y pensaba, pensaba sin cesar.

Klochkov era el sexto de los jóvenes con quienes había vivido en los últimos seis o siete años. Todos sus amigos anteriores habían ya acabado sus estudios universitarios, habían ya concluído su carrera, y, naturalmente, la habían olvidado hacía tiempo. Uno de ellos vivía en París, otros dos eran médicos, el cuarto era pintor de fama, el quinto había llegado a catedrático. Klochkov no tardaría en terminar también sus estudios. Le esperaba, sin duda, un bonito porvenir, acaso la celebridad; pero a la sazón se hallaba en la miseria. No tenían ni azúcar ni te ni tabaco. Aniuta apresuraba cuanto podía su labor para llevarla al almacén, cobrar los veinticinco copecs y comprar tabaco, te y azúcar.

—¿Se puede?—preguntaron detrás de la puerta.

Aniuta se echó a toda prisa un chal sobre los hombros.

Entró el pintor Fetisov.

—Vengo a pedirle a usted un favor—le dijo a Klochkov—. ¿Tendría usted la bondad de pres-

tarme, por un par de horas, a su gentil amiga? Estoy pintando un cuadro y necesito una modelo.

—¡Con mucho gusto! — contestó Klochkov—. ¡Anda, Aniuta!

—¿Cree usted que es un placer para mí?—murmuró ella.

—¡Pero mujer!—exclamó Klochkov—. Es por el arte... Bien puedes hacer ese pequeño sacrificio.

Aniuta comenzó a vestirse.

—¿Qué cuadro es ése?—preguntó el estudiante.

—*Psiquis*. Un hermoso asunto; pero tropiezo con dificultades. Tengo que cambiar todos los días de modelo. Ayer se me presentó una con las piernas azules. "¿Por qué tiene usted las piernas azules?", le pregunté. Y me contestó: "Llevo unas medias que se destiñen..." Usted siempre a vueltas con la Medicina, ¿eh? ¡Qué paciencia! Yo no podría...

—La Medicina exige un trabajo serio.

—Es verdad... Perdóneme, Klochkov; pero vive usted... como un cerdo. ¡Que sucio está esto!

—¿Qué quiere usted que yo le haga? No puedo remediarlo. Mi padre no me manda más que doce rublos al mes, y con ese dinero no se puede vivir muy decorosamente.

—Tiene usted razón; pero... podría usted vivir con un poco de limpieza. Un hombre de cierta cultura no debe descuidar la estética, y usted... La cama deshecha, los platos sucios...

—¡Es verdad!—balbuceó confuso Klochkov—.

Aniuta está hoy tan ocupada que no ha tenido tiempo de arreglar la habitación.

Cuando el pintor y Aniuta se fueron, Klochkov se tendió en el sofá y siguió estudiando; mas no tardó en quedarse dormido y no se despertó hasta una hora después. La siesta le había puesto de mal humor. Recordó las palabras de Fetisov, y, al fijarse en la pobreza y la suciedad del aposento, sintió una especie de repulsión. En un porvenir próximo recibiría a los enfermos en su lujoso gabinete, comería y tomaría el te en un comedor amplio y bien amueblado, en compañía de su mujer, a quien respetaría todo el mundo....; pero, a la sazón..., aquel cuarto sucio, aquellos platos, aquellas colillas esparcidas por el suelo... ¡Qué asco! Aniuta, por su parte, no embellecía mucho el cuadro: iba mal vestida, despeinada...

Y Klochkov decidió separarse de ella en seguida, a todo trance. ¡Estaba ya hasta la coronilla!

Cuando la muchacha, de vuelta, estaba quitándose el abrigo, se levantó y le dijo con acento solemne:

—Escucha, querida... Siéntate y atiende. Tenemos que separarnos. Yo no puedo ni quiero ya vivir contigo.

Aniuta venía del estudio de Fetisov fatigada, nerviosa. El estar de pie tanto tiempo había acentuado la demacración de su rostro. Miró a Klochkov sin decir nada, temblándole los labios.

—Debes comprender que, tarde o temprano,

hemos de separarnos. Es fatal. Tú, que eres una buena muchacha y no tienes pelo de tonta, te harás cargo.

Aniuta se puso de nuevo el abrigo en silencio, envolvió su labor en un periódico, cogió las agujas, el hilo...

—Esto es de usted—dijo, apartando unos cuantos terrones de azúcar.

Y se volvió de espaldas para que Klochkov no la viese llorar.

—Pero ¿por qué lloras?—preguntó el estudiante.

Tras de ir y venir, silencioso, durante un minuto a través de la habitación, añadió con cierto embarazo:

—¡Tiene gracia!... Demasiado sabes que, tarde o temprano, nuestra separación es inevitable. No podemos vivir juntos toda la vida.

Ella estaba ya a punto, y se volvió hacia él, con el envoltorio bajo el brazo, dispuesta a despedirse. A Klochkov le dió lástima...

"Podría tenerla—pensó—una semana más conmigo. ¡Sí, que se quede! Dentro de una semana le diré que se vaya."

Y, enfadado consigo mismo por su debilidad, le gritó con tono severo:

—Bueno; ¿qué haces ahí como un pasmarote? Una de dos: o te vas, o si no quieres irte te quitas el abrigo y te quedas. ¡Quédate si quieres!

Aniuta se quitó el abrigo sin decir palabra, se

sonó, suspiró, y con tácitos pasos se dirigió a su silla de junto a la ventana.

Klochkov cogió su libro de medicina y empezó de nuevo a estudiar en voz alta, paseándose por el aposento.

"El pulmón se divide en tres partes. La parte superior..."

En el corredor alguien gritaba a voz en cuello:

—¡Grigory, tráeme el samovar!

UN ESCANDALO

Macha Pavletskaya, una muchachita que acababa de terminar sus estudios en el Instituto y ejercía el cargo de institutriz en casa del señor Kuchkin, se dijo, al volver de paseo con los niños: "¿Qué habrá pasado aquí?" El criado que le abrió la puerta estaba colorado como un cangrejo y visiblemente alterado. Se oía en las habitaciones interiores insólito trajín. "Acaso la señora—siguió pensando la muchacha—esté con uno de sus ataques o le haya armado un escándalo a su marido."

En el pasillo se cruzó con dos doncellas, una de las cuales iba llorando. Ya cerca de su habitación vió salir de ella, presuroso, al señor Kuchkin, un hombrecillo calvo y marchito, aunque no muy viejo.

—¡Es terrible! ¡Qué falta de tacto! ¡Esto es estúpido, abominable, salvaje!—iba diciendo, con la cara como la grana y los brazos en alto.

Y pasó, sin verla, por delante de Macha, que entró en su habitación.

Por primera vez en su vida la joven sintió ese

bochorno que conocen tanto las gentes dedicadas a servir a los ricos. Se estaba efectuando un registro en su cuarto. El ama de la casa, Teodosia Vasilievna, una señora gruesa, de hombros anchos, cejas negras y espesas, manos rojas y boca un tanto bigotuda—una señora, en fin, con aspecto de cocinera—, colocaba apresuradamente dentro del cajón de la mesa carretes, retales, papeles...

Sorprendida por la aparición inesperada de la institutriz, se turbó, y balbuceó:

—Perdón..., he tropezado..., se ha caído todo esto... y estaba poniéndolo en su sitio.

Al ver la cara pá ida, asombrada de la muchacha, balbuceó algunas excusas más y se alejó, con un sonoro frufrú de sayas ricas.

Macha contemplaba el aposento, presa el alma de un terror vago y de una angustia dolorosa. ¿Qué buscaba el ama en su cajón? ¿Por qué el señor Kuchkin salía de allí tan alterado? ¿Por qué su mesa, sus libros, sus papeles, sus ropas estaban en desorden?... Allí acababa, a todas luces, de efectuarse un registro en regla. Pero ¿con qué motivo?, ¿en busca de qué?...

La visible turbación del criado, el trajín que reinaba en la casa, el llanto de la doncella, se relacionaban, sin duda, con el registro. ¿Se la suponía, quizás, autora de algún delito?

Macha se puso aún más pálida de lo que estaba, las piernas le flaquearon y se sentó en un cesto de ropa blanca.



Entró una doncella.

—Lisa, ¿podría usted decirme por qué se ha hecho en mi habitación... un registro?—preguntó la institutriz.

—Se ha perdido un broche de la señora..., un broche que vale dos mil rublos...

—Bien; pero ¿por qué se ha registrado mi habitación?

—¡Se ha registrado todo, señorita! A mí me han registrado de pies a cabeza, aunque, se lo juro a usted, no he tocado en mi vida ese maldito broche. Incluso he procurado siempre acercarme lo menos posible al tocador de la señora.

—Sí, sí, bien...; pero no comprendo...

—Ya le digo a usted que han robado el broche. La señora nos ha registrado, con sus propias manos, a todos, hasta a Mijailo, el portero... ¡Es terrible! El señor parece muy disgustado; pero la deja hacer mangas y capirotes... Usted, señorita, no debe ponerse así. Como no han encontrado nada en su habitación, no tiene nada que temer. Usted no ha cogido la alhaja, ¿verdad?, pues no sea tonta y no se apure...

—Pero ¡es que clama al cielo—dijo Macha, ahogándose de cólera—lo humillante, lo ofensivo, lo bajo, lo vil del proceder de la señora! ¿Qué derecho tiene ella a sospechar de mí y a registrar mi cuarto?

—Usted, señorita—suspiró Lisa—, depende de ella... Aunque es usted la institutriz, la considera al fin y al cabo—perdóneme usted—una cria-



da... Usted come su pan, y ella se cree con derecho a todo y no se para en barras.

Macha se dejó caer en la cama y rompió a llorar amargamente. Nunca había sido humillada, insultada, ultrajada de tal manera. ¡Ella, una muchacha bien educada, sentimental, hija de un profesor, considerada autora posible de un robo y registrada como una vagabunda!

Al pensar en el sesgo que podía tomar el asunto, la institutriz se horrorizó. Si se la había podido suponer autora del robo, ¿quién le garantizaba que no se podía incluso detenerla?... Quizás la desnudaran, delante de todos, para ver si ocultaba la alhaja, y la llevaran a la cárcel, a través de las calles llenas de gente. ¿Quién iba a defenderla? Nadie. Sus padres vivían en un apartado rincón de provincias y su situación económica no les permitía emprender un viaje a la capital, donde ella no tenía parientes ni amigos y estaba como en un desierto. Podían, por lo tanto, hacer de ella lo que quisieran.

"Iré a ver a los jueces, a los abogados—se dijo, llorando—y se lo explicaré todo; les juraré que soy inocente. Acabarán por convencerse de que no soy una ladrona."

De pronto recordó que guardaba en el cesto de la ropa blanca algunas golosinas: fiel a sus costumbres de colegiala, solía meterse en el bolsillo, cuando estaba comiendo, algún pastelillo, algún melocotón, y llevárselos a su cuarto.

La idea de que el ama lo habría descubierto

la hizo ponerse colorada y sentir como una ola cálida por todo el cuerpo. ¡Qué vergüenza! ¡Qué horror!

El corazón empezó a latirle con violencia y las fuerzas la abandonaron.

—¡La comida está servida!—le anunció la doncella—. La esperan a usted.

¿Debía ir a comer?... Se alisó el pelo, se pasó por la cara una toalla mojada y se dirigió al comedor.

Habían ya empezado a comer. A un extremo de la mesa sentábase la señora Kuchkin, grave y reservada; al otro extremo su marido; a ambos lados los niños y algunos convidados. Servían dos criados, de frac y guante blanco. Reinaba el silencio. La desgracia de la señora ataba todas las lenguas. Sólo se oía el ruido de los platos.

El silencio fué interrumpido por el ama de la casa.

—¿Qué hay de tercer plato?—le preguntó con voz de mártir a un criado.

—Esturión a la rusa—contestó el sirviente.

—Lo he pedido yo, querida—se apresuró a decir el señor Kuchkin—. Hace mucho tiempo que no hemos comido pescado. Pero si no te gusta, diré que no lo sirvan... Yo creía...

A la señora no le gustaban los platos que no había ella pedido, y se sintió tan ofendida, que sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Vamos, querida señora, cálmese!—le dijo el doctor Mamikov, que se sentaba junto a ella.

Su voz era suave, acariciadora, y su sonrisa, al dar su mano unos golpecitos sedativos en la de la dama, era no menos dulce.

—¡Vamos, querida señora! Tiene usted que cuidar esos nervios. ¡Olvide ese maldito broche! La salud vale más de dos mil rublos...

—No se trata de los dos mil rublos—dijo la dama con voz casi moribunda, secándose una lágrima—. Es el hecho lo que me subleva. ¡No puedo tolerar ladrones en mi casa! ¡No soy avara; pero no puedo permitir que me roben! ¡Qué ingratitud! ¡Así pagan mi bondad!

Todos los comensales tenían la cabeza baja y miraban al plato; pero a Macha le pareció que habían levantado la cabeza y la miraban a ella. Se le hizo un nudo en la garganta. Apresurándose a cubrirse la faz con el pañuelo, balbuceó:

—¡Perdón! No puedo más... Tengo una jaqueca horrorosa...

Se levantó con tanta precipitación, que por poco si tira la silla, y, en extremo confusa, salió del comedor.

—¡Qué enojoso es todo esto, Dios mío!—murmuró el señor Kuchkin—. No se ha debido registrar su cuarto... Ha sido un abuso...

—Yo no afirmo—replicó la señora—que sea ella quien ha robado el broche; pero ¿pondrías tú la mano en el fuego?... Yo confieso que estas... institutrices... me inspiran muy poca confianza.

—Sí, pero—contestó el amo de la casa con cierta timidez—ese registro..., ese registro..., per-

dóname, querida..., no creo que tuvieras, con arreglo a la ley, derecho a efectuarlo.

—Yo no sé de leyes. Lo que sé es que me han robado el broche, ¡y lo he de encontrar!

La dama dió un enérgico cuchillazo en el plato, y sus ojos lanzaron temerosos rayos de cólera.

—¡Y le ruego a usted—añadió dirigiéndose a su marido—que no se mezcle en mis asuntos!

El señor Kuchkin bajó los ojos y exhaló un suspiro.

Macha, cuando llegó a su cuarto, se dejó caer de nuevo en la cama. No sentía ya temor ni vergüenza; lo único que sentía era un deseo violento de volver al comedor y darle un par de bofetadas a aquella señora grosera, malévola, altiva, pagada de sí. ¡Oh, si ella pudiera comprar un broche costosísimo y tirárselo a la cara a la innoble mujer!

¡Oh, si la señora Kuchkin se arruinase y llegara a conocer todas las miserias y todas las humillaciones y se viera un día forzada a pedirle limosna! ¡Con qué placer se la daría ella, Macha Pavletskaya!

¡Oh, si ella heredase una gran fortuna! ¡Qué delicia pasar en un hermoso coche, con insolente estrépito, por delante de las ventanas de la señora Kuchkin!

Pero todo aquello era pura fantasía, sueños. Había que pensar en las cosas reales. Ella no podía continuar allí ni una hora. Era triste, en verdad, el perder la colocación y tener que vol-



ver a la casa paterna, tan pobre; pero era preciso. No podía ver a la señora, y el cuarto se le caía encima. Se ahogaba entre aquellas paredes. La señora Kuchkin, con sus enfermedades imaginarias y sus pujos de dama prócer, le inspiraba profunda repulsión. Sólo el oír su voz le crispaba los nervios. ¡Sí, había que marcharse en seguida de aquella casa!

Macha saltó del lecho y se puso a hacer el equipaje.

—¿Se puede?—preguntó detrás de la puerta la voz del señor Kuchkin.

—¡Adelante!

El amo entró y se detuvo a pocos pasos del umbral. Su mirada era turbia y brillaba su nariz roja. Se tambaleaban un poco. Tenía la costumbre de beber cerveza en abundancia después de comer.

—¿Qué hace usted? — preguntó, mirando las maletas abiertas.

—El equipaje para irme. No puedo continuar aquí. Ese registro ha sido para mí un insulto intolerable.

—Comprendo su indignación de usted...; pero hace usted mal en tomarlo tan por la tremenda. La cosa, al cabo, no es tan grave...

La muchacha no contestó y siguió entregada a sus preparativos.

El señor Kuchkin se retorció el bigote, la miró en silencio unos instantes y añadió:

—Comprendo su indignación, señorita; pero... hay que ser indulgente. Ya sabe usted que mi

mujer es muy nerviosa y está un poco tocada... No se la debe juzgar demasiado severamente.

Macha siguió callada.

—Si usted se considera ofendida hasta tal punto, yo estoy dispuesto a pedirle perdón. ¡Perdón, señorita!

La institutriz no despegó los labios. Sabía que aquel hombre, casi siempre borracho, sin voluntad, sin energía, era un cero a la izquierda en la casa. Hasta la servidumbre le trataba con muy poco respeto. Sus excusas no tenían valor alguno.

—¿No contesta usted? ¿No le basta el que yo le pida perdón? Se lo pediré entonces en nombre de mi mujer... Como caballero, debo reconocer su falta de tacto...

El señor Kuchkin dió algunos pasos por el cuarto, suspiró y prosiguió:

—¿Quiere usted, pues, que la conciencia me remuerda toda la vida, señorita? ¿Quiere usted que yo sea el más desgraciado de los hombres?...

—Ya sé yo, Nicolás Sergueyevich—le contestó Macha, volviendo hacia él sus grandes ojos arrasados en lágrimas—, ya sé yo que no tiene usted la culpa. Puede usted tener la conciencia tranquila.

—Sí, pero... ¡Se lo ruego, no se vaya usted!

Macha movió negativamente la cabeza.

Nicolás Sergueyevich se detuvo junto a la ventana y se puso a tamborilear con los dedos en los cristales.

—¡Si supiera usted—dijo—lo bochornoso que es todo esto para mí! ¿Qué quiere usted? ¿Que

le pida perdón de rodillas? Usted ha sido herida en su orgullo, en su amor propio; pero yo también tengo amor propio, y usted lo pisotea... ¿Me obligará usted a decirle una cosa que ni al confesar se la diría a la hora de mi muerte?

Macha no contestó.

—Bueno; ya que se empeña usted se lo diré todo. ¡Soy yo quien ha robado el broche de mi mujer!... ¿Está usted contenta?... Yo he sido, yo... Naturalmente, cuento con su discreción de usted, y espero que no se lo dirá a nadie... Ni una palabra, ni la menor alusión, ¿eh?

Macha, estupefacta, aterrada, seguía haciendo el equipaje. Con mano nerviosa echaba a la maleta su ropa blanca, sus vestidos. La pasmosa confesión del señor Kuchkin aumentaba su prisa de irse. ¿Cómo había podido vivir tanto tiempo entre aquella gente?

—¿Está usted asombrada?—preguntó, tras un corto silencio, Nicolás Sergueyevich—. ¡Es una historia muy sencilla, una historia vulgar! Yo necesito dinero y mi mujer no me lo da. Esta casa y cuanto hay en ella eran de mi padre. Todo esto es mío. Mío es también el broche. Lo heredé de mi madre. Y, sin embargo, ya ve usted, mi mujer lo ha acaparado todo, se ha apoderado de todo... Comprenderá usted que no voy a llevar el asunto a los tribunales... Le ruego, señorita, que no me juzgue con demasiada severidad. Perdóneme y quédese. Comprender es perdonar... ¿Se queda usted?

—¡No!—contestó con voz firme y resuelta la muchacha, llena de indignación—. ¡Le ruego que me deje en paz!

—¡Qué vamos a hacerle! — suspiró el beodo, sentándose junto a la maleta—. Me place que haya aún quien se indigne, quien se ofenda, quien defienda su honor... No me cansaría nunca de admirar ese gesto de indignación... ¿No quiere usted, pues, seguir aquí?... Lo comprendo... ¡Quién estuviera en su lugar!... Usted se irá, y yo..., ¡yo no podré nunca dejar esta casa! Hubiera podido retirarme al campo, a alguna de las fincas que heredé de mi padre; pero mi mujer ha colocado en ella de administradores, de agrónomos, de capataces a una taifa de bribones, ¡el diablo se los lleve!, que me hubieran hecho la vida imposible...

—¡Nicolás Sergueyevich!—gritó por el pasillo la señora Kuchkin—. ¿Dónde se ha metido?

—¿Conque no quiere usted quedarse?—preguntó el amo, levantándose y dirigiéndose a la puerta—. Lo mejor sería que se quedase... Yo vendría todas las noches a charlar un rato con usted... Si se va usted seré aún más desgraciado. Usted es en la casa la única persona que tiene cara humana. ¡Es terrible!

Y miraba a la institutriz con ojos suplicantes; pero ella movió negativamente la cabeza. El señor Kuchkin salió del aposento, pintada en el rostro la desesperación.

Media hora después Macha Pavletskaya disponíase a tomar el tren.

EL TALENTO

El pintor Yegor Savich, que se hospeda en la casa de campo de la viuda de un oficial, está sentado en la cama, sumido en una dulce melancolía matutina.

Es ya otoño. Grandes nubes informes y espesas se deslizan por el firmamento; un viento, frío y recio, inclina los árboles y arranca de sus copas hojas amarillas. ¡Adiós, estío!

Hay en esta tristeza otoñal del paisaje una belleza singular, llena de poesía; pero Yegor Savich, aunque es pintor y debiera apreciarla, casi no para mientes en ella. Se aburre de un modo terrible y sólo le consuela el pensar que al día siguiente no estará ya en la quinta.

La cama, las mesas, las sillas, el suelo, todo está cubierto de cestas, de sábanas plegadas, de todo género de efectos domésticos. Se han quitado ya los visillos de las ventanas. Al día siguiente, ¡por fin!, los habitantes veraniegos de la quinta se trasladarán a la ciudad.

La viuda del oficial no está en casa. Ha salido en busca de carruajes para la mudanza.

Su hija Katia, de veinte años, aprovechando la ausencia materna, ha entrado en el cuarto del joven. Mañana se separan y tiene que decirle un sinfín de cosas. Habla por los codos; pero no encuentra palabras para expresar sus sentimientos, y mira con tristeza, al par que con admiración, la espesa cabellera de su interlocutor. Los apéndices capilares brotan en la persona de Yegor Savich con una extraordinaria prodigalidad; el pintor tiene pelos en el cuello, en las narices, en las orejas, y sus cejas son tan pobladas, que casi le tapan los ojos. Si una mosca osara internarse en la selva virgen capilar, de que intentamos dar idea, se perdería para siempre.

Yegor Savich escucha a Katia, bostezando. Su charla empieza a fatigarle. De pronto la muchacha se echa a llorar. El la mira con ojos severos al través de sus espesas cejas, y le dice con su voz de bajo:

—No puedo casarme.

—¿Pero por qué?—suspira ella.

—Porque un pintor, un artista que vive de su arte, no debe casarse. Los artistas debemos ser libres.

—¿Y no lo sería usted conmigo?

—No me refiero precisamente a este caso... Hablo en general. Y digo tan sólo que los artistas y los escritores célebres no se casan.

—¡Sí, usted también será célebre, Yegor Savich! Pero yo... ¡Ah, mi situación es terrible!.. Cuando mamá se entere de que usted no quiere casarse,



me hará la vida imposible. Tiene un genio tan arrebatado... Hace tiempo que me aconseja que no crea en sus promesas de usted. Luego, aún no le ha pagado usted el cuarto... ¡Menudos escándalos me armará!

—¡Que se vaya al diablo su mamá de usted! ¿Piensa que no voy a pagarle?

Yegor Savich se levanta y empieza a pasearse por la habitación.

—¡Yo debía irme al extranjero!—dice.

Le asegura a la muchacha que para él un viaje al extranjero es la cosa más fácil del mundo: con pintar un cuadro y venderlo...

—¡Naturalmente!—contesta Katia—. Es lástima que no haya usted pintado nada este verano.

—¿Acaso es posible trabajar en esta pocilga?—grita, indignado, el pintor—. Además, ¿dónde hubiera encontrado modelos?

En este momento se oye abrir una puerta en el piso bajo. Katia, que esperaba la vuelta de su madre de un momento a otro, echa a correr. El artista se queda solo. Sigue paseándose por la habitación. A cada paso tropieza con los objetos esparcidos por el suelo. Oye al ama de la casa regatear con los *mujiks* cuyos servicios ha ido a solicitar. Para templar el mal humor que le produce oírla, abre la alacena, donde guarda una botellita de *vodka*.

—¡Puerca!—le grita a Katia la viuda del oficial—. ¡Estoy harta de ti! ¡Que el diablo te lleve!

El pintor se bebe una copita de *vodka*, y las



nubes que ensombrecían su alma se van disipando. Empieza a soñar, a hacer espléndidos castillos en el aire.

Se imagina ya célebre, conocido en el mundo entero. Se habla de él en la Prensa, sus retratos se venden a millares. Hállase en un rico salón, rodeado de bellas admiradoras... El cuadro es seductor, pero un poco vago, porque Yegor Savich no ha visto ningún rico salón y no conoce otras beldades que Katia y algunas muchachas alegres. Podía conocerlas por la literatura; pero hay que confesar que el pintor no ha leído ninguna obra literaria.

—¡Ese maldito samovar!—vocifera la viuda—. Se ha apagado el fuego. ¡Katia, pon más carbón!

Yegor Savich siente una viva, una imperiosa necesidad de compartir con alguien sus esperanzas y sus sueños. Y baja a la cocina, donde, envueltas en una azulada nube de humo, Katia y su madre preparan el almuerzo.

—Ser artista es una cosa excelente. Yo, por ejemplo, hago lo que me da la gana, no dependo de nadie, nadie manda en mí. ¡Soy libre como un pájaro! Y, no obstante, soy un hombre útil, un hombre que trabaja por el progreso, por el bien de la humanidad.

Después de almorzar, el artista se acuesta para "descansar" un ratito. Generalmente, el ratito se prolonga hasta el obscurecer; pero esta tarde la siesta es más breve. Entre sueños, siente nuestro joven que alguien le tira de una pier-



na y le llama, riéndose. Abre los ojos y ve, a los pies del lecho, a su camarada Ukleikin, un paisajista que ha pasado el verano en las cercanías, dedicado a buscar asuntos para sus cuadros.

—¡Tú por aquí!—exclama Yegor Savich con alegría, saltando de la cama—. ¿Cómo te va, muchacho?

Los dos amigos se estrechan efusivamente la mano, se hacen mil preguntas...

—Habrás pintado cuadros muy interesantes—dice Yegor Savich, mientras el otro abre su maleta.

—Sí, he pintado algo... ¿Y tú?

Yegor Savich se agacha y saca de debajo de la cama un lienzo, no concluído aún, cubierto de polvo y telarañas.

—Mira—contesta—. *Una muchacha en la ventana, después de abandonarla el novio*... Esto lo he hecho en tres sesiones.

En el cuadro aparece Katia, apenas dibujada, sentada junto a una ventana, por la que se ve un jardinillo y un remoto horizonte azul.

Ukleikin hace un ligera mueca: no le gusta el cuadro.

—Sí, hay expresión—dice—. Y hay aire... El horizonte está bien... Pero ese jardín..., ese matorral de la izquierda..., son de un colorido un poco agrio.

No tarda en aparecer sobre la mesa la botella de *vodka*.

Media hora después llega otro compañero: el

pintor Kostilev, que se aloja en una casa próxima. Es especialista en asuntos históricos. Aunque tiene treinta y cinco años, es principiante aún. Lleva el pelo largo y una cazadora con cuello a lo Shakespeare. Sus actitudes y sus gestos son de un empaque majestuoso. Ante la copita de *vodka* que le ofrecen sus camaradas hace algunos dengues; pero al fin se la bebe.

—¡He concebido, amigos míos, un asunto magnífico!—dice—. Quiero pintar a Nerón, a Herodes, a Calígula, a uno de los monstruos de la antigüedad, y oponerle la idea cristiana. ¿Comprendéis? A un lado, Roma; al otro, el cristianismo naciente. Lo esencial en el cuadro ha de ser la expresión del espíritu, del nuevo espíritu cristiano.

Los tres compañeros, excitados por sus sueños de gloria, van y vienen por la habitación como lobos enjaulados. Hablan sin descanso, con un fervoroso entusiasmo. Se les creería, oyéndoles, en vísperas de conquistar la fama, la riqueza, el mundo. Ninguno piensa en que ya han perdido los tres sus mejores años, en que la vida sigue su curso y se los deja atrás, en que, en espera de la gloria, viven como parásitos, mano sobre mano. Olvidan que entre los que aspiran al título de genio, los verdaderos talentos son excepciones muy escasas. No tienen en cuenta que a la inmensa mayoría de los artistas les sorprende la muerte "empezando". No quieren acordarse de esa ley implacable suspendida sobre sus cabezas, y están alegres, llenos de esperanzas.

A las dos de la mañana, Kostilev se despide y se va. El paisajista se queda a dormir con el pintor de género.

Antes de acostarse, Yegor Savich coge una vela y baja por agua a la cocina. En el pasillo, sentada en un cajón, con las manos cruzadas sobre las rodillas, con los ojos fijos en el techo, está Katia soñando...

—¿Qué haces ahí?—le pregunta, asombrado, el pintor—. ¿En qué piensas?

—¡Pienso en los días gloriosos de su celebridad de usted!—susurra ella—. Será usted un gran hombre, no hay duda. He oído su conversación de ustedes y estoy orgullosa.

Llorando y riendo al mismo tiempo, apoya las manos en los hombros de Yegor Savich y mira con honda devoción al pequeño dios que se ha creado.

UN DUELO

(COMEDIA EN UN ACTO)

PERSONAJES: ELENA IVANOVNA POPOVA, *viuda de un terrateniente, joven, bella.* GREGORIO STEPANOVICH SMIRNOV, *un terrateniente, de unos cuarenta años.* LUCAS, *un criado viejo.*

La escena representa un salón en la casa de campo de la señora Popova.

ESCENA PRIMERA

(ELENA, *de riguroso luto, contempla la fotografía de su marido y suspira.* LUCAS *le habla desde el umbral de la puerta.)*

LUCAS.—Señora, se está usted matando. No sea exagerada. Ha llegado la primavera, todo el mundo está alegre y se pasea por el campo y por el bosque. Sólo usted permanece encerrada en casa como en un convento. ¡Hace yo no sé el tiempo que no sale usted!

ELENA.—¡Y no saldré ya nunca! ¿Para qué? Mi vida se ha acabado. El yace en la tumba, y yo voy

a encerrarme entre las cuatro paredes de esta casa. Hemos muerto los dos.

LUCAS.—¡No diga usted eso! Si el señor ha muerto, tal ha sido la voluntad de Dios. Harto ha llorado usted; no va a llorar toda la vida. Es usted joven, casi no ha empezado aún a vivir... Es un crimen matarse así. Ha olvidado usted a sus amigos, a sus vecinos; no recibe a nadie... Esta casa parece una cárcel. En la ciudad, desde hace poco, hay un regimiento... Muchos de los oficiales son jóvenes y guapos como querubines... Los oficiales dan bailes... Y usted, mientras tanto, tan joven, tan hermosa... La hermosura es un don del cielo y hay que aprovecharla... Pasarán los años, y cuando quiera usted gustarles a los señores oficiales, será ya demasiado tarde...

ELENA. *(Con violencia.)*—¡Basta! ¡No vuelvas a hablarme de esas cosas! Desde la muerte de mi marido, la vida ha perdido para mí todo encanto. He jurado no quitarme el luto jamás y aislarme por completo del mundo. ¿Lo oyes? Su memoria será siempre sagrada para mí. Es verdad que a veces era injusto conmigo, hasta cruel...; que solía engañarme con otras; pero yo le seré fiel mientras viva. Desde el otro mundo verá que su esposa guarda celosamente el honor de su nombre...

LUCAS.—No creo que desde tan lejos... Señora, permítame que se lo diga: todo eso son fantasías. En vez de llorar y suspirar, debía usted dar un paseíto. Voy a decir que enganchen a *Tobi*...

ELENA.—¡Qué pena, Dios mío! *(Llora.)*

LUCAS.—¡Señora! ¿Qué le pasa?

ELENA.—¡Quería tanto a *Tobi!*... Era su caballo favorito. ¡Y qué bien lo guiaba! ¿Te acuerdas? ¡Pobrecito *Tobi!* Di que le aumenten el pienso.

(Se oye un fuerte campanillazo.)

ELENA. *(Estremeciéndose.)*—¿Quién será? Ya sabes que no recibo a nadie.

LUCAS.—Bien. *(Sale.)*

ELENA. *(Dirigiéndose a la fotografía.)*—Verás, Nicolás, cómo sé amar... y perdonar. Mi amor no se apagará sino con mi vida, sino cuando mi corazón cese de latir. *(Riendo al través de las lágrimas.)* ¿No te da vergüenza, granuja? Yo me entierro entre cuatro paredes y te soy fiel, mientras que tú... me hacías traición, me dejabas sola semanas enteras... ¡Infame, infame!

LUCAS. *(Entrando, desasosegado.)*—Señora, un caballero pregunta por usted... Insiste...

ELENA.—¿Pero no te he dicho que no recibo a nadie?

LUCAS.—No me hace caso. Dice que es para un negocio muy urgente.

ELENA.—¡No re-ci-bo!

LUCAS.—No es un hombre, es una fiera. Casi me ha pegado. Se ha metido en el comedor.

ELENA.—¡Dios mío, qué mala crianza! Díle que pase. *(Lucas sale.)* ¿Qué querrá de mí? ¿Por qué turbará mi reposo? *(Suspira.)* No tengo más remedio que irme a un convento... *(Pensativa.)* Sí, a un convento...

ESCENA SEGUNDA

ELENA, LUCAS *y* SMIRNOV.

SMIRNOV. *(Entrando, a Lucas.)*—¡Imbécil, borrico! ¡Si te atreves a decir una palabras más te rompo la cabeza! ¡Bribón! *(Volviéndose a Elena.)* ¡Señora, tengo el honor de presentarme: Gregorio Stepanovich Smirnov, antiguo oficial de artillería, labrador. Me veo forzado a molestar a usted para un asunto muy grave.

ELENA. *(Sin tenderle la mano.)*—¿En qué puedo servirle a usted?

SMIRNOV.—Su difunto marido, a quien tuve el honor de tratar, me debía mil doscientos rublos. Tengo pagarés suyos. Mañana he de abonar ciertos intereses al Banco, y le suplico a usted que me satisfaga esos mil doscientos rublos.

ELENA.—¿Mil doscientos rublos? ¿Y de qué le debía a usted mi marido ese dinero?

SMIRNOV.—Me compró avena.

ELENA. *(Suspirando, a Lucas.)*—No se te olvide que le den a *Tobi* más pienso. *(A Smirnov.)* Si mi marido le debe a usted ese dinero se lo pagaré a usted, desde luego; pero, perdóneme, hoy no me es posible. Pasado mañana volverá de la ciudad mi administrador y le daré orden de que le pague a usted. Hoy no puedo. Además, hoy hace siete meses justos de la muerte de mi marido, y estoy de un humor que me impide atender a asuntos de dinero.

SMIRNOV.—Pues yo estoy aún de peor humor.

Si mañana no pago me embargan. Me revientan, ¿comprende usted?

ELENA.—Pasado mañana recibirá usted su dinero.

SMIRNOV.—¡Lo necesito hoy, no pasado mañana!

ELENA.—Hoy no puedo pagarle a usted.

SMIRNOV.—Y yo no puedo esperar hasta pasado mañana.

ELENA.—Pero ¿no le digo a usted que no tengo dinero?

SMIRNOV.—¿Así es que no me pagará usted?

ELENA.—No.

SMIRNOV.—¿Es ésa su última palabra?

ELENA.—Sí, mi última palabra.

SMIRNOV.—¿Definitivamente?

ELENA.—Definitivamente.

SMIRNOV.—¡Está bien! *(Se encoge de hombros.)* ¡Y aun se extrañan de que uno tenga los nervios de punta! ¡Vive Dios, si esto es para volverse loco, no ya para ponerse nervioso! Desde ayer mañana ando de ceca en meca por todo el distrito, buscando dinero. ¡He visitado a todos mis deudores, he llamado a todas las puertas, y nada! ¡Estoy rendido, casi sin comer, dado a todos los diablos. Llego aquí, tras un viaje de kilómetros, a pedir lo que se me debe, y en vez de pagarme, me dicen que no están de humor. ¡Esto ya es demasiado!

ELENA.—Ya le he dicho a usted que pasado mañana vendrá mi administrador...

SMIRNOV.—¡Pero con quien yo he de entenderme

es con usted y no con su administrador! ¿Para qué demonios necesito yo a su administrador?

ELENA.—Perdón, caballero. No estoy acostumbrada a ese lenguaje ni a ese tono. No le escucho a usted más. *(Sale rápidamente.)*

SMIRNOV.—¡Tiene gracia! ¡Que el diablo se lleve a todas las mujeres con su maldito humor! ¡Hace siete meses de la muerte de su marido! ¿Y a mí qué? ¿Tengo que pagarle al Banco, o no? ¡Ah, señora mía, no estoy dispuesto a permitir que se me tome el pelo! Su marido de usted se ha muerto; usted está de un humor poético, soñador; pero a mí me tiene sin cuidado, me importa un comino. ¿Qué quiere usted que haga? ¿Que huya en aeroplano de mis acreedores? ¿Que me estrelle contra una pared? ¿Que me tire al río? ¡No, señora, no! ¡No soy tan bestia! Estoy hasta la coronilla. Llego a casa de un deudor, y ha salido; corro a casa de otro, y se esconde; el tercero me arma camorra; el cuarto tiene colerina; el quinto está borracho, y a esta viudita me la encuentro de un humor melancólico... ¡Y ni un solo bribón me quiere pagar! ¡Ah, no, no puedo permitir que se me tome el pelo! ¡Hasta que me paguen no salgo de aquí! ¡Brrr..., la ira me ahoga! ¡Me va a dar una congestión! *(Gritando desde la puerta.)* ¡Muchacho!

LUCAS. *(Entra, pintado el terror en los ojos.)*—¿Qué manda el señor?

SMIRNOV.—Tráeme un vaso de agua... o, mejor, de sidra. ¡Y pronto, galopín! *(Lucas sale a toda*

prisa.) ¡Pero qué deliciosa lógica! Me amenaza la ruina, estoy desesperado, y esta criatura poética me manifiesta que está de un humor que le impide atender a asuntos de dinero. ¡Lógica de mujer! ¡Ah, las mujeres! ¡Qué lástima que Dios las haya dotado de la palabra! ¡Como hablan, se atreven a razonar! Esta viudita, por ejemplo, para mirada está muy bien, es guapa, graciosa, delicada; pero para oída... En cuanto empieza a hablar, dan ganas de huir a otro hemisferio. Por eso he evitado yo siempre hablar con mujeres. ¡Prefiero sentarme en un barril de dinamita!... ¡Esta criatura poética me ha sacado de quicio! ¡Endiabladas mujeres! Sólo verlas de lejos me pone carne de gallina...

LUCAS. *(Entrando con un vaso de agua.)*—La señora está indispuesta y no recibe.

SMIRNOV.—¿Cómo? ¡Imbécil! No me importa que no reciba. No saldré de aquí mientras no me pague hasta el último céntimo. Estaré aquí semanas, meses, años, si es necesario. ¡No permitiré que se me tome el pelo ¡A mí con humores melancólicos, con lutos y suspiros! *(Se acerca a la ventana y grita)* ¡Antón, desengancha! Vamos a estar aquí mucho tiempo. Di que les den avena a los caballos, ¡y bastante! *(Vuelve al centro de la estancia.)* No me siento bien... No he dormido en toda la noche, y esta mujercita, con su humor poético, ha hecho que se me suba la sangre a la cabeza. Acaso una copa de *vodka*... *(Grita.)* ¡Muchacho!

LUCAS.—¿Qué manda el señor?

SMIRNOV.—Tráeme una copita de vodka... ¡y date prisa! *(Lucas sale.)* ¡Dios mío, qué cansado estoy! *(Se mira al espejo.)* ¡Y qué guapo! Cubierto de polvo, con las botas sucias, con la cara no mucho más limpia que las botas, con briznas de paja en la cabeza... Debo de haberle parecido un bandido a la viudita ésta. *(Bosteza.)* No es muy correcto presentarse así en un salón; pero me tiene sin cuidado... No he venido aquí como galán, sino como acreedor. Puede pensar de mí lo que le dé la gana; me es com-ple-ta-mente i-gual...

LUCAS. *(Entra con una copa de* vodka *en una bandeja.)*—Permítame el señor que le diga que no tiene derecho...

SMIRNOV.—¿Qué?

LUCAS.—Nada... quería solamente...

SMIRNOV.—¿Te atreves a hablarme, idiota?... Si vuelves a abrir la boca...

(Lucas, balbuceando, se retira.)

SMIRNOV.—¡Viejo imbécil! ¡Bribón! ¡Granuja! ¡Canalla! ¡Se atreve a hablarme! ¡Me ahoga la ira! Si me ciego, le rompo la crisma a quien se me ponga por delante. *(Bebe. Luego grita:)* ¡Muchacho, otra copa!

ESCENA TERCERA

SMIRNOV Y ELENA.

ELENA.—Caballero, en mi soledad, hace mucho tiempo que he perdido la costumbre de oír la voz humana, y no puedo sufrir que se grite. Le ruego a usted que no turbe mi calma, que respete el dolor de una viuda desconsolada.

SMIRNOV.—¡Págueme usted lo que me debe, y me voy.

ELENA.—Ya se lo he dicho a usted: ahora no puedo pagarle. Espere hasta pasado mañana.

SMIRNOV.—Yo también se lo he dicho a usted: ¡Necesito el dinero hoy y no pasado mañana! Si no me paga usted hoy, mañana tendré que suicidarme, lo cual quizá la regocije a usted, pero a mí no me hace maldita la gracia.

ELENA.—Pero ¿qué quiere usted que yo haga, si no tengo dinero? ¡Qué testarudez!

SMIRNOV.—Así es que, decididamente, no me paga usted hoy...

ELENA.—No puedo.

SMIRNOV.—Muy bien. No me muevo de aquí hasta que me pague usted. *(Se sienta.)* ¿No me paga usted hasta pasado mañana? Pues yo, hasta pasado mañana, estaré sentado en este sillón. *(Levantándose bruscamente.)* Dígame usted: ¿tengo que pagarle al Banco o no?

ELENA.—Señor, le ruego que no grite. ¡No está usted en una cuadra!

SMIRNOV.—Le hablo del Banco y ella me habla de la cuadra. ¡La lógica de las mujeres!

ELENA.—¡No sabe usted tratar con señoras!

SMIRNOV.—¡Qué he de saber! Es muy difícil. Prefiero encontrarme ante la boca de un cañón a encontrarme ante una mujer.

ELENA.—¡Es usted un mal educado, un grosero! Ninguna persona correcta se permitiría hablar en ese tono a una señora.

SMIRNOV.—¿Cómo demonios quiere usted que le hable? ¿En francés, ceceando? *(Fuera de sí, empieza a cecear en francés.) Madame, je vous prie... permettez moi... avec le plus grand respect...* Me es tan grato, señora, que no quiera usted pagarme mi dinero... Perdóneme que la haya molestado... Hace un día hermosísimo, ¿verdad, señora?... ¡El luto le sienta a usted muy bien, señora! Es usted encantadora, señora... *(Saluda irónicamente.)* ¿Es así como he de hablarle a usted?

ELENA.—¡Qué grosería y qué estupidez!

SMIRNOV.—¡Caramba! *(Imitándola.)* ¡Qué grosería y qué estupidez! ¡Me ha matado usted! ¿Qué hago yo ahora? *(Cambiando de tono.)* Se engaña usted, señora, si piensa que no sé tratar con mujeres. He conocido en mi vida más mujeres que gorriones ha visto usted, señora. He tenido tres duelos por mujeres; doce mujeres han sido abandonadas por mí; yo, a mi vez, he sido abandonado por nueve mujeres. ¡Gracias a Dios, no ignoro lo que es una mujer! ¡Sí, señora! Yo, en otro tiempo, era romántico, galante, enamorado;

suspiraba, sufría, me pasaba noches enteras mirando a la Luna, como un idiota; recitaba versos amorosos, dedicaba sonetos a criaturas poéticas. Hablaba furiosa, apasionadamente; hablaba como un imbécil de la emancipación de la mujer; derrochaba mi patrimonio a los pies de ángeles con faldas; en fin, era el más imbécil de los idiotas. ¡Y ya no quiero más, gracias! ¡Ya no caeré más en el lazo tendido por manos poéticas! He pagado demasiado cara la experiencia. Los ojos negros, los labios de púrpura, los quedos coloquios de amor, las declaraciones a la luz de la Luna, son cosas ahora para mí por las que no daría ni un céntimo. No me refiero a las presentes; pero todas las mujeres, sin excepción, son coquetas, embusteras, maldicientes, vanas, ligeras, mezquinas, malignas, ambiciosas, egoístas. Su lógica es disparatada, y en cuanto a cacumen, el último de los gorriones está por encima de cualquier filósofa con faldas. Por fuera son todas ustedes criaturas encantadoras: tules, encajes, mil primores, mil atractivos, semidiosas; pero si miramos su alma, criaturas divinas, la de un cocodrilo no nos parecerá peor. *(Aprieta con ambas manos rudamente el respaldo de la silla, que cruje.)* Y lo que más me subleva es que se creen ustedes tiernas, sentimentales, capaces de amar de verdad...

ELENA.—Caballero, permítame...

SMIRNOV.—No, déjeme acabar. He sufrido lo que no es decible, por culpa de sus semejantes de usted, y sostengo que las mujeres no son ca-

paces de amar. Lo que llaman amor no es, en realidad, sino un engaño, una astucia de que se valen en su guerra contra los hombres, un timo. Mientras que el hombre sufre de veras y está dispuesto a todos los sacrificios, la mujer vierte lágrimas artificiales mirándose al espejo. Nos engaña, se ríe de nosotros. Usted, que es mujer —¡desgraciadamente para usted!—, dígame con franqueza si ha conocido alguna mujer sincera, fiel, constante. ¡No, no y no! Sólo las feas y las viejas son fieles y constantes, porque no tienen más remedio. Es más fácil encontrar un gato con cuernos o un toro con seis patas que una mujer constante...

ELENA.—¿Y tendrá usted el valor de afirmar que los hombres lo son?

SMIRNOV.—¡Sí, señora! ¡Lo afirmo!

ELENA. *(Con una risa amarga.)* —¡Los hombres! ¿Afirma usted que los hombres son constantes en el amor? ¡Ja, ja, ja! ¡Qué disparate! ¡El mejor de los hombres que he conocido era mi difunto marido! Yo le amaba apasionadamente, con toda mi alma, con una ternura desbordante. Le había entregado mi juventud, mi vida, mi fortuna; era para mí un Dios, ante quien me inclinaba religiosamente... Y, sin embargo... el mejor de los hombres me engañaba, de una manera vergonzosa, a cada paso. Después de su muerte he encontrado en los cajones de su mesa una porción de cartas de mujeres... Me dejaba semanas enteras sola en casa, les hacía delante de mí el

amor a otras, derrochaba mi patrimonio, se burlaba de mi cariño. Y a pesar de todo, yo le amaba y le era fiel. Más aun: sigo siéndole fiel ahora, después de su muerte. Me he enterrado para toda la vida entre estas cuatro paredes, y no me quitaré nunca el luto.

SMIRNOV. *(Con una risa desdeñosa.)*—¡No me venga usted a mí con lutos! ¿Se cree usted que me chupo el dedo? Bien sé por qué se enluta usted y por qué se entierra entre cuatro paredes; ¡es eso tan poético, tan novelesco!... Un tenientillo o un imbécil poeta melenudo, al pasar por delante de su balcón de usted, se dirá: "Aquí vive una criatura poética que se ha enterrado en vida voluntariamente." ¡Pero yo conozco esos trucos!

ELENA. *(Encolerizada.)*—¿Cómo se atreve usted a decirme esas cosas?

SMIRNOV.—Sí, señora. Se ha enterrado usted viva, y, no obstante, no se ha olvidado de vestirse con elegancia ni de ponerse polvos.

ELENA.—¡Basta! ¡No tiene usted derecho a hablarme así!

SMIRNOV.—¡No me chille usted, que no soy su criado! Soy dueño de decir lo que pienso. No soy una mujer para ocultar la verdad, y le ruego que no me chille.

ELENA.—¡Si el que chilla es usted! ¡Quítese de mi vista!

SMIRNOV.—Págueme mi dinero, y me iré.

ELENA.—¡No le pago a usted!

SMIRNOV.—¿No me ha de pagar?

ELENA.—¡Ni un céntimo! ¿Lo oye usted? Dentro de un año recibirá usted su dinero, ni un día antes. ¡Váyase de mi casa!

SMIRNOV.—Señora, no tengo el honor de ser su marido de usted, ni su novio, y le suplico que no me arme escándalos. *(Se sienta.)* No me gustan los escándalos.

ELENA. *(Ahogándose de cólera.)*—¿Se ha sentado usted?

SMIRNOV.—Sí, señora.

ELENA.—Le ruego que se vaya.

SMIRNOV.—Venga mi dinero.

ELENA.—¡No quiero discutir con un mal criado! ¿Se marcha usted? *(Pausa.)* ¿Se marcha?

SMIRNOV.—¡No!

ELENA.—¿No?

SMIRNOV.—¡No!

ELENA.—¡Muy bien! *(Toca el timbre. Entra Lucas.)* Lucas, acompaña a este señor a la puerta.

LUCAS. *(Acercándose a Smirnov.)*—Señor, tenga usted la bondad... La señora lo manda...

SMIRNOV. *(Levantándose bruscamente.)*—¡Cállate, granuja! ¡Te voy a romper la cara! ¡Te voy a hacer picadillo!

LUCAS. *(Aterrorizado, retrocediendo.)* — ¡Dios mío, qué hombre! ¡Es un verdadero bandido!

ELENA.—¡Dacha! ¿Dónde está Dacha? *(Toca el timbre.)* ¡Pelaguella!

LUCAS.—No hay nadie. Están todos en el bosque, cogiendo setas...

ELENA.—¡Lárguese!



SMIRNOV.—¿Quiere usted ser más cortés, señora? ¡Tanto luto y tan poca finura!

ELENA. *(Apretando furiosa los puños y taconeando con cólera.)*—¡Es usted un tío, una fiera, un oso!

SMIRNOV.—¿Cómo? ¿Qué dice usted?

ELENA.—Digo que es usted una fiera, un oso.

SMIRNOV.—¡Perdón, señora! No tiene usted derecho a insultarme.

ELENA.—¡Y se atreve a pedirme explicaciones! ¿Se cree usted quizás que le tengo miedo?

SMIRNOV.—¿Y se cree usted que por ser una criatura poética tiene derecho a insultarme? ¡Se equivoca usted! ¡La desafío!

LUCAS.—¡Dios mío, qué horror!

SMIRNOV.—¡Vamos a batirnos!

ELENA.—¿Piensa usted que me va a asustar con su fuerza y su cuello de buey? ¡Fiera! ¡Oso!

SMIRNOV.—¡A batirnos! No le permito a nadie que me insulte, y me importa un bledo que sea usted una mujer, una criatura poética.

ELENA. *(Queriendo interrumpirle.)*—¡Oso! ¡Oso! ¡Oso!

SMIRNOV.—Es un estúpido prejuicio el que sólo los hombres deban responder de sus insultos, y hay que acabar con él. Puesto que la mujer quiere tener los mismos derechos que el hombre, debe tener también las mismas obligaciones. ¡A batirnos!

ELENA.—¿Quiere usted un duelo? ¡Aceptado!

SMIRNOV.—¡En seguida!

ELENA.—Sí, al punto. Mi marido dejó pistolas. Voy por ellas... *(Sale presurosa, pero vuelve en seguida y se asoma a la puerta.)* ¡Con qué placer le alojaré a usted una bala en la odiosa cabeza! ¡Que el diablo se le lleve a usted! *(Se va.)*

LUCAS. *(De rodillas.)*—¡Señor, tenga usted piedad de nosotros! Esa pobre mujer... un duelo... pistolas...

SMIRNOV. *(Sin escucharle.)*—¡Esta es la verdadera emancipación de la mujer, la verdadera igualdad de los sexos! ¡Quiero matarla nada más que para dar principio de una manera seria a la emancipación femenina!... *(Pausa.)* ¡Pero, demonio, qué mujer! *(Imitando a Elena.)* "¡Con qué placer le alojaré a usted una bala en la odiosa cabeza! ¡Que el diablo se le lleve a usted!" ¡Es magnífica la mujercita! ¡Y qué colorada se pone y cómo le brillan los ojos! ¡Y acepta el duelo! ¡Palabra de honor, en mi vida he visto una mujer así!

LUCAS.—¡Señor, se lo suplico, váyase! ¡Yo rogaré a Dios eternamente por usted!

SMIRNOV. *(Sin hacerle caso.)*—¡Canastos, qué mujer! ¡Una mujer de veras, no un manojo de nervios perfumado, empolvado! ¡Fuego, dinamita, temperamento! ¡Sería una lástima matarla!

LUCAS. *(Llorando.)*—¡Señor, se lo ruego!...

SMIRNOV.—¡Decididamente, me gusta esta mujer! Es una cosa... *(Hace gestos vagos.)* Estoy dispuesto hasta a perdonarle la deuda... ¡Es una mujer admirable, canastos!

ESCENA CUARTA

ELENA, SMIRNOV Y LUCAS.

ELENA. *(Entra con dos pistolas.)*—Aquí están las pistolas... Pero antes de batirnos, haga usted el favor de enseñarme a usarlas. No he tenido nunca una pistola en la mano.

LUCAS.—¡Dios mío! ¡Virgen Santa! ¡Van a matarse de verdad! Corro a buscar al jardinero y al cochero... *(Sale.)*

SMIRNOV. *(Examina las pistolas.)*—Mire usted, señora... hay varias clases de pistolas. Las hay especiales para duelos..., de triple extracción, con un extractor, ¡magníficas! Lo menos cuestan veinte rublos... La pistola hay que cogerla así... *(Aparte.)* ¡Qué ojos! ¡Dios mío, qué ojos! Tan de fuego es la condenada, que puede provocar un incendio...

ELENA.—¿Así? *(Coge la pistola.)*

SMIRNOV.—Sí, eso es... Después se hace así..., más estirado el brazo... Apunta usted..., aprieta luego con el dedo esta piececita... y se acabó. Eche usted un poco hacia atrás la cabeza... Así... Sobre todo, tenga usted calma, no se ponga nerviosa, no se precipite... Apúnteme al pecho... ¡Ah, se me olvidaba que quería usted alojarme la bala en la cabeza!... Bueno, apúnteme usted a la cabeza... un poco más abajo... así...

ELENA.—Bueno, ya sé. Pero no vamos a batirnos aquí. Vamos al jardín.

SMIRNOV.—Vamos; pero le advierto a usted que yo tiraré al aire.

ELENA.—¡Cómo! ¡De ningún modo! ¿Por qué?

SMIRNOV.—Porque... porque..., en fin, es cuenta mía.

ELENA.—¡Tiene usted miedo, sencillamente! ¿Verdad? ¡Pero no se me escapará usted! ¡Al jardín! ¡Al jardín! No estaré tranquila hasta que le haya alojado una bala en la cabeza... ¡En esa cabeza que detesto! ¿Conque tiene usted ahora miedo?

SMIRNOV.—Sí, tengo miedo.

ELENA.—¡Mentira! ¿Por que no quiere usted batirse?

SMIRNOV.—Porque... porque... me gusta usted.

ELENA. *(Con risa sarcástica.)*—¡Ja, ja, ja! ¡Le gusto! ¡Y se atreve a decirlo! *(Señalando a la puerta.)* ¡Ande!

(Smirnov deja la pistola sobre la mesa, coge el sombrero y se dirige a la puerta. Ambos se miran un instante en silencio.)

SMIRNOV. *(Acercándose a ella vacilante.)*—Oiga usted... ¿Está usted enfadada aún?... Yo también estoy hecho un demonio; pero... no sé cómo decirle a usted... es una cosa tan estúpida, que... *(Empieza a gritar.)* ¡Caracoles! ¿Qué culpa tengo yo de que usted me guste? *(Aprieta con ambas manos rudamente el respaldo de la silla, que cruje.)* ¡Qué sillas más flojas!... ¡Pues bien, sí, me gusta usted! Estoy casi... casi enamorado...

ELENA.—¡Váyase usted! ¡Le odio!

SMIRNOV.—¡Santo Dios, qué mujer! ¡No he vis-

to nada parecido! ¡Estoy perdido sin remedio! ¡He caído en el lazo tendido por esta criatura poética!... ¡Qué idiota soy!

ELENA.—¡Váyase usted, o tiro!

SMIRNOV.—¡Tire usted! ¡Qué delicia morir bajo la mirada de esos ojos! ¡Qué placer ser herido por una bala disparada por esas manos adorables!... ¡Decididamente, me vuelvo loco! ¿Quiere usted ser mi mujer? Piénselo y contésteme. Si no, me voy y no nos volvemos a ver. Contésteme. Soy un caballero, tengo diez mil rublos de renta, magníficos caballos, un pulso soberbio como tirador... ¿Quiere usted ser mi mujer?

ELENA. *(Indignada, agita la pistola.)*—¡No, no, vamos a batirnos! ¡Al jardín, al jardín!

SMIRNOV.—¡Me vuelvo loco! ¡Soy un idiota!

ELENA.—¡Vamos a batirnos!

SMIRNOV.—¡Sí, estoy loco! ¡Me he enamorado como un colegial, como un poeta! *(Le coge la mano a Elena, que lanza un grito de dolor.)* ¡La amo a usted! *(Cae de rodillas ante ella.)* ¡La amo a usted como no he amado nunca! ¡He abandonado a doce mujeres, nueve mujeres me han abandonado a mí; pero a ninguna de las veintiuna la he amado como a usted! Heme, de pronto, convertido en un hombre sentimental, romántico, poético..., en un imbécil... Como un tonto, de hinojos a sus plantas de usted, le pido la mano. ¡Qué vergüenza, Dios mío! ¡No me lo perdonaré nunca! Hacía cinco años que no me enamoraba, y de pronto... Diga usted: ¿sí?, o ¿no? ¿No quie-

re usted? ¡Qué vamos a hacerle! *(Se dirige rápidamente a la puerta.)*

ELENA.—Espere usted...

SMIRNOV. *(Deteniéndose.)*—¿Qué?

ELENA.—Nada. Váyase... O no, espere... ¡No, no, váyase! Le detesto... Oiga, oiga... ¡Si supiera qué furiosa estoy! *(Tira la pistola sobre la mesa.)* ¿Qué hace usted ahí aún? ¡Váyase!

SMIRNOV.—¡Adiós!

ELENA.—Sí, sí, váyase. Escuche... No, no, no quiero verle más... ¡Estoy furiosa! ¡No se acerque a mí!

SMIRNOV. *(Acercándose a ella.)*—¡Soy un idiota! ¡Estoy conduciéndome como un colegial! *(Groseramente.)* Oiga, señora: ¡la amo a usted, qué demonios! Mañana he de pagar al Banco, las faenas del campo me esperan, y me enamoro de repente como un tonto... *(La coge por el talle.)*

ELENA.—¡Las manos, quietas! ¡Le detesto a usted! ¡Le detesto! ¡A batir...! *(Un beso le cierra la boca.)*

En este momento aparecen en la puerta Luka, el jardinero, el cochero, la cocinera, asustadísimos y armados de pértigas, azadas y garrotes.

Al ver a la señora Popova en los brazos de Smirnov, detiénense, llenos de asombro.

ELENA IVANOVNA. *(Volviéndose hacia ellos, sonriente y confusa.)*—Retiraos, amigos míos... Ya no os necesito... Este señor y yo nos hemos entendido. *(Telón.)*

FIN

to nada pare
¡He caído e
tica!...

ÍNDICE

Págs.


YA 07628

